

DAD A  
CIÓN C



EL  
SACERDOCIO



NOM  
BX1912  
S2  
V.4  
C.1  
RALD

009.440



1080021485

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

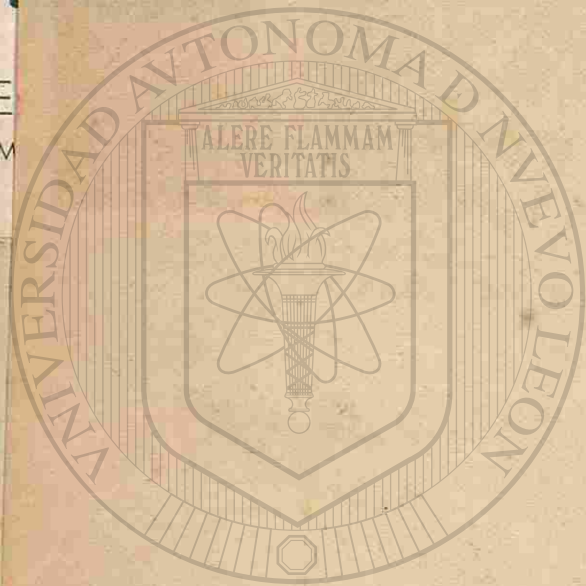


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E  
HEM



EL SACERDOCIO

y

LA CIVILIZACION

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

EL SACERDOCIO

Y LA

# CIVILIZACION

ó SEA

VINDICACION DEL CLERO CATOLICO

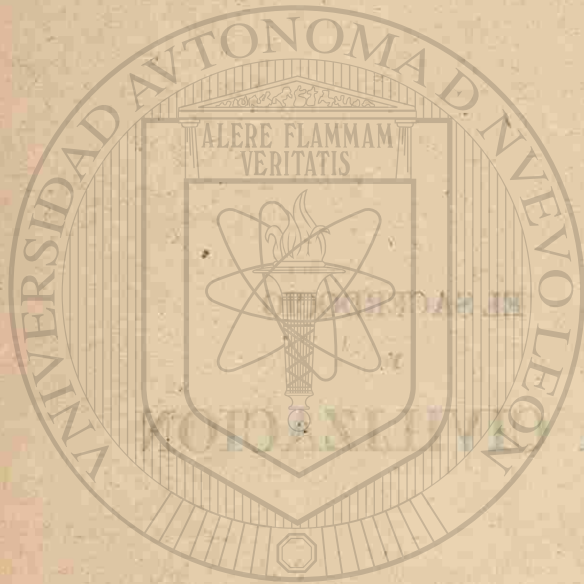
OBRA ORIGINAL

COMPUESTA POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIASTICOS

REVISADA, CORREGIDA Y CENSURADA

Por Don Atilano Melgizo

VICARIO GENERAL APOSTOLICO DEL ORDEN DE S. BERNARDO EN LA  
CONGREGACION DE CASTILLA Y LEON



**TOMO CUARTO**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NEUVILLEON  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

IMP. DE ANDRADE Y ESCALANTE  
Calle de Cadena número 13

1859 45944

UNIVERSIDAD DE LEON

BX1912

52  
V.4

EL SACERDOCIO

CIVILIZACIÓN



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

### CAPITULO I.

#### LA IGLESIA EN SUS RELACIONES CON LOS REYES Y LOS PUEBLOS.

Estamos en el caso de examinar una de las cuestiones mas árduas, y sobre la que se han lanzado al clero las mas terribles y graves acusaciones; vamos á entrar en este exámen con la misma confianza que en los demas, y vamos á abordar tan complicada cuestion valiéndonos para ello de la historia y aduciendo en defensa del clero los mismos argumentos, las mismas pruebas, los hechos, ellos demostrarán la justicia de la causa que defendemos, y serán nuestro escudo contra los furibundos ataques de nuestros enemigos; apelamos á ellos porque los creemos indestructibles y los mas á propósito para convencer; apelamos á ellos

EL SACERDOCIO.—TOM. IV.

009440

porque el triunfo sea mas completo, y esperamos en el Señor que nos auxiliará, pues si él no defiende nuestra causa, en vano serian todos nuestros esfuerzos; con esta confianza descendemos á la arena, con ella empuñamos las armas, con ella vamos al combate, y en ella ciframos nuestra victoria.

A medida que avanzamos en un camino, descubrimos nuevos terrenos, vegetaciones nuevas, nuevas producciones; á medida que en una obra avanzamos, surgen necesariamente nuevos pensamientos, ideas nuevas, y en las controversias vemos combates que no habiamos imaginado al tomar la pluma. Nuestros enemigos nos acechan por todas partes, do quier nos acometen, ora espada en mano y lanza en ristre, ora taimada y solapadamente; así pues, debemos estar á todo dispuestos, siempre vigilantes, siempre armados, todo nos hace falta, y nada nos sobra; somos el cuento del vulgo, el pensamiento del filósofo y el pasto de las tertulias, y por lo mismo necesitamos como nunca circunspeccion, como nunca valor, como nunca paciencia; con circunspeccion, valor y paciencia avocamos esta cuestion, rogando al Señor que no nos falte.

Vamos á tratar de la Iglesia en sus relaciones con los pueblos y los reyes, y es menester ante todo, y como premisas de lo que diremos, ocuparnos de la Iglesia en sí misma, y para ello de-

bemos decir que en este lugar entendemos por Iglesia el órden sacerdotal, el pontífice, los obispos, los clérigos, los monjes y los frailes. Esplañemos esta idea. La Iglesia es la congregacion de todos los fieles cristianos, y al decir congregacion tenemos ya manifestado que es una sociedad; decir que una sociedad, cualquiera que ella sea, considéresela bajo el punto de vista que plazca, y como se quiera, en el acto de considerarla sociedad constituida, hay que reconocer en ella el principio de autoridad, y conocido éste, descender á la persona que ha de ejercerlo. El curso constante de todas las instituciones nos demuestra esta verdad, y la Iglesia no salió, ni podia salir de esta esfera, debia subsistir con esta condicion, y así es. Jesucristo su fundador fué su gefe visible, y al ausentarse de entre nosotros continúa siendo nuestro soberano invisible, pero representado visiblemente por su vicario en la tierra, que es el romano pontífice; y ved aquí espresada clara y terminantemente la razon en que se funda el axioma de que toda autoridad parte de ese centro de autoridad instituido por Jesucristo, que él mismo nos legó para nuestro bien y consuelo, y que él mismo ejerce por medio de su representante el romano pontífice, á quien se dieron las llaves del reino de los cielos. Una sociedad que se estiende, dilata y multiplica, no puede subsistir sin delegados que ejerzan la autoridad, y de este modo na-

cen las gerarquías; la Iglesia, por consiguiente, tiene estas gerarquías, y estas son diversos cargos del sacerdocio. Teniendo cuerpo sacerdotal que gobierne, debe tener leyes, y de estas la proveyó su Augusto Fundador en su Evangelio. Tal es la Iglesia considerada como tal, y de aquí se desprende el origen y progresos de su influencia en los pueblos, y la legitimidad de ella.

Nadie ignora el principio de la sociedad religiosa, y todos saben cómo se ha extendido y propagado por el mundo; como sociedad tendió y tiende á su conservacion y dilatacion, y es el mayor de los absurdos decir que el cristianismo y sus sacerdotes, procurando convertir los pueblos, cometen un atentado contra la libertad de la conciencia. El Señor les dijo: *Anunciad el Evangelio á todo el mundo*, y el sacerdote no puede faltar á este mandato sin hacerse reo de desobediencia. En nombre del Señor van á todos los paises á llevar la luz de la fé; y como cuanto existe es de Dios, ni son invasores, porque una invasion supone que solo se apoya en la fuerza, y que su fin es usurpar, y ellos ni van acompañados de la fuerza ni cometen usurpacion alguna, puesto que van en nombre y cumplimiento de un mandato hecho por el Señor de todos y de todo; y lejos de hacer ni aun intentar daño alguno, su objeto es el bien de todos, su prosperidad, su salud y su salvacion, y de este modo es como dilatándose la sociedad re-

ligiosa se dilata y estiende su gobierno, y entonces se conocen nuevas necesidades, porque á medida que una institucion domina en mas estenso territorio, tiene que amoldarse á los usos y costumbres de sus habitantes, á su clima y demas circunstancias especiales; á esto se añade que el progreso de las ideas camina, y hay que seguirle en su marcha, pues de lo contrario seria vivir en lucha continua: estas razones y otras causas que sobrevinieron, las herejías que se suscitaron, el paganismo con quien se luchó, los hábitos y costumbres que tuvo el clero necesidad de combatir, todo influyó para reconocer las necesidades de la Iglesia, y conocidas procurar su remedio, de lo cual resultaron los concilios, y de ellos esas leyes canónicas instituidas por la Iglesia, que era el clero, para bien de las almas y correccion de los abusos, que el tiempo y las circunstancias, y hasta las debilidades de los hombres, habian introducido.

Así establecido el gobierno de la Iglesia y constituido el clero por estas causas en legislador, justo es echemos una ojeada y repasemos, siquiera sea rápidamente, esta legislación llamada á ejercer su imperio sobre la parte mas noble del hombre, sobre su alma y sobre su conciencia. Lo primero que en ella observamos es que para nada entra la fuerza ni la coaccion, sino que ejerce su imperio por la persuasion, llama á los hombres



que se han extraviado, por el consejo y el amor, sin oprimirlos por la violencia y acobardarlos por el terror. El clero ejerce su apostolado por la palabra y no por el sable; sus armas para hacerse respetar son hacerse amar; sus castigos son las amonestaciones repetidas, y solo acude á la censura con el que las desoye, rechaza ó desprecia. Esparce el pasto espiritual á todos, las puertas de la Iglesia están siempre abiertas al rico y al pobre, al magnate y al súbdito; él lleva los consuelos de la religion á la humilde cabaña y al regio alcázar: en el púlpito distribuye á todos, lo mismo que en el altar, el pasto espiritual y la palabra divina, y de este modo su ministerio es el mas popular, de lo cual resultó, como no podia menos de resultar, que su influencia se extendió con una rapidez admirable entre los pueblos, y que su prestigio no conoció límites.

Amamos necesariamente la mano bienhechora que nos protege y consuela; y como el clero estaba siempre dispuesto á ejercer la caridad con sus hermanos, y como siempre se le hallaba donde habia motivos y ocasiones para ejercerla, naturalmente el favorecido habia de amar una institucion que tantos consuelos le prodigaba, y un sacerdocio que tanto bien le hacia, y así era; y á estos gloriosos títulos debe la veneracion que se le tributaba, veneracion justísima, porque nadie ha dicho todavía, ni aun imaginado, que la gratitud

sea un delito, y un mérito ser ingrato. Otra causa habia para que el clero se hiciese estimar del pueblo, y era, que en su mayor parte salia de sus filas, lo cual hacia que estuviese pronto á defenderle, y así era; el clero fué el amigo del que sufría, y el más ardiente tribuno del oprimido; y en aquellos tiempos en que todo lo dominaba la fuerza y en que el señor feudal oprimia á sus colonos y maltrataba á sus esclavos, una era la voz que se alzaba en su defensa, la del clero; una la madre que los amparaba y protegía, la Iglesia. Llenos están los concilios de cánones encaminados á proteger esta clase y ponerla á cubierto de las iras de sus señores, y de ellas dejamos hablado más de una vez en nuestra obra, por lo cual nos parece ocioso ocuparnos ni detenernos en repetirlos.

Hemos diho que el clero era el gefe de la Iglesia, y que el estado eclesiástico era el único llamado á dirigir y gobernar las almas, puesto que el Señor los constituyó pastores de su rebaño y custodios de la casa de Israel; y como quiera que en la Iglesia de Dios haya de haber hasta la consumacion de los siglos profetas, doctores y ministros, porque así lo tiene el Señor prometido en su Evangelio, y porque así cumple á los Estados y á las sociedades, que no pueden existir sin gobernantes, necesario es que nos ocupemos del modo cómo trasmite la Iglesia el poder, y tanto más, cuanto sus enemigos se han empeñado en hacer

creer al vulgo sencillo, que el sacerdocio cristiano es un sacerdocio de casta, como lo es el de la India y lo fué el egipcio; suposición absurda, que á la simple vista se desvanece como el humo á la faz del viento y como las nubes con la presencia del sol; pero ellos lo dicen y nosotros debemos rebatirlo: para ello empezaremos por decir, que la idea de casta supone la de herencia, y jamas los destinos eclesiásticos, ni las dignidades de la Iglesia, han sido hereditarias; la idea de casta procede de la de familia, y el clero no puede tenerla siendo, como es, célibe; y ya dijimos en otro capítulo cuanto cumplía al voto de castidad, enumerando entre los beneficios que habia reportado á la sociedad, el de imposibilitar que en el cristianismo se hubiera formado un sacerdocio de raza, cuyas consecuencias esplanamos allí y omitimos en éste por no reproducirlas, concluyendo con manifestar que el clero católico forma una corporación y no una casta. Como corporación tiene sus reglas y ordenamientos establecidos sabiamente para la trasmisión del poder y para sustituir á los que mueren, supuesto que la muerte es una pensión de la vida, y que los hombres todos, cualquiera que sea su clase, condición ó estado, están sujetos á ella; y esto que la Iglesia predica, debió tenerlo muy presente para proveer á las vacantes que ocurrieran, y lo tuvo tanto, que forma una parte de su código, como veremos.

La Iglesia, en su origen y en toda su marcha, ha proclamado la igualdad; madre tierna y cariñosa de todos los fieles, no ha querido privar á ninguno de sus beneficios, y sus puertas han estado y están abiertas para todos, aun para los que más la ofenden; es la imágen de aquel padre que recibe con alegría al hijo que habia derrochado su patrimonio y que, arrepentido de su vida disipada, vuelve al hogar paterno llorando sus deslices é iniquidades; así, pues, no podia constituir un clero de familia sin faltar á lo más hermoso de su institución, sin suicidarse; y la razón es, porque este clero hubiera aspirado al privilegio de hacer en sí hereditario el sacerdocio, y las puertas de las dignidades eclesiásticas se hubieran cerrado á los demás, porque hubieran sido monopolizadas por la familia, siendo el poder eclesiástico adquirido por herencia, y por consiguiente sin atención á los méritos; de lo cual hubiera necesariamente sucedido, que no siempre hubiera estado ejercido por el más digno, que es lo que busca la Iglesia en sus prelados y sacerdotes; pero no teniendo un sacerdocio de casta, no le tuvo hereditario, y por consiguiente fué electivo, buscando en la elección el mérito, única recomendación del más digno, y única escepción de la igualdad que para todos sus hijos quiere y establece, teniendo, como tiene, por base y principio, admitir del mismo modo á todos los hombres para participar de sus dignida-

des y obligaciones, cualquiera que sea su origen. Ella era la única que, bajo el imperio de los privilegios, mantuvo el principio de igualdad admitiendo á todos, sin distincion de rico ó pobre, señor ó esclavo, noble ó plebeyo, llamando á los altos destinos eclesiásticos á todos indistintamente, sin conocer más méritos que los personales, ni más privilegios que los de la virtud y la santidad; anacronismo de su siglo fué la única institucion que premió al hombre por sus cualidades personales, no por sus ascendientes; la única que buscó el mérito, la única que premió la virtud; y esto prueba, más que nada, que lejos de ser el sacerdocio una raza, era y es una corporacion, y esto cuadra muy bien á su carácter de progreso; pues nadie ignora que le espíritu de raza tiende á estacionarse, como es natural, para no perder sus privilegios, y todo el mundo sabe que el espíritu de la Iglesia es de vida, de movimiento, de progreso; y por eso los sacerdotes se ocupan en las misiones, por esto los hemos visto siempre al frente del mundo intelectual dirigiendo los espíritus al progreso de la virtud y de la verdadera ciencia para llevarla á su perfeccion; y una de las causas que más han influido en esto, ha sido esa igualdad entre todos por medio de la cual han sido admitidos los talentos y la virtud, y llamados á ocupar sus dignidades; y ellos son los que, llenos de vida y movimiento, al frente del progreso intelectual, sacaron

al mundo de su marasmo, y son los llamados á dirigirle en su curso hasta llevar la humanidad á su perfeccion.

Para asegurarse la Iglesia de que los hombres que llamaba á sus dignidades, eran acreedores á ellas, tenia que dictar reglas; y bien pronto los concilios se ocuparon de tan interesante asunto, y discutieron y aprobaron el modo como debian hacerse las elecciones de los preladados y las bases que habian de ponerla á cubierto del error; estas bases, y las circunstancias que exige el derecho canónico en los sacerdotes, en los párrocos, en los obispos y en los pontífices, publican la circunspeccion con que, en materia tan interesante, procede la Iglesia; y que, sobre todo, buscaba en los que elegia para sus gefes virtud y ciencia, como la que sabia que nada hay bueno sin ciencia y virtud, y queria para dirigir su nave lo mejor; así es, que no buscaba el piloto más noble, ni aquel cuyos padres hubieran sido más ilustres, sino el mejor, el más práctico, el más experimentado, el más probo y justificado, cualquiera que fuese su nacimiento y progenie. Este pensamiento de la Iglesia, en todo conforme con la doctrina de su ilustre Fundador, ante quien no hay acepcion de personas, ni más méritos que los de la virtud y la santidad, hizo que sus dignidades se diesen por eleccion; y así fué que en unas predominaba la eleccion del superior por los inferiores, y en otras la

de éstos por el superior, dominando en todas la idea que los que debian de elegir no habian de perder de vista las circunstancias que á los elegibles debian adornar, como la que sabia que de este modo el éxito estaba menos sujeto al error.

No entraremos ahora en la esplanacion de las diversas fases porque ha pasado la eleccion, ni menos nos ocuparemos en reseñar los diferentes modos como se han hecho. Sabido de todos seria trazar un cuadro sin interes, en extremo prolijo, y que nos ocuparia, ademas de un tiempo precioso, el espacio que para otras cosas necesitamos; pero no podemos menos de manifestar, las inmensas ventajas que este método ha traído á la humanidad y á la civilizacion: en primer lugar ha sido la causa porque muchos genios han brillado, y multitud de familias pobres y oscuras han legado á la historia nombres ilustres; tambien á él debemos que hayan ascendido á las grandes dignidades hombres del pueblo que, salidos de sus filas, han empleado su influjo, su ciencia y su valimiento en mejorar su condicion; asimismo á esto debemos esa proteccion á las artes y á las ciencias que tanto han contribuido á su encumbramiento, y esto es tanto más evidente, cuanto que, hombres del pueblo en un tiempo de continua lucha, sabian que ni los hombres de armas, ni los orgullosos caballeros, ni los ricos-homes y grandes infanzones se ocupaban en otra cosa que en el ejer-

cicio de las armas y en las lides, cuidando mas afilar la espada y aguzar la lanza que ejercitar el ingenio, como los que miraban los trabajos literarios como una ocupacion servil impropia de corazones destinados á avasallar los demas; que la Iglesia, proveyéndose de pastores adornados de ciencia y virtud revistió de su inmunidad unos tribunos que defendieron á los oprimidos, y unos sabios que ilustraron las naciones, y á esto debe el mundo su ilustracion y los pueblos su libertad; á esto el oprimido su consuelo y el pobre su bienestar; á esto, finalmente, que háyamos conocido nuestro valor individual y nuestros derechos, y con este conocimiento que háyamos llegado al estado en que nos encontramos.

Medítense despacio estas reflexiones, pénsese con detenimiento las ideas emitidas y díganos de buena fé los impugnadores: ¿Merece el clero los apóstrofes que se le lanzan? ¿ha sido una corporacion de egoistas sicarios que ha querido sacrificarlo todo á su ambicion desmedida, á su orgullo inmoral, á su tiranía depresiva? Creemos que no se determinarán á tanto aun los mas acérrimos impugnadores; mas si por desgracia nos equivocamos, si hay alguno que aun ose sostener la calumnia, nosotros le cogemos por la mano, y sin hablar palabra alguna abriremos la historia, le presentaremos sus páginas, le dejaremos leer, y sin hablarle palabra esperaremos su juicio sobre

los sucesos, sobre el curso y adelantos de la humanidad, sobre el progreso de las artes y de las ciencias; le diremos si ha reflexionado sobre estos particulares, si ha visto y analizado la causa impulsiva de los sucesos, y el eje sobre que ha girado el mundo moral, y le preguntaremos cuál es, porque no podrá decir otro que el clero, y no queremos esta humillacion porque sabemos que el orgullo domina á nuestros enemigos, y esta confesion los irritaria; pero si ellos se reconocen y la confesion es espontánea, sin violencia, sino como una justa reparacion del mal que hicieron, bendeciremos al Señor que así dispone y conduce las cosas á su fin con admirable y sábia providencia.

Con poco que meditemos la historia, preciso es conocer la superioridad del gobierno de la Iglesia sobre los demas que del siglo V al X tenian los pueblos, y esta superioridad, hija de la bondad é ilustracion del clero, y de sus buenos deseos en favor de la humanidad y de la civilizacion, no era una usurpacion ni una mala adquisicion, sino una consecuencia de las doctrinas del Evangelio; y de la virtud del clero; en vano los impugnadores quieren convertir en mal cuantos bienes ha traído á la sociedad el influjo sacerdotal: detras de sus diatribas, en pos de su maledicencia están diez y nueve siglos de hechos no interrumpidos, está la historia con su fallo imparcial, están todos los hombres ilustrados, hasta sus mayores enemigos,

que en medio de su encarnizamiento han tenido que devorar en silencio su rabia y su despecho y hacer contra su voluntad y sentimientos, justicia al clero; pudiéramos citar testos de hombres como Voltaire y Guizot, que nuestros enemigos no se determinarian á contradecir, y podriamos citarlos tan encomiadores como los que nosotros mismos pudiéramos espresar; y sin embargo, estas unánimes alabanzas tienen un origen que nadie puede desconocer, y este origen es la verdad, que una en todos los tiempos, la misma en todas las circunstancias, ni se puede aminorar, ni desconocer, ni ocultar, y por eso hasta en los labios mas enemigos siempre es la misma, siempre es una, siempre está de manifesto, sin que el odio, ni la mas cínica desfachatez pueda ocultarla.

El clero poseia por medios legítimos un influjo tan bien adquirido, como hijo de los bienes que á manos llenas dispensaba al mundo, un influjo basado en la caridad que con todos ejercia, y en los beneficios que de su influencia reportaba la humanidad, y así era que en vano se la disputaban la envidia y la malevolencia. La Iglesia era la única que proclamaba la igualdad, era el único asilo del mérito, era la única protectora de los talentos, y únicamente eran premiados los esfuerzos de la humanidad, y sus tendencias á la perfeccion; ella sola poseia una fuerza inmensa respecto á las virtudes, y sobre esta fuerza descan-

saba esa igualdad que abría paso á los ingenios y les prestaba asilo, ella sola premiando el mérito buscaba las superioridades legítimas, y llamaba á sí á cuantos eran dignos de regir y gobernar los demas, y llevar así la nave del Estado al puerto de salvacion que en las borrascas del mundo debia prestarla asilo: tales fueron las causas humanas que la hicieron amar de todos los pueblos, y protegieron su desarrollo en todos los paises; de este modo se propagó y estableció su dominio. Ella era la sociedad mas popular que jamas se conoció, la única que proclamó la abolicion de los privilegios haciendo reconocer y amarse como hermanos al señor y al esclavo, al rico y al pobre, al magnate y al súbdito; se hizo la mas accesible, la mas franca, la mas protectora de los talentos y de los méritos; así fué que si hubiera necesidad de pruebas no tendríamos que gastar mucho tiempo en buscarlas, ni menos valernos de una estremada elocuencia para hacerlas aceptar; con solo repasar las biografias de sus santos, de sus pontífices, de sus obispos, de su sacerdocio en general, hallaríamos tantas y tales pruebas, que nadie osaria contradecirlas, y hasta sus mayores enemigos se verian precisados á confesarlas; y hecho esto, ¿qué trabajo costaba sacar la consecuencia legítima de lo justísimo y bien adquirido que es el influjo clerical? Creemos que ninguna. Méditenlo los enemigos y enmudezcan, y no nos

llamen con tanta impudencia al palenque donde tan buenas y terribles armas podremos esgrimir, y donde tan seguro puede ser nuestro triunfo y tan cierta y vergonzosa su derrota.

Entre el gobierno civil y el eclesiástico hallamos una inmensa diferencia, hija sin duda de la escelencia del uno sobre el otro, de la bondad del último sobre el primero, y necesario es que nos ocupemos de ella. Apenas se presenta á la imaginacion la idea de un gobierno, cualquiera que sea, concebimos sus pretensiones reducidas á muy cortos límites, y éstos enteramente diversos de los que ocupan al gobierno eclesiástico; así es que, aquel circunscribe sus obligaciones á gobernar los actos exteriores del hombre, sus relaciones civiles entre sí; él no se mezcla en los actos internos, ni tiene en valor alguno al pensamiento, ni juzga de la conciencia, ni entiende en los actos mas nobles del hombre, en la moralidad, en las opiniones individuales, en las costumbres particulares; esto fué en todos los pueblos, sucedió en todos los paises, sucede en el dia; ¿qué seria, pues, de las naciones gobernadas solo de este modo, con tan débil freno los hombres, con tan entera impunidad? ¿qué seria de los pueblos, qué de los gobernantes, qué de los soberanos? No queremos decirlo en muchas palabras, dos solas nos bastan, y ellas expresan todos los males, todos los horrores, todas las desgracias que affigirian á la humanidad. Es-

tas dos palabras, lema triste del mundo, serian *Imperio de la fuerza y reinado de la anarquía*. Está dicho todo: estos dos monstruos se disputarian el imperio del mundo si no hubiera un poder que los enfrenara, y este poder es la religion; por esto el gobierno de la Iglesia tiende á sentar su imperio sobre la parte mas noble del hombre, sobre su alma; así es que gobierna el pensamiento, establece reglas para que la libertad no degenera en licencia, refrena las opiniones individuales, arregla las costumbres privadas, modela la conciencia, tiende, en fin, á la moralidad de los actos, y para establecer su imperio, escudo y salvaguardia del civil, establece un código que contiene el catálogo de todas las buenas y meritorias acciones, presentándolas laudables y dignas de recompensa; y á su lado enumera las malas acciones morales que bajo el nombre de pecados hace dignas de castigos y penas eternas, y de este modo estimulando á la virtud y separando del vicio, reprime todos los malos instintos del hombre, refrena sus pasiones, le hace dócil al yugo de la ley, le contiene en los límites de su deber, y así la sociedad puede marchar libre de los males que de otro modo y sin este freno la sucederian, perturbarian su orden y la sumergirian en la anarquía. Es por tanto deudora la sociedad á la religion de un bien inmenso, y el gobierno eclesiástico y su legislacion el mejor y único apoyo del gobierno

civil; el gobierno de la Iglesia es por tanto el mas perfecto.

La Iglesia, gobernada bajo tan santos y sabios principios, regida por hombres tan eminentes, sin más interes que el del bien de sus gobernados, con el Evangelio, ley suprema, produccion de la inteligencia divina y expresion de su amor hácia los hombres por norte y guía, no podia temer ni la opresion ni la tiranía; digan cuanto gusten los impugnadores, pretenda lo que quiera Mr. Guizot, sus frases, por elegantes y bien combinadas que sean, jamas serán otra cosa que discursos de bellas formas, si se quiere, que semejantes á las espumas del mar, vendrán á estrellarse siempre y á desvanecerse en la playa de la verdad y ante las rocas insuperables de los hechos. En la historia los hechos deciden, y la oratoria, por más que preste colorido y belleza á la narracion, jamas podrá competir con la verdad. A los hechos, pues, vamos á recurrir para demostrar que la Iglesia jamas podia propender á la tiranía que nadie, mas que ella, desterró del mundo, jamas podia querer lo malo que ella combatia, jamas aniquilar la caridad, que era el fundamento de su doctrina. Hay ademas, otras razones, que vamos á manifestar. En la Iglesia reinaba el espíritu de discusion, como lo acreditan los concilios; pero no debemos perder de vista que la decision del romano pontífice era la que daba á las determinaciones con-

ciliares la fuerza y vigor que las hacia respetar y obedecer en toda la cristiandad, y por consiguiente que así cumpliera con la obediencia que debía al que Jesucristo entregó las llaves del reino de los cielos, al par que este vicario del pontífice divino sabía que era el siervo de los siervos de Dios, es decir, el criado de sus hermanos, por cuya felicidad y bienestar nada debe perdonar, pues al efecto se le dió el cargo de cuidar el rebaño de Jesucristo, que le dijo: *Pasce oves meas, pasce agnos meos*, y si á su voz debemos todos obedecer sumisos, tambien es nuestro Padre, que cariñoso y eterno, debe procurar nuestro bien, buscar nuestra salvacion y desvelarse por nuestra felicidad, y así era; y de aquí nace que la tiranía es imposible en la Iglesia, y que siempre será esta divina y benéfica madre su mayor enemigo, cuidando con la solitud de tal su estirpacion, como lo hizo siempre, siendo, segun dejamos demostrado, el único poder del mundo, la única institucion que la condenó, y los sacerdotes los únicos impugnadores que tuvo, los solos adalides que sacaron de entre sus hierros triunfante la humanidad que tenia aprisionada entre sus cadenas ominosas.

No sabemos qué vértigo domina á los hombres de mala fé, que les hace ponerse en tan ridículas y depresivas evidencias; y no concebimos cómo hombres de profunda ilustracion, grandes conocimientos, profundamente versados en la historia,

con una pasmosa serenidad se atreven á sentar proposiciones que la historia misma rechaza, sin temer que alguno pueda desmentirlos; y no solo esto, sino llamando en su apoyo los hechos, esponerlos á una derrota tan poco decorosa; pero ello es que sucede, y que los hombres en cambio de llenar su deseo, no se paran y se lanzan á los precipicios como el caballo desbocado que no ve los peligros y no pára hasta estrellarse. Solo á esto podemos atribuir la calumniosa acusacion de que el gobierno eclesiástico tiende á la tiranía, y de que su organizacion sea la causa; y tanto más lo estrañamos, cuanto siendo como somos católicos, profesamos la idea que la Iglesia no puede engañarse ni engañarnos, y asimismo creemos, que cuanto hace y ordena es lo mejor, lo más útil, lo más benéfico para todos; y sabiendo que la tiranía es un vicio, un esceso, un pecado, no podemos convenir en que la Iglesia, que condena los vicios, corrige los escesos y detesta los pecados, hubiera de ser, digámoslo así, su madre, su fautora, tanto menos creible, cuanto que, como hemos dicho, fué la única que dió libertad á las naciones y acabó con la esclavitud, llevando por todos los pueblos, sin reparar en los peligros y en las dificultades, el código santo de caridad que recibió de su divino Maestro, con el encargo de trasmitirlo á todo el mundo, y en cuyo código está escrito: *Todos somos hermanos*; precepto hermoso, que



desde que se comprende no puede haber esclavos; y allí, donde se predica, debe abolirse la esclavitud. Precepto hermoso, que nos hace detestar la tiranía, no ejercerla, ni aun pensar en ella, desde el momento en que leemos en el Evangelio que no debemos oprimir á nuestros hermanos ni tratar con dureza á nuestros inferiores, cuyo bien debemos procurar, puesto que el Señor los ha confiado á nuestra solicitud para que los amemos como hijos, y ellos nos miren, respeten y amen como padres. Díganos de buena fé, ¿después de tantos trabajos como ha costado al clero la propagacion de esta doctrina, después de tanta sangre como derramó y derrama por plantearla, después de tantos sacrificios como le ha costado establecerla, es creíble su abolicion? ¿Es posible que así faltase á su deber, cuando tantos enemigos acechan sus menores deslices para echárselos en cara? ¿Cuanto tan sin razon se la censura? No. Además, tiene otros deberes el clero que le imposibilitan hacerlo, y estos son los de su conciencia, la infraccion del Evangelio, la responsabilidad ante aquel Señor que, al llamarle al sacerdocio, buscó en él su perfeccion, le impuso el deber de cuidar de su rebaño, de enseñar á los demás, de ser su custodio, su guía, su protector, y no su enemigo y su tirano.

No contentos con llamar al gobierno eclesiástico fautor de la tiranía, con tanto cinismo y tan ne-

cia y maliciosa obstinacion, sin temer á las pruebas, sin pensar que, aunque dispersos y perseguidos, aun podriamos defendernos y confundir la acusacion, y aun lanzarla á la frente de los que nos la acriminan, pasan á otras aserciones no menos fatuas é infundadas, y por consiguiente de tan fácil y victoriosa impugnacion como las que dejamos refutadas; pero haciendo, como hacen, mucho daño, y teniendo como tienen séquito entre cierta clase de gentes que ven, oyen y conciben lo que place á esos maestros que los extravían, verdaderos tipos que describe el Apóstol con aquellas tan sabidas palabras: "Se levantarán pseudo-apóstoles que, halagando los oídos con fábulas, se apartarán de la verdad y propagarán fábulas." Así es hoy contra el clero; sus implacables enemigos, en odio á una religion que condena sus extravíos y llora sus errores, atacan á sus ministros, los presentan al desprecio público, siembran entre los sencillos la calumnia para esponerlos al odio ó al desprecio, sin tener en cuenta principio alguno de moralidad; de aquí sucede, que todo lo atropellan y nada dejan á vida; cuanto ven les parece censurable y digno de ataque, ora sea lo más santo y laudable; de aquí sucede, que ciego de odio su corazón, todo lo atropellan, sin pararse en cosa alguna ni temer las consecuencias de su precipitado y enfermo juicio. Ya acometen una institucion, ya esgrimen sus plumas contra una cos-

tumbre; y así, de todos modos, y por todos los medios y caminos, buscan el descrédito de sus ministros y el menosprecio de la religion. ¡Infelices! piensan arrancar de las sienas del clero las más hermosas flores que adornan su corona, ó al menos marchitarlas, sin tener en cuenta que el Fénix nace más vigoroso de entre sus cenizas y de entre las sombras de la calumnia, sale más hermosa la verdad. Así es que, de entre las sombras con que piensan empañar la religion y oscurecer sus timbres y bellas instituciones, pensamos nosotros sacarlos más esplendentes, como los que sabemos que nunca se destaca con más brillo el sol, que cuando encapotan la atmósfera las nubes; porque al traves de sus negras sombras, aparece más grande y esplendorosa su luz; como quiera, pues, que la malevolencia se ensaña en nosotros, nos proponemos desenmascararla, pero completamente, refutando su calumnia: ya lo hemos hecho con algunos, y el curso de los sucesos nos lleva de unas en otras, por lo cual habremos de seguirlos paso á paso, y sus movimientos marcarán precisamente los nuestros, porque ni queremos faltar ni sobrar.

Toca, pues, su turno á la tan manoseada idea de que la Iglesia se niega, segun unos, y segun otros no admite la discusion (pues en esto discordan entre sí); paparrucha que se desvanece tan luego como se reflexiona. Empecemos, pues, su

refutacion, y el resultado nos lo dirán los hechos. Muy desde un principio hubo en el cristianismo luchas. Jesucristo no dijo que vogaria en calma y entre bonanzas la nave de S. Pedro, y así no se podia esperar otra cosa que borrascas y huracanes, tanto mas cuanto previene á sus apóstoles y en ellos al sacerdocio, que estén siempre aprestados á combatir, porque los impíos aguzarán sus lenguas como la serpiente y acecharán como el leon la hora de apoderarse de la presa que han de devorar; y tan cierto es esto, que diez y nueve siglos de luchas lo han acreditado, y que la Iglesia se fundó entre innumerables y poderosas contradicciones. Sola y desvalida tuvo que abrirse paso por entre las corrupciones del siglo, y combatiendo superó al fanatismo de los gentiles, y combatiendo plantó el estandarte de la cruz sobre el capitolio, y combatiendo le hizo adoptar por bandera de sus temidas legiones. Y yo pregunto, ¿cómo fué este combate? ¿se esgrimieron en él dardos, espadas ó lanzas? De ninguna manera; y si algunas hubo no fueron manejadas por los cristianos, que se dejaban degollar impunemente y atormentar sin desplegar sus labios mas que para bendecir y alabar al Señor. ¿Qué opusieron á las armas de sus enemigos? Su constancia y sufrimientos. ¿Qué á los tormentos? La razon y la verdad. ¿Cómo la opusieron? Discutiendo, y véamonos ya en la primera prueba, que manifiesta que no solo no impide la

Iglesia la discusión, sino que la emplea: imponer á la fuerza el yugo suave de la fé no podían hacerlo los hijos del que dijo: "El que quiera seguir en pos de mí tome su cruz y sígame;" y aunque hubieran querido, jamás lo hubieran conseguido doce hombres pobres y desvalidos contra el mundo entero que iban á conquistar. Un gran imperio solo se conquista propagando las ideas y haciendo la revolución en el corazón por medio de la palabra; para desvanecer rancios abusos preciso es impugnarlos, y para impugnarlos discutir, porque solo la discusión ilustra y esclarece la verdad. Véase la historia del mundo y se conocerá que Mahoma proclamó é impuso su ley con la punta de su espada, siendo sacerdote y guerrero á la par, en vez que Jesucristo la impuso por medio de la palabra, y murió víctima de su celo, cuyo ejemplo imitaron sus apóstoles, y hasta el presente los misioneros, porque tienen presente que el Señor les dijo: "Ejemplo os he dado para que imiteis mis obras, y según obró así obréis."

Creo que después de lo dicho nadie se atreverá á poner en duda que la religión de Jesucristo fué propagada por la palabra, y que discutiendo fué como triunfó del paganismo, religión dominante que contaba con las antiguas ideas, con el apoyo de los poderosos, con el jefe del Estado, cuyas pasiones venía á combatir y cuyos privilegios iba á destruir; sigamos la historia, y una se-

rie no interrumpida de hechos vendrá á demostrar que en diez y nueve siglos no se ha separado de esta línea de conducta; que hoy, lo mismo que ayer y siempre, no ha tenido otras armas que las de la razón, y que siempre las ha esgrimido con buen éxito, puesto que la verdad siempre debe triunfar de la mentira, y la razón del sofisma, de la impostura y del error, y así fué efectivamente; y la rápida conquista del cristianismo dice más que nada la razón y bondad de su causa, tanto más si se tienen en cuenta los medios y recursos mundanos con que contaron sus propagadores y los que contaban sus enemigos, puesto que aquellos eran tristes doce hombres elegidos del pueblo, pobres é ignorantes, sin el prestigio que dan el nacimiento, las riquezas y las ciencias, y éstos revestidos de la diadema y la púrpura, amaestrados en los ateneos y areópagos, al frente de poderosos imperios y aguerridas legiones, dominando un mundo que los obedecía como esclavo y que tiranizaban como dueños absolutos y despóticos; circunstancias todas que no parece dejar duda alguna acerca del éxito del combate que se iba á empeñar, y que sin embargo concluyó al revés de como una sana crítica y una recta lógica hubieran creído, y concluyó así porque era la lucha de la razón con la barbarie y de la religión con la superstición, y porque el campo donde se empeñó el combate era el del corazón, y las ar-

mas que se esgrimieron las del discurso y el raciocinio, y estas tienen todos los elementos de triunfo cuando llevan en su apoyo la verdad; así fué que estos pobres pescadores confundieron á los sabios y propagaron la doctrina del Redentor sin otras armas que las de la palabra, sin otros elementos que la discusión y los milagros que el cielo obraba para confundir el error y la mentira.

Derrotado el paganismo en el campo de la razón llevó sus armas al de la fuerza bruta, y las persecuciones estallaron contra los fieles, dándose en los decretos por toda causa que eran cristianos, y suponiéndolos reos de los mayores crímenes contra la religión, la moral y el Estado. Contra la calumnia y la injusticia se levantan los cristianos y reclaman el derecho de defenderse y discutirse, y este derecho se les niega, y á esta petición tan justa se da por toda respuesta el tan sabido apóstrofe: ¡Cristianos á las fieras! y sin oírlos se les encierra, se les arroja á las llamas, se les crucifica, se les manda al tormento y se les lleva á los circos y anfiteatros para que sirvan de diversión al pueblo, y sean pasto de las fieras. Tal fué la conducta que con ellos se observó; así lo escriben las actas de los mártires, así los historiadores cristianos, así los mismos gentiles; de modo que esta verdad aparece por todos atestiguada, hasta por los mismos enemigos, y es de las que no pueden ponerse en duda sin incurrir en el mas

necio pirronismo. Ahora bien: ¿son los cristianos los que se niegan á discutir? ¿son los que rehúsan las armas del discurso? ¿ó son sus enemigos? Creemos que no habrá hombre tan estúpido que acuse á los primeros y absuelva á los segundos, que reclame para éstos la preza de discutidores, y para aquellos la de opresores; y si le hubiere, no sabemos ni nos atrevemos á calificarle. No ignoramos que acaso rechazarán estos argumentos por incongruentes y estemporáneos; quizá responderán á ellos, que no son competentes porque se habla de la Iglesia en tiempo de su apogeo y esplendor; pero esta réplica se desvanece, primero, conociendo y sabiendo que la Iglesia fué y quedó constituida esencialmente por Jesucristo su divino fundador, y que despues solo ha adaptado sus formas á los lugares y pueblos á que se ha extendido y propagado, pero siempre conservando su constitución esencial sobre la cual ha basado todas sus reformas, y por consiguiente que fué siempre y no podrá menos de ser hasta la consumación de los siglos, protectora de la razón; que si bien sujeta á reglas para que no se extravíe, también deja en libertad de raciocinar con sujeción á las reglas que le da por base. Segundo: como prueba de que ni el tiempo ni las circunstancias la han variado en este punto, decimos, que acostumbrados á buscar las cosas en su origen y traerlas por sus pasos contados hasta los tiempos pre-

sentes, hemos descendido á los tiempos primitivos, pero con ánimo resuelto de llegar, si Dios nos lo permite, hasta los nuestros; así, pues, suplicamos á los escrupulosos suspendan su juicio, y ya que con tanta paciencia los hemos leído, y oído impugnarnos sin interrumpirlos, que nos imiten y sigan en la discusión, y cuando háyamos concluido nos repliquen; pues les aseguramos que con la historia á la vista, nada les hemos de dejar á que puedan asirse, puesto que tenemos abundancia de materiales para defendernos.

Pasando de las persecuciones hallamos un tiempo en que los gentiles cambiaron la espada por la pluma, y vomitaron contra la religion y el clero cuanto el infierno en su tenebroso caos pudo discurrir; en aquellos escritos ni quedó calumnia, ni sarcasmo, ni crimen, ni acusacion que no se emplease contra la religion y sus ministros; llenos están los libros de los Padres de estos escritos y sus refutaciones, y esto prueba que el clero acudió al combate, y vino al campo de la discusión. En otra parte de esta obra hemos tratado de esta materia con alguna estension, y por eso nos remitimos á ella, donde los curiosos podrán ver, así como nuestros enemigos, la injusticia que con nosotros se comete al tratarnos de enemigos de la discusión, presentando en este lugar la sucinta relacion que acabamos de hacer, tan solo como una prueba correlativa que demuestra que sin in-

terrupcion hemos venido discutiendo, y por lo mismo que ni la religion, ni la Iglesia, ni sus ministros han rehusado discutir, ni menos han dejado de hacerlo siempre que al campo del raciocinio acudieron sus enemigos; sin embargo, debemos advertir que la razon tiene y el discurso, sus límites en esta materia, y que ya los marcaremos en su lugar competente, pues seguimos en esto como en todo órden y cronología; y no debemos precipitar ni los sucesos, ni la deducción, por temor de escrúpulos infundados de algunos espíritus meticulosos ó precipitados. Así, pues, yo pregunto, anudando mi contestacion, en la época de las acusaciones contra el clero hemos visto que no rehusó la discusión, y aducido como prueba las apologías que el clero publicó en su defensa, cuyos libros y autores son de todos conocidos, y en cuyas obras están las acusaciones y su refutacion, y esto dice más claramente que todas las acusaciones que el sacerdocio jamas se negó á discutir, y que siempre estuvo dispuesto á defender las doctrinas de la Iglesia. Tenemos, pues, que el sacerdocio en esta época, como en las anteriores, no varió su carácter discutidor, que lo fué y siguió el espíritu de la Iglesia, y practicando el consejo del Apóstol que encarga, como uno de los deberes del episcopado, *arguér* [*argue*].

En pos de esta época, y triunfante en todos los terrenos del gentilismo, malos hijos, amamanta-

dos con las doctrinas de la Iglesia, educados en su regazo y criados en su seno, rasgan sus entrañas maternas y rompen su manto de reina. Las herejías estallan, los errores se propagan, y arrebatando muchos incautos aparecen los cismas. ¿Cuál fué, pregunto yo, la conducta de la Iglesia en estas circunstancias? ¿El clero se negó á discutir? Oigamos lo que dice la historia; avoquemos los hechos en comprobacion de la verdad; dejemos á un lado las argucias y los sofismas; y los sucesos, argumento el más indestructible que puede presentarse, dirán de parte de quién está la razon. Desde Simon Mago hasta nuestros dias, la Iglesia, al levantarse las herejías, al surgir el error, al proclamarse los cismas, siempre ha acudido á la discusion para estirparlos; desde S. Pablo y S. Juan, refutadores de Simon Mago, Ebion, Cerinto y los pseudo-apóstoles, hasta nuestros mismos dias, las plumas y las palabras han sido las armas de la Iglesia, y los concilios á que los heresiarcas han sido citados al campo del combate. Bien pudiéramos formar un catálogo de los nombres de los corifeos de estas tenebrosas doctrinas, y de los de sus impugnadores; pero seria demasiado largo y estenso, y por otra parte supérfluo, puesto que es tan sabido de todos, que no habrá nadie, por peregrino que sea en la historia, que no los sepa y conozca los errores de unos y las razones de otros, y la conducta de lenidad que con los disi-

dentés observó siempre la Iglesia, al par que la energía con que los impugnó el clero; sin embargo, bueno será anotar algunos. Arrio tuvo por impugnador á S. Atanasio; los donatistas á S. Agustin; S. Antonio y santo Tomás confunden á los sacramentarios y albigenses; S. Bernardo á Pedro Abelardo, los eutiquianos, nestorianos, husitas, marcosianos, luteranos, calvinistas y demas llamados á los concilios, ó se han presentado y sido confundidos en la argumentacion, resueltas sus dificultades, confesados por ellos sus errores y condenadas sus obras á las llamas despues de retractarse, ó han huido la discusion; y despues de refutados han sido amonestados, requeridos, buscados y agotados todos los medios de lenidad, condenados los herejes por la Iglesia, que no pudiendo ni convencerlos, ni atraerlos, los espulsaba de su seno como perjudiciales á la sociedad que emponzoñaban con su aliento y al rebaño del buen pastor que estraviaban del redil. Tal ha sido la conducta del clero; sábia, sapientísima, justa, porque siempre es mejor que perezca uno que no que todos se contagien, y condenar con tiempo un culpado, que por haber éste corrompido á los demas, tener que condenar muchos miles que sin su contacto hubieran vivido inocentes.

Yo quisiera que me dijeran los enemigos del clero, cuándo y á quién condenó la Iglesia sin discutir con él; yo quisiera se me señalara la época

en que la Iglesia proscribió la discusion y el documento donde conste; pero estoy seguro por demas que no lo harán, y me afirmo en esta idea, porque sé que tal documento, tal determinacion, es imposible que exista en una Iglesia que tiene por base de su código la caridad, y á cuyos prelados, entre los deberes que se les prescriben, son: *obsecra, argue, increpa*; pero como para acusar sin razon basta una mala voluntad y una intencion siniestra, cosas que abundan por demas en los enemigos de la Iglesia y acusadores del clero, por eso sin duda desconocen la razon que todo el mundo ve, y desoyen la justicia que asiste al clero. Sin embargo, ellos mismos, por medio de continuas contradicciones, se ponen en manifiesta evidencia, con lo cual prueban, más que las mejores apologías, la injusticia de su causa y la mala fé que dá impulso á sus acciones; así es, que el mismo Guizot, tan circunspecto y amaestrado en la discusion, no ha podido menos de contradecirse á sí mismo, pues cuando dice: "Que la Iglesia niega el derecho de exámen," á los pocos renglones se espresa en estos términos, para probar que en la Iglesia domina el hecho de la libertad: "¿Cuáles son, dice, sus instituciones, sus medios de accion? Los concilios provinciales, nacionales, generales, una continua correspondencia y publicacion de cartas y escritos. Jamas se ha visto un *gobier-*no que haya procedido hasta este punto por medio

de la discusion por la deliberacion comun, pero creeréis haber entrado en el seno de las escuelas de la filosofia griega; por lo tanto, debeis saber, que no tratamos de una pura discusion, de la sola indagacion de la verdad, sino de la autoridad, medidas que deben tomarse, decretos que espedirse; en fin, de un gobierno. Mas tal es en el seno de éste la energía de la vida intelectual, que se convierte en el hecho dominante, universal, al cual ceden todos los demas, y lo que resplandece por todas partes es el ejercicio de la razon y de la libertad <sup>1</sup>."

Tales son las palabras de Mr. Guizot, y ellas, más que nuestras razones, prueban la contradiccion en que se pone con su aserto anterior, contradiccion que solo podemos atribuir á la precipitacion ó secundaria idea con que escribió las primeras, y á la verdad que le arrancó las segundas; verdad que nadie puede destruir, porque así era, es y será el espíritu de la Iglesia; razonador de vida, de progreso; y por esto comunicó movimiento, vida y progreso á la sociedad, dió expansion á las ideas y colocó la humanidad y los pueblos en el sendero que ha de conducirlos á su perfeccion; pero cuidado que sin la Iglesia católica no puede llegar á tan deseado término, porque solo marchando ella á su frente es como pueden evitarse

1 Guizot. Hist. de la civilization, pág. 137.

los escollos de que está sembrado este camino, escollos que pueden muy bien hacer fracasar las mejor combinadas empresas; porque sola ella arreglando la conducta de los hombres, moralizando sus pasiones, es la que puede conducirnos sin inconvenientes á la perfeccion; ella sola es la encargada de corregir los abusos del poder y de impedir las revoluciones, señalando límites á la autoridad de los poderosos, y haciéndoles conocer que sus subordinados son sus hermanos, pone freno á la ambicion y destruye el despotismo y la tiranía, y enseñando á los pueblos á mirar en los gobernantes la imágen de Dios que deben respetar y acatar, evita las sublevaciones, y de este modo, conteniendo á unos y á otros, conserva la paz de los Estados que, sin auxilio, estaria siempre espuesta á perturbarse. Quitad á los hombres el freno de la religion y habréis convertido el mundo en un caos de miserias y desgracias; habréis hecho el mayor perjuicio á la sociedad que, sin este freno, seria enteramente imposible; ¿y sabeis por qué? porque los hombres no conocerian otra ley que la de la fuerza, y el imperio de la razon y de la justicia concluirian en el mundo; porque los más fuertes subyugarian á los débiles, porque las masas no obedecerian, no reconocerian gefes puesto que disputarian con la fuerza un poder que creaba y conservaba la fuerza, un poder fundado y sostenido por la fuerza, y, por decirlo de

una vez, los hombres todos, guiados y sostenidos por unas pasiones desbordadas, sin reglas que las contengan, sin freno que modere sus instintos y ponga coto á sus escesos, viniendo de este modo el mundo entero á caer bajo el dominio de la anarquía, bajo el imperio de la guerra, donde unos con otros estarian en continua pugna, viniendo así á reinar en el mundo el desórden y la confusion que todo lo trastornarian é invertirian, y llevarian la desgracia hasta el último extremo, sembrando por todas partes el luto, el llanto, la miseria y la muerte.

Así, pues, es necesario convenir en que el gobierno de la Iglesia ha sido, es y será necesario á la sociedad en general, á todos los estados, á todas las clases, á todas las condiciones; y es necesario, porque sin él no habria ese poder que domina al hombre espiritual y le hace sujetar sus pasiones á la razon, y doblegar su cuello ante la ley. El clero en esto, como en todo, ha prestado á la sociedad un servicio eminente que ha refluído en pro de la civilizacion, y este servicio se hace tanto mas palpable y manifesto, cuanto que considerada la Iglesia en sí misma, establece un gobierno medelo al cual deberán un dia nivelarse los demas gobiernos del mundo si quieren caminar á la perfeccion: poco importa que se la quiera hoy motejar, menos que se la quiera deprimir; sus enemigos mismos deben confesar que de ella han tomado ejemplo para arreglar sus sistemas, y



que sin ella no podrían plantearlos, ni jamás concebirlos; tanto es lo que deben á la Iglesia y al clero los que hoy se llaman espíritus fuertes y sus enemigos, y no son otra cosa que unos ingratos que, sin duda por no agradecer los beneficios, quieren olvidarlos ó rebajarlos, pues tal es la miserable condicion de la soberbia, que todo le parece despreciable, con tal de tener que humillarse á reconocer superior. Si de la consideracion del gobierno de la Iglesia en sí mismo pasamos á sus relaciones con los reyes y los pueblos, á muy poco que reflexionemos conoceremos los inmensos beneficios que por este medio ha reportado al mundo, y no se podrá menos de conocer cuánto ha hecho por la sociedad y la civilizacion. El órden nos ha traído á este terreno, y así estamos en el caso de abordar tan interesante materia. Lo deseábamos y lo temíamos, porque el terreno que vamos á recorrer es un terreno muy andado y poco conocido, pues á serlo, no sucederia que tanto se atacase en él al sacerdocio, que puede, con razon, llamarle la página de oro de su historia, la mejor flor de su corazon y su mas ilustre blason; así, pues, en este campo, mucho tenemos andado, lo que no sabemos, y este era nuestro sentimiento, es, si tendremos paciencia para no decir mas de lo que quisiéramos y podernos contener en los límites de la caridad, que todo quisiéramos mejor que verla infringida en nuestro libro; debemos

por lo tanto manifestar que, si así sucediese, es contra nuestro deseo, y que nuestra voluntad es refutar, pero en modo alguno herir; por tanto á cualquiera que puedan resentir nuestras palabras, anticipadamente pedimos indulgencia y perdon.

Con esta salvedad vamos á entrar en el objeto que nos ocupa y á considerar la Iglesia en sus relaciones con los pueblos. Desde luego hemos manifestado en este mismo capítulo que la Iglesia era en extremo popular, y que el clero salió de las filas del pueblo, lo cual era una poderosa razon para que el pueblo le llamase y él se desvelase por la felicidad del pueblo. Muy pocas razones bastarán para probar que el clero era hijo del pueblo en su casi totalidad; pero estas razones harán una demostracion de esta verdad tal, y tan patente, que ella sola desterrará del alma hasta la última y mas insignificante razon que pueda objetarse. Veámoslo. Subyugado el mundo por la fuerza se compuso de señores y esclavos; aquellos eran de la raza conquistadora, éstos de la vencida; para aquellos se reservó el dominio y los privilegios, para éstos la opresion y el trabajo; así era que el ejercicio de las armas se reservó para los vencedores, y para los vencidos las artes, la agricultura, el comercio y las ciencias, por manera que la ocupacion de los señores era el ejercicio de la guerra ó de la caza, mientras la de los esclavos eran las artes y demas ramos del saber,

las obras del ingenio, el ejercicio del talento; así fué que solo en el pueblo se vinculó la ciencia, y por esto solo del pueblo salió el sacerdocio: constituido un hombre del pueblo en el estado sacerdotal, dejaba de ser esclavo, y por consiguiente se elevaba sobre sus hermanos de infortunio; pero no era este solo el privilegio que la Iglesia le concedía, pasaba á mas: como encargado de dirigir las conciencias se elevaba sobre sus antiguos y orgullosos señores, y se ponía en el caso de reprenderlos, contener sus escesos y refrenar sus pasiones, y aquellos grandes señores ante quien se arrodillaban los pueblos enteros y temblaban millares de hombres, doblaban su cerviz á las palabras del humilde hijo del pueblo, que en nombre de la religion reprendía sus vicios y desórdenes, anatematizaba su conducta y los hacía deponer sus instintos guerreros y sacrificar en el altar de la religion y aras de la caridad, sus odios, sus rencores, y hasta sus pasiones mas desenfrenadas. Para esplanar esta idea como se merece, descendemos á los tiempos, presentaremos los hechos y recorreremos la historia.

Los tiempos, los hechos y la historia nos dicen que la Iglesia nació en el tiempo del imperio romano, que dominó los pueblos que éste dominaba y que vivió con él en muy buena armonía desde el momento en que el gran Constantino fijó en sus estandartes el Lábaro. No hay para que re-

cordar todos los sucesos ni los medios cómo desde las catacumbas subió al Capitolio, ni hay para que hacer mérito de sus servicios en pro de la humanidad y de la civilizacion durante esta época de sus glorias y sus martirios, de sus trabajos y sus laureles, porque sobre este particular versa una gran parte de lo que llevamos escrito en esta obra; pero cayó el imperio romano y los bárbaros se dividieron su púrpura, y entonces la Iglesia se encontró frente á frente con los conquistadores de la Europa, se vió en presencia de esos reyes bárbaros, de esos gefes errantes sobre la tierra, ó establecidos en sus castillos con los cuales ningun lazo la unia, ningun vínculo la estrechaba, ningun contacto tenia; ni por sus tradiciones, ni por sus creencias, ni por sus sentimientos podia el clero convenir con unos hombres que no tenían ni su espíritu, ni su caridad, ni sus propensiones humanitarias, y antes por el contrario, costumbres, hábitos y tendencias eran enteramente diferentes, opuestas, contrarias; fautores los unos del despotismo, mientras los otros predicaban caridad; aquellos no conocían más ley que la opresion, mientras éstos acataban la ley de la humanidad; en éstos dulzura y amor, y en aquellos la ley del sable y del terror; de cualquier modo que se considere, las circunstancias del clero eran las más críticas y estaba muy espuesto á su ruina y á no poder ser útil á sus hermanos, quedando á lo más

mero espectador de los desastres que afligian la humanidad y la civilizacion. En tan azarosa crisis, á fuerza de pensar en salvar estos objetos predilectos encontró un medio, y fué el de tomar posesion de los bárbaros y convertirlos, medio por el cual cumplian con el doble deber de propagar la religion y salvar la humanidad, y en los dos casos ejercer la caridad, que es la mayor virtud que proclama la religion de Jesucristo.

Elegido así el medio que podia hacerlos útiles á la religion y á sus hermanos, se ocupó en el modo de llevarle á cabo, y tal fué el punto adonde dirigió sus esfuerzos, y el blanco de sus meditaciones y pensamientos. Cuando deseamos con ansia una cosa, el mismo deseo nos sugiere los medios de conseguirla, porque no hay un mentor más sagaz ni afortunado, y así sucedió en esta ocasion; el clero conoció cuánto hiere los sentidos y la imaginacion de los pueblos groseros todo lo que lleva el sello de maravilloso y grande; y al efecto, se propuso dirigirse en primer término á los sentidos y á la imaginacion para dominarlos y hacerlos que se rindieran, siendo más tratables y humanos con los vencidos. Para conseguir su objeto la Iglesia, empezó por celebrar los misterios de la religion con gran pompa, con admirable esplendor y con una magnificencia que cautivaba los corazones y rendia las almas por medio de la solemnidad de las ceremonias sagradas, acompañadas

siempre de los melancólicos y dulces ecos que resonando bajo las bóvedas del templo santo, morada del Dios de la clemencia, debian llevar al corazon ideas de dulzura, que necesariamente debian amansar y cambiar los feroces instintos adquiridos en las selvas, desarrollados en las lides, y más y más arraigados en el corazon con el dominio despótico que ejercian con los vencidos. Para probar esta verdad, no hay más que repasar las crónicas, y en ellas veremos que ésta es la época de las grandes festividades eclesiásticas y de las suntuosas ceremonias establecidas para el culto. Entonces conoceremos que la Iglesia y los clérigos, cuanto han hecho y hoy se les critica, fué hecho con un fin laudable, humanitario y social; y una vez conocido esto vendremos, sin mucho trabajo, á conocer la injusticia de los que calumnian al clero, y dan un fin siniestro á todos sus actos, y una torcida interpretacion á sus más rectas y santas intenciones: yo quisiera que me dijeran los acusadores, si mirado el culto bajo este aspecto, ya que no quieran concederle su necesidad como dado á Dios, autor de todo y Señor de todos, fué necesario y útil, humanitario y provechoso, social y civilizador; creo responderán afirmativamente, tanto más, cuánto á él fué debida en gran parte la civilizacion de los bárbaros, el bien de los vencidos y la salvacion y progresos de la humanidad; pero si por el contrario manifestasen aún du-

da, yo les suplicaria me indicasen en la historia otros medios, y á su vista me convenceria de mi error.

Una vez atraídos al templo por estos medios, logró el clero poco á poco irlos instruyendo por medio de la predicacion, hasta que consiguió convertirlos: hecho esto y establecidos ya en el cristianismo, hubo algunos lazos que los unieron á la Iglesia, como no podia menos, y esta union fué estrechándose más y más á medida que la idea de mirarla como madre, fué teniendo cabida en su corazon. Una vez que los bárbaros pudieron familiarizarse con la idea de que la Iglesia era la madre de todos, el clero pudo inculcarles otra no menos provechosa, cual fué la de que los hombres todos, sin distincion de clase, nacion, raza ó pueblo, somos hermanos, acreedores á la consideracion unos de otros; que nos debemos un amor recíproco y un cariño entrañable; que aborrecernos, injuriarnos y maltratarnos era un delito que Dios castigaba con eternos tormentos, así como amarnos, auxiliarnos en la desgracia y en el dolor consolarnos era un mérito y la práctica de una virtud, cuyo ejercicio era recompensado con la gloria infinita y con celestiales placeres. Sin embargo, debemos manifestar, que antes de llegar el clero á conseguir inculcar tan caritativos pensamientos en los bárbaros, tuvo que luchar, y antes de infundirlos tan humanitarios y civilizadores pensamien-

tos trabajó; y tanto, que por solo esto deberían merecer más atenciones de sus enemigos y menos insultos, puesto que sin esto, la sociedad no se encontraria hoy en el estado que se halla, y acaso los que así le insultan no estuvieran en la condicion que hoy se ven, y el mundo gimiera bajo el peso de la esclavitud. Y no se diga que suponemos esta lucha, porque los hechos lo acreditarán, así como los trabajos del clero por adquirir, no su triunfo, sino el de sus hermanos; no un privilegio para su egoismo, sino la libertad para todos; no la opresion y el embrutecimiento de las masas, sino su ilustracion y la participacion en los derechos que nos dió el Omnipotente y que la fuerza y la ambicion le habia arrebatado. Por esto luchó el clero, por esto se espuso al odio de los conquistadores, por esto arrostró sus iras, les hizo frente y los humanizó: digan ahora cuanto gusten los opositores si tienen alma para decirlo; siempre será cierto que la historia y los hechos vendrán en nuestro apoyo, harán buena nuestra causa y confundirán su atrevimiento sacando triunfante la verdad y anonadando la calumnia. ®

Con poco que meditemos conoceremos la lucha que el clero se vió precisado á sostener con los bárbaros para civilizarlos y salvar la humanidad de los males que la afligian; para esto bastará que reflexionemos sobre las costumbres, hábitos é instintos de los pueblos que inundaron y devastaron

la Europa, y al momento vendrán de tropel á nuestra imaginacion males sin cuento, desgracias enormes y toda clase de aflicciones; al momento se presentarán á nuestra vista con su orgullo, despotismo y falta de ilustracion; y esta presencia nos dirá más altamente que las palabras, todos los peligros que arrojó el clero para convencerlos y convertirlos, puesto que todos sabemos lo espuesto que es querer dominar los instintos de la soberbia y del orgullo, tanto más, cuanto mayor es el desarrollo é incremento que han conseguido; por todo lo espuesto nos vemos en la necesidad de manifestar, que la brutalidad, la irreflexion de las costumbres bárbaras eran tales, que las nuevas creencias y sentimientos que la religion les habia inspirado ejercieron bien poco imperio sobre ellos, y bien pronto la violencia volvió á ocupar su puesto y se declaró omnipotente, y en su vértigo arrastró la sociedad y la Iglesia; pero ésta que supo detenerlos, inspirándolos amor al prójimo y veneracion á la religion, cuando vió rotos estos diques por la falta de caridad y por la elacion del corazon, proclamó el principio de separacion de los dos poderes temporal y espiritual, y así salvó su independencia y estuvo en el caso de poder ser útil á sus hermanos, proteger la humanidad y salvar la civilizacion. Con ayuda de este principio la Iglesia ha vivido libre al lado de los bárbaros, sosteniendo que la fuerza no podia dominar las creencias,

ni tenia accion alguna sobre la voluntad; que le era imposible ejercer coaccion sobre las esperanzas y promesas religiosas, porque el mundo espiritual era enteramente diferente del temporal, se puso en el caso de resistirlos, de defenderse y concluyó por dominarlos.

Con frecuencia oimos decir que el clero ha usurpado un poder y se ha sobrepuesto á los reyes, y esto lo acriminan y vituperan los impugnadores, y tanto, que lanzan á la frente del clero, por esta razon, cuantas acusaciones pueden imaginarse, y yo supongo que no hubiera razon alguna para sostener esta conducta del clero, más que la que acabo de esponer: pregunto: ¿fué útil á la sociedad? ¿Ganó con ella la humanidad? ¿Consiguió algo la civilizacion? Seguramente que no habrá quien no diga que fué la tabla en que tan caros objetos se salvaron; y entonces, ¿por qué tanto acriminar? Si vosotros profesais el principio de que una cosa para que sea buena basta que produzca á la sociedad algun beneficio, ¿por qué ésta que tantos y tan grandes ha reportado ha de ser criminal? No lo concebimos; pero prosigamos: es criminal, ¿y por qué? ¿Dónde está su maldad? ¿Dónde su crimen? Que lo indiquen, que lo digan, y luego lo sabremos y veremos si tienen razon; pero en tanto no lo conozcamos no podremos asentir á su parecer, porque es un principio sabido de todos, "que no podemos querer una cosa sin conocerla

antes," y principio tan cierto que nadie osará ponerlo en duda; así, pues, en tanto no manifiesten la criminalidad de esas acciones del clero, no accederemos á confesarla, y haremos mas, la rechazaremos y la tendremos por falsa y calumniosa; pero en cambio diremos que el clero salvó la sociedad, y por este medio se emancipó de la tiranía de los bárbaros y se puso en el caso de hacerles frente, defender sus derechos y los de la humanidad y la civilizacion, y estos beneficios, estos resultados bien merecen, no un lugar entre los crímenes, sino un puesto entre los favores; no la acusacion, sino la alabanza; no el desprecio y sí los honores. Con todo, sucede lo contrario, y esta es otra prueba mas de la injusticia con que se trata al clero por los hombres de la filosofia, por los partidarios de la razon. Tambien los positivistas, los hijos de este siglo de positivismo están en contradiccion manifiesta con sus doctrinas; ellos están por los hechos, y contra nosotros esponen todo menos hechos; los traemos en nuestro apoyo y los rechazan, dando, ó aparentando dar mas crédito á cualquier paradoja, ó cuento, ó fábula, forjados por sus parciales contra el clero, que á los hechos que les presentamos en nuestro abono, que todos reconocen y confiesan, que nadie niega, pero que ellos desechan con admirable candidez, con pasmosa confianza, como si hicieran un gran acto de *ilustracion*.

Nosotros queremos, sin embargo, enumerar los bienes que alcanzó la sociedad, ó mejor dicho, que el clero la conquistó, y los queremos enumerar para que el mundo entero comprenda lo injusto de las acusaciones con que se le pretende denigrar. En un tiempo en que todos se prosternaban ante el poder, cuando la fuerza lo atropellaba todo y el vencido no conocia derecho alguno, es precisamente cuando el clero reclama la independenciam del poder espiritual, lucha y la consigue; escudado en ella hace frente á los poderosos, no tan solo por salvarse, sino mas bien por salvar los oprimidos; así es, que muy luego le vemos en los concilios dictando y haciendo admitir de los soberanos y magnates las leyes mas benéficas y hermosas que han salvado la humanidad, y que en los diversos capítulos de esta obra quedan, ó copiadas literalmente ó citadas. En esas célebres asambleas se ve atender con escrupulosa minuciosidad á cuanto puede interesar á la humanidad y á la civilizacion; allí se garantiza la vida del esclavo, allí se aligeran sus trabajos, allí se facilita su libertad, allí se atiende á su educacion. El clero fué su padre, fué su tribuno, fué su padrino, fué su protector y fué su maestro. El fué el único poder que contuvo los excesos de la fuerza, el único que acogió á los oprimidos, el único que no se desdendió asistirlos en las mazmorras, en las enfermedades, en todas sus desgracias; él lle-

vaba el consuelo á sus cabañas, él tronaba en presencia de los grandes contra la soberbia, contra la ambicion, contra el vicio, condenaba la tiranía y amenazaba en nombre del Dios de la justicia á todos los hombres que oprimian la humanidad sin miedo ni consideracion, y á esto se debe que el carácter feroz de los conquistadores se humanizase, á esto que el pueblo mejorase su condicion, á esto la libertad y la ilustracion, ejes sobre que gira la sociedad. ¿Y cómo, por qué, á la sombra de qué institucion proclamó é hizo triunfar estos principios humanitarios? Escudado en su inmunidad. La inmunidad del clero ha sido por lo tanto mas útil á los pueblos y á la civilizacion que á ellos mismos; es una institucion altamente humanitaria, que los filántropos debian para ser consecuentes acoger y no impugnar, y acogerla como el mas hermoso báculo de la trabajada sociedad.

Cuanto se critica en el clero, bien considerado, sin acrimonia ni pasion, son otros tantos blasones del hermoso escudo que le honra, son otros tantos principios que, hijos de la caridad, refluyen en beneficio del mundo. ¿Cómo, pues, se los acrimina? Esta pregunta solo puede satisfacerse diciendo: "Que no habiendo causas, ni aparentemente justas, son el parto de las mezquinas pasiones del odio y de la venganza que se destacan en dictorios y se desahogan en imprecaciones contra los que no pueden igualar, pensando que la calumnia

oscurecerá unos servicios que publica el mundo entero, y que vivos en todos los corazones agradecidos, durará su recuerdo mientras dure el mundo, porque el clero con su conducta, reproduciendo diariamente estos servicios, hará que estén siempre vivos en los corazones:" pero ya me parece que dicen que lo espuesto es una suposicion y un cuadro trazado por la pasion mas que por la justicia; y para desvanecer esta suposicion no me detendré mucho, y así les probaré que mi hábito sacerdotal, no está en contradiccion con la imparcialidad, y que la verdad es lo único que trazará mi pluma, porque su triunfo es el objeto que en la presente obra me he propuesto. Hecha esta salvedad voy al asunto, y presentaré los hechos que prueban lo que acabo de decir.

No contento el clero con proteger los esclavos, instituyó las fiestas, y por este medio, al par que les proporcionaba descanso, pues en tales dias se vacaba al trabajo, les daba lugar para bendecir al Señor, y en los templos, sitios de la oracion, se enseñaban los deberes, que impone la religion, y así se moralizaban y acostumbraban á la hermosura de la virtud y á la detestacion del vicio, de la cual resultaba que se hacian mas morales y sociables, en lo cual se ve que el clero buscaba el modo de proteger la religion y la humanidad propagando aquella y salvando ésta, para de este modo sostener la sociedad y estender la civilizacion.

Al mismo tiempo se constituyó en maestro, y las iglesias y monasterios fueron otras tantas escuelas donde el pueblo pudo aprender todas las ciencias, y fué tal su abnegacion, que no titubeó elevar al sacerdocio los niños pobres que educaba, como el que sabia que la caridad debe ejercerse con todos, y que nadie es hijo mas que de sus obras; de este modo fué como el clero protegió y dió carrera á los menesterosos, y buscó los talentos que Dios reparte sin acepcion de personas, y sacándolos de la oscuridad de su nacimiento los puso en disposicion de brillar y ser útiles á sus semejantes contribuyendo al esplendor de la sociedad. Y no se nos diga que esto sucedia entonces y que el clero despues se hizo egoista, porque contra esta asercion están los hechos, y hechos tan palpables y recientes que hasta pueden nombrarse, citándose personas que viven y han sido educadas por el clero, algunas de las cuales figuran en la sociedad; pero no queremos hacerlo porque nos basta una prueba general que todos conocen y nadie osará negar, y es la que vamos á aducir. Nadie ignora que al abrigo de un claustro se educaban los hijos de los pobres, y todos sabemos que donde habia un monasterio ó convento, cualquiera tenia un medio de educar sus hijos sin grandes dispendios mandándolos á aquellos caritativos asilos; un monje, un fraile, jamas se negaron á instruir un pobre, y en esto muchos

curas y aun sacerdotes particulares los imitaban é imitan: educado en el latin, si tenia vocacion ingresaba en la órden, y aquel religioso *tan egoista*, segun los mundanos, no se desdeñaba contribuir á que su discípulo fuese admitido á la sociedad, ¿qué digo? se constituia en su protector, y hasta con su pobre limosna contribuia para los escasísimos é indispensables gastos que habia que hacer; no contento con esto minaba por todas partes y ponía en juego los hermosos tesoros de la caridad, moviendo todos los corazones, interesando todas las almas, y por último, haciendo concurrir á todos á aquella obra, conseguia que el jóven ingresase en la religion; allí una vez con el hábito, si por sus méritos se le consideraba digno de la profesion, efectuaba ésta á su tiempo, y desde aquel dia el hijo del pueblo, el hombre de humilde cuna, ocupaba en la sociedad una diferente posicion, merced á la cual se encontraba en actitud de hacer brillar sus talentos. El fraile ó el monje le sacaron de la oscuridad, le igualaron á sí, de modo que una vez profeso se le daba en el claustro la misma educacion que á los demas, sin que se conociesen otros méritos que los de su buen comportamiento, los de su virtud, los personales. De este modo se portaba y porta el clero; presénteme los opositores iguales ejemplos en otras corporaciones, y entonces podrán llamarse á la participacion, lo cual no es fácil que cumplan; así,



pues, estamos en el caso de proclamar al clero como el estado mas humanitario y civilizador de cuantos conocen las naciones, y por lo mismo digno de proteccion y respeto, y no de vilipendio y escarnio.

A estos hechos podemos añadir muchos en todos los ramos; pero bastan los referidos para probar la justicia de su influencia entre el pueblo y las justísimas relaciones que á él le unian; tales, pues, fueron los medios como protegió la sociedad y el modo como influyó en ella. Yo quiero que me digan en qué perjudicaron estas relaciones al pueblo, en qué no le fueron útiles; y si por el contrario se reconocen como necesarias y útiles, como salvadoras de la sociedad y de la civilizacion, entonces, ¿por qué acusarlas? ¿Por qué acriminarlas? ¿Por qué proscribir las? Porque son del clero. ¡Cuánto no se encomiarían si hubieran sido la obra de cualquier otra clase de la sociedad! ¡Tal es el modo de juzgar de nuestros enemigos! Sin embargo, poco nos importa mientras en alta voz, y con los hechos, podamos demostrar al mundo entero, que cuantas instituciones benéficas tiene, y cuantos privilegios goza, todo se lo debe al clero, sin el cual jamas hubiera salido de la opresion y de las cadenas, de la barbarie y de la abyeccion. Y esto se lo demostramos primero con decir, y nadie lo contradecirá, que el clero estaba al frente del mundo intelectual y que, merced á su ciencia

y á su caridad, el único que tiene verdaderas ideas de moral y de justicia; y su desprendimiento y energía era tal, que no titubeaba un momento, ni rehusaba presentarse á los poderosos cuando las infringian, y argüirlos y apremiarlos, á fin de que entrasen en sus deberes y cumpliesen con los pobres reparando las injusticias y ofensas que les habian hecho; y era tan pública esta conducta del clero, y tan decidida esta proteccion, que en sus cuitas todos acudian á él buscando su patronato y suplicando los defendiese; verdad tan reconocida de todos que el mismo Guizot la confiesa en estos términos: "Y el clamor de los pueblos venia continuamente á rogarla (la Iglesia) que los defendiese <sup>1</sup>." Así es, que esta notabilidad de nuestro siglo, si bien acrimina la influencia clerical, en medio de sus acusaciones confiesa que las que él llama intrusaciones de los obispos y del pontífice fueron saludables á la sociedad y necesarias. Y en efecto, la historia nos dice que el clero, para defender los pueblos se valió de todos los medios, aun los más enérgicos, y se espuso á todo por salvar la humanidad, esposicion que era un justo tributo pagado á la caridad, y un sacrificio hecho en sus aras por la salud y bien de todos, no por su egoismo, ni menos por miras terrenas, pertenecientes á un mundo que los habia de perseguir, y de

<sup>1</sup> Mr. Guizot. Histor. de la civilizacion, pág. 141.

quien solo dolor y amargura habian de recoger: "el mundo se alegrará y vosotros lloraréis," dijo Jesucristo á sus discípulos, y desde entonces el clero solo espera del mundo la persecucion y humillaciones; por esto nada nos estraña, y nuestros enemigos á todo nos encuentran resignados.

El clero observó siempre una conducta diferente de las demas corporaciones del Estado, y esta conducta era el cumplimiento de un deber sagrado impuesto al sacerdote por su divino Maestro, y espresado en el Evangelio. Padre de todos los pobres, como más necesitados y los oprimidos, son el objeto predilecto de su amor; así es que al momento que un magnate, un príncipe, un soberano, separándose de las reglas de la justicia se desborda, persigue los pobres, oprime los pueblos, atropella los inocentes, y convertido en tirano, no queda límite que no traspase, leyes que no atropelle, ni maldad que no cometa; cuando todos se prosternan en su presencia y adoran el ídolo que desean despedazar, llenos de terror por las bayonetas que le escudan y los cañones que apoyan sus desenfrenos, el clero, sin miramiento de ningun género, viene en favor de la sociedad, acude en defensa de la moral, se precipita á sostener la ley y los derechos escarnecidos, y presentándose al tirano le arguye, le reprende, le hace conocer sus excesos, y le echa en cara su maldad, sin desistir hasta que le deja enmendado y corregido; no su-

cede así, y se le despide ignominiosamente ó se le persigue, insulta, maltrata y escarnece; y entonces proclama las censuras y lanza el anatema contra los soberanos que así se producen, y declara el entredicho, medida que ha sido muy combatida y es por los enemigos del clero, á los cuales diremos con Mr. Guizot "que era legítima y saludable <sup>1</sup>:" y si se reconoce la salud del pueblo como ley suprema, esto bastaria para santificarla; pero nosotros estamos muy lejos de conformarnos con semejante solucion; y así vamos á permitirnos algunas deducciones, y á presentar en apoyo de este hecho razones que, si bien de índole distinta, dejarán á salvo la legalidad con que se hacian, y manifestarán que el clero estaba y está en su derecho obrando de este modo, y que no ejerce una usurpacion sino un deber, y un derecho cuando así obra.

Con solo abrir la historia y ver el espantoso estado en que fluctuaba la sociedad, la violencia y la iniquidad que la dominaban, y el desórden que todo lo envolvía, conoceremos la necesidad de un remedio, y vendremos, analizando las clases de la sociedad una por una, á deducir que este remedio solo podia esperarse de una, que era el sacerdocio. Creemos que será ocioso desmenuzar este pensamiento y presentar en su verdadero punto de

<sup>1</sup> Mr. Guizot. Histor. de la civilizacion, pág. 141.

vista, refiriendo hechos, esta asercion, y que será suficiente considerarlas en general; así, pues, diremos, que el capricho era la ley, y la fuerza quien la imponia; los grandes próceres y dignatarios no eran, pues, los llamados á mejorar la suerte del mundo, el estado militar menos, puesto que era compuesto del órden de caballeros, del estado noble, de la clase privilegiada, de los hombres que tiranizaban los demas; el pueblo era la víctima destida al sacrificio, sin armas, sin elementos para defender su derecho, sin apoyo en parte alguna, sin instruccion, ni podia ni sabia sostenerse, se dejaba tiranizar y oprimir, sufría en silencio y falto de energía y entusiasmo, envilecido y aherrojado, encomendaba á las lágrimas su defensa; porque sus manos no sabian esgrimir la espada, que ni les era lícito tocar. Tenemos, pues, que solo el clero podia salvarle, librar al mundo de sus males, á la sociedad de sus peligros, al hombre de sus desgracias; por esto acudian á él los que sufrían, por esto se constituyó en tribuno de los pueblos, y en esto cumplía un deber de la caridad y de su instituto. Deber que llenó, como el que comprendia toda su estension. Así, pues, tenemos, que lo que se llama intrusacion sacerdotal, esa energía con que el clero se oponia á los excesos del poder era utilísima á la sociedad, y era justa, porque el sacerdote es el principal encargado de la moral y de la religion, de que llenen los debe-

res que aquella impone y los preceptos de ésta, de que los hombres se amen y no se opriman, y él, en el púlpito y en el confesonario, en sus conversaciones públicas y privadas, amonestando y fulminando amenazas, llamando á las puertas del alma, y por último escomulgando, es el que puede corregir los abusos, refrenar las pasiones, comprimir los vicios, y hacer que así mejore la sociedad, que sin estos esfuerzos caminaria de uno en otro exceso á la anarquía ó á la opresion, y veamos de qué manera fué un bien lo que nuestros enemigos tanto acusan, en razon á que sin estas providencias las usurpaciones hubieran ido en aumento, y la sociedad de mal en peor; y esto no necesita mas pruebas que los hechos que acreditan que en todos los tiempos en que el poder atropella los derechos del hombre, la religion es la única encargada de garantizarlos, la única que los defiende, la única que los salva, como vimos en el siglo X que cuando los pueblos no pudieron hacer valer sus derechos, el clero se los devolvió hablando y amenazando á los usurpadores en nombre del cielo. ¿Era esto injusto y perjudicial al Estado? ¿era usurpar ó defender derechos? ¿era estralimitarse ú obrar en el círculo de sus atribuciones, y llenar los deberes de su estado? Dejamos á nuestros acusadores el cuidado de respondernos, mientras nosotros concluimos afirmando que la Iglesia y sus ministros conminando con

censuras á los soberanos, que olvidando el deber de padres se han convertido en tiranos, cumplió uno de los principales deberes, y llenó uno quizá el más esencial en favor de la sociedad y la civilización.

Es preciso no hacerse ilusiones y desentenderse de nuestros propios odios cuando la inocencia, que tratamos perseguir y queremos humillar, es de todos conocida, así como sucede con la inocencia del clero respecto á las acusaciones que se le dirigen. Es preciso convenir que el influjo que ejerció, ejerce y ejercerá sobre los tronos y los pueblos, es saludable á unos y otros, y utilísimo á la sociedad y á la civilización. Es preciso convenir en que esta influencia la adquiere por su carácter; porque la ha conquistado; porque su organización misma se la dá; por su carácter, puesto que en cualquier circunstancia veneramos en él al ministro del Dios que adoramos, y esta veneración nos hace respetarle y amarle: que él se le ha conquistado, no hay nada más cierto; recordemos los sacrificios prestados á la humanidad por él, aquella defensa de los derechos del hombre, aquella energía para reprender los poderosos; y en una palabra, aquel protectorado que respecto de los pobres y desvalidos ejercía: réstanos considerar esta influencia como hija de su organización. Todo el mundo sabe que el sacerdocio cristiano está esparcido por todas partes; que en to-

das partes se le ve, se le encuentra, se le halla, desde la miserable habitacion del colono y del siervo, desde el pié del castillo feudal hasta las mismas gradas del trono, en todas partes se hallaba y se halla un sacerdote. Los eclesiásticos están asociados y estuvieron siempre á todas las condiciones de la vida, y esto no podia menos de producir una union íntima y estrecha de ellos con el pueblo; éste en aquellos encontraba consuelo, y aquel dispensaba á estos la mas tierna solicitud, los mayores cuidados; así los eclesiásticos siempre miraron y tuvieron como un deber la comunicacion con sus feligreses, deber tanto mas sagrado cuanto que con el trato continuo podia enseñarlos á nivelar y arreglar su conducta; podia imponerse en sus costumbres, estudiar sus hábitos y conocer sus vicios, y de este modo prepararse á combatirlos puesto que la comunicacion crea entre las personas comunicadas una semejanza de destinos y de situaciones que nos pone en el verdadero caso de conocerlas y aprovecharlas en lo que valen, lo cual da al sacerdote una gran ventaja para cumplir con sus deberes parroquiales, al mismo tiempo que este trato, útil siempre al feligrés, le hace cobrar cariño al que de otro modo y sin él solo respetaria.

Por medio de esta comunicacion llenó el clero deberes muy grandes en favor de la sociedad y de la civilización, y estos deberes refluieron en be-

neficio de la sociedad como vamos á manifestar. De este modo estuvo en el caso de contribuir al desarrollo del hombre, á su progreso interior y al mejoramiento del estado social. Al desarrollo del hombre procurando inspirar sentimientos dulces y benéficos en los poderosos, justicia y equidad en sus relaciones con los inferiores, al par que mantenía en los débiles una vida moral, sentimientos y esperanzas de un orden superior á las que le condenaba continuamente su nacimiento y su posición. Ilustrándolos los enseñaba á conocer su valor individual, su propia conciencia, su personalidad, y de este modo fomentaba el progreso de las ideas y protegía su desarrollo á despecho de los opresores, puesto que provocaba la actividad general de la razón por medio de la carrera que proporcionaba á los que juzgaba capaces de servirla, con lo cual favorecía el desarrollo interior del hombre; pero donde mas se conoció su influjo fué en el mejoramiento del estado social: aquí obró de una manera la mas eficaz, y sus trabajos fueron coronados con el éxito mas brillante y forman una de las mas bellas ejecutorias de su nobleza. Ninguno desconoce la lucha que sostuvo contra la esclavitud; patentes á todo el mundo sus combates, sus sacrificios, ellos le han encumbrado á una altura de que no es fácil descender; para abolir este mal, el peor de los males, y esta iniquidad de iniquidades, tuvo que esgrimir

toda clase de armas, desde el consejo hasta la censura, y batirse en todos los terrenos desde el palacio hasta los concilios: ya hemos enumerado en otro capítulo los cánones formados por los concilios para acabar con este monstruo y á él nos referimos, dando por toda contestacion á cuantos dicen que no es obra del clero la abolicion de la esclavitud, que lean las fórmulas bajo las cuales se daba libertad á los esclavos, y hallarán que todas se fundaban en motivos religiosos, lo cual prueba que son exclusivamente religiosas, y por lo mismo la influencia del clero en aquella especie de manumision puesto que en las fórmulas publican su origen.

No terminaban aquí los trabajos de la Iglesia y los desvelos del clero, ni fué este el único bien que proporcionó á la sociedad, pues se le ve continuamente ocupado en desterrar una porcion de costumbres bárbaras y en mejorar una legislacion civil y criminal, y nadie puede arrebatárle el grande honor de haber desterrado las pruebas bárbaras y sustituidolas con las de testigos como las únicas racionales y legítimas, proclamando así el triunfo del entendimiento sobre el de la fuerza, y de la prueba filosófica sobre el combate judicial. En la parte criminal la relacion de las penas y delitos se determina por medio de nociones filosóficas bastante justas, y se reconoce á primera vista los esfuerzos de un legislador ilustrado que pug-

na contra la violencia y la irreflexion de las costumbres bárbaras, y el testamento de la ley del Fuero Juzgo es la prueba mas evidente que podemos presentar de estos esfuerzos <sup>1</sup>. Añadan á esto el sistema penitencial observado por la Iglesia; sistema tanto mas digno de estudiarse, cuanto está enteramente acorde con los principios y aplicaciones del derecho penal con las ideas de la filosofía moderna. Estúdiense las penitencias públicas y se verá que su objeto es escitar el arrepentimiento en el alma del culpable, y desviar del delito á los que pudieran incurrir en él, lo cual es un objeto verdaderamente filosófico en un todo conforme con el sistema de penas que establece Bentham, lo cual prueba que este autor tuvo presente el de la Iglesia que es el primero, y que fué la que mas esfuerzos hizo por reprimir las violencias y librar la humanidad del duro y cruel yugo de la fuerza que la oprimia y de las guerras que la despedazaban. Apenas hay quien ignore lo que se llamaba *tregua de Dios* y la infinidad de medidas del mismo género por las cuales luchó el clero contra el uso de la fuerza, aplicándose á introducir orden y dulzura en la sociedad, único modo como podia salvar la humanidad y la civilizacion, y como las salvó.

Consideradas estas cosas y puestas de manifies-

<sup>1</sup> For. Jud., ley 6, tít. 5, lib. 2.

to del modo que lo dejamos hecho, no cabe ya duda que el clero debió y debe ejercer una grande influencia, y tan grande como legítima en el orden moral é intelectual de la Europa sobre las ideas sentimientos y costumbres públicas, y esto se patentiza del modo mas evidente, considerando que el desarrollo moral é intelectual de la Europa ha sido teológico desde el siglo V adelante, y así vemos al clero poseer y dirigir el entendimiento humano, y las opiniones, tomando por norte la teología, las cuestiones filosóficas, políticas, históricas, consideradas bajo un punto de vista enteramente religioso, haciéndose la Iglesia soberana de todo el orden intelectual que está sometido á su doctrina; así es que literatura, costumbres, sentimientos, lenguaje, todo es suyo, y esta influencia, de cualquier modo que la consideremos, cualquiera que sea el punto de vista bajo el cual la miremos, no podemos menos de convenir amigos y enemigos, en que fué en extremo saludable, visto que mantuvo y mantiene el movimiento intelectual de Europa y del mundo, y el sistema de doctrinas y preceptos, en nombre de los cuales imprime movimiento á las ideas y da impulso á los nobles sentimientos; este sistema, seguido por el clero, fomentado por él y por él protegido, es muy superior á cuanto ha conocido el mundo antiguo, á cuantas utopias piensa la moderna cavilosidad, puesto que en él se ven á la

vez una actividad y un progreso hasta él desconocidos, y que son los motores de esta máquina social que admiramos.

A pesar de todo lo espuesto y de la historia que lo corrobora, parecen que no están satisfechos los enemigos del clero ni propicios á dejarse convencer; pero ello es que no tienen medio ó han de incurrir en la nota de estóicos, ó han de conceder al clero estos laureles; nosotros quisiéramos saber dónde están los hechos que nos contradicen y en qué apoyan sus argumentos; y este deseo en unos hombres que todo lo prueban por los hechos, lo creemos más justo y racional que las falacias con que ofuscan el vulgo y quieren ofuscarnos; pero suponiendo desde luego que no están convencidos, y suponiendo también que no nos presentarán las pruebas que pedimos, continuaremos en nuestra defensa, y añadiremos á nuestros argumentos algunos más en corroboracion, porque jamas digan nuestros enemigos que escaseamos pruebas, y nuestros amigos que no empleamos todos los recursos que tenemos á nuestra disposicion, ni todos los medios de que podíamos utilizarnos. Empezaremos, pues, por asegurar y demostrar, que el clero ha proporcionado para el desarrollo del espíritu humano en el mundo moderno una variedad que no habia tenido hasta entonces, y esta variedad vamos á conocerla y considerarla en todas sus partes: para hacerlo así, con toda la atencion que

este acontecimiento merece, preciso es le consideremos en toda su estension y en toda su esplanacion; así pues, le veremos en Oriente y en la sociedad griega; allá la inteligencia era exclusivamente religiosa, aquí humana; en aquella se veian desaparecer su naturaleza y destino actual, en ésta el hombre con sus pasiones, sentimientos é intereses actuales era el dueño del terreno, el principal actor del drama. En el mundo moderno el espíritu religioso se ha mezclado en todo y no ha escludido cosa alguna; la inteligencia participa de la humanidad ó divinidad; y así es que por cualquier lado que miremos, los sentimientos y los intereses humanos ocupan un gran lugar en nuestra literatura; y sin embargo, no es tan esclusivo que á cada paso, á cada momento, en cada línea, y aun en cada palabra, no se refleje el carácter religioso del hombre, la porcion de su existencia, que tiene por legado otro mundo y espera otra vida despues del sepulcro; por manera, que los dos grandes gérmenes de fecundidad, los dos grandes orígenes del desarrollo del hombre, la humanidad y la religion, han producido frutos opimos que, á pesar de cuanto la maldad ha hecho por esterilizarlos, á pesar de cuanto la calumnia ha trabajado por amenguarlos y destruirlos, sin embargo de cuanto digan en contra de tan terminantes pruebas los acusadores del clero, siempre será cierto que en el mundo intelectual la influencia del cle-

ro; en vez de comprimir ha desenvuelto, y ha estendido, más bien que estrechado, los conocimientos humanos, llevando así las ciencias á su encumbramiento este clero que se llama con tanto descaro por boca de sus enemigos, el verdugo del saber y el asesino del genio.

Recorriendo la historia política, suben de punto los beneficios que el clero ha traído á la sociedad y á la civilización, y llegan á tal grado, que no pueden desconocerse, no solo sin ingratitud, sino sin una escandalosa injusticia: sabemos, sin embargo, que se desconocen por algunos, que se echan en cara y hasta se convierten en capítulo de acusación; por esto vamos á ocuparnos de ellos reseñándolos, como quien está altamente persuadido que su simple relato, sin reflexiones ni comentarios, es suficiente para desvanecer la acusación y probar que el clero estuvo siempre al frente de la causa de la humanidad, que más que nadie, defendió y protegió. Empecemos, pues, nuestra tarea. Nadie duda, y es de todos sabido, el estado del mundo bajo el cetro de los bárbaros, y todos comprendemos que solo el clero fué capaz de modificarle y mejorarle; para esto tuvo que trabajar y empezó su lucha suavizando los sentimientos, desacreditando y desterrando un gran número de prácticas bárbaras, contribuyendo de este modo á mejorar el estado social; para esto empezó formando leyes y cánones que garantizasen la sociedad: exa-

minemos estos preciosos monumentos de un poder empeñado en el bien de sus hermanos, y conoceremos los esfuerzos de la caridad por salvar la civilización y el Estado, cosa que al fin consiguió á despecho de las pasiones y los hombres que rechazaban su intervención, porque contrariaba el despotismo y la tiranía de los magnates que consideraban el mundo como destinado á servir todos sus caprichos y obedecer todas sus pasiones. La Iglesia y sus ministros, siempre que se ha tratado del bien del pueblo, del consuelo del oprimido, de la defensa del pobre, se han encontrado dispuestos á defenderlos; si se ha tratado de establecer instituciones que pusiesen al abrigo del poder tan caros objetos, ella se ha presentado la primera y las ha iniciado ó sostenido; que nos refieran uno tan solo de esos grandes pensamientos humanitarios y civilizadores que no haya sido por ellos concebido y por ellos practicado; y para esto hay una razón poderosa, cual es, que todos parten de la caridad, que nadie como ellos practica, y nadie cual ellos enseña; virtud divina que establece el Evangelio como base y fundamento de toda virtud, como el alma que vivifica las demas.

Reflexionando bien sobre estos particulares, debemos convenir en que esta conducta tiene por cimiento y punto de partida, razones muy atendibles y respetables, y estas razones no son, en modo alguno, las que espresan sus enemigos, ni



están basadas tampoco, como algunos establecen, en la debilidad del clero, ni en otro vicio alguno de los que se atribuyen; son sí de origen más legítimo y profundo, son de trascendencia más sólida y de la cual vamos á ocuparnos, con el fin de deshacer esas tinieblas bajo las que los impugnadores quieren establecer sus doctrinas de oposicion; para esto preciso es que preguntemos: ¿á que aspira la religion? Y á esta pregunta estamos seguros, responderán los hombres pensadores, que á gobernar las pasiones, á arreglar la voluntad humana, puesto que nadie ignora que la religion es un freno, un poder y un gobierno: como freno contiene nuestras malas inclinaciones, como poder ejerce sobre el hombre su dominio, y como gobierno regla todos nuestros actos y nos dá preceptos para convertirlos en bien de nuestros hermanos y de nosotros mismos; así es, que viene en nombre de la ley divina para domar la naturaleza humana, pero no la violenta; y la religion cumple su instituto haciéndose aceptar por el hombre y espontáneamente por medio del conocimiento de su bondad, garantizando la libertad para arreglarla moralmente, y obrando en todo por medios morales, respetando la voluntad del hombre, procurando gobernarla sin violentarla, y antes por el contrario, llamándola á buenos fines por medio de una prudente direccion y separándola de los viciosos caminos que pueden estraviarla. De este

modo la Iglesia y el clero adquirieron esa influencia tan injustamente combatida, y por esos medios se granjearon el aprecio del mundo; y así debemos deducir de lo espuesto, que la influencia del sacerdocio fué saludable y poderosa en el orden intelectual y moral, y útil y benéfica en el político: más claro; bajo cualquier punto de vista que se la considere, la sociedad y la civilizacion la deben cuanto son y cuánto serán en lo sucesivo, puesto que sin ella no hubieran salido de su estado de miseria y abyeccion.

Ahora, despues de esta demostracion, quisiéramos que se nos dijera si estos hechos, si estas consecuencias son ó no legítimas y verdaderas, y si lo son, como nadie se atreverá á negarlo, ¿por qué se acusa al clero? ¿por qué se le presenta usurpando unos derechos que él dió, unas prerogativas que él conquistó y unos privilegios que sin él no hubiera tenido el mundo? ¡Ah! La envidia, que no sabe merecer, sabe censurar y deprimir; pero la envidia no es la señora de todos los corazones, es un vicio que podrá corromper algunos, pero del que otros se libran, y así es que si la envidia ha dominado á los detractores, aun quedan muchos corazones, muchas inteligencias que no la abrigan y nos hacen justicia, y como son en mucho mayor número, resulta que están los enemigos en una admirable minoría, y por lo mismo, que la influencia del clero no se amengua porque todos

creen que es justísima, y legítima, y bien adquirida; y así sucede que la sigue y seguirá ejerciendo, porque no hay un poder que pueda arrebatársela, ni ha hecho cosa alguna por donde perderla, sino que siguiendo en la misma línea de conducta, obrando el bien, subsisten los mismos motivos de agradecimiento, y la influencia del clero para con los reyes y los pueblos, se cimenta más y más y se corrobora, porque es hija de las causas benéficas y no se bastardea con torcidas intenciones, sino que marcha por el camino trazado por la caridad.

Tienen ya nuestros enemigos satisfechas todas sus objeciones y satisfechas con la historia y demostradas con los hechos; satisfaccion y demostracion que no les dejará muy contentos tal vez, pero que les sería muy útil, muy provechosa, porque los pondría en el caso de arrepentirse y reparar las injurias que han inferido al inocente, lo cual les aprovecharía mucho espiritualmente; pero ellos no querrán esto, lo mirarán tal vez como la fábula de un convento, más propia para alucinar incautos, preocupados y fanáticos, que para vencer espíritus fuertes, almas despreocupadas y hombres de filosofía. Si fuese así, confesamos que lo sentiremos, porque llegará su día, y convertida en polvo esa vanidad y en nada ese orgullo, vendrá una vida real, y el hombre de la filosofía, el espíritu fuerte, el alma despreocupada, compa-

recerá ante el Dios de la justicia, cuya misericordia ha despreciado; y esa fortaleza, esa despreocupacion, esa filosofía se verán apreciadas en su justo valor, y entonces vendrá la desesperacion, porque ya no hay lugar ni tiempo para arrepentirse. Mas si por el contrario, nuestro escrito ha sido el instrumento de que se ha servido la gracia para iluminar sus almas y obrar su arrepentimiento, entonces levantaremos nuestro corazón al Señor, bendeciremos su providencia y sabiduría infinita, que así se vale de los mas débiles instrumentos, de los mas insignificantes objetos para sus fines admirables, y exclamaremos: *¡Sea su nombre bendito por los siglos!* bendiciendo así un Dios que tan digno es de ser bendito, y que ocupándonos en su servicio nos proporciona ocasiones de ejercer la caridad perdonando á nuestros enemigos é ilustrándolos para que vuelvan á su redil, al seno de su amor de que se habian estraviado, á la gracia que habian perdido. Este es todo nuestro deseo, esta toda nuestra venganza, este todo nuestro objeto; acaso no nos creerán, poco importa; Dios, que ve los corazones, y á quien ningun pensamiento se oculta, ve el nuestro y sabe que no mentimos, que es la pura verdad, y sabiéndolo él, descansamos respecto del fallo de los demas, si bien sentimos la ofensa que con su juicio temerario y siniestro hacen á Dios, y la deploramos como los que quisiéramos que el mundo

creen que es justísima, y legítima, y bien adquirida; y así sucede que la sigue y seguirá ejerciendo, porque no hay un poder que pueda arrebatársela, ni ha hecho cosa alguna por donde perderla, sino que siguiendo en la misma línea de conducta, obrando el bien, subsisten los mismos motivos de agradecimiento, y la influencia del clero para con los reyes y los pueblos, se cimenta más y más y se corrobora, porque es hija de las causas benéficas y no se bastardea con torcidas intenciones, sino que marcha por el camino trazado por la caridad.

Tienen ya nuestros enemigos satisfechas todas sus objeciones y satisfechas con la historia y demostradas con los hechos; satisfaccion y demostracion que no les dejará muy contentos tal vez, pero que les sería muy útil, muy provechosa, porque los pondría en el caso de arrepentirse y reparar las injurias que han inferido al inocente, lo cual les aprovecharía mucho espiritualmente; pero ellos no querrán esto, lo mirarán tal vez como la fábula de un convento, más propia para alucinar incautos, preocupados y fanáticos, que para vencer espíritus fuertes, almas despreocupadas y hombres de filosofía. Si fuese así, confesamos que lo sentiremos, porque llegará su día, y convertida en polvo esa vanidad y en nada ese orgullo, vendrá una vida real, y el hombre de la filosofía, el espíritu fuerte, el alma despreocupada, compa-

recerá ante el Dios de la justicia, cuya misericordia ha despreciado; y esa fortaleza, esa despreocupacion, esa filosofía se verán apreciadas en su justo valor, y entonces vendrá la desesperacion, porque ya no hay lugar ni tiempo para arrepentirse. Mas si por el contrario, nuestro escrito ha sido el instrumento de que se ha servido la gracia para iluminar sus almas y obrar su arrepentimiento, entonces levantaremos nuestro corazón al Señor, bendeciremos su providencia y sabiduría infinita, que así se vale de los mas débiles instrumentos, de los mas insignificantes objetos para sus fines admirables, y exclamaremos: *¡Sea su nombre bendito por los siglos!* bendiciendo así un Dios que tan digno es de ser bendito, y que ocupándonos en su servicio nos proporciona ocasiones de ejercer la caridad perdonando á nuestros enemigos é ilustrándolos para que vuelvan á su redil, al seno de su amor de que se habian estraviado, á la gracia que habian perdido. Este es todo nuestro deseo, esta toda nuestra venganza, este todo nuestro objeto; acaso no nos creerán, poco importa; Dios, que ve los corazones, y á quien ningun pensamiento se oculta, ve el nuestro y sabe que no mentimos, que es la pura verdad, y sabiéndolo él, descansamos respecto del fallo de los demas, si bien sentimos la ofensa que con su juicio temerario y siniestro hacen á Dios, y la deploramos como los que quisiéramos que el mundo

entero le amara como es digno de ser amado, que nadie le ofendiera, y que todos los pueblos, todas las naciones, todo el mundo prosternado le adorara, le rindiera culto, reverencia y respeto, para que un dia en la celestial morada reunidas todas las criaturas, nos amemos amando á Dios, conociendo sus gracias y misericordias para con los hombres, sus dones y favores, y de este modo disfrutemos esa felicidad eterna, que por medio de la sangre de su Hijo derramada en satisfaccion de la desobediencia de Adam, nos proporcionó Jesucristo, aquel Redentor divino, aquella víctima expiatoria que muriendo se encargó de satisfacer nuestros pecados y la justicia del Padre, proporcionándonos una feliz vida, á nosotros que tanto le ofendemos, á nosotros que tan olvidados vivimos de la caridad y de su amor, caridad y amor que nos enseñó y preceptuó, y sin las cuales jamas podemos ser gratos á sus ojos. ¡Quiera el Señor siempre las practiquemos! . . .

## CAPITULO II.

### LAS CRUZADAS.

La época de los desafueros del poder ha pasado, y la Europa de los bárbaros, civilizada y convertida por el clero, ha entrado en un nuevo sendero: aquellos corazones, antes tan crueles, hoy están dominados por el espíritu dulce y benéfico de la religion; ya no se persigue ni maltrata al pobre, y si las pasiones estravían á los poderosos ó á los grandes señores y los hacen faltar á la caridad con sus inferiores y subordinados, los ministros de la religion escudados con su inmunidad, merced á su estado respetado y acatado como al estado consagrado á Dios, cuyos rayos esgrime y cuyas mercedes dispensa; los sacerdotes que á fuerza de luchar han hecho respetables los dere-

chos del hombre, acatar las virtudes y proscribir ó condenar los desórdenes, y que elevando su estado y haciendo respetar su clase, están ya en el caso de poder reformar las costumbres con muchas mas ventajas que antes, puesto que de la lucha ha resultado su triunfo, se oponen á los desafueros, reprenden á los trasgresores y los obligan á la penitencia y al resarcimiento de los daños que cometen y de las injurias que infieren, de las violencias que perpetran. La Iglesia ha triunfado, y el sentimiento religioso dominante en Europa, es el alma de cuanto sucede, el móvil de todas las empresas, en una palabra, el resorte universal que agita la máquina de todos los corazones y viene á ser el alma de la Europa. La prueba de esta verdad la tenemos en las cruzadas, movimiento enteramente religioso, de infinitas consecuencias para la humanidad y la civilizacion, movimiento escitado é impulsado por el clero, y que por lo mismo avocamos aquí, dando cabida en este escrito á este grande acontecimiento, cuyas ventajas todos conocemos, y que por lo mismo que otros sin justicia ni razon reclaman para sí, reclamamos nosotros para el clero, que le inspiró; para el clero que tanto trabajó para conseguirlo; para el clero, en fin, á quien todo le pertenece; mas para entrar con los debidos preliminares en el fondo de la cuestion, preciso es que nos detengamos á enumerar las causas que la motivaron y

á presentar siquiera un bosquejo de ellas que nos sirva de premisas y punto de partida de cuanto vamos á relatar.

Quando una idea se apodera del alma, todas las operaciones que ésta ejerce tienen relacion, más ó menos íntima, con ella, y todas parten de ella como de su centro, puesto que no deja lugar á otras creaciones que á las suyas, y si por casualidad algunas se conciben, siempre son con participacion de la que nos ocupa en primer término, y domina y dirige las demas. Así sucede respecto á la idea dominante en el individuo, y lo mismo acontece en los pueblos, en las naciones y en el mundo; una vez que un pensamiento domina la sociedad, este pensamiento es el alma de cuanto acontece y el móvil de todos los sucesos: no hay que buscar las causas fuera de él por desfiguradas y metamorfoseadas que se presenten, bien consideradas y analizadas descubriremos la fuente de donde nacen; así es, que dominando en la edad média el espíritu religioso, á él son debidos todos los grandes acontecimientos de esta época; y siendo el principal las cruzadas, no deja lugar á que dudemos que este movimiento uniforme y general de la Europa es suyo, que suyos son los beneficios que de él resultaron; y siendo el instigador de este pensamiento el clero, cuanto bueno aconteció por él le pertenece; y por esto los benéficos impulsos que por él recibió la civilizacion, y los

grandes bienes que de él sucedieron á la Europa, y los grandes derechos que él dió al hombre, todo, absolutamente todo, lo reclamamos para el clero, en lo cual nos parece tener razon y obrar estrictamente arreglados á la lógica, y para desvanecer alguna duda, si es que existe, como nos gusta fundamentarlo todo y presentarlo de modo que no tengan que objetarnos ni nosotros que replicar, vamos á presentar las causas de este gran acontecimiento y los esfuerzos del clero para llevarle á término, mejor dicho, la participacion que en él tuvo el sacerdocio, para que á su vista se conozca todo el peso y verdad de nuestras palabras, toda la solidez de nuestras razones, toda la justicia de nuestra causa.

Aun no habia el clero podido extinguir todos los vicios de la sociedad, aun no habia concluido con el feudalismo, aun le faltaba mucho que hacer por la humanidad; sin embargo de cuantos privilegios la habia conquistado y cuantos derechos la habia adquirido, aun sufría los efectos del despotismo y el capricho de los señores y magnates la aquejaba y oprimía. Verdad es que el clero salió siempre á su defensa; pero no lo es menos que, sin embargo de los medios con que contaba para hacerse obedecer y reprimir los abusos, no siempre lo consiguió, y más de una vez fué desoido; pero su dominio no era del todo despreciado, ni sus derrotas eran tales que no se convir-

tieran las más veces en victorias. Veamos cómo. Nadie ignora que la Europa, dominada por los grandes señores, era un vasto campo de batalla donde toda clase de violencias tenían lugar. Y á esto me dirán los impugnadores: ¿dónde está el triunfo de la humanidad y de la civilizacion? ¿Dónde esa influencia y dominio del clero? ¿Dónde ese imperio de la idea religiosa? A esto voy precisamente á contestar. Aquellos varones, aquellos condes, aquellos grandes señores que oprimían los pueblos, vejaban á sus súbditos, atropellaban el santuario del hogar, comerciaban con la sangre de los hombres y con el honor de las familias, que no respetaban ni aun la inmunidad de la Iglesia y dilapidaban hasta las aras mismas, asilos de la inocencia y de la virtud, no eran incrédulos; malos, porque sus pasiones los precipitaban, no habian sacudido el yugo de la fé y el freno de la religion; de lo cual resultaba, que si sus pecados eran la cadena de los pueblos y la vara de hierro que los regia, como sabian que aquellos excesos eran reprobados por la Iglesia y condenados por el Evangelio, punibles en su día con tormentos eternos, como sabian que una vez cometidos solo con el arrepentimiento, la confesion y la penitencia podian lavarse; y como no eran tan malos que hubiesen perdido el temor de Dios, impulsados por los remordimientos, estimulados por la conciencia, acudían al confesonario á buscar, por me-

dio de la penitencia, una tranquilidad de que el crimen los había privado; y este era el triunfo del clero, este era el lugar donde hacia progresar la causa de la humanidad y de la religion, y por consiguiente la cátedra donde, suavizando las costumbres, tronando contra los vicios y escitando á la virtud civilizaba el mundo. Pues bien, esto mismo hizo que los grandes crímenes tuviesen necesidad de grandes penitencias; y así fué que unido esto á la piedad, hizo nacer de aquí las peregrinaciones á Roma, Santiago y otros grandes santuarios; y por último, á Jerusalem á visitar el Santo Sepulcro y demas sitios santificados con la presencia del Salvador, regados con su sudor y sus lágrimas; y por último, con su sangre. Sitios llenos de recuerdos de piedad donde se efectuó nuestra redencion, llenaban de dulzura los corazones, y su visita producía los mejores frutos á la sociedad; el olvido de las injurias, el perdon de los enemigos, la caridad para con todos y el decaimiento de los instintos feroces que con la falta de ejercicio y costumbre insensiblemente se iban olvidando; por manera, que estas penitencias eran saludables al individuo, porque le corregian y enmendaban; á la sociedad, porque se aminoraban las tropelías; á la humanidad, porque sus derechos se respetaban; á la civilizacion, porque en los viajes siempre se aprende, y el fruto de nuestro trabajo trasplanta, digámoslo así, y mezcla una civi-

lizacion con otra, y así enriquece las dos; y á la religion, porque veia triunfante en todas partes la caridad, enmendados con el arrepentimiento y la penitencia los culpables y aumentada su grey, cortando así el gérmen de tantos males, de tantas desgracias, de tantos pecados, de tantos y tan enormes escándalos.

Tales frutos conseguia el clero de su trabajo, y así iba fomentando la piedad y acostumbrando los corazones á la virtud. Yo pudiera referir infinitos personajes que, empuñando el báculo, y cambiando el casco por el sombrero, y la armadura y el arnes por la alforja y la caña, hicieron esta peregrinacion; condes, barones, abades, obispos; yo podria describir el modo cómo estos instrumentos de la penitencia se bendecian, la despedida y acogimiento que daban los pueblos á los peregrinos, y podia referir tambien los pecados por cuya expiacion se impusieron, y los beneficios que á la humanidad reportaron y á la civilizacion; pero tendria necesidad de escribir muchos y grandes volúmenes, y así creo que satisfaga la curiosidad de los escrupulosos con dos ó tres, que por ellos fácilmente se conoce el espíritu de la época, y conocido se puede, sin temor de errar, sacar deducciones en cuanto con estos hechos diga relacion, porque es sabido que unas mismas causas producen siempre iguales efectos, y que los hechos de un mismo género si tienen igual origen, tienen un

mismo correctivo; así, pues, voy á ser breve en la narracion de estos hechos, de los que solo tomaré lo necesario á mi objeto, dejando la esplanacion estensa y circunstanciada de ellos al cuidado de los cronistas é historiadores á quienes pertenece en primer término.

Hemos dicho que el viaje á Tierra Santa impuesto por una penitencia, ó emprendido por un voto, ademas de la expiacion, tenia otros resultados favorables á la humanidad y á la civilizacion, entre los cuales no era el menor alejar los objetos y causas de las facciones asesinas. La historia de esta época nos pinta los amargos frutos de esa guerra cruel y encarnizada que se hacian los señores de vasallos, y al mismo tiempo que leemos sus páginas, un sentimiento íntimo del corazón nos hace suspirar su remedio, y el clero, herido por este sentimiento, que era el de su caridad, le buscaba; conocedor del hombre y de sus pasiones, dedicado á procurarlas un freno, conoció que no habia otro mas eficaz que evitar la vista de los lugares y objetos que pueden precipitarnos, y es preciso confesar que no hay un remedio mas provechoso y de mejores resultados que este, porque debemos convenir en que el poder de los lugares y de las costumbres es grande, y muchas veces al abandonar un pais, al dejar un traje, al renunciar á una ocupacion acostumbrada cambiamos de modo de ver y de sentir, y por esto el clero pudo

esperar que las peregrinaciones producirian aquel efecto y que serian útiles á la sociedad y á la civilizacion, y el tiempo se encargó de probar la verdad de este juicio, y el mundo entero vió con asombro que realmente produjeron este resultado. De esta manera es como nosotros buscamos inspiraciones é impresiones virtuosas y fuertes en aquellos lugares que han sido teatro de los grandes acontecimientos, y así es como vemos en ciertas colonias convertirse en hombres honrados los que en su patria habian entrado en la senda del crimen; esto justifica el acierto del clero en la imposicion de estas penitencias, y los hechos, que fueron á la humanidad utilísimas.

En aquellos tiempos calamitosos y de tropelías no hubiera la sociedad hecho mas que sufrir sin este freno, y la civilizacion hubiera atrasado en vez de adelantar lo que por este medio adelantó. Que los crímenes eran grandes nos lo prueban las causas que motivaban estas penitencias; que eran vejatorios de la humanidad y contrarios á la civilizacion se desprende de su simple relato; tenemos, por tanto, justificada su imposicion. Veamos los hechos y depondremos toda duda. Gervino de Reims, despues de una juventud disoluta, tomó el hábito de monje, y arrastrado por la conciencia, solicita de su abad acompañarle en peregrinacion á Palestina, lo obtiene y es consolada su piedad por un milagro. El franco Frontmondo en la par-



ticion de la herencia paterna, dá muerte á su hermano menor y á un tío suyo eclesiástico; arrepentido de su crimen lo confiesa ante los obispos, que le imponen de penitencia, que atados con cadenas sus brazos y cintura, vestido de cilicio y cubierto de ceniza se dirija á Tierra santa, como lo verificó permaneciendo en Jerusalem mucho tiempo en aquel estado llorando su crimen, y en el mismo visitó en Egipto las ermitas, en Cartago el sepulcro de San Cipriano, y regresa á Roma, de donde, por segunda vez, vuelve á la ciudad santa, á Canáa de Galilea, á los montes de Armenia, al Sinaí, desde donde tercera vez vuelve á Roma, y sobre el sepulcro de los apóstoles pide misericordia, visitando luego los principales santuarios de Francia, hasta que una vision rompe sus cadenas y le devuelve la libertad. Berenger II de Barcelona, en castigo de grandes crímenes, tuvo que sufrir grandes penitencias, en las que sucumbió. Fulques de Nera, de la familia de los condes de Anjou, encontró el camino del poder por medio del asesinato de su hermano y otros; pero los remordimientos le asaltan, y en todas partes espectros sangrientos le atormentan, y acude en medio de tantos horrores, para salvarse, á la vía adoptada por todos los que persigue la conciencia; se viste el hábito penitente y emprende el viaje á Palestina; una tempestad le asalta y hace voto de construir una iglesia á S. Nicolas; llega

á la ciudad santa y entra por sus puertas haciéndose azotar por sus mismos criados, y esclamando: *¡Señor, tened piedad de un perjuro y de un asesino!* Vuelto de Palestina el papa le absolvió, pero no dejándole tranquilo su inquieta conciencia, volvió á emprender el viaje á Tierra santa y murió en el camino. Otras muchas podriamos enumerar, pero creemos suficientes las referidas para probar nuestro aserto y manifestar el estado de la sociedad, y lo útiles que eran á la humanidad y á la civilizacion estas penitencias.

Así con esta continua peregrinacion se avivaba mas y mas la fé y la devocion hácia tan santos lugares, regados con la sangre del Salvador; pero era el caso que aquella tierra bendita, aquella ciudad de gloriosos y pios recuerdos, yacia dominada por los mahometanos, y que el templo de Salomon, convertido en mezquita de Alá, no dejaba oír el tañido de la campana que llamaba los fieles al sacrificio, sino el eco del muezin, que convocaba los adoradores del Coran á la oracion. Muy desde el principio de la Iglesia estos santos lugares fueron objeto de la piedad de los fieles. S. Gerónimo buscó en ellos un retiro: Paula, aquella ilustre romana, fundó allí un monasterio de mujeres: Elena, la madre del grande Constantino, levantó una iglesia en el Gólgota, que embellecieron todas las artes, y varias ermitas en los sitios donde tuvieron lugar los misterios, que pron-

to se convirtieron en otras tantas estaciones donde los peregrinos se paraban á orar: la emperatriz Eudoxia plantó sobre el Calvario una cruz de oro, y perseguida despues por la maledicencia, buscó en aquellos sitios su tranquilidad entre las inspiraciones de las musas y los sollozos de la penitencia; pero los persas se derraman por toda la Palestina, y á las órdenes de Chosroes se apoderan de la ciudad santa, con lo cual se interrumpen las peregrinaciones, hasta que Heraclio la reconquista y vuelve á plantar la cruz en la cima del Calvario, llevándola él mismo descalzo, con grande devocion, entre los aplausos del mundo cristiano y las felicitaciones de los príncipes. No fué muy duradera esta alegría, pues los árabes, pueblo belicoso que se precipita de los desiertos sobre sus ligeros caballos, se apoderan de ella, cantando estas palabras del Coran: *Entremos en la ciudad santa que Dios nos ha prometido*, mientras que los fieles en el lleno de su dolor esclamaban con las lágrimas en los ojos: *Ha llegado la abominacion y la desolacion al lugar santo*. Pero Omar permite á los cristianos que la visiten, y vuelven las peregrinaciones, si bien llenas de peligros y con graves riesgos; así fué que la cristianidad oia con asombro la narracion de las crueldades y humillaciones que tenian que sufrir los fieles, que la devocion, el arrepentimiento ó la penitencia hacia emprender tan penoso viaje: aquí

robados, allí azotados, allí asesinados, en todas partes perseguidos, siempre espuestos á perecer, siempre insultados, no podian menos de escitar la compasion de todos y la piedad, avivando mas y mas los deseos de los fieles por reconquistar aquella tierra, objeto de la piedad comun.

Estas circunstancias, unidas al pensamiento religioso que todo lo dominaba á la sazón en Europa, estimulaban los corazones al combate, y solo faltaba una voz que diese la señal, un hecho que los animase, un gefe que los dirigiera. Tiempo hacia que se habia pensado en libertar el Santo Sepulcro, y celosos pontífices habian concebido este pensamiento. Al-Haken-Benvila habia hecho con sus crueldades resonar por todas partes gritos de venganza. Silvestre II se pronuncia contra él, Gregorio VII que conmovió á este fin los soberanos de Europa, y escitó el Occidente contra el Oriente, pero murió sin dejar nada hecho, Víctor III concita la Italia contra el Africa, pero estos no eran mas que preludios del gran drama, el prólogo de aquellas expediciones que en el espacio de dos siglos habian de agitar el mundo, y donde el cristianismo y el mahometismo, el Coran y el Evangelio se iban á disputar el campo.

Hemos dicho que todo estaba dispuesto y que faltaba una voz, un hecho y un gefe: el hecho lo dejamos anunciado, la primera señal de alarma salió del clero, la voz la dió un ermitaño, y aquel

hombre oscuro, de humilde cuna, hace saltar la chispa que incendia los combustibles tan preparados y dispuestos. Reservado estaba para concitar la Europa contra el Asia, para alarmarla y constituirse en jefe el picardo Pedro; este hombre singular, principal actor de esta escena, cuyos padres y familia se ignoran, de un exterior grosero, de humildes modales, á quien solo se conocia por el nombre del Ermitaño, habia ejercitado su alma enérgica en la soledad, con la oracion y el ayuno. Habiendo abandonado las comarcas de Amiens para dirigirse á Jerusalem, el aspecto de los Santos lugares le conmovió tanto mas cuanto mas ardientes eran su piedad y su imaginacion, y allí, prosternado ante el sepulcro del Redentor, se creyó inspirado para libertarle del poder de los infieles. Desde aquel momento nada le parece imposible, se despide del anciano patriarca prometiéndole concitar los adalides de Occidente para libertar el Santo Sepulcro. Con este propósito y un alma á toda prueba, y una voluntad incapaz de retroceder, se encamina á Europa, recorre la Italia, Francia, y da vuelta á los demas Estados, con la cabeza desnuda, los piés descalzos, cubierto de áspero sayal, y montado en una mula, todo lo conmueve, todos los corazones alarma y lleva el entusiasmo aun á los mas pacíficos. Delgado de cuerpo, de complexion endeble, de fisico delicado, pero adornada su faz penitente y ascética con un mirar vi-

vo y penetrante; su fácil y enérgica locucion revelan sus pasiones vivas, su alma de fuego, y todo en él indicaba que habia nacido para una cosa mas elevada y grande que para pasar la vida en la oscuridad de una ermita, y así era efectivamente: hombre popular, con todas las dotes necesarias para formar un gran partido y hacerle servir á empresas grandes, el único capaz de llevar á término este gran suceso. Infatigable en su tarea, nada perdonaba, con tal que pudiese contribuir á su fin; oraciones, consejos, sermones, todo lo ponía en juego. El pueblo, pasmado de su austeridad, conmovido por la viva pintura que hacia de los males de que habia sido testigo, y que él mismo habia padecido en Palestina, arrastrado por su ardorosa palabra, le proclamaba santo, profeta, y le seguía en tropel por todas partes. A sus discursos y á su obra se asocian los monjes, que por todas partes repiten sus sermones, y los peregrinos que vuelven de Jerusalem, traen señales de los suplicios que han sufrido, de las cadenas que han arrastrado, por todas partes las muestran, á todos las enseñan, su vista alarma y ayuda prodigiosamente las palabras y fines del ermitaño y de los monjes. El hombre del Señor aparece á la vista del mundo mas grande, mas extraordinario cada dia, mas santo, y el pueblo se tiene por dichoso con poder tocar la fimbria de su vestido. Infinitas veces su tosco manto fué dividido en ti-

ras que los devotos se ponian en forma de cruz en el pecho, y cuanto le pertenecia se disputaba como una reliquia inestimable.

Para considerar en su justa apreciacion este suceso y marcar su influencia, basta echar una mirada sobre el mapa de la Europa en aquel tiempo. Dividida en pequeños Estados enemigos ó rivales unos de otros, apenas se concibe cómo un hombre solo pudo apagar sus odios y hermanarlos para llevar á término una vasta empresa; y efectivamente, consultadas las cosas naturales no hallaremos mas que un lazo que pudiera unirlos, un vínculo que los estrechara, una idea que los impeliera, una alma que los inspirara; y este vínculo, este lazo, estas ideas, esta alma, no era ni podia ser otra, que el sentimiento religioso. Este levantamiento en masa de un pueblo de propietarios, abandonando sus bienes para ir en pos de aventuras sin una necesidad absoluta, era una cosa que solo la religion podia efectuar, que solo bajo sus auspicios podia hacerse; y así todo el mérito de las cruzadas es obra de la religion; los bienes que de ellas resultaron se la deben; cuanto por ellas ganó la sociedad y la civilizacion es suyo, exclusivamente suyo, todo pertenece al clero, que concibió el proyecto, al clero que le esplanó, que le llevó á su fin: el clero concitó las masas, el clero predicó en este sentido, y el clero marchó á su frente; la guerra se hizo con la cruz al pecho, con la cruz en sus

estandartes, con la cruz en los labios y en las banderas, y esto prueba que era una guerra enteramente religiosa, hecha en nombre de la religion: pero ya es tiempo que enumeremos los beneficios que trajo á la humanidad, hasta ahora solo hemos probado las causas que la motivaron y la parte que en ella tuvo el clero; mucho hemos adelantado para llevar á término nuestro propósito; mucho hemos hecho para nuestro objeto, pues probado que fué obra del clero, hemos probado que los beneficios que la humanidad reportó de ella se le deben. Así, pues, entremos en su enumeracion.

El primer grande acontecimiento que revelan las cruzadas es su universalidad; antes de esta época, jamas se vió á la Europa moverse por una misma causa, por un sentimiento mismo; ellas fueron la rebelion de la Europa cristiana, en sus filas habia de todas las naciones, todos los pueblos cristianos se apresuraron á tomar parte en ellas, cosa que jamas se habia visto, y desde la primera hasta la última, todas fueron predicadas por el clero; y del mismo modo que fueron un acontecimiento europeo, lo fueron nacional; todas las clases de la sociedad se animaban con la misma expresion y obedecian á la misma idea, se abandonaban al mismo transporte. Reyes, señores, eclesiásticos, plebeyos, gentes del campo, todos tomaban el mismo interes, la misma parte en las cruzadas.

Resplandece la unidad moral de las naciones, suceso tan nuevo, de tan felices y grandiosos resultados para el mundo, que él solo basta para santificar la causa que le produjo.

No menores consecuencias produjo miradas las cosas por otras fases. Algun tiempo antes la creencia del fin del mundo estendió en todas las almas el terror, y ahora la esperanza de una redencion general las llena de consuelos; todo el que tiene que expiar delitos, que reparar ofensas y restituir perjuicios, se dispone á la peregrinacion sagrada. Yo quisiera que los enemigos del clero echasen una mirada sobre la sociedad que entonces poblaba el mundo, yo quisiera que reparasen sus vicios, sus desórdenes, sus injusticias, y que en su vista me dijeran si hizo ó no un gran bien á la humanidad y á la civilizacion el clero proclamando las cruzadas. A la voz de Pedro el ermitaño, que esclama: *Guerreros del demonio, haceos soldados de Cristo*, los bandoleros se echan fuera de las cavernas, y salen de los bosques, desde donde infestaban los caminos y sembraban el espanto en las aldeas, y ofrecen sus brazos homicidas á la santa empresa; los señores feudales dan libertad á sus colonos y á sus vasallos para consagrarse á ella; los avaros ofrecen sus tesoros, dan limosna los usureros, la caridad se despierta, en todas sus fases resplandece, y en todas las escalas se practica: las discordias de ciudad á ciudad, de familia á fa-

milia, de individuo á individuo, terminan, con un abrazo fraternal: los desordenados, los impuros, los lascivos, son impelidos al buen camino por las rígidas costumbres y por el buen ejemplo y fervorosas pláticas del Ermitaño. Los milagros se multiplicaban á cada paso, y el fuego sagrado de que muchas personas se hallaban tocadas, era considerado como el castigo de la indiferencia perezosa. En una palabra, animados todos de un espíritu religioso y de pasiones activas y enérgicas, se predicaban unos á otros, y se exhortaban al buen camino; y este es otro fruto, otro beneficio que la sociedad reportó de este movimiento.

Así las cosas, y en medio de esta agitacion, Alejo Conmeno escribe que Constantinopla está en peligro, llama en su auxilio á los francos, el pontífice convoca un concilio en Plasencia; y es tal el número de vocales que asiste, que tiene que celebrarse á campo raso: aquella multitud animada por la religion, oye las exhortaciones del pontífice que la disuelve convocándola para Clermont; allí se ocuparon de la reforma del clero, y luego pasaron á tomar providencias para cortar las guerras privadas que inundaban de sangre los campos, y fué proclamada la tregua de Dios, lanzando la excomunion contra el que no aceptara la paz y la justicia, atentara contra la vida de un hombre que se refugiara en la iglesia ó junto á las cruces que

estaban en las márgenes de los caminos. Luego predica el Ermitaño, y el papa Urbano secunda su plática con otra llena de fuego y ardor, á la cual contestó la asamblea con estas lacónicas y espresivas palabras: *Dios lo quiere*. En seguida un cardenal dijo la confesion general, los circunstantes prosternados, dándose golpes de pecho, recibieron la absolucion; luego el obispo de Puy recibió de mano del papa la cruz en calidad de legado; despues los obispos, seguidos de los barones y demas personas notables, juraron olvidar sus ofensas para ir á vengar las de Cristo. Los que se comprometieron á ir á pelear al otro lado de los mares, fueron recibidos con sus bienes y familias bajo la proteccion de la Iglesia; de suerte, que incurrian en excomunion cuantos les causaran algun perjuicio; y de este modo, y bajo la bandera de la cruz, pueblos en un todo diferentes y hasta enemigos, y hombres de tan rancios odios, olvidaron sus querellas por salvar el Santo Sepulcro, y abrazaron por insignia la cruz, que fijaron en su pecho y en sus banderas.

Concluida esta reunion, el clero continuó escitando los pueblos á la guerra santa, y no se hablaba ya más que de la conquista de tan santos lugares, disponiéndose todos á combatir hasta triunfar ó morir en la demanda; y de todas partes acuden, el señor y vasallo, el deudor y el acreedor, el pastor y el súbdito, despoblándose las al-

deas y los campos para concurrir á tan santa obra, ofreciéndose á todas las imaginaciones bajo las formas más halagüeñas; así es, que el lego abandona la corte del rey, la bandera del feudatario, el castillo de sus padres y la choza de sus abuelos para buscar nuevos feudos, nuevas dignidades; el monje deja su celda, el cura su curato; pero este sentimiento no era un sentimiento mezquino ni una idea bastarda, era realmente piadoso, era el eco de la religion que hacia oir en todos los corazones estas sentidas palabras: "*El que toma mi cruz es digno de mí,*" eco mágico y encantador que los hacia abandonar su bienestar; padres, amigos y todo el conjunto de afecciones que abraza el nombre de patria, para concurrir á librar *el gran Sepulcro de Cristo*. Los religiosos dejaban su tranquilo retiro para arrostrar los peligros entre el tumulto de los campamentos: los ermitaños, envejecidos en el asceticismo, salian de sus cavernas, y desde el fondo de los bosques, para abrazar la vida de los combates; los artesanos dejan sus talleres y los labradores sus arados para ganar en la guerra santa las indulgencias prometidas por el papa; en miembros delicados ó tostados por el sol se imprimen sangrientas cruces, y hasta las jóvenes mas delicadas se inscriben en las banderas de la cruz para ejercer la caridad en los heridos y enfermos.

Nada tendria de particular este movimiento si

en él no resplandeciera un pensamiento religioso cuyas consecuencias, como hijas de un principio bueno, eran santas y benéficas. En primer lugar lleva por objeto el humanitario fin de aliviar los males que sufrían los peregrinos en aquellos países por el fanatismo y ferocidad de los árabes, y esto era una consecuencia necesaria de la caridad tan recomendada en el Evangelio; de la misma fuente surgía otra, cual es la ilustración y conversión de las almas sumidas en las necias cavernas del Corán y subyugadas por la ley de Mahoma; esto para el pueblo acometido; pero respecto de los invasores, los beneficios son incalculables. Estos abren con la guerra un manantial nuevo al mercado, y sin estos dos siglos de combates tal vez no hubiéramos tenido relaciones comerciales con aquella gran parte del globo, porque el exclusivismo y la intolerancia árabe nos hubiera cerrado aquellas puertas; y las sedas de Damasco, las armas, los tapices, como otros muchos primores del arte, nos hubieran sido enteramente desconocidos, y nuestros talleres no hubieran adelantado en sus artes respectivos y la industria se hubiera estacionado; y en las ciencias también hubiéramos perdido mucho, puesto que los sabios de Europa no hubieran tenido el cielo despejado de Egipto para hacer observaciones astronómicas, ni las cataratas del Nilo para la arqueología, ni hubiéramos aprendido á mejorar las lanas, ni tenido bue-

nos sementales, ni la raza del caballo árabe se hubiera conocido ni utilizado, y careceríamos de muchas y utilísimas plantas, y finalmente, una parte del globo tan rica, tan estensa, nos hubiera sido casi desconocida.

Tales son los beneficios que importó á la Europa este movimiento religioso de las cruzadas; beneficios de inmensa trascendencia, cuyos frutos debía recoger el porvenir; beneficios que la humanidad y la civilización no podrán agradecer demasiado por mucho que los aprecien, cuanto mas esponiéndolos al desprecio, y aun llevando la ingratitud hasta el extremo de convertir estos movimientos que tantos y tan útiles resultados produjeron en un capítulo de culpas, en un punto de ataque, en una acusación virulenta contra los hombres eminentes que las provocaron, contra el clero, que pensador y humanitario nada ha hecho, nada hace y nada hará que no sea con un fin bueno, con objeto noble, con una idea santa, como lo dicen claramente todas las cosas en que ha intervenido, todo cuanto ha fundado, todo cuanto le debe su institución.

Acaso nos dirán que exageramos, y á esto nuestra contestación será que recorran esta obra y analicen y lean los hechos que en ella dejamos anotados, que recorran todas las crónicas é historias de los pueblos y les pondrán de manifiesto la verdad; allí se verán los desvelos de ese clero que

insultan por el bien de la sociedad; allí le verán protegiendo y defendiendo al hombre, ilustrando y enseñando los pueblos, protegiendo y dirigiendo los ingenios, y de este modo salvando y haciendo prosperar y progresar la humanidad y la civilización; estos objetos de sus cuidados, como objetos caritativos y útiles á todos, como el campo que el Señor les destinaba para regarle con el rocío benéfico de tan hermosa virtud, como el palenque destinado á sus glorias y fatigas, á sus espinas y laureles; por estas razones el clero, en todos sus actos, aparece grande, porque son buenos los hace á la faz del mundo, porque son útiles los promueve, porque redundan en bien de sus hermanos prosigue incansable hasta que ha conseguido hacerlos aceptar por todos; no es, no, un egoísmo criminal, quien los dicta, ni una ambición insaciable quien los crea, ni una sordida avaricia quien los lleva á su término; ese pensamiento es hijo de la caridad, la caridad le inspira, la caridad da constancia para arrostrar los trabajos y contradicciones de la lucha empeñada para llevarle á su término, y la caridad es, por último, quien la hace aceptar. Los pueblos no aceptan las cosas sino cuando tocan sus beneficios; el sable puede imponerles un yugo, pero si la libertad le rechaza, si se opone al bien comun, entonces los pueblos se levantan y rompen sus ligaduras, y desatan sus cadenas, y rechazan las leyes ó ca-

prichos que los oprimen; es decir, que cuanto el clero ha planteado, ha sido útil y provechoso á los pueblos, que lo han aceptado y venerado, lo cual nunca hubiera sucedido si no hubieran sido instituciones benéficas, civilizadoras y humanitarias, y antes por el contrario, las hubiera rechazado, no se hubieran aclimatado como no se aclimatan las utopias de Prudhon y comparsa; pero las instituciones del sacerdocio, sus ideas de gobierno, sus bases civilizadoras han echado raices en los países donde se han conocido, en todos sin distinción, y las han echado con esta universalidad porque eran buenas, y lo eran porque las mayorías así lo proclamaban, y en el siglo de las mayorías justo es que apelemos á ellas como prueba de esta verdad, y las mayorías conocen y acatan estos hechos por lo útiles que han sido al mundo, y siempre ha sucedido lo mismo, que los pueblos hayan seguido siempre, lo mismo que el individuo, lo mejor y mas provechoso, y no puede ser otra cosa atendiendo *que la voluntad por su propio peso se inclina al bien.*

Ya oigo á los opositores esclamar contra mis palabras, desde el fondo de mi estudio veo sus risas sarcásticas, sus negativos movimientos de cabeza, sus señales de desaprobación. Nada me importan: razones que prueben es lo que yo quiero, argumentos que concluyan busco, verdad deseo. Veamos esto, y luego sabremos si tienen ó tengo



razon; consultemos la historia y los hechos, que éstos y aquella en esta clase de argumentos son la mejor y mas concluyente prueba; pero no acudirán á estos ejes para sostener su máquina, ni desplegarán estas velas para llevar al puerto su nave: y no lo harán porque su máquina es el edificio de la mentira basado en la calumnia, y su nave boga impelida por el error; aquella gira sobre deleznales goznes, ésta camina conducida por un ciego; aquella se arruinará, porque sin sólidos cimientos el edificio cae al mas ligero embate, ésta se sumergirá, porque si un ciego guía otro ciego los dos se despeñarán en la sima. Al contrario nosotros, con la verdad por edificio y los hechos por base, pretendemos erigir un monumento eterno que no pueda destruir ni el furioso huracan de la calumnia, ni la embravecida tempestad de la persecucion. Nuestra nave boga impelida por vientos bonancibles al puerto de la verdad, y por eso no tememos los escollos que el mundo nos presenta, y triunfamos del furor de sus amenazas, y caminamos por un mar tempestuoso á despecho de sus embates y precipicios; y nuestra causa, que es la de la razon y la de la justicia, y nuestras pruebas, que son hechos conocidos de todos, cuyos beneficios todos hemos tocado, cuyos consuelos á todos se han extendido, será la destinada al honor, por mas que algunos ingratos quisieran verla despojada de sus adornos, como una mísera

esclava arrastrar las cadenas del vilipendio y de la desgracia y los andrajos del desprecio y la abyeccion, espuesta á la mofa ó compasion de todos, cuando está llamada á ser el objeto de la veneracion y respeto del mundo, del amor y cariño de cuantos aman la virtud y desean su triunfo y su exaltacion.

Detengamos ahora nuestras deducciones para dar cabida á los hechos que nos han de abrir las puertas de otras y nos han de proporcionar un vasto y fértil campo de donde saquemos abundantes y bien sazonados frutos que el clero sembró, cultivó y presentó al mundo con motivo de las cruzadas, frutos hermosos que los siglos posteriores utilizaron, y que el presente, por mas que algunos digan y quieran lo contrario, recoge como otros tantos legados hermosos de aquel clero que en alas de su deber y en cumplimiento de su caridad nada perdonó por la felicidad de los hombres, nada para conseguir su civilizacion, nada para romper sus cadenas, nada, en fin, por salvar la humanidad. En este movimiento el mundo entero, animado por las exhortaciones de los sacerdotes, desea acudir adonde los prodigios le llaman, adonde la devocion le impele á salvar aquel sepulcro tan glorioso que ultrajan perros sin fé, adoradores de la mentira, crueles por hábito y por creencia: todos se precipitan á rescatar aquella tierra santa donde Cristo murió por redimirnos y

donde ellos morirán con alegría. Admira seguramente al filósofo contemplar aquella hueste heterogénea, mezcla estraña de edades, sexos, condiciones, costumbres y vestidos; admira contemplar allí el corrompido y el virtuoso, la prostitucion al lado de la austeridad cenobítica, la ferocidad al par de la mansedumbre, el fausto enfrente de la miseria, el sonido de las trompetas confundirse y hermanarse con los melancólicos cantos del templo, los ruidos de los campamentos con los suspiros de la oracion, los gritos de guerra con las tiernas y suaves salmodias, y todas las voces responder á una, como si la inspiracion dominase todos los corazones y llevase su influjo á todas las almas: *¡Dios lo quiere, el proveerá!* En medio de este entusiasmo sin ejemplo, la prudencia ó la precaucion serian llamadas cobardía ó falta de fé. Ignoran el camino y no se incomodan en buscar guías, repitiendo aquellas palabras de Salomon: "Las langostas no tienen rey, y no obstante, van juntas en bandas;" le emprenden, y se lanzan á él esclamando con el Evangelio: "¡Maldito sea aquel que lleva en el viaje una alforja ó pan! ¡Maldito el que pone la mano en el arado y mira atras!"

Nosotros preguntamos á los políticos: ¿Y tantos hombres tan llenos de fé no sacarán provecho social de su espedicion? ¿Será posible que de esta marcha de la Europa sobre el Asia no gane algo

la civilizacion? ¿Puede creerse que la humanidad no adelante con este paso? ¿Que el clero haya precipitado á sus objetos más queridos en él, sin más fin que hacerlos sufrir y esponerlos á perecer? ¿O tal vez será que la posesion de un reino terreno le haya precipitado en la senda de la guerra? No puede ser; el clero, por solo conquistar tierras no se mueve, su mision es más alta, su conquista es la de las almas; el clero tampoco obra por los honores de un mundo que ha renunciado, ni falta á la caridad, que es su enseña, por abrazarse á las lides que debe cortar, á las guerras que debe evitar; su mision es de paz y sus armas de caridad. Otro, pues, debia ser su fin; más santo, más justo, más en armonía con su carácter, con sus deberes, con su ministerio; pues ahora bien, consultemos la historia y los hechos á ver si nos le descubren, á ver si en ellos encontramos este pensamiento civilizador, caritativo y humanitario, este pensamiento, que debe librarle de toda responsabilidad ante Dios y ante los hombres en ésta y en la otra vida; este pensamiento, en fin, que haga justicia á los autores del movimiento, á los que concibieron la idea, ayudaron su desarrollo y la llevaron á término; y como nosotros no conocemos, ni vemos, ni encontramos en este movimiento más agente, más móvil, más causador que el clero; y como en este movimiento no vemos más alma que la religion, y reclamamos para ésta y para aquél toda

la preza de la jornada, estamos un doble interesados en que su causa aparezca sin borrones ni manchas que la empañen, sin lunares que la rebajen, y sin nada de cuanto pueda hacerla odiosa ni dar á los enemigos del clero motivo de ataque; por lo mismo vamos á referir los hechos con toda minuciosidad, al menos aquellos que pueden contribuir á ilustrar esta cuestion y á probar la verdad de nuestro juicio y la poca razon de los acusadores, para que cada uno ocupe el lugar que le corresponde y tenga en la batalla el puesto que con su trabajo adquiriera.

Nadie duda, por poco versado que esté en la historia, que el principio impulsivo de las cruzadas fueron los sentimientos y creencias religiosas: todo el mundo sabe la gran lucha empeñada durante cuatro siglos entre el mahometismo y el cristianismo, y en la cual, no sin vencer graves dificultades, el cristianismo triunfó, relegando los hijos de Alá de nuestra patria, donde tampoco llevaban la mejor parte; así, pues, el clero concitó la cristiandad contra el Asia, y su objeto fué civilizador y humanitario, lo primero porque se propuso llevar allá nuestra religion, nuestra cultura y nuestras artes, para que se civilizasen aquellos pueblos, y traer sus artes y su cultura para enriquecer nuestra civilizacion; lo segundo, porque con la ley del Evangelio quisieron suavizar sus costumbres, amansar sus instintos feroces y san-

guinarios, para de este modo hacerlos más accesibles á las leyes de la humanidad: las cruzadas, por tanto, fueron el gran paso dado en pro de la civilizacion y de la humanidad, el gran elemento social que nos abrió un camino para la grande obra que han de consumir los siglos, puesto que acostumbrándonos los unos al trato de los otros, los odios se estinguen y la armonía hace triunfar la razon y la justicia, entrando todos en un sendero de comunicaciones que sin intervencion de las armas lleve la verdad á su triunfo y las naciones todas al pié de la cruz: fueron, pues, las cruzadas el término de esa huella destructora y el triunfo del cristianismo, por más que aun se oigan hoy en la ciudad santa las voces del Muecim y se dé culto á Mahoma; es muy cierto que hay una comunicacion sin peligro; que allí se adora tambien al Dios de los cristianos; que se dá culto en los templos elevados sobre los más célebres sitios donde tuvieron lugar los hechos del Redentor, que las conversiones se aumentan, y que no fué del todo perdido aquel trabajo, aquella constancia, aquellos sufrimientos y aquella sangre derramada por los cristianos para conquistar la Tierra santa y llevar la civilizacion y los sentimientos humanitarios entre aquellas gentes feroces, entre los hijos del Coran, que todo lo abrasaban con la punta de su espada.

Era necesario, y esto no necesita de pruebas,

que los reinos que los cruzados conquistasen cambiaran de régimen y fuesen gobernados por leyes europeas, bajo cuya égida los derechos del hombre fueran respetados, y á cuya sombra la humanidad dejase de ser escarnecida y ultrajada, y así fué efectivamente, como lo demuestran los hechos mismos. Godofredo, posesionado de Jerusalem y fundador de aquel nuevo reino, de lo primero que se ocupó fué, de establecer en él el orden dándole leyes, á cuyo fin convocó lo más notable de sus guerreros y á los prelados, y con acuerdo de todos estableció una legislación arreglada á las circunstancias especiales de sus súbditos, y coleccionó sus *Assises de Jerusalem*; de los cuales aun nos queda algun ejemplar, y en ellos descubrimos á primera vista la influencia del clero por sus tendencias humanitarias y civilizadoras y por su espíritu: al lado de este código viene, como protectora de la sociedad y de los derechos del pobre, la organización de la Iglesia; en un todo conforme á la de Occidente, independiente del gobierno lego, podia hacer frente al poder cuando se desmandaba y hacerle, por medio de los consejos, amonestaciones y censuras, entrar en la senda de su deber, prestando el clero, allí como aquí, una inmensa protección al pobre y al débil, llenando así los deberes que le imponian su caridad y su carácter.

Bien considerada esta legislación, es un modelo

de régimen que evitaba muchos abusos, donde los asociados se sometían por su propia voluntad, donde todos los derechos quedaban perfectamente deslindados, y donde, sin contradicción, fué introducido lo mejor que poseían, el derecho canónico y las leyes de Europa. En ella aparecía el poderoso con todas sus obligaciones, y así admira que aun fuese más considerada con los pobres que en estos países; y solo podemos deducirlo y aclararlo diciendo que al pié del sepulcro y á vista de los lugares, testigos de la redención de todos, el poderoso tomaba un tono más humilde para mandar á sus hermanos; y fué tal y tan sobresaliente este código, que sirvió de modelo al Asia y la Europa, y los peregrinos pudieron aprender de él á reunirse en comunes para oponer así resistencia á la tiranía de los señores y salvar sus derechos por medio de esta unión comunal, principio, según nuestros mismos enemigos, del cual ha procedido la libertad civil de los pueblos; y porque no se diga que escribimos sin criterio, y que los *Assises* fueron la obra de los barones, recordaremos en primer lugar lo que tantas veces hemos dicho, á saber: que solo el clero se ocupaba de las ciencias y las letras, y que los barones y señores apenas sabían leer, puesto que todo su conato le ponían en el ejercicio de la guerra, mientras el cuidado de las ciencias lo encomendaban al clero; al mismo tiempo debemos manifestar, que los grandes,

acostumbrados á llevar la ley y la razon en la punta de la espada, á conquistar y convertir los pueblos conquistados en siervos, sujetos á obedecer su voluntad, á fijar sus derechos en la fuerza y en las lanzas, no eran los mas á propósito para mirar por la humanidad ni protegerla en los códigos, y mucho menos para proteger la civilizacion; esto por tanto debió ser la obra del clero, único que se consagró á la ciencia, único que aprendió en el Evangelio á respetar al hombre, su valor, y por lo mismo á fijarle derechos que le pusieran á cubierto de la arbitrariedad y desenfreno del poder; y todo esto debió hacerlo el clero por obligacion, por caridad, y porque era el único que tenia verdaderas ideas de justicia y de equidad, verdadera moral, verdadera religion, elementos que son únicamente los que pueden hacer al hombre comprender que debe sacrificarse por el hombre, y proteger y mirarle como hermano.

Así, pues, los *Assises* fueron la obra del clero, que en ellos recopiló cuanto en once siglos de trabajos habia hecho por la humanidad y por la civilizacion; allí aparecen juntos todo el fruto de su ciencia, de su moral y de su caridad, y todo el objeto de sus luchas y desvelos; no puede desconocerse la mano que los redactó, ni el fin humanitario que se propuso, tanto más, cuanto quiso rodearlos de una especie de respeto santo, con el fin que la veneracion facilitase su ejecucion y el

prestigio del templo su observancia. No contento, pues, con haber aprovechado la circunstancia del lugar donde se redactaron, no contento con haberlos escrito en los mismos lugares donde el hombre, en presencia de los recuerdos de la redencion, siempre es religioso, y se halla dispuesto á ejercer la caridad con los demas, los depositó en una arca en el Santo Sepulcro del Salvador, objeto predilecto de aquella milicia, de aquellos caballeros, acompañando tales circunstancias cuando se tenian necesidad de sacar, que será muy bueno que traslademos aquí el capítulo cuarto que las refiere, y sus palabras nos ahorrarán comentarios y probarán más de lo que llevamos dicho, y quitarán hasta el último vestigio de duda; y en una palabra, manifestarán si su confeccion es del clero, su espíritu del clero, y toda la obra enteramente religiosa. En este concepto, vamos á la copia del documento hecho auténtico, reconocido por legítimo en todo el mundo literario, y por lo mismo asegurado de réplica por parte de nuestros opositores.

Dice, pues, el citado capítulo: "Los *Assises*, costumbres, usos, estaban eseritos cada uno de por sí con grandes letras torneadas, y la primera letra estaba iluminada de oro, y todas las rúbricas estaban escritas cada una de por sí con color rojo. . . . y se llamaban *letras del sepulcro*, porque estaban en el sepulcro en una gran arca; y cuan-

do alguna vez acontecía que se suscitaba en el tribunal algun debate sobre algun *Assise* ó uso, de cuyas resultas convenia que se viese el escrito, se abria con las manos el arca donde estaban aquellas letras, delante de nueve personas. Para esto convenia que el rey estuviera presente ó alguno de sus altos feudos, y dos de sus hombres ligios, y el patriarca ó el prior del sepulcro, y dos canónigos y el vizconde de Jerusalem y dos jurados del tribunal del estado llano; y así eran hechos y guardados dichos *Assises* y costumbres <sup>1.</sup>

Ademas de lo dicho, que prueba hasta la evidencia la influencia del clero en este código tan encomiado por todos, oigamos lo que dice hablando de su confeccion el mismo código en otra parte <sup>2.</sup> y á su lectura deberéis conocer la verdad

1 *Assises*, cap. 4.

2 Juan de Ibelin, conde de Jaffa, redactó por escrito los *Assises*, posteriormente al año 1232 y antes de 1239. Agregó á ellos una especie de código de procedimientos, compuesto por un tal Felipe de Navarra, habitante en la isla de Chipre, donde los *Assises* habian sido introducidos en 1192. Tambien estuvieron vigentes en el imperio bizantino, cuando fué conquistado por los latinos, bajo el nombre de *Liber consuetudinum imperii romani*. En 1421 los venecianos hicieron que los revisara el gobernador de Negroponto; dueños despues de Chipre, mandaron hacer en 1531 una traduccion en italiano, que fué impresa en seguida. El manuscrito original se conservó en la biblioteca de S. Márcos, de donde los austriacos lo arrancaron despues de la conquista; pero el gobierno frances habia hecho sacar antes de la revolucion una exactísima copia por

de mis palabras y la certeza de mi aserto al estampar que ellos fueron obra del clero, pues aunque estuvieran presentes los dignatarios seculares, tambien asistian á los concilios de Toledo; y nadie

Jacobo Morelli. La academia de inscripciones y bellas letras, ha ordenado la publicacion de todos los *historiadores de las cruzadas* en dos series; monumentos legislativos y monumentos históricos. Al frente han aparecido los *Assises* de Jerusalem, publicados por el conde Bengnot. (París, 1841, edicion magnífica de la imprenta real). Despues de haber espuesto en un sabio prefacio la historia de la legislacion francesa en Oriente, y el origen de las instituciones feudales, dá á conocer la organizacion política y jurídica dada por Godofredo á Jerusalem: compendia, en seguida, las vicisitudes de los *Assises*, hasta el momento en que son dados á luz por los juriconsultos del siglo XIII. Viene despues el testo de seis obras de que se componen los *Assises del alto tribunal*, á saber: el *libro de Juan de Ibelin*, en doscientos setenta y tres capítulos, el más bello monumento del derecho feudal: el *libro de Godofredo el Tuerto*, de que no quedan mas que dos fragmentos: el *libro de Juan de Ibelin*, compendiado de los principios generales del derecho feudal de ultramar: el *libro de Felipe de Navarra*, el más antiguo de todos y en bastante mal orden: la *clave de los Assises del alto tribunal de Jerusalem y de Chipre*, resumen de los capítulos del libro de Juan de Ibelin: el *libro al rey*, de un autor desconocido, que dá el testo exacto de los *Assises*, en vez de hacer una disertacion como los otros. Compilado á lo que parece entre 1271 y 1291, espone los límites del poder real, los deberes de los barones, las funciones de los altos empleados de la corona, indica cómo se debe mantener un ejército en campaña. En seguida trata de las sucesiones y de la trasmision de los feudos con una claridad inusitada en los demas juriconsultos.

se atreverá á sostener que los cánones-leyes que allí se hicieron, fueron la obra de los seglares; por la misma razon estamos al presente en el caso de juzgar de la confeccion de los *Assises* y conceder al clero el honor y la gloria de haberlos confeccionado. Hecha esta aclaracion vamos á cumplir lo prometido y á estampar las palabras de la obra que lo acreditan: dice, pues, el preámbulo: "Por el consejo de los príncipes y de los barones, y de los hombres más sabios que pueda haber, *buscó hombres sabios para inquirir y averiguar* de las gentes de las diversas tierras que allí habia, los usos de sus tierras; y todo lo que aquellos á quienes eligió para hacer esto pudieron saber y aprender, lo pusieron é hicieron poner por escrito, y presentaron este escrito al duque Godofredo, y congregó al patriarca y á los demas ante dichos, y les enseñó é hizo leer ante ellos el escrito; y despues por su consejo y acuerdo coleccionó de aquellos escritos lo que le pareció bueno, é hizo con ello *Assises* y usos que se deben mantener, observar y usar en el reino de Jerusalem."

El documento que acabamos de copiar, manifiesta nuestra verdad de un modo que no admite duda, puesto que los hombres sabios encargados de inquirir y averiguar no podian ser otros que el clero que acompañó á todas las cruzadas; los obispos y monjes que las predicaron, el sacerdocio que las inició é impulsó; y tanto es esto así, que solo ellos son sus

historiadores, solo ellos escribieron aquellos sucesos, solo ellos nos los han conservado y solo ellos podian hacerlo, porque los demas eran hombres de arma; y así como la espada es muy á propósito para llevar á cabo grandes é ilustres hechos, la pluma es quien puede immortalizarlos mandando á la posteridad su memoria. Hay ademas otro motivo muy poderoso que viene en apoyo de nuestras palabras, y este es el relato, la descripcion que nos hacen todos los historiadores de Godofredo, en lo cual convienen hasta los escritores mahometanos. La pintura que nos hacen es la de un cumplido y perfecto caballero: en su persona se hallan reunidas la dulzura, la prudencia, el valor, la magnanimidad y aquella humilde devocion que forma el carácter distintivo del perfecto cruzado, del héroe de la religion. Se sabe que rehusó vestirse las insignias reales en los lugares donde Jesucristo padeció tantas humillaciones; los emires que venian á visitarle le encontraron siempre sobre un jergon de paja muy semejante al de los soldados. Nos cuentan que siempre se mostró dócil á la Iglesia, alma de aquella espedicion, que recibió la investidura del sumo pontífice, como igualmente sus dos sucesores; y por último, vemos que Daimberto, arzobispo de Pisa, elevado al patriarcado de Jerusalem, pretendió que aquella ciudad debia pertenecer á la Iglesia, en cuyo nombre habian tomado las armas los cruzados, y Godofredo

prometió abandonarla tan luego como conquistara otra, ó si llegaba á morir sin hijos.

El hombre á quien adornaban estas cualidades no podia menos de estar asistido de los consejos del clero, á quien debia consultar en todo, y por lo tanto que de cuanto en la administracion de su reino hizo el clero, debió ser el alma y la inspiracion, tanto mas cuanto el soberano debe gobernar segun la ley de Dios, y con arreglo á conciencia, por lo cual debemos creer que un rey que en tanto estimaba la suya, que buscaba por todos los caminos el del cielo, y por todas las vias la salvacion en negocio de tanta trascendencia, cual es establecer la ley que ha de regir un nuevo tróno y constituir un reino nuevo, de la cual depende el porvenir de los pueblos, no debió valerse de otras personas que del clero, y solo éste debió confeccionar el código, y tener en él el principal influjo, la mayor intervencion; y tanto está demostrada esta verdad, que en donde quiera que le abramos se prueba, en todas las líneas se revela y en todas las letras se retrata, de tal modo que para negarlo seria preciso destruir el código y romper todas las historias, y ademas borrar del mundo las tradiciones y acabar con otra infinidad de documentos, que si bien incidental é indirectamente tocan la cuestion, dicen lo bastante para demostrar esta verdad.

Godofredo continuó siendo el terror de la me-

dia luna hasta que á la vuelta de una expedicion, ofreciéndole el emir de Cesarea frutas para que refrescara, y habiendo tomado una azamboa, á los pocos momentos espiró, el 7 de Agosto de 1100. Por su muerte el patriarca Daimberto quiso sucederle, pero queriendo los adalides un gefe que los llevara al combate, y los guiara á la victoria eligieron á Balduino. No era este el cruzado piadoso y de corazon humilde que acababa de espirar, ni cumplen á nuestro propósito sus vicios, ni sus defectos; lo que sí cumple es anotar que en medio de sus corrompidas costumbres efectuó su coronacion como ordenan los *Assises*<sup>1</sup>, y con sus

1 Merecen ser conocidas las ceremonias de la coronacion de los reyes de Jerusalem, y por lo tanto las trasladamos aquí del cap. 7 de los *Assises*, pág. 29, 30 y 31.

“Quant le patriarche corone le roi, la procession lui vient à l'encontre à la parte dou mostier; et le patriarche, ou le prelat qui le doit coroner, li dit pluisors orisons sur la teste; et il est à genoills, et les officians le sont de costé. Et puis le roi se lieve, et jure al patriarche un tel seirement. “Je, tel, par divine souffrance à coroner rei de Jerusalem, promet à toi monseigneur tel, patriarche de Jerusalem et à tes sucesors canoniquement entrant desus lo testimon de Dieu le tot-puissant et de tote l'Iglise, et des prelaz, et demes barons qui environ moi sont, que, je, de cest jour en avant serai ton feel aideor et defendeor de ta persone contra toz homes vivant et reiaume de Jerusalem. Les possessions et les franchises de la sainte Iglise de Jerusalem ma mere, et de totes les iglises appartenant à li principalement, les queles possessions et franchises elles ont acostumé à avoir jadis, et tens de beneurés



victorias hasta cierto punto hizo acallar el grito de sus enemigos. Hemos puesto en la nota el testo del capítulo siete de los *Assises* que trata sobre la coronacion, y le hemos puesto en el fran-

“reis mes devanciers, et qui elles aquerront justement ca en  
 “avant, eu mon tens maintendrai à elles, et defendrai les ca-  
 “noniques et les ancienes privileges et les ders leis; et les  
 “justises decians et les ancienes costumes et franchises, as  
 “véves, et as orfenins, justise feras; les privileges des beneu-  
 “rés reis mes devanciers et les assies dou royaume, et dou  
 “rey Amauri, et dou rei Baudoyne son fiz, et les ancienes  
 “costumes et assises dou reiaume de Jerusalem garderai; et  
 “tot lo peuple crestien dou dit royaume, selon les costumes an-  
 “cienes et aprobez dece meisme royaume, et selonc les assi-  
 “ses dedevant dis rois, en lor dreis, et en lor pistises garde-  
 “rai; si come roi crestien et feil de Dieu le doit faire ensoon  
 “royaume; et toutes las autres choses dessus dites garderai  
 “faument. Ensi m'ait Dieu et ces saintes Evangiles de Dieu.”  
 Et quant le devant dit rei à ce fait, le patriarche le lieve en  
 piés, et le prent par la main destre, et li promet en ceste ma-  
 niere. “Je t'aiderai, la corone mise en ton chief justement à  
 “maintenir et à defendre, sauf m'ordre se il est d'ordre, et c'il  
 “estautre” la sainte Iglise de Rome. Et ces choses dites, il le  
 doit baisier en fes; et crier quanque il peut. “Entre voz, qui es-  
 “tes assemblés, seignor prelaz et mais tres barons, chevaliers,  
 “et homes liges, borgeis et tote autre maniere de peuple, qui ci  
 “estes assemblés; nos somes si por coroner tel à rei de Jerusa-  
 “lem, et volons que voz nos dites se il est dreit heir dou roiau-  
 “me de Jerusalem.” Et ce deit dire par trois feis; et l'on resp-  
 pont: *Oil*. Et maintenant comencent *Te Deum laudamus*, et s'en  
 entrent dedenz le cuero ces barons qui portent sa corone et la  
 pome, et le seneschau qui porte le septre, et le conestable qui  
 porte le gorfanon. Et le rei est vestu comediaque, la teste des-

ces antiguo que es como le tiene el original, ha-  
 biéndolo hecho así para darle toda la autoridad y  
 autenticidad que se merece tan interesante docu-  
 mento, del cual aparece que la investidura del  
 coverte. Et l'on à un faudestaill devaut l'autier, et la s'apuin  
 le rei en afflictions trusque à tant que le *Te Deum* soit chanté.  
 Et quant il est chanté, le patriarche ou le prelat qui le doit  
 coroner vient, et le dit pluisors orisons dessuz la teste. Et puis  
 quant il à cedit, le rei s'envait seir sur son siege et l'on comen-  
 ce la messe. Et quant on à dit l'epistle, et la sequence, deus  
 prelaz véenent au roi, et le meinent trusque su faudesteill par  
 devant l'autier. Et la li dit celui qui le doit coroner, “Beneis-  
 sons” et puis prent le cryme, et l'oïnt par dessus le toup, di-  
 sant ce qui est usé de dire et orisons et psaumes, et li met l'a-  
 nel au doit, qui senefie roi, et apres li ceint l'espée, que senefie  
 justise à delendre la foi et sainte Iglise; et après le corone;  
 que senefie la dignité, et apres le septre, por chastier et defend-  
 dre, et apres la pome, que senefie la terre dou reyaume; dis-  
 sant tot jors ce qui est usé en sainte Iglise. Et puis quant tot  
 ce est fait, le prelat qui le corone et toz les autres, dient en la-  
 tin par trois fois. “Vive le roi en bone prosperité.” Et puis le  
 roi baisse tos les prelaz, et s'enva seir en son siege, et deus  
 prelaz le deestreen, et l'on chante l'Evangile et le parfait de la  
 messe. Et ou sacrement le roi oste sa corone, et quant tote la  
 messe est dite, le rei vient devant l'autier, et se comenie. Et  
 apre le prelat prent le gonfanon dou conestable et le beneit  
 del'aigue beneite et le met en la main dou rei; et le rei le livre  
 auconestable, et s'en retourne. Et quant il est coroné en Jeru-  
 salem, si es coroné ou mostier dou sepulcre, et vait au temple  
 Domini; et la eufre sa corone sur l'autier ou fu offert Nostre  
 Seignor à saint Symeon, et puis s'en entre au temple Salomon,  
 qui est la maison des templiers. Et la sont mises les tables, et  
 il s'assiet au mangier, et les borgeis de Jerusalem servent cet

reino de Jerusalem la daba la Iglesia; así como las palabras testuales indican del modo mas claro y terminante el gran influjo que en aquel reino fundado por el impulso de las ideas religiosas, y conquistado por los esfuerzos del clero, ejerció este brazo del Estado el mas respetado y considerado entre los guerreros de la cruz, y como no todos nuestros lectores sabrán traducirle, diremos que el contenido del capítulo referido, en sustancia, es lo que espresa la ceremonia ejecutada por el arzobispo Daimberto en la coronacion de Balduino; dicen, pues, los cronistas: "Que la inauguró en Belem, dándole *la espada para defender la justicia, la fé y la santa Iglesia; el anillo que significa lealtad; la corona que espresa dignidad; el cetro para castigar y proteger; el globo, que quiere decir las tierras del reino.*" Así la Iglesia y el clero investian un rey, y en su investidura le recorda-

jeor les tables, car ce est le servise qu'ils doivent au rei. Et quant il est coronés à sur, il vait au chaste sur le cheval que Ponli mena devant covert, et le mareschal par devant lui sur le cheval dou conestable portant le gonfanon, et toz les autres à pié: et le conestable vait à pié devaut le cheval dou rei arreant la gent: le rei manie la corone sur la teste. Le seneschal doit servir le rei de toz ses mei et le mareschal doit tenir le gonfanon devant le rei tant come il sera à table; et puis doit prendre le cheval dou conestable. Et le conestable celui dou rei tot ensi covert; et le mareschal irait devant portant le gonfanon trusque en sa hauberge, cal il est son home et li doit faire homage."

ban sus deberes para con sus hermanos, le colocaban á su frente para que vigilase su bienestar, y al mismo tiempo santificaban su persona para que fuese inviolable, de todos acatada, de todos temida y venerada; haciendo así á la sociedad y á la civilizacion el gran servicio de unir los elementos que podian hacerla progresar y llevarla á su perfeccion y encumbramiento, al apogeo de su prosperidad.

Balduino, sin embargo de no ser tan piadoso como su antecesor, ni tan humilde, ni tan religioso, conoció que nada podria hacer si, al frente de unas huestes que habia reunido la religion y sus ministros en torno suyo, no colocaba esta misma religion, y adoptó como señal de combate el grito de guerra: *¡Cristo vive, Cristo reina, Cristo manda!* Y con este grito santo sembró el terror entre turcos y egipcios, y llevó sus guerreros á la victoria. Ilustrado por el clero, estendió en sus dominios el comercio, y puso en comunicacion comercial el Oriente y el Occidente, pactó con las ciudades marítimas para empeñarlas en su auxilio y no carecer de nada necesario, concederlas en propiedad á cada una un barrio en cuantas ciudades conquistara y una tercera parte del botin; de este modo se proporcionó unos poderosos aliados, que le fueron de mucha utilidad en todas sus empresas. Llamadas así á participar de las utilidades, ciudades poderosas quisieron

contribuir al triunfo y compartir con sus guerreros las fatigas del combate y las glorias del triunfo; con su auxilio se apoderó de Arsilf, donde adquirieron los genoveses su ponderada santa Copa, por lo cual el almirante de esta expedición Guillermo Emberiacó, goza en Génova inmortal renombre: estas armadas le auxiliaron en la rendición de Cesarea, S. Juan de Acre, Trípoli y Berita, teniendo la historia buen cuidado de espresar que siempre eran *repartidos con Dios los despojos*, queriendo con estas palabras manifestar el influjo que en todo tenía el sacerdocio, como si previeran que llegaría un día á ponerse en duda, y quisieran protestar contra tamaña injusticia; viniendo á servir de prueba inequívoca é indestructible de que allí el alma de todo fué el clero, y que á él son debidos los beneficios que de este hecho resultaron á la humanidad y á la civilización, y por esto reclamamos nosotros este honor para una clase que se llama por sus enemigos la mas inútil á los Estados.

También los normandos, aquellos terribles marinos que llenaron de terror y espanto la Europa, y sembraron en los mares la inseguridad, aportaron á las costas del Asia guiados por el deseo de ganar las indulgencias. La fama de sus hechos los habia precedido, y el terror de su nombre les habia ganado una celebridad que á todas partes llegaba; desembarcan en Tolemaida y á las órdenes

de Sigurdo se encaminan á Jerusalem. Noticioso Balduino de esto les sale al encuentro, y ellos se hacen notar entre aquella afluencia de peregrinos por su blanco cútis, su rubia cabellera, y mas que todo por los magníficos trajes y ricas armas que publicaban la gloria de sus numerosos triunfos. El rey de Jerusalem los acompaña en su expedición á las orillas del Jordan, y regala á su príncipe un pedazo de la verdadera cruz; en pago de tan señalado presente, Sigurdo prometió fundar, si podía, un arzobispado en Noruega, pagar y hacer á los suyos que pagasen los diezmos eclesiásticos, y ser toda su vida el defensor de la religion; luego ayudó á Balduino en la conquista de Sidon, y teniendo derecho segun costumbre á la mitad de la ciudad conquistada, la renunció á favor del rey de Jerusalem. De este modo la religion sacaba provecho de todos, y los hombres mas indómitos doblaban su cerviz ante su yugo santo, teniéndose por muy dichosos con poder contribuir á su engrandecimiento. Tal fué el espíritu que en todos supo escitar el clero; y así contribuía á la civilización del mundo, objeto de los desvelos de su caridad, que miraba como punto principal de sus cuidados salvar y proteger, ensanchar y escudar los derechos del hombre.

Hemos manifestado las ventajas civilizadoras que las cruzadas proporcionaron al comercio y á las relaciones de los pueblos entre sí; hemos ma-

nifestado las que proporcionó al Asia, y hemos bosquejado el estado de la Europa al emprenderse estas campañas que tanto debían influir en la civilización, y que desde luego debían dar por resultado ese espíritu de universalidad hijo del espíritu de religión, y del cual nació el espíritu de nacionalidad; y cúmpenos ahora enumerar los beneficios que á la Europa reportaron: en primer lugar aparece que fueron el lazo que unió los elementos heterogéneos de que estaba compuesta esta parte del mundo, unión que debía producir los más felices resultados, los que más influencia habían de tener en lo sucesivo, cuales son el aumento y estabilidad de la dignidad real, el acrecentamiento de los comunes, sus privilegios, sus libertades, la extinción de los odios, la accesión de los ricos y pequeños propietarios, el aumento de la clase media elevada á propietaria sobre las ruinas de los feudos. Para demostrar estas consecuencias serán necesarias muy pocas palabras, menos líneas y algunas reflexiones; y así vamos á presentar este bello panorama social que haga á nuestros enemigos avergonzarse de imputar al clero como un crimen, esta gran metamorfosis social que tanto había de contribuir á la felicidad de la Europa, al triunfo de la humanidad, y al mayor incremento de la civilización.

Hemos dicho que de las cruzadas resultó la mayor estabilidad de la dignidad régia, y estamos en

el deber de probarlo. Los reyes, es verdad, eran los primeros y más ricos feudatarios, pero no lo es menos que los demás señores de feudos, entre los que había algunos poderosísimos, como tenían el derecho de armar sus vasallos y poseían castillos bien defendidos, por medio de alianzas, enlaces matrimoniales, odios, quizá envidias, y otras causas más ó menos nobles, se declaraban en rebelión, acudían á las armas, y más de una vez hicieron balancear el trono, y muchas que pueden verse en las historias de todos los tiempos y de todos los pueblos, le humillaron hasta imponerle la ley. Esto probaba lo poco segura que estaba su dignidad y lo espuesta á tener que sucumbir ante sus súbditos rebeldes. Pues bien, con las cruzadas cesó esto, y la corona pudo sobreponerse á la grandeza, retarla, contenerla; y la razón de todo esto es, que entusiasmados los grandes con la voz de la religión que los llamaba á la conquista de la Tierra santa, abrazaban la cruz, y como tenían que emprender largos viajes á sus espensas, para trasportarse debían hacer grandes gastos; para esto tuvieron que empeñar ó vender sus propiedades, que ó compró la corona, con lo cual acreció su poder y se robusteció su autoridad, ó las compraron los pueblos, con lo cual del poder de los señores pasaron al dominio de los reyes ó los adquirieron los particulares, y de este modo pasaron á la clase de propietarios, resultando de

todos modos que los grandes señores debilitaron su poder, mientras el de los reyes se acrecentó sobre sus ruinas; sucediendo de esto una gran ventaja á la humanidad, cual fué la de que una vez debilitado este coloso, estuvo imposibilitado de revolucionar, y las guerras intestinas, tan perjudiciales á los pueblos, fueron poco menos que imposibles, puesto que el poder real se habia hecho un coloso que no podian combatir sin una cierta, segura y desastrosa derrota, y por consiguiente tuvieron que reconcentrar sus odios y devorarlos en el secreto de su corazon, con lo cual ganaron mucho la sociedad y la civilizacion, puesto que tambien los crímenes se disminuyeron, porque la impunidad dejó de existir, y por lo tanto de escudar á los criminales. Creemos que lo espuesto es suficiente á probar esta primera consecuencia, que por sí sola es un blason de las cruzadas. Veamos las demas.

La segunda ventaja que proporcionó, fué el acrecentamiento de los comunes, y lo vamos á probar. Una vez que los señores vendieron sus propiedades tuvieron los pueblos una bella ocasion de redimir su pecho, y así lo hicieron pasando de pueblos señoriales á realengos, bajo la proteccion de los reyes, cuya autoridad al mismo tiempo aumentaron y robustecieron. Si el clero no hubiera favorecido la humanidad y sacado los pueblos y los particulares del estado de opresion

en que los puso la conquista, si desde siervos no los hubiera hecho colonos y de aquí propietarios, nunca hubieran podido en esta época hacerse hombres libres, ni menos acrecer sus propiedades, porque es bien sabido que el que no tiene derechos ni dinero jamas puede disfrutar de aquellos ni conseguir con estos cosa alguna por mucha falta que le haga lo que se vende, y por muy útil y necesaria que le sea su adquisicion. Es por tanto fuera de duda, que al clero se deben todas las ventajas civilizadoras que viniéron á la Europa por las cruzadas, y se le deben porque él las promovió y porque tenia preparado el terreno para que sin revoluciones ni trastornos las reformas fuesen admitidas; así es cómo el clero sin desatender la humanidad propaga la civilizacion; así es cómo llevando la caridad por divisa introduce las mejoras en la sociedad; así es, en fin, cómo cumple con el amor que debe á sus hermanos. ¿Y por qué el clero obra de este modo tan diferente de nuestros modernos utopistas? Porque el clero rechaza las pasiones mezquinas, porque no tiene miras de interes personal, porque hace el bien, y para hacerlo lleva por norte el Evangelio, que prescribe que debemos sacrificarnos por nuestros hermanos y emplearnos en su obsequio y en su bien y felicidad.

Una vez los pueblos señoriales convertidos en pueblos realengos, adquirieron privilegios, por

medio de los cuales tuvieron participacion en los Estados y entraron á la formacion de las leyes y mandaron diputados que los representaran en las cortes y asambleas; en una palabra, pudieron servir de dique á la ambicion y á los escescs de los grandes, y los reyes aprovecharon este tercer brazo que se levantaba en sus Estados, le enriquecieron con privilegios y le pusieron en el caso de servirse de él con grandes ventajas; los comunes tenían sus huestes como los señores, y llevaban las armas de la poblacion por divisa, y se conocian con el nombre de la ciudad ó villa que hacia cabeza de la comunidad; las historias nos refieren los hechos de estas huestes comunales, y sus pueblos conservan los diplomas que acreditan sus laureles y los servicios prestados á los reyes y la gratitud y munificencia de éstos. Las historias nos dicen todo el contrapeso que hicieron á los grandes, y cuán útiles fueron á los monarcas, y éstos, en los privilegios, tuvieron buen cuidado de espresar estos servicios y decir que lo hacen *para que hechos ilustres no queden relegados al olvido y la gratitud de los monarcas quede consignada*. Todo esto lo debieron al clero; y vosotros que tanto encomiais estos derechos, ¿por qué perseguís é insultais á sus autores? ¿Por qué los llamais perjudiciales á la sociedad, siendo así que no presentaréis una institucion que más beneficios la haya prestado? Esto es lo que no comprendemos: una institucion es

útil y benéfica á la sociedad, y el que la promueve y la plantea es inútil y hasta nocivo y perjudicial: confesamos que en nuestra lógica no cabe esta consecuencia; puede ser que como la lógica nuestra es lógica de frailes, y nuestro modo de raciocinar tambien, y éste es enteramente distinto del método moderno, quizá no comprendamos en nuestro *atraso* las reformas del dia, y esto de discurrir tambien haya sido reformado y en entera contradiccion con el antiguo, y por lo tanto eliminado de la sociedad, lo que no estrañariamos supuesto que la palabra *reformat* en el Diccionario de los modernos utopistas es lo mismo que destruir; por eso en sus reformas obran destruyendo, á diferencia del clero que obraba mejorando lo que habia y aprovechando los elementos antiguos, porque en su lógica sabia que nada era tan malo que no tuviera algo bueno, y así buscaba y utilizaba esto, en lo cual creiamos nosotros que obraba con raciocinio; pero está visto que nos hemos equivocado: ¡paciencia! en otra ocasion acertaremos: la herencia del hombre es la culpa; por eso solo ayudo de la gracia puede llegar á la perfeccion, por eso el clero pide los auxilios de la gracia antes de emprender alguna obra, así se lo enseñaron: en cuanto á los modernos, ignoramos lo que hacen, si pedirán ó no auxilios á alguién, si los necesitarán ó no, porque no sabemos los privilegios que el Señor habrá concedido á su talento, aunque rogamos que le ilumine.

Hemos pintado el estado de la sociedad, los odios que armaban los grandes unos contra otros; las historias nos cuentan los efectos de estos odios, crueles venganzas, batallas, asaltos, desórden, confusion, anarquía; las mazmorras de los castillos feudales adquirieron una triste celebridad; y sin más que leer las crónicas y oír las tradiciones de los pueblos, aun asustan en el día hasta á los espíritus fuertes de nuestros ilustrados enemigos, son la fábula que llena de espanto todos los corazones. Nadie ignora las horribles barbaridades, los desafueros, las tragedias que causaron aquellas bandas que en la edad média recorrían los campos robando, violando, asesinando, de cuya rapacidad nada estaba seguro, cuya violencia todo lo hollaba, el honor de las familias, el lecho nupcial, el pudor de la doncella, el respeto de la matrona, el sagrado de la vírgen del Señor y la honestidad de la viuda; ante su furor sucumbía el hermano, el amigo, el hijo, la esposa y el padre; no había vínculo social ni religioso que se respetase; las ciudades tuvieron que fortificarse, y hasta las abadías y catedrales se aspilleraron para defenderse de tanta osadía, de tanto desenfreno, de tanto insulto. No es ésta una pintura exagerada, creacion de una imaginacion poética, sino el cuadro fiel, aunque descolorido, de lo que nos dice la historia; lejos de haber exageracion está muy descargado; consulte á las crónicas el que no crea nues-

tras palabras y se convencerá de esta verdad, en tanto nosotros diremos, que al grito del clero, aquellos soldados del infierno, *aquellos guerreros del demonio*, segun la enérgica espresion de Pedro el ermitaño, se convirtieron *en soldados de Cristo*; y en una sola proposicion hemos compendiado los inmensos beneficios que por este medio alcanzó el clero en favor de la trabajada sociedad que purgó de aquellas desgracias. Efectivamente, desenvolved un poco las ideas y la veréis abrazando todos estos males y todos los bienes que despues sucedieron á la sociedad, y yo no tendré necesidad de ocupar más tiempo que para decir que los odios, las enemistades, las venganzas y demas males cesaron, porque sus autores marcharon á lejanas tierras despues de haberse reconciliado, donde en los campamentos y en presencia de un enemigo comun tuvieron que fraternizar, y tratándose y compartiendo las glorias y las fatigas, aprendieron á amarse y se amaron, estrechándose tanto los vínculos de aquel amor, que ya no se olvidaron nunca ni se persiguieron en lo general, es decir, que la mayoría se reformó completamente, la sociedad ganó y la civilizacion en este cambio que supo el clero hacer para triunfo de la caridad y gloria suya.

A estos medios, á estos beneficios hay que agregar otros de inmensa cuantía, cuales son, que entre el estruendo de la guerra cesó aquel orgullo

que hacia inaccesibles los grandes señores, y por consiguiente los inferiores pudieron tratarlos, y ellos serles útiles en mas de una circunstancia, en mas de una ocasion: así fueron poco á poco anudándose las relaciones de unos con otros, así fueron estrechándose las distancias, y así fué ganando la sociedad y la civilizacion; á esto contribuyó mucho que los pequeños propietarios aumentaron en riquezas mientras los mayores propietarios tuvieron que vender; de estos propietarios nuevos salió la clase media que un dia habia de apoderarse del porvenir y destino de las naciones; y por decirlo de una vez, todas estas consecuencias, emanacion precisa y necesaria de las cruzadas, sacaron la humanidad de su postracion, y la colocaron en un sendero de progreso, del que no será fácil apartarla ni hacerla retroceder, y de las consecuencias que hoy sacamos nació esta *igualdad* de condiciones que hoy observamos, esta facilidad que en los enlaces vemos, donde ya no se consulta la cuná ni el abolengo, donde no se buscan rancios pergaminos, sino donde preside el amor, y el corazon libre elige sin trabas de ningun género y decide sobre una de las cosas mas interesantes de la vida, y de la cual depende casi principalmente la felicidad ó desgracia de las personas sobre la eleccion de estado, sin que las condiciones sociales se busquen, sin que los intereses ni la ambicion se consulten, y en una palabra, donde el

hombre puede obrar con arreglo y sujecion á su conciencia, sin trabas ni otras oposiciones, y en un todo conforme á su naturaleza de hombre racional, de sér pensador é inteligente, y como tal árbitro de la eleccion de Estado.

Hay ademas de las ventajas referidas otras de una tendencia asombrosamente útil á la sociedad y á la religion, y éstas nos deben ocupar siquiera no sea con toda la estension que deseamos. En primer lugar viené una enteramente filosófica, y que por lo mismo ha de agradar á nuestros enemigos, y ésta es aquella ilustracion, aquel criterio, aquel sano juicio con que los historiadores de las cruzadas hablan y discurren acerca de los dos partidos beligerantes, presentando lo bueno con sus alabanzas y lo malo con sus censuras, siquiera esté lo bueno entre los enemigos y se halle lo malo entre los amigos; tambien se acostumbraron los cruzados con aquellos viajes á ver una inclinacion diferente y multitud de cosas diversas, de las cuales unas les agradaron y aclimataron á sus costumbres; allí se encontraron en relacion con dos civilizaciones que los sorprendieron y los entusiasmaron y los impelieron á imitarlas; y si los musulmanes creyeron y consideraron á los cruzados como bárbaros, éstos se asombraron de la riqueza, elegancia y buen gusto de las musulmanas costumbres. Como era natural, á esta impresion sucedieron muy luego frecuentes relaciones que fue-



ron haciéndose cada vez más íntimas entre los dos pueblos, y que se generalizaron é hicieron altamente importantes. No solo los cristianos de Oriente tenían relaciones habituales con los musulmanes, sino que se conocieron, visitaron y mezclaron con los de Occidente; y de esto resultó, como no podía menos, un gran desarrollo en la civilización, en la cual ganó mucho la humanidad, pues aquellos dos pueblos que en el espacio de cuatro siglos se habían perseguido con encarnizamiento esterminador, se comunicaban bajo la fé de los tratados y en reciprocidad de comercio. Así fué que se establecieron relaciones diplomáticas y oficiales entre los soberanos y entre los pueblos otras no menos interesantes para la sociedad.

En prueba de esto nos parece que será muy del caso transcribir las palabras que trae Mr. Guizot en su *Historia de la civilización*, pág. 220, y que copia de Abel Remusat<sup>1</sup>, y son las siguientes:

“ Varios religiosos italianos, franceses y flamencos, fueron encargados de misiones diplomáticas cerca del gran Kan. Muchos chinos de distincion vinieron á Roma, á Barcelona, á Valencia, á Leon, á París, á Lóndres, á Northampton, y un franciscano del reino de Nápoles fué nombrado arzobispo de Pekin. Su sucesor fué un

<sup>1</sup> Memorias sobre las relaciones políticas de los príncipes cristianos con los emperadores del Mogol. Segunda Memoria, pág. 145-157.

“ profesor de teología de la facultad de Paris.  
 “ Mas, ¡cuántos otros personajes menos conocidos fueron arrastrados como esclavos, llevados por el lucro ó guiados por la curiosidad á aquellas comarcas desconocidas hasta entonces! La casualidad ha hecho que se conserven los nombres de algunos de ellos. El primer enviado que por parte de los tártaros fué á encontrar al rey de Hungría era un inglés, desterrado de su país por algunos crímenes, y que despues de haber andado errante por toda el Asia, acabó por entrar al servicio de los mogoles. Un franciscano flamenco encontró en el interior de la Tartaria á una mujer de Metz, llamada Paqueta, que se habia criado en Hungría, á un platero de Paris, cuyo hermano estaba establecido en el Puente Nuevo en aquella poblacion, y á un jóven de los alrededores de Ruan, que se encontró en la toma de Belgrado: vió igualmente algunos rusos, húngaros y flamencos. Un sochantre llamado Roberto, despues de haber recorrido el Asia Oriental, fué á morir en la catedral de Chartres; un tártaro construia cascos en el ejército de Felipe el Hermoso. Juan de Plancarpin encontró cerca de Gayouk, á un hidalgo ruso, llamado Temer, que servia de intérprete; muchos mercaderes de Breslaw, Polonia y Austria le acompañaron en su viaje á Tartaria: otros que volvieron con él por la Rusia eran genove-

ses, pisanos ó venecianos. Dos mercaderes de  
 Venecia que la casualidad condujo á Bokhara,  
 dejándose llevar de sus inclinaciones, siguieron  
 á un embajador mogol que Houlagon envió á  
 Khonabilai. Permanecieron algunos años en la  
 China y Tartaria, y despues volvieron con car-  
 tas del gran Kan para el papa, llevando consi-  
 go al hijo de uno de ellos el célebre Marco-Paul,  
 y dejando otra vez la corte de Koubila para  
 volver á Venecia. En el siglo siguiente no fue-  
 ron menos frecuentes los viajes de esta especie:  
 en este número se cuentan los de Juan de Man-  
 deville, médico inglés, de Oderico de Frioul,  
 Pegoletti, Guillermo de Boudeselle y otros mu-  
 chos. Puede creerse que estos, cuya memoria  
 se ha conservado, no son mas que un número  
 muy corto de los muchos que se emprendieron,  
 y que hubo en aquellos tiempos mas gente en  
 estado de hacer esas largas correrías que de es-  
 cribir su relacion: muchos de esos aventureros  
 debieron fijarse y morir en las comarcas que  
 habian ido á visitar. Otros volvieron á su pa-  
 tria tan desconocidos como antes; mas con una  
 imaginacion llena de cuanto habian visto, lo  
 contaban á su familia, sin duda exagerándolo,  
 pero dejando á su auditorio algunos recuerdos  
 útiles y algunos trabajos capaces de dar fruto  
 en medio de sus fábulas ridículas. Así sembra-  
 ron en Alemania, Italia y Francia, en los mo-

nasterios, entre los señores, y hasta entre la úl-  
 tima clase de la sociedad, preciosas semillas,  
 destinadas á brotar algo mas tarde. Todos estos  
 viajeros ignorados, al tiempo que llevaban las  
 artes de su patria á lejanas comarcas, traian de  
 ellas otros conocimientos no menos preciosos,  
 haciendo, sin conocerlo, otros cambios mucho  
 mas ventajosos que los del comercio todos. Por  
 este conducto, no solo se estendia y hacia mas  
 practicable el tráfico de sederías, de porcelanas  
 y artículos del Indostan, abriéndose nuevos ca-  
 minos para la industria y actividad comercial,  
 sino que, lo que aun era mayor, las costumbres  
 extranjeras, las naciones desconocidas y las pro-  
 ducciones extraordinarias se ofrecian en abun-  
 dancia al espíritu de los europeos, reducidos  
 desde la caida del imperio romano á un círculo  
 muy estrecho. Empezóse á dar algun valor á la  
 mas hermosa, á la mas poblada y á la mas an-  
 tiguamente civilizadora de las cuatro partes del  
 mundo. Las artes, las ciencias, los idiomas de  
 los pueblos que la habitaban, empezaron á cul-  
 tivarse, tratándose de establecer una cátedra de  
 lengua tártara en la universidad de Paris. Bien  
 pronto aquellas relaciones, al parecer fabulosas,  
 se discutieron y profundizaron llenando á la so-  
 ciedad de nociones muy justas y variadas. El  
 mundo pareció abrirse por la parte del Orien-  
 te, la geografia dió un paso inmenso. El deseo

“de descubrimientos fué el nuevo vuelo que tomó el aventurero espíritu de los europeos: la idea de otro hemisferio cesó de presentarse á nuestro entendimiento como una paradoja desnuda de toda verosimilitud; en cuanto al nuestro fué mejor conocido, y Cristóbal Colon descubrió el Nuevo Mundo al dirigirse á buscar el *Zipangn* de Marco-Paul.” Así se espresa este sabio académico, y sus palabras son una confirmación de cuanto llevamos dicho, al mismo tiempo que unas premisas indestructibles de lo que vamos á establecer en los párrafos siguientes, y por eso lo hemos copiado en este lugar.

Tales son los hechos y los beneficios que acarreó el impulso de las cruzadas á la Europa, y que ellas descubrieron un vasto campo al comercio, enriquecieron la agricultura y las artes, y contribuyeron al desarrollo de la civilización y de las ciencias. También hicieron mas íntima la comunicación de los fieles con el jefe de la Iglesia, con el vicario de Jesucristo, de lo cual resultó un bien inmenso á la moral y á las almas, y por consiguiente á la sociedad y á la civilización. La verdad de esto aparece tan solo al considerar que antes de esta época eran muy pocos los que visitaban á Roma, en vez que al publicarse las cruzadas todos se encaminaban allá para recibir la bendición del pontífice, reiterando la visita á la vuelta;

teniendo con este motivo ocasion de venerar al representante de Cristo, y de conocer la estabilidad de todas las cosas de la religion; lo cual afirmó las ideas religiosas en todos los corazones, de modo que es casi imposible desarraigarlas de ellos; circunstancia que ha influido y aún influye mucho sobre el bien de la humanidad y el curso de las ideas, que con tal freno siempre son mas arregladas y menos espuestas á dejarse dominar por pasiones bastardas y desbordadas, que pervierten la sociedad y trastornan los Estados.

En la parte social dejamos ya manifestados los grandes beneficios que reportaron, y de cuánta trascendencia fueron para la civilización; beneficios que son el alma de ella, cuyas consecuencias son incalculables, y cuyos resultados han puesto la Europa al frente del mundo civilizado y religioso; beneficios que hasta nuestros mismos enemigos encomian, y de los cuales resultaron á las naciones la *igualdad* y la *libertad*, pero no esa *igualdad* que predicán nuestros adversarios, y merced á cuya propagación quieren despotizar y despotizan los pueblos, y encadenan el entendimiento, y hacen de los hombres el escabel de su trono de hierro y de las instituciones el broquel de su osadía, el paladion de sus pasiones, el áncora de su ambiciosa é hipócrita soberbia. Tampoco resultó esa libertad que ellos proclaman, y de cuya voz mágica

se valen para alucinar las naciones, siendo así que en sus obras aparece que esa *libertad* es la pantalla de su tiranía, y que á su voz encadenan los pueblos y oprimen las almas; no la *igualdad* que resultó de todas estas ventajas que nos trajeron las cruzadas, es la de los hombres ante la ley y la *libertad*, la que nos impide que unos nos esplotemos á los otros, y que, abusando de nuestra posicion, no conozcamos freno al ímpetu de nuestras pasiones; en una palabra, la que condena el *libertinaje*. Y no podia ser otra cosa atendido á que el clero la predicaba, estendia y propagaba, y el clero jamas predicó, estendió, ni propagó otras ideas que las que el Evangelio ordenaba; ley sublime en cuyos capítulos nada se encuentra que no sea beneficioso á los hombres y útil á la sociedad.

Efectivamente, beneficioso á los hombres y útil á la sociedad fué cuanto resultó de las cruzadas; las reformas que sufrieron las naciones, nos pusieron en la senda que ha traído la humanidad y la civilizacion al estado actual; y si no que me digan los enemigos del clero, ¿á qué otra cosa se debe que á la disminucion de los feudos, á la division de los territorios, al acrecentamiento de la autoridad real, á la multiplicacion de propietarios, á la elevacion de la clase média y de los comunes, al aniquilamiento del poder señorial y á la propagacion del comercio, á la prosperidad de las artes

y las ciencias? Y si todo esto forma la verdadera civilizacion, siendo el clero la causa de aquello, claro está que fué la de esto. Y si la humanidad se salvó entonces de los horrores del feudalismo, ¿la humanidad no le debe tambien su salvacion? Seguramente. Luego la humanidad y la civilizacion deben al clero cuantos beneficios disfrutan, y nadie puede disputarle esta gloria, porque á su voz se armaron los cruzados, á su voz la Europa apagó sus odios, la guerra civil y tropelías murieron, y allá en remotos países los enemigos se amaron como hermanos, y de vuelta á su patria este amor no se estinguió, sino que dió los más sazonados frutos, los más benéficos resultados para la civilizacion. Y no se diga que fué esto exclusivamente la obra de las circunstancias que en Palestina les rodeaban, porque contra esto acudiremos á la historia, y allí veremos al clero tambien con la cruz en el pecho enseñando y predicando caridad; allí le veremos apagando las chispas de odio que de vez en cuando venian á turbar con su luz infernal la paz de las almas; allí los veremos mediar en todas las cuestiones que turbaban ó podian turbar la concordia que los unia; allí, en fin, los veremos llenos de celo apostólico, ejercer los deberes de su alto ministerio, y ejercerlos dignamente, ejercerlos en bien de la religion y de la humanidad.

Cuanto acabo de esponer, está testificado en la

historia con hechos que no dejan ni aun el más leve rastro de duda, y ellos trajeron el comercio marítimo y le desarrollaron de modo que pudiera ser el centro de prosperidad de los pueblos; y si aun nos queda duda alguna de que tantos bienes nos proporcionó el clero por medio de las cruzadas, ésta se desvanecerá tan solo con que contemplemos la sociedad y comparemos su estado anterior con el que produjeron las cruzadas; el aspecto que presentaba antes la Europa, y el que presentó despues; su civilizacion anterior y la posterior, y así podremos apreciar en su justo valor los trabajos del clero y sus servicios en favor de la sociedad; así podremos juzgar la diferencia debidamente; así, en fin, hallaremos, que la Europa anterior á las cruzadas, no es la posterior; ¿y por qué? Vamos á decirlo. En la Europa anterior habia un movimiento de disolucion, de dispersion, de existencias é influencias; un movimiento de localidad universal, que era como su carácter, y este movimiento cesó despues y fué reemplazado por un movimiento en sentido contrario, cual fué el de centralizacion; metamorfosis que debemos tener muy á la vista, porque esta reforma fué absoluta y radical, no fué un cambio parcial insignificante, ni de más ó menos trascendencia, sino un cambio en sentido enteramente inverso, cuya influencia debia obrar en el mismo sentido, y así sucedió; pues á la inestabilidad que trae consigo

esta dispersion, sucedió la estabilidad que crea la union; y así fué que desde entonces todo tendió á reunirse, en torno del solio se agrupan los grandes y los comunes, y como satélites de aquel sol se mueven á su alrededor, viven á su sombra, crecen con su influencia; y de este modo la sociedad marcha más compacta, con más solidez y marcha hácia su progreso empujada por todas las fuerzas, protegida por todas las ideas y secundada por todos los talentos, con lo cual el progreso de la civilizacion fué incalculable; el bien de la sociedad, tal que á él debemos sus adelantos ulteriores y la humanidad los derechos y beneficios que disfruta.

Por las razones espuestas, venimos en conocimiento de la causa que impelió á los soberanos á proteger las cruzadas y á marchar á su frente; lanzados á ellas por el espíritu religioso y por el triunfo de las ideas religiosas, encontraron en ellas el placer de una vida más espaciosa y variada, que procuraron trasportar á Europa y que se aclimató aquí por el progreso de las relaciones sociales que se iba propagando, merced á los esfuerzos del clero y las consecuencias de las cruzadas. En esta época fué cuando los reyes, fortalecidos con el engrandecimiento de autoridad que adquirieron, efecto de las cruzadas, pensaron en el engrandecimiento político, y al mismo tiempo se abrió á los ojos de los pueblos la carrera de las riquezas;

aquellos, por tanto, pusieron sus esfuerzos en llegar á su fin, y éstos renunciaron á las aventuras y se consagraron al trabajo, resultando que, tanto unos como otros, contribuyeron al engrandecimiento de las artes, de la agricultura, del comercio y de las ciencias, y de este modo á la gloria, esplendor y grandeza de los Estados, que es la verdadera causa del progreso de la humanidad y de la civilizacion. Así, pues, se establecieron los pueblos, así se consolidaron las instituciones, así se afirmó la sociedad. La vida aventurera fué reemplazada por el espectáculo de los reyes, de la política de los pueblos y de un trabajo más estenso; y si la nobleza conservó el gusto por las aventuras, debilitada como se hallaba por las razones que dejamos espuestas, no estaba en disposición de emprender grandes cosas, ni de pensar en trastornos, ni menos en engrandecimientos políticos; y si no se dedicó al trabajo perdió sus antiguos hábitos y se consagró al servicio del trono y al esplendor de la dignidad real, lo cual fué otro bien para las artes y la civilizacion, para las ciencias y la humanidad; circunstancias que no nos detenemos á probar, porque están reconocidas y confesadas hasta por nuestros enemigos.

Los efectos de las cruzadas fueron los que acabamos de esponer, que compendiados pueden reducirse por una parte al mayor ensanche y latitud de las ideas, y por consiguiente al vasto cam-

po que por ellas se abrió al entendimiento, y por otra al engrandecimiento de la existencia política de los pueblos, que por este medio se les abrió un ancho camino á cuanto respira actividad y dice trabajo: asimismo ellas produjeron mas unidad política, mas unidad de accion, lanzando así el hombre á las grandes concepciones, á las empresas grandes, á los hechos grandes, y la sociedad á su centralizacion, lo cual fué un verdadero progreso para la humanidad y un ancho campo donde la civilizacion pudo esplanarse y crecer, y fructificar admirablemente; y cualquiera que ponga en duda este aserto, es querer negar la verdad y cerrar los ojos á la luz, puesto que los siglos XIV y XV con sus admirables descubrimientos vendrán á demostrar que sin la trasformacion que sufrió la Europa por medio de las cruzadas, no hubieran sido descubiertos, ó al menos hubieran tardado muchos siglos. Además, nadie ignora que la brújula, el papel y otras útiles invenciones nos vinieron de Oriente, y por lo tanto, preciso es confesar que si los cruzados no nos hubieran abierto aquellos países, nunca los hubiéramos conocido, y si el clero impulsó los cruzados y propagó, protegió y aun emprendió ese movimiento y marchó á su frente, claro está que al clero debemos cuantos beneficios él nos reportó, y por lo tanto que es suyo cuanto ganó la humanidad y adelantó la civilizacion por este medio, ó lo que es lo

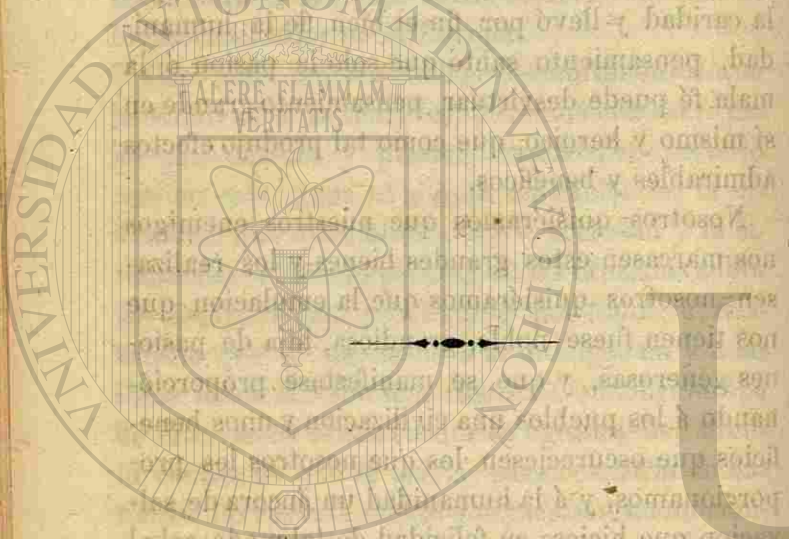
mismo, ó mas brevemente espresado, las cruzadas están reconocidas como uno de los agentes mas poderosos y que más han influido en la civilizacion de Europa; éstas fueron debidas al clero, luego el clero es la causa motriz de este beneficio, el brazo civilizador de la Europa.

Con todo, muchos de los descubrimientos que se tribuyen á las cruzadas, debemos confesar que no son exactos y pueden combatirse; pero lo que no cabe duda ni admite refutacion es, la influencia que ejercieron sobre la sociedad y la civilizacion; el efecto general de las cruzadas sobre los espíritus está proclamado por todos; el desarrollo que proporcianaron á la inteligencia y á las ideas todos le confiesan; ellas sacaron á la Europa de la estrecha senda en que se agitaba, del círculo vicioso en que se movia, para colocarla en caminos nuevos más anchos y espaciosos, en un campo más dilatado donde todos los elementos civilizadores tuviesen cabida y pudiesen espaciarse; ellas empezaron esta trasformacion de los diversos elementos de la sociedad en pueblos y gobiernos, que es el carácter distintivo de la civilizacion moderna; y ellas, en fin, desarrollaron la dignidad real, elemento el más poderoso y que más ha contribuido á la civilizacion de los reinos. Todo esto se debe al clero por el impulso que dió á las cruzadas; digan sus enemigos que este impulso fué efecto del fanatismo, del egoismo, de cualquier

otra causa bastarda, nosotros responderemos: produjo estos bienes, basta. Además, la historia nos presenta su verdadera causa, y de los hechos aparece que el pensamiento del clero, lejos de ser lo que publican los detractores, fué impulsado por la caridad y llevó por fin el bien de la humanidad, pensamiento santo que solo la pasion ó la mala fé puede desvirtuar, pensamiento grande en sí mismo y heroico, que como tal produjo efectos admirables y benéficos.

Nosotros quisiéramos que nuestros enemigos nos marcasen estos grandes bienes y los realizasen; nosotros quisiéramos que la emulacion que nos tienen fuese noble, grandiosa, hija de pasiones generosas, y que se manifestase proporcionando á los pueblos una civilizacion y unos beneficios que oscureciesen los que nosotros les proporcionamos, y á la humanidad un ánora de salvacion que hiciese su felicidad de tal modo cabal y cumplida que nosotros no pudiéramos hablar: entonces, lejos de este escrito, nuestra pluma vertería palabras de emocion, y nuestras frases serian el canto gratulatorio del alma reconocida, porque miramos y miraremos los bienes hechos al hombre como personales, y nos creeremos obligados al reconocimiento de cualquiera que mejore la condicion de la humanidad y adelante en la via de la civilizacion á los pueblos, porque sabemos que este tal merece bien del Señor, que ha

dicho: "lo que hiciereis por los pobres, lo recibiré como hecho á mí mismo," y esto basta para que el clero agradezca cuanto se hace en beneficio de todos y mire á su autor con el respeto que se merece el hombre que Jesucristo así bendice.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN

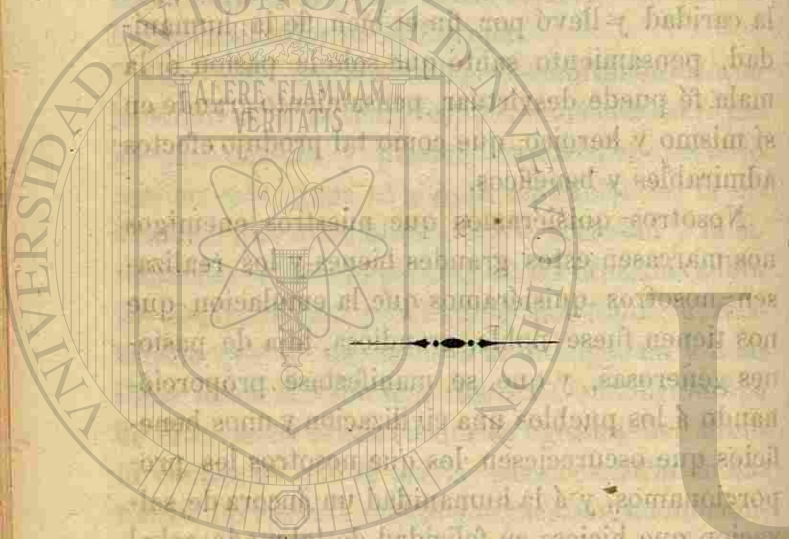
### CAPITULO III.

ESCÁNDALOS, HEREJÍAS, LOS FREIRES Y LOS FRAILES.

Estamos en el caso de tratar una materia, tal vez la mas combatida en nuestro siglo; vamos á defender una clase que nos toca muy de cerca, á la que cuanto somos en el mundo, y cuanto valemos en la sociedad debemos. Individuos del clero regular, en un convento del gran padre San Francisco nos admitió la caridad, y sin merecerlo, aquellos buenos religiosos nos honraron admitiéndonos en el número de sus hermanos; guarecidos en aquel puerto de salvacion fuimos por ellos amamantados en la ciencia y educados en la virtud; allí acogieron la pobre barquilla de nuestra alma, y la enseñaron á combatir las pasiones, á luchar con los vicios, allí, en fin, la prepararon



dicho: "lo que hiciereis por los pobres, lo recibiré como hecho á mí mismo," y esto basta para que el clero agradezca cuanto se hace en beneficio de todos y mire á su autor con el respeto que se merece el hombre que Jesucristo así bendice.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN

### CAPITULO III.

ESCÁNDALOS, HEREJÍAS, LOS FREIRES Y LOS FRAILES.

Estamos en el caso de tratar una materia, tal vez la mas combatida en nuestro siglo; vamos á defender una clase que nos toca muy de cerca, á la que cuanto somos en el mundo, y cuanto valemos en la sociedad debemos. Individuos del clero regular, en un convento del gran padre San Francisco nos admitió la caridad, y sin merecerlo, aquellos buenos religiosos nos honraron admitiéndonos en el número de sus hermanos; guarecidos en aquel puerto de salvacion fuimos por ellos amamantados en la ciencia y educados en la virtud; allí acogieron la pobre barquilla de nuestra alma, y la enseñaron á combatir las pasiones, á luchar con los vicios, allí, en fin, la prepararon

un asilo contra las tempestuosas olas del mundo; y allí, no contentos con esto, nos pusieron en disposicion de ser útiles á nuestros hermanos, á la humanidad y á la civilizacion, empleando en su obsequio el talento que para bien de los hombres y negociar en lo mas interesante, en nuestra salvacion y la de todos, fué Dios servido darnos. ¡Ojalá que en el dia que nos pida cuenta de tan hermoso depósito, halle que con él hemos negociado lo bastante para merecer su indulgencia y que no hemos sido del número de los siervos que hemos escondido bajo tierra el dinero que puso á nuestra disposicion! ¡Ojalá que la educacion que aquellos venerables sacerdotes nos dieron, no la háyamos perdido! ¡Ojalá que practiquemos la virtud que nos enseñaron! Pero estamos muy distantes de haberlo hecho. Nos hemos apartado muchas veces del camino á que sus consejos nos guiaban; hemos faltado muchas veces al ejemplo que nos dieron; en muchos casos hemos olvidado su doctrina, y si un agradecimiento eterno y reconocido puede borrar tanta ingratitud, en él solo y en su caridad esperamos indulgencia.

Mis lectores juzgarán inútil lo que acabo de escribir, por ser una manifestacion enteramente personal; mas yo les suplico me la dispensen, y perdonen al corazon el haber aprovechado este momento para espaciarse. Voy á hablar de los frailes, y soy fraile; de mis padres, y soy hijo; de

los que me criaron y dieron el sér religioso y social; y si alguna vez les he faltado, quiero que conste que de ello estoy arrepentido, y si no les he faltado, que como hombre agradecido publico los favores y beneficios que les debo. ¡Ah! ¿No mereceré de mis lectores esta indulgencia? Creo que sí. Estamos perseguidos y dispersos como las piedras del santuario; somos la imágen de la ciudad de Jeremías, hollada y despreciada de todos, hasta de los mismos á quienes hemos favorecido; la mano del Señor pesa sobre nosotros, y quiere que apuremos hasta las heces de la ingratitud; ¡sea su nombre bendito! ¡alabemos sus misericordias, porque misericordias son los castigos con que nos quiere ver corregidos volver á su redil, por eso dice David: "Tú me oprimiste, y yo quedé instruido!"

Creo haber dicho lo bastante para que en este capítulo se considere que voy á hablar en causa propia; que al corazon herido, es fácil, al renovarse con el recuerdo el dolor, pasar los límites á que debiera circunscribirse; yo solo puedo prometer hacer lo posible por contenerme en ellos, si no lo consigo es efecto de mi debilidad, y de que no he clamado el auxilio divino con el fervor y fé que debo, no puedo ser mas franco: la culpa de cuanto malo contenga este escrito es mia; lo que haya bueno es debido á la gracia del Señor que me ha iluminado y dirigido mi pluma: con esta

convicción, con esta esperanza, fiados en este auxilio vamos á emprender nuestra tarea, no sin pedir al Señor una caridad tal que borre hasta el mas pequeño átomo de resentimiento, hasta la mas mínima idea de odio, hasta el último vislumbre de venganza. No buscamos en nuestro escrito mas que el triunfo de la verdad y de la justicia; solo queremos defendernos de los crímenes que se nos imputan, pero defendernos sin ofender, defendernos sin acrimonia, defendernos sin pasion; queremos que nuestros hechos respiren caridad, que nuestras palabras sean de caridad, que en nuestra pluma brille la caridad, virtud hermosa; ¿qué fuera sin ella el mundo? ¿qué fuera el hombre? El demonio es desgraciado porque nunca podrá tenerla, abracémosla nosotros para ser felices. En el amor está la felicidad, amémonos mutuamente y seremos dichosos: mi deseo es, y el origen de todos mis pensamientos, que el mundo sea el esclavo del amor cristiano, el siervo de la caridad, es mi virtud mas querida, la mas encomiada en el Evangelio, la que mas practicaban y me enseñaban los frailes. . . . ¡quizá por eso es la que menos tengo! ¡quizá es la que mas veces quebranto! ¡miserable condicion del hombre, ni aun su propio deseo puede satisfacer, y hasta el ejercicio de la virtud mas hermosa le cansa y le abruma! ¡todo lo bueno le sirve de rémora! Quiera el Señor que convertidos hácia él, amemos

y obremos todos lo bueno, lo honesto, lo útil, lo santo. Entremos en la materia ya es tiempo.

Todo el mundo sabe con cuánta acrimonia y encarnizamiento se ha hablado en el presente siglo de los frailes; nadie ignora que se han ridiculizado su traje, sus penitencias, sus mortificaciones, su regla; las almas piadosas los han visto escarnecidos, burlados, siendo el objeto de todas las ignominias y afrentas, el blanco de todas las persecuciones y el fin á que todas las sátiras, todas las burlas, todos los dieterios y todas las acusaciones se dirigian; y por último, es público que se nos conceptuó enemigos y perjudiciales á la sociedad, que como tal se juzgó por el mundo, que el furor creció, que el odio intrigó, que la ira llegó al último grado, y la historia del año de 1834 aparecerá siempre como un testigo de horrible recuerdo del extremo á que llegó el furor. . . . Nosotros no debemos, no podemos recordar suceso tan infausto; y mientras lloramos su consecuencia y acudimos al pié de los altares implorando el perdón de los perpetradores, y pidiendo por el descanso eterno de los mártires, dejamos á la historia el cuidado de pintar los sucesos y calificarlos. Corramos un velo sobre el presente, mientras penetrando el arcano de los tiempos pasados y rasgando las tinieblas que los celan á nuestra vista, presentémoslos á los ojos de nuestros hermanos, pero presentémoslos bajo su verdadero punto de vista.

Trasladémonos á los tiempos remotos; consideremos los siglos primeros en que aparecieron los frailes; analicemos su estado, los males que los hicieron célebres, las calamidades que affigieron la Iglesia y el Estado, las desgracias que pesaron sobre los pueblos; y á vista del cuadro que nos presenten, consideraremos y podremos juzgar, si la institucion de los frailes era ó no necesaria á la sociedad, si la prestó auxilios, si continuó pres-tándolos; en una palabra, si han sido útiles á la sociedad, ó inútiles, como quieren nuestros ene-migos.

Teniendo presente este cuadro, es como esta-remos en disposicion de juzgar la causa, que es hoy la fábula del mundo, mejor que oyendo á los que sin criterio ni exámen los acusan y condenan, á los que por ignorar la historia, quizá con mali-cia, los vejan y deprimen; á los que los insultan, á los que los persiguen, á los que. . . pero deje-mos estas consideraciones que pueden precipitar-nos ó llevarnos mas allá de lo que queremos y la caridad nos manda, y entremos en el trazado que nos hemos impuesto; recorramos con imparcialidad los hechos; meditemos los sucesos que envolvian el mundo en un caos de miserias y horrores, en la-berinto de desórdenes é injusticias, y hacian de él una sentina donde los vicios dominaban, la virtud era esclava, y la santidad escarnecida y hollada: consideremos el panorama triste y escuálido de

esos siglos en que nacieron los freires y los frailes, y veremos cuánta necesidad tenian la civilizacion y la humanidad de unos institutos que, consagrán-dose á su servicio y defensa, librasen tan caros ob-jetos del cataclismo que los amenazaba, del furio-so huracan que, envolviéndolos en su torbellino, los arrastraba á su ruina. El mundo moral era un vasto campo de batalla donde todas las pasiones se agitaban, donde todos los vicios luchaban, don-de todos los crímenes se perpetraban á la sombra del desenfreno que protegian las armas, que escu-daba la fuerza y que alentaba la impunidad. ¿Y no era admirable que en medio de tanta disolu-cion apareciesen almas puras, no contaminadas, que en alas de su caridad se propusiesen su refor-ma, la salvacion de la humanidad, el progreso de la civilizacion? Del mundo y de ellas vamos á ocu-parnos, y al lado de los desórdenes y vicios de aquel, vamos á presentar las virtudes de éstas; so-lo así podemos presentar la causa bajo su verda-dero punto de vista, ilustrar á nuestros lectores y darles antecedentes para que puedan juzgar con rectitud; solo pedimos á nuestros lectores, amigos ó enemigos, imparcialidad y criterio; para todos escribimos, y nuestro fin es la verdad; á todos oi-remos, á todos prometemos contestar; si encuen-tran alguna inexactitud y nos la demuestran, nos hallarán dispuestos á rectificarla; porque, repeti-mos, que anhelamos solamente el triunfo de la

justicia y de la inocencia, pero no le queremos por otros medios que por los de la verdad y de la justicia. Después de esta manifestación, no creemos oportuno hacer más salvedades ni protestas; así, pues, vamos á emprender nuestra tarea y presentar primero el cuadro del mundo respecto á religion, y le veremos hereje; segundo, respecto á moral, y le hallaremos escandaloso; tercero, respecto á política, y le encontraremos sedicioso y turbulento. ¡Tan negro es el cuadro que presenta! ¡Tan duras calificaciones merece! Ya pueden considerar nuestros lectores lo triste de nuestra situación y prepararse para sufrir y prepararse más para alabar al Señor, que si permite los males en el mundo su justicia, también sabe su misericordia ocurrir á su remedio, porque quiere vernos, corregidos, adorarle.

Hemos dicho que eran siglos herejes, y estamos en el deber de trazar un cuadro de las herejías que en ellos aparecieron y turbaron los reinos y aquejaron la sociedad. Empecemos, pues: en ellos consultando á la historia hallamos á la silla apostólica envilecida, negada la obediencia al Vicario de Jesucristo, traspasados, quebrantados los cánones, el derecho eclesiástico desatendido y despreciado, la disciplina corrompida y la facultad de consagrar y absolver concedida á todos. Doctrinas y hechos que horripilan, y que solo pudo pensar el infierno y abortar y propagar Waldo.

De su escuela salen genios no menos malévolos y atrabiliarios que condenan el estudio de las letras divinas, contentándose solo con la inspiración secreta. Por este tiempo la impiedad camina sin freno y resucitan los errores de Arrio y Nestorio, se anticipan los de Lutero y Calvino; y á la voz de Olivario aparecen los albigenses, mezcla confusa de tan impías y disolventes doctrinas, verdadera emanación de los herejes dichos, reproducción pestilente de los nicolaitas, que con una obscenidad execrable, se revuelven en el lodazal de la impureza, mezclándose en vergonzosa y execrable confusión hijos con madres, hermanas con hermanos y padres con hijas, á favor de la oscuridad y de las tinieblas en tristes y repugnantes orgías. En ellos aparecen los delirios más groseros y las calumnias más atroces: los primeros son la obra de Amalrico Cartonense y de David Dinami; las segundas salen de las plumas de Guillermo de Santo Amore, Juan de Oliva y Juan Poliacco; en pos de éstos aparecen el autor del *Evangelio eterno*; los stadingos, los circunceliones y flagelantes, animados por un fanatismo que todo lo atropella y nada perdona, cometen toda clase de escándalos, hacen sufrir á la humanidad toda clase de desgracias y oponen un dique á la civilización. Vienen luego en tropel, armados de doctrinas infernales, aumentando el desorden y confusión que habían sembrado los referidos, un Juan de Mercuria, un

Nicolás de Ultricuria, un Arnaldo de Villanueva, un Ceco Asculano, un Gerardo Legatelo, un Marsilio de Padua, un Dulsino, un Ekardo, un Guidon, un Hermano, un Simon, un Jandunio y otra infinidad de genios del mal revestidos de la forma de hombre, que nada perdonan, todo lo corrompen, todo lo confunden, todo lo atropellan, cuyas doctrinas affigieron la Iglesia, turbaron la sociedad y sembraron en el mundo la confusion y el desórden: vienen luego Patarenas y Cataros turbando el sosiego de la Lombardía y sembrando en sus fértiles comarcas el terror y el escándalo; de modo, que en todo el Occidente la voz del error se dejó oír poderosa y aterradora, y la mentira se dejó ver en todo su apogeo, en su formidable deformidad, al mismo tiempo que en Oriente los maronitas y georgianos renovaban los dias de confusion y tristeza de los siglos turbulentos de arrianos y nestorianos. Tal es el cuadro del mundo religioso en estos tiempos y tales las desgracias de la Iglesia: queda, pues, en conjunto probado, que eran herejes estos siglos, que tenian necesidad estos enemigos de huestes que los derrotasen, y la cristiandad de adalides esforzados que la sostuviese; despues esplanaremos cada herejía de por sí y los males que á la sociedad y á la civilizacion atrajo para que se vea si fueron ó no útiles los frailes á estos objetos.

Si del mundo religioso pasamos al mundo mo-

ral, si en este terreno queremos contemplar estos siglos y trazar su cuadro y vestirle con pinturas, le hallaremos tan deforme como el mundo religioso, tan descarnado, tan horripilante; por mas que la poesía se empeñe en su descripcion, y las mas hermosas tintas en su adorno, nunca encubrirán su denigrante fealdad, y siempre resultará que los adornos lejos de encubrir harán resaltar mas y mas el escándalo, y el cuadro se asimilará á un muladar cubierto de nieve, cuya blancura no encubre su fetidez y repugnante aspecto. Contemplando el mundo moral, ¡qué de escándalos se agolpan á la imaginacion! ¡qué tristes recuerdos al alma! ¡qué horrible idea al entendimiento! Superémoslas todas, avoquémonos á su esplanacion, entremos en el exámen de los hechos, presentémoslos con imparcialidad para sacar con rectitud las consecuencias. Reyes al frente de los Estados escandalizándolos, y al mundo con su relajada conducta: tal es Filipo de Francia, que repudia á su legítima mujer Idelberga, y á pesar de las repriminaciones de los prelados y de la excomunion del nuncio, no solo sigue en su mal camino, sino que lleva el esceso hasta el extremo de castigarlos á todos; en España vemos hermanos alzarse contra sus hermanos disputándose el trono, y los Laras y los Haros en Castilla; la privanza de D. Alvaro de Luna, los escándalos de D. Pedro I y todos los demas sucesos que han hecho de esta

época una página triste de la historia, nos prueban que la depravacion triunfaba: pasando á Navarra vemos los mismos desórdenes, y en Aragon tambien el vicio tenia su asiento; recorramos un poco mas las crónicas de los pueblos: Inglaterra nos ofrece sus páginas escandalosas, Alemania las suyas, Polonia sus desafueros, Hungría sus maldades, é Italia. . . . Italia es el cúmulo de todos; allí no se vuelve una hoja ni se recorre una línea sin hallar un repudio, un envenenamiento, un rapto, un asesinato, un hurto; así estaba el mundo moral; en todas partes dominando el vicio, el crimen triunfante, la disolucion y el libertinaje en su trono, el descaro mandando, el apetito y las pasiones en su apogeo, el pecado en su elevacion. Tal es el estado del mundo, la constitucion de las gentes, la crisis de las costumbres, el ascendiente de la maldad y la situacion de la Iglesia. El mundo moral era objeto lastimoso, caminaba á su ruina, á su perdicion, todo en él se habia corrompido, nada habia que pudiese presagiar un porvenir lisonjero, un dia halagüeño: en tal borrasca no se veian sino tinieblas, y en vano se esperaba con ansiedad el sol que iba á desterrarlas.

Veamos ahora si el mundo político se nos presenta con mas halagüeños colores; veamos si en él podemos esperar mas bellos matices, mas ilusorias esperanzas. En estos siglos la paz habia abandonado la Europa, y en todas partes guerras

y sediciones se anunciaban, por do quier el aspecto de la muerte, por do quier el ruido de los combates. Los moros dominaban á España, los judíos ejercen la usura, los príncipes cristianos convierten unos contra otros sus armas. En Alemania, Federico II niega la obediencia al pontífice, y obliga á Alejandro III á refugiarse en Francia, y sienta cuatro antipapas en la silla de S. Pedro; no contento con esto atropella al pontífice, aprisiona al obispo de Salerno, lleva la guerra al reino de Nápoles é invade la Sicilia llevándose sus reyes prisioneros á Alemania, sin respetar la debilidad de una mujer, ni la tierna edad de un niño: en Capua arrastra á Ricardo, conde de Serna, saca los ojos á Margarito Amianto, corona con leznas y acaba con la familia de un ciudadano que se atrevió á proclamar libertad. Oton, excomulgado por el concilio de Letran, acude á las armas para deshacer con el sable la excomunion de la Iglesia. Eran los siglos de la fuerza y de las intrigas, y se consideraba mas político el que mas podia; testigos los disturbios que agitaron la Europa; testigos las pretensiones de los franceses á la Sicilia; testigos las intrigas de las casas de Anjou y Aragon al reino de Nápoles; testigos las de la de Lancastre al de Castilla, y la de Yord á varias provincias de la Francia: el mundo político no estaba mejor que el religioso y el moral, el cuadro que presentaba podia muy bien ponerse al la-

do de los anteriores sin que desdijera. Todos tres son los mas á propósito para acabar con la humanidad y destruir la civilizacion; la ruina de la sociedad era casi inminente, necesitaba de un brazo vigoroso y fuerte que la contuviese al borde del abismo en que estaba; males de este género piden un pronto y eficaz remedio; piden un antídoto que los cure radicalmente, y este antídoto es la virtud; pero una virtud sólida, una virtud enérgica, una virtud que no podia encontrarse en ninguna de las instituciones que entonces influian en la sociedad, porque es preciso convenir en que todas estaban inficionadas, todas pervertidas, todas viciadas. ¡Infeliz Europa si Dios no acude en tu auxilio!

Despues del cuadro que acabamos de presentar, es ya tiempo que empecemos nuestra tarea, sentando por base de nuestro raciocinio y presentando como premisas las herejías que en estos siglos tuvieron lugar, puesto que ellas fueron el origen de los males que aquejaron la religion y los Estados, porque nadie ignora que en aquellos tiempos la Iglesia era el equilibrio social y religioso; roto el cual, todo el pueblo, todos los reinos se trastornaban. Así, pues, debemos empezar por estos particulares para presentar en su verdadero estado é ilacion las consecuencias y juzgar y hacer juzgar con rectitud á cuantos nos deprimen y á cuantos sinceramente desean la verdad y

el triunfo de la justicia. Tomaremos la cuestion desde los principios, y así podemos venir hasta nuestros dias: algunos siglos vamos á recorrer con la brevedad posible por no hacernos molestos, y en este largo periodo á presentar los males de la religion y de la sociedad y su remedio; así quedará satisfecha la crítica de nuestros enemigos, así quedaremos nosotros tranquilos de haber hecho cuanto está de nuestra parte por satisfacerlos y ponerlos en el caso de rectificar sus juicios y aventurados cálculos, y en ello ganará mucho la sociedad, y el mundo sabrá cuánto debe á los deprimidos la humanidad y á los frailes la civilizacion.

Hemos dicho que en Oriente tuvieron por lo general su cuna las herejías; pero la actividad de los orientales se habia estacionado, y el Occidente, pueblo que se abria paso hácia la ilustracion, entraba en la senda de los grandes progresos y recobraba aquella vida de accion y movimiento intelectual que el Oriente perdia, y por consiguiente era el destinado á crear grandes genios y grandes adelantos en las ciencias, al par que grandes y trascendentales errores; y así, cuando allí se creia un crimen de lesa majestad esta dulce y afectuosa exclamacion, *Santa Madre de Dios, rogad por mí*, entonces pareció que los cristianos de Occidente quisieron encargarse de la triste tarea de sutilizar sobre la verdad. Ya Gotesalk y Beren-



ger cuestionaron en el siglo IX sobre la presencia real, y no se les aplicaron las leyes de los emperadores contra los herejes, pues si el primero sufrió una corta prision, el segundo fué preservado por Gregorio VII de toda persecucion. Con todo, no teniendo en su favor ni las leyes ni los soberanos, los herejes estaban ocultos y sus adeptos ligados con terribles juramentos; esto, no obstante alguna que otra chispa del grande incendio que se preparaba á la sombra de este secreto, se traslucia de vez en cuando, y el obispo de Padua descubrió en su diócesis una secta derivada de los paulicianos, que fué disipada cincuenta años despues por el obispo Goselino. En el siglo X aparecieron en Chalons los errores de Leutardo sobre el matrimonio, y en Rávena los de Vitgardo, fundamentados en los escritos de Horacio, Virgilio y Juvenal. A principios del XI en Orleans se descubren otras sectas, mezcla de maniqueos y paulicianos, cuyo apostolado era ejercido por una italiana que inició gran número de personas en ritos obscenos y sanguinarios. Gentes de gran valía estaban afiliados en esta secta que rechazaba el viejo y nuevo Testamento, sostenia la eternidad del mundo y proclamaba que no habia premios ni castigos despues de muertos, ni en el delito pecado. Tenian diferentes ritos á cual más antisocial y ridículo: por orden del rey Roberto fueron castigados los principales. Más tarde se halló que en

Tolosa y Arras habia sectarios de estas doctrinas, que asimismo fueron reprimidos y condenados.

Nuevas herejías surgen de las escuelas á la voz de Abelardo y de otros varios maestros que, merced al celo, energía y ciencia de S. Bernardo, fueron condenadas, si bien no estinguidas, y el abuso de la dialéctica hizo concebir una idea orgullosa del poder individual, de lo cual resultó que, hallándose reducidas la virtud y la verdad á puras formas de raciocinio, cada cual creia poder hacer y deshacer religiones á su antojo. Así sucedió que, rebelada la razon contra la autoridad, el genio práctico, carácter distintivo de los occidentales, se dedicó á la herejía; pero aquí se mezclaron las obras á las creencias y la cuestion religiosa se confundió con la cuestion social. Pedro Bruys alborota la Aquitania, quema en Saint-Gilles las imágenes, cruces y altares asando en aquellas lumbres carnes que distribuye entre sus adeptos; pero el pueblo, escandalizado, se amotina, y en las mismas hogueras le quema. Su discípulo Enrique se pone al frente de la secta, S. Bernardo le convierte, reincide, y el concilio de Reims le condena y encarcela: aun continuaban sus sectarios el siglo XII, y el concilio de Tours los condenó y ordenó su persecucion sin que pudiera evitar que el incendio se presentase con más voracidad estimulado por Valdo, digno discípulo de Bruys y de

Arnaldo de Brescia; á él deben su origen los *cátharos* ó *puros* que tanto han dado que hacer á la Iglesia y al Estado; sus doctrinas eran negar la obediencia al papa, el purgatorio, la invocacion de los santos y otros dogmas fundamentales. Proclamaron la libertad de predicar los legos, en lo cual antecedieron á los albigenses, cuya fé reconocia por base el error de los maniqueos. Tambien seguian á los paulicianos que infamaban á Cristo, reconocian como un símbolo la cena y rechazaban el antiguo Testamento. Uno de sus gefes, Constantino, proclamó doctrinas opuestas al Evangelio y á los apóstoles, hizo prosélitos y adquirieron varias comunidades en el Asia menor y en la Tracia, donde casi fueron esterminados por la emperatriz Irene; pero los árabes los acogen, y en sus dominios se multiplican poniéndose en disposicion de invadir el imperio á las órdenes de Carbeas y de Chrysocheir y posesionarse de ciertos territorios, hasta que Basilio el Macedonio los desalojó de la fortaleza de Tefrica.

De los paulicianos nacieron los patarinos que, posesionándose de la Bulgaria, tomaron el nombre de búlgaros, desde donde se desparramaron por la Europa, especialmente en la Lombardía, cuyo obispo Márcos, ordenado en Bulgaria, estendia su jurisdiccion sobre la Lombardía, la Marca y la Toscana; hasta que apareciendo en esta comarca Nicetas, reprobó la ordenacion de la Bulgaria, y

Márcos recibió de él la de Drungaria, que no podemos decir dónde se encuentra, pero que demuestran su existencia los autores. En Milan, centro de esta secta, se dividian los *cátharos* en antiguos y modernos; aquellos vinieron de la Dalmacia, Croacia y Bulgaria, y su número se aumentó merced al favor que les dispensó Federico Barbaroja: más tarde se dejaron ver en Francia, y en el siglo XII infestaron el departamento de Arras predicando contra el sacerdocio, rechazando el bautismo, la cena, el sacramento de la penitencia y exhortando á sus oyentes á abandonar el mundo, á avasallar sus pasiones, alimentarse con sus propias manos, en lo cual, segun ellos, consistia la virtud y la justificacion. Tan perniciosas doctrinas hallaron más eco que en ninguna otra parte, en los paises situados entre el Ródano, Garona y el Mediterráneo, esto es, en el Languedoc, pais el más civilizado de Francia, donde las ciudades constituidas en comunidades, tenian más impulso comercial, y por lo mismo era su constitucion más favorable al progreso social. Allí, en aquellas regiones florecientes, al lado del antiguo municipio, resto de las instituciones romanas, se elevaba, segun el estilo germánico, el castillo fortificado del señor feudal, y no lejos de allí el baluarte, detrás del cual se ponian los ciudadanos al abrigo de las incursiones de los extranjeros y de los vejámenes de la nobleza. Así era que, los habitantes de esta

parte de Francia se entregaban al ejercicio de las armas y corrían como aventureros ofreciendo su espada, ya en Palestina, ya en España, en contra de los hijos del profeta; por eso nació allí la poesía provenzal, que más tarde, desde los delirios del amor, se ensañó en sátiras contra el clero, y allí vivía el célebre conde de Tolosa, opulento señor, tan impío como escandaloso, que todo lo hollaba; y despreciando en su orgullo hasta los rayos de la Iglesia, no tenía en cosa alguna las excomuniones, con lo cual daba á sus súbditos el mal ejemplo de un hijo escandaloso, precipitándolos con sus costumbres y escándalos en el camino de la perdición, en la senda del pecado.

Con estos elementos las doctrinas heterodoxas hallaron una excelente coyuntura para propagarse, y allí se propagaron extraordinariamente mezcladas con las de Emerico de Chartres que se levantó enseñando que el Espíritu Santo había derogado la ley de Jesucristo, y estos errores muy pronto hicieron prosélitos que del nombre de la ciudad de Albi, donde empezó á perseguírseles, fueron llamados albigenses. En 1167, su pontífice Nicetas vino desde Constantinopla y convocó cerca de Tolosa, un concilio, al cual concurrieron los representantes de la Lombardía, los de la Francia septentrional, de Albi, Carcasona y Arras. Allí espuso el maniqueísmo, ordenó varios obispos, repartió las diócesis y predicó la pobre-

za y renuncia del mundo. Los errores de estos heresiarcas entristecen, y á cada paso, cuando se analizan, nos encontramos en medio de las doctrinas y desafueros mas estraños y contradictorios, por lo cual vemos que ya proclamaban la creación, obra de Dios, ya se la atribuyen al demonio, unas veces predicaban un dios material, otras que Jesucristo es una sombra; aquí admiten á la fé á todos los mortales, allí escluyen de la felicidad eterna á las mujeres; ya simplifican el culto, ya ordenan cien genuflexiones al día; en unas ocasiones proclaman lícitos los mas groseros placeres, y en otras reprueban hasta el matrimonio. Con todo, habia principios en los cuales todos estaban conformes, cuales eran: la creencia en los dos principios, afirmaban que el mundo habia salido de lo malo, decían que el antiguo Testamento era el principio de la mentira, dando por toda prueba que se habia dicho á Adam: *si comes de este fruto morirás*, y no murió despues de haber comido; principio de esterminio cuando tantos hombres murieron en el diluvio, en Sodoma, Gomorra, en el Mar Rojo, y cuando tantos asesinatos ordenaron Moisés y David.

Respecto al nuevo Testamento, solo admitían los cuatro evangelios, las epístolas de S. Pablo, las siete canónicas y el Apocalipsis. Apoyados en el testo "*obedire oportet magis Deo quam hominibus*" se emancipaban de la autoridad terrestre, no

reconociendo ni pontífices, ni obispos, ni ritos de la Iglesia, ni cánones, ni decretales. Desechaban la Extremaunción, el purgatorio, las oraciones por los muertos, la intercesion de los santos y el Ave María; para contraer matrimonio bastaba el consentimiento de las partes y creian innecesaria la bendicion. El bautismo administrado á los niños no tenia valor, ni Dios descendia á la hostia consagrada por un sacerdote indigno. Escluian la autoridad temporal de los sacerdotes; la Iglesia romana, segun estaba administrada, mas bien que un concilio sagrado, era una reunion perversa. Los papas Silvestre y Lorenzo no eran santos, no debia haber resurreccion de la carne, era cosa risible la distincion de pecados en mortales y veniales. Creian en los milagros del demonio, miraban la cruz como un símbolo de oprobio y por eso no la adoraban; creian no deber, por ningun motivo ni circunstancia, prestar juramento, y afirmaban que no tenian derecho los magistrados para imponer la pena de muerte ni otros castigos corporales y aflictivos.

Considerando estas doctrinas y meditando estos errores vemos claramente la fuente donde sacaron los novadores de los siglos siguientes sus impiedades, y aparecen á nuestra vista como plagiarios, en quienes nada original se encuentra, por lo menos en lo que dice relacion á esa crítica atrevida que en el siglo XVI se ejerció sobre los li-

bros santos. Reducidos á la razon individual, despues de haber renegado de la autoridad, debian necesariamente variar al infinito, lo que hace imposible discernir los matices de sus herejías, en atencion á que no formaban, como los antiguos filósofos, otras tantas escuelas opuestas, y á que no fundaban principios superiores, ni establecian símbolos como los que despues se separaron de la Iglesia católica. Se puede, pues, considerar como la definicion mas general de sus doctrinas, la que hizo un converso al arzobispo Arnolfo de Colonia: *Miran como falso todo lo que la Iglesia cree ó hace.*

Con respecto á los ritos, conservaban cuatro sacramentos, no de institucion divina, sino de invencion humana. Se acercaban todos los dias á la Eucaristía, ó mejor dicho creian acercarse, y véase cómo. Cuando estaban sentados para su comida en compañía, el de mas edad de los convidados se levantaba, y tomando en la mano el pan y el vino, decia: *¡Gratia Domini Nostri Jesu-Christi sit semper cum omnibus vobis!* Partía este pan y lo distribuia para cumplir el precepto del Evangelio: "Haréis esto en mi memoria." El dia de la cena del Señor tenian un banquete mas solemne. Colocándose entonees el ministro delante de una mesa, en la cual habia una copa de vino y un pan azimo, decia: "Roguemos á Dios que nos perdone nuestros pecados por su misericordia y que oiga

nuestros votos, y recitemos siete veces el Pater noster en honor de Dios y de la Santísima Trinidad." Todos se arrodillaban entonces; despues, hecha la oracion, se levantaban, el ministro bendecia el pan y el vino, partia el pan que daba á comer, hacia beber el vino, y quedaba verificado el sacrificio.

La confesion de los pecados se hacia por todos á la vez, y uno de los asistentes repetia en nombre de los demas la fórmula siguiente: "Nos confesamos ante Dios y ante vosotros de que hemos pecado mucho en obras, palabras, vista, pensamientos &c." La confesion mas solemne se verificaba cuando el pecador, en presencia de cierto número de sus correligionarios, con el libro de los Evangelios en el pecho, pronunciaba estas palabras: "Estoy aquí delante de Dios y delante de vosotros para confesarme y declararme en falta por todos los pecados que he cometido hasta ahora y recibir vuestro perdon." Se le daba la absolucion colocando sobre su cabeza los Evangelios. Si un creyente reincidia, debia confesarse, recibir de nuevo en particular la imposicion de las manos.

La eleccion de sus gefes suplía el sacramento del órden sacerdotal. La clase se componia de cuatro grados; el obispo, el hijo mayor, el segundo y el diácono. Al obispo pertenecia con preferencia el derecho de imponer las manos, partir el pan, recitar la oracion; su falta se suplía con el

hijo mayor, y así sucesivamente hasta el diácono, que tambien podia ser reemplazado por un simple creyente ó por un cátharo. Los dos hijos eran los coadjutores del obispo, un diácono para oír los pecados leves una vez al mes. Antes de morir inauguraba el obispo al hijo mayor como su sucesor por la imposicion de las manos.

No habia el bautismo del agua, y le reemplazaba la imposicion de las manos, que llamaban *consolacion* ó bautismo espiritual, ó tambien bautismo del Espíritu Santo; no se podia sin esto obtener la remision de un pecado mortal ni la comunicacion del Espíritu consolador<sup>1</sup>. Si uno de los perfectos imponía las manos á un moribundo y recitaba la oracion dominical, el moribundo se salvaba ciertamente. Los albigenses negaban que este efecto fuera el resultado de la imposicion material de las manos, no pudiendo producir ningun bien una obra del diablo como es la obra de las manos; pero decian que era producido por la oracion. De todos modos, concertaban en reconocer que la *consolacion* no tenia valor para borrar las culpas, si era hecha por un hombre en estado de pecado grave, siguiendo en esto la doctrina profesada ya por los antiguos donatistas, que el Espíritu Santo no puede ser conferido por el que

<sup>1</sup> La *consolacion* de los albigenses hizo que el concilio de Letran ordenara confesarse al menos una vez al año.

lo ha perdido. Se procedía, en consecuencia, por dos ministros, sin que este medio desterrase todo temor sobre su eficacia.

A tantas impiedades añadian otras muchas doctrinas tan perjudiciales á la sociedad como enemigas de la civilizacion y repugnantes á la humanidad. Tales eran preguntar al moribundo si queria ir al cielo entre los mártires ó entre los confesores, y si elegia lo primero hacerle estrangular por un sicario asalariado al efecto, en vez que si optaba por lo segundo, se le negaba el alimento y la bebida, resultando que en ambos casos, recibida la consolacion, moria; ¿y cuántos no sobreviven al Viático y á la Extremauncion? Esto prueba que entre ellos todas las muertes son asesinatos violentos, y por lo mismo crímenes que horrorizan á la civilizacion y ofenden la humanidad. La moral no condena desafuero de que no hayan sido acusados los patarinos; y haberlos de referir con todos sus pormenores, con todas sus circunstancias, con todos sus matices, segun los refieren los historiadores, seria trazar un cuadro horrible, capaz de acobardar y llenar de espanto aun al hombre mas desalmado: ellos son acusados de ladrones, usureros, lujuriosos, que practican la comunidad de mujeres, ultrajando la naturaleza, adúlteros, incestuosos en todos los grados, turbulentos y desenfrenados, llevando su cinismo al último grado de depravacion; sentando por princi-

pio máximas disolventes, preceptos disolutos, escandalosos mandatos, hasta el extremo de establecer el absurdo de que el hombre no podia pecar del ombligo abajo, porque el pecado procede del corazon <sup>1</sup>. Como todas las sectas tenian su profesion de fé llena de mil absurdos, sus ceremonias á cual mas ridículas, su culto lleno de disparates, y por último su arcano. Se conocian como todas las sociedades secretas por signos particulares; así es que al encontrarse uno, decia: *Cógele por la oreja*, y cuando otro contestaba *Sed bien venido*, y recitaba sus principales mandamientos, entonces entraba la confianza entre ellos y reinaba la libertad; sin este requisito todo era reserva é hipocresía <sup>2</sup>.

A todo lo dicho debe añadirse la obstinacion que los dominaba y era como su carácter distintivo; así es que jamas se les vió ceder ni á los tormentos, ni á las afrentas, ni á la muerte por cruel é ignominiosa que fuera; lejos de convertirse, mas y mas se endurecian y marchaban al suplicio con una alegría cínica é insultante, haciendo alarde de una inocencia que lejos de tener insultaban con su hipócrita malicia. Los albigenses aprendieron esta marcha y fueron muy dignos en este particular de figurar al lado de los patarinos. To-

1 Véase á Ranieri.

2 Ap. Martene. N. Thesaurus, tom. V, pág. 1794.

das estas sectas fueron singularísimas en el ataque que dirigieron á la iglesia exterior. Su divino Fundador la habia constituido de modo que, bajo todos los climas, en todas las regiones y en todos los pueblos, permanecieran unidos los fieles en la armonía de la fé, é independientes bajo el aspecto de las autoridades temporales, que naturalmente aspiraban á esclavizarla y destruir su independencia, de lo cual resultaron las diferencias entre el altar y el trono que hemos visto; y por lo mismo la tendencia de todas las sectas para extinguir los dogmas inherentes al sacerdocio; de aquí esa conjuración contra los ministros del santuario que un filósofo de los más queridos de nuestros adversarios ha llamado *la liga del altar y del trono contra los pueblos*: calificación que contradicen la historia y los hechos, calificación que rechazamos, porque el altar y el trono jamas se han coligado sino para el bien de los pueblos, jamas han formado liga sino en defensa de la humanidad y de la civilización, y jamas han tenido otro objeto ni otros desvelos que por el beneficio de la sociedad.

Concluiremos por ahora con los albigenses, para no aglomerar los sucesos y llevar los acontecimientos unos en pos de otros, dejando para más adelante las sectas que han venido sucediéndose hasta nuestros días, con dolor de la Iglesia y en perjuicio de la sociedad, y trasladémonos á Oriente con la consideración; recorramos aquellas cam-

piñas, aquellos desiertos y orilla de las rosas de Jericó y de los cedros del Líbano, cabe las márgenes del Eufrates y el Jordan, veamos qué pasaba. Allí, donde resonaron los oráculos de los profetas, hay un pueblo fanático, bárbaro y cruel que todo lo atropella; hay un pueblo nómada y guerrero que lleva la ley en su voluntad, y en la punta de su cimitarra la sancion de todos sus desafueros; este pueblo era el pueblo árabe, que orgulloso con sus triunfos, todo lo quería avasallar. La devoción llevaba, como dejamos referido, muchos peregrinos á visitar los Santos lugares, y estos peregrinos asaltados en los desiertos por aquellas hordas salvajes, sufrían toda clase de vejámenes, robos, violaciones y hasta la esclavitud; la humanidad se veía en ellos ultrajada de todas las maneras, insultada por todos los medios y vilipendiada en todos los extremos, y esto no podia menos de conmover las almas piadosas que, en alas de su caridad y por amor á sus semejantes, se propusieron aliviar tantos males y remediar tantas desgracias. De aquí, pues, nació la institución de la orden de *S. Juan de Jerusalem*, principio y fundamento de todas las órdenes militares, y que fué en gran manera útil á la humanidad y prestó los mayores servicios á la sociedad y á la civilización, como vamos á ver con la historia de su fundación y progresos.

Hacia el año de 1020, unos comerciantes de

Amalfi construyeron á sus espensas, enfrente del Santo Sepulcro, un hospicio para recoger los peregrinos, llamado *hospital de S. Juan*, porque los monjes que le servian escogieron por patrono este santo. El prior Gerardo, cuando vió los males que los infieles hacian sufrir á los cristianos, lleno de celo, instituyó una regla y adoptó por vestido un traje negro con una cruz blanca de ocho nudos al pecho; el pontífice Pascual II tomó bajo su proteccion la órden y sus bienes. Despues Raymundo Dupuy, en 1120, redactó los estatutos que Calisto II sancionó; y así completó una sociedad militar y religiosa, que comprendia tres clases de freires, los eclesiásticos para los socorros espirituales, los legos para los servicios corporales, y los caballeros de armas para proteger á los peregrinos. En 1259 Inocencio IV dió el título de gran maestro á su gefe. Cuán necesaria fuera al tiempo de su creacion esta órden á la humanidad, y cuán civilizador y social su objeto, lo dice la historia al relatarnos las proezas y sacrificios de esta hueste santa, que en alas de su caridad y por amor de sus hermanos, se lanzaba á los peligros, arrostraba los combates y empuñaba la espada sin más objeto que hacer respetar los derechos de la humanidad, tan ultrajados y deprimidos. Su regla y sus estatutos son la norma del verdadero caballero cristiano, dispuesto siempre á ser la víctima de su caridad y á esponer su vida por el bien

de los demas, dispuesto siempre á no permitir que se veje, insulte, persiga ó maltrate al débil é indefenso por la ferocidad y la fuerza.

Bien pronto este noble proceder tuvo imitadores, y estos sublimes ejemplos se multiplicaron, y llenos de noble emulacion fueron propagándose, convencido como estaba el siglo de su utilidad, y sin que nadie pusiera en duda su necesidad, ni menos que llevaban un fin santo y humanitario; así fué que, movidos de este ejemplo, dos caballeros de ilustre cuna y antigua prosapia, Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer, á imitacion de ésta, fundaron otra que, si bien en sus primeros años fué pobre y poco numerosa, teniendo necesidad por su falta de recursos de servirse cada dos caballeros de un caballo, como lo espresa su sello, llegó á ser con el tiempo tan célebre, que no hay nadie que desconozca el trágico fin que la preparó su misma celebridad. El patriarca de Jerusalem subvenia á sus necesidades, y el rey les dió una casa junto al *templo de Salomon*, que fué su primera morada. Tales fueron los principios de los caballeros *templarios*. Hacian voto de obediencia, pobreza y castidad, y el cuarto voto de defender los peregrinos; llevaban vestido blanco y su cruz roja al pecho. Fué su primer gran maestro Hugo de Payens y el redactor de su regla S. Bernardo; regla mística y austera que, imponiéndoles un destierro perpetuo de su patria y una guerra sin



tregua contra los infieles; tenían la obligación de admitir el combate hasta contra tres, ni podían pedir cuartel, ni ceder por su rescate *una pulgada de muralla ni un palmo de territorio*. Cada uno podía tener tres caballos y un escudero; si el caso lo requiera alistaban soldados que sostenía y asalariaba el gran maestro, y que cumplido su servicio podían regresar á sus hogares con tal de recibir solo la mitad de su salario. Tal es, en resumen, la regla que les dió S. Bernardo en cuanto á la parte militar.

Pasando á reglamentar su vida espiritual, quiere que vivan en comunidad con frugalidad, sin tener nada suyo, aunque holgadamente; quiere que asistan á los oficios canónicos, ó de lo contrario que suplan con oraciones esta obligación; que coman de viernes tres días en la semana, teniendo los caballeros capellanes dos servicios, los demás uno; deben comer dos en un mismo plato y usar cada cual de su cantarilla de vino aparte. Por vía de limosna debe repartirse á los pobres por espacio de cuarenta días, la ración del caballero que acaba de fallecer: ordena que lleven camisa de lana, pero que pueden gastarla de lienzo desde pascuas hasta la festividad de Todos Santos, en atención al clima caluroso de Palestina: su cama debe constar de un jergon, un colchon delgado, un cobertor y una colcha de tela vellosa, debiendo acostarse siempre con camisa y calzonci-

llos: no podían dar el ósculo como los demás, ni salir sin un compañero, ni cazar con halcon, sino perseguir hasta dar muerte al león; y por último, les encarga el santo: <sup>1</sup> "Como no vayan de viaje, ninguno permanezca ocioso; tengan todos sus armas en buen estado; huyan del juego, de las partidas de caza, de los titiriteros, de las canciones chocarreras y de los espectáculos. Si se prepara un combate ármense de fé por dentro y de hierro por fuera; despues de ser prudentes en sus preparativos carguen impetuosamente al enemigo con la confianza de un cristiano, seguro de la victoria ó del martirio.

"Con el cabello rapado, la barba polvorosa y erizada, ennegrecidos por el hierro y por el sol, amen los caballos fogosos, aunque no engalanados con bordadas mantillas ni con ricos caparazones. Lo que mas asombra (siempre es San Bernardo el que habla), es que este torrente, descendido á Tierra santa, se compone en un todo de gentes impías y perversas. Cristo hizo un campeón de un perseguidor, de un Saulo un Pablo." En seguida exhortaba en estos términos á aquellos para quienes trazaba esta regla: "Id contentos, id tranquilos; rechazad intrépidamente á los adversarios de la cruz de Cristo, fiados en que

<sup>1</sup> S. Bernardo. Exhortaciones á los caballeros del templo, I.

no podrá escluirnos del amor de Dios la vida ni la muerte. Decid en el peligro: vivos ó muertos pertenecemos al Señor: bienaventurados los mártires, gloriosos los vencedores."

Estas órdenes, creacion singular de las cruzadas, tenian por comun tarea acoger y amparar á los peregrinos; en los mismos lugares donde los demas monjes suspendian cilicios, lámparas, imágenes de santos, colgaban ellos armaduras y estandartes arrebatados al enemigo; sus monasterios se convirtieron en fortalezas; y en vez de la campana tañendo á maitines, les llamaba la trompeta á cabalgar para correr en pos de los infieles. Valientes y generosos, eran á la vez una cruzada permanente y un dechado de virtudes caballerescas. Se les veía prevenir las invasiones musulmanas, hacer de vez en cuando incursiones en sus tierras, combatirles, no en una guerra de estratagemas y emboscadas, sino al son de la trompa y á banderas desplegadas; salir, en fin, al encuentro de las caravanas que llegaban de Europa y escoltarlos hasta que en seguridad pusieran término al objeto sagrado de su viaje. Era un consuelo para los peregrinos que temian á cada paso el ataque del árabe ó del turco, descubrir el largo manto blanco de los templarios ó el hábito negro de los hospitalarios que les traian seguridad con su presencia. En las batallas éstos se ponian á vanguardia, aquellos á retaguardia, de manera que se que-

daran en el cañon los guerreros recién desembarcados que aun no habian podido acostumbrarse á la táctica del pais.

Su fama era grande en toda Europa, no habia ciudad ni pueblo fortificado que no enviara dinero y víveres á estos piadosos guerreros; todo el que espiraba se creia en el deber de legarles algo. Las principales familias les enviaban sus jóvenes hijos á fin de que se instruyeran en la cortesía y en el valor entre aquellas órdenes famosas. Los que tenian culpas que expiar, remordimientos que acallar, ofrecian sus brazos ó sus riquezas á estos caballeros, quienes á veces heredaron á príncipes y á monarcas; hasta hubo reyes que se vistieron sus insignias.

Así nació esta milicia religiosa conducida á arrostrar los peligros y sacrificarse por sus hermanos en alas de la caridad ó del remordimiento, pero siempre movida por la religion para salvar la humanidad. Confesamos, sin embargo, que con el tiempo se relajó mucho su disciplina, y que el mismo S. Bernardo los reprende; pero entre esto, que es muy propio de la debilidad y flaqueza humana, á que admitamos la calumnia de que no fueron útiles á la sociedad y á la civilizacion, hay una inmensa distancia y jamas podremos convenir. Dejamos, con todo, esto para su lugar respectivo, en tanto continuamos la historia de estos célebres institutos, de esta milicia esclarecida, á

quien tanto deben la civilizacion y los pueblos, la humanidad y la religion. Cantemos sus dias gloriosos que ellos nos servirán de premisas para defender su humillacion y confundir á los que quieren presentar al clero como el autor de todo lo malo, sin querer confesar lo bueno que hizo, lo útil que obra.

Habíanse trascurrido algunos años y no tenían compañeros en su penoso y humanitario instituto, ni los hospitalarios ni los templarios; las armas blanca y roja ondeaban sin competidores sobre los mantos negros y blancos, y no reconocian rival en su civilizadora tarea, ni habia esa emulacion gloriosa que es una verdadera virtud en la tierra, y así habíanse deslizado los años, y el de 1128 estaba en su curso. En él, Walpol, de nacion aleman, en union de su esposa, fundaron un hospicio en Jerusalem, anexo á una capilla, bajo la advocacion de Santa María, para los peregrinos de su nacion: varios individuos de la misma nacion, viendo la utilidad de este piadoso establecimiento, consagraron sus caudales y personas á esta fundacion y tomaron el nombre de *Hermanos de Santa Maria*, y de aquí nació una nueva orden que bajo la regla de S. Agustin, que adoptaron cuando en el sitio de Tiro se consagraron á curar los heridos alemanes; fué aprobada por Clemente III y tomó el nombre de *orden Teutónica*, cuyos privilegios son en un todo semejantes á los de las

anteriores, y su distintivo es una cruz negra sobre manto blanco; solo admitian caballeros hidalgos alemanes, siendo accesibles los grados inferiores á los simples ciudadanos. Estos caballeros constituyeron con el tiempo un reino que prestó grandes servicios á la Europa, asegurándola de nuevas invasiones y oponiendo un dique al desbordamiento de los bárbaros, dique que no pudieron romper y aseguró las fronteras salvando la civilizacion.

Tales son las tres órdenes que sirvieron de modelo á las demas, que con el tiempo se fundaron en Europa, que llegaron hasta el número de treinta <sup>1</sup>, de las cuales unas estaban, y otras no, obligadas al celibato, y los votos variaban conforme los lugares en que se establecieron. A los hospitalarios de S. Juan se reunieron los lazaristas, que se separaron tan luego como aquellos hicieron voto de castidad para consagrarse por medio de un cuarto voto á la defensa de los Santos lugares, eligiendo por divisa la cruz verde sobre manto blanco. Luis el Joven trajo algunos de Palestina á los cuales confió los leprosos de su reino, les dió el castillo de Boigny, cerca de Orleans, y Francia vino á ser el centro de la orden, y su rey el gran maestre. Luego fué incorporada en la del monte

1 De las órdenes militares, nueve seguian la regla de S. Basilio, catorce la de S. Agustin, siete la de S. Benito. Helgot, tom. 3.º de la Historia de las órdenes religiosas.

Carmelo, cuyos caballeros llevaban por insignia una cruz de oro con ocho puntas y una cinta verde.

Guarino, hijo de un hidalgo del Delfinado, curado milagrosamente del *fuego de S. Antonio*, fundó en su patria un hospicio en honor de este santo para enfermos y peregrinos, por el orden de los hospitalarios de S. Juan. Los hermanos eran legos y usaron traje eclesiástico, sobre el cual campeaba el *Tau* griego (*T* castellana) que se ve comunmente en el manto del santo anacoreta. En 1228 fueron admitidos sus individuos á los votos monásticos, y largo tiempo fué su única casa la abadía de S. Antonio en el Vienés, hasta que sus hospicios y riquezas se aumentaron. En Francia se incorporaron en 1776 á la orden de Malta. En Suiza, Federico II fundó los *caballeros del Oso*, con cuya orden se familiarizaron los montañeses hasta que reconquistaron su libertad. En Chipre se instituyó á fines del siglo XII la orden de *Lusignan*, ó de los *caballeros del Silencio*; luego vino la de *Belem*, ó de la *Estrella Roja* que en el siglo XIII se propagó por Alemania. Alfonso Enriquez instituye en Portugal la *nueva milicia* con voto de castidad y de combatir contra los moros, concediéndoles la ciudad de Evora para su defensa, cuyo nombre tomaron para cambiarlo por el de Avis, cuando á esta ciudad trasladaron su residencia. Este mismo rey, en agradecimiento á la protección que en la batalla de Santaren le dispensó S.

Miguel, instituyó en 1167 la orden de *S. Miguel del Ala*, destinada á la defensa de su persona: pasando de Portugal á España, hallamos á los templarios abandonando á Calatrava, que no podían defender de las invasiones de los árabes, entregándola al rey de Castilla que la confió al abad cisterciense S. Raimundo de Fitero, y de aquí tuvo principio la *orden de Calatrava*, cuyo instituto era pelear contra los moros, y que sobre manto blanco lleva cruz roja. Los canónigos de S. Eloi fundaron un hospicio para los peregrinos que iban á Santiago de Galicia; pero como no se creyeron suficientes para defenderlos, aceptaron la oferta que les hizo Pedro Fernandez de Puente-Encalada de poner algunos caballeros á su servicio, que por razon de su ejercicio se les llamó *Caballeros de Santiago*: en 1177 confirmó sus estatutos Alejandro III, y esta es la *orden de Santiago*, cuya insignia es una cruz roja en figura de espada sobre manto blanco, y su voto es escoltar y hospedar á los peregrinos que iban á orar ante el patron de España: siguióse á esta la de S. Julian de Pereiro, refundida como otras de menos importancia en la de *Alcántara*, cuya cruz es verde sobre manto blanco, y poco despues la de *Montesa*. Pasando á la Libonia, hallamos que el obispo Alberto de Apeldern para apartar á este pueblo de la idolatría, instituyó la *milicia de Cristo*, que tambien aprobó Inocencio III. Tenian el manto

blanco é iban armados de espada, por lo que se les llamó caballeros *porta-cuchilla*, y contribuyeron á civilizar aquellas regiones, hasta que por fin se fundieron en la órden teutónica. Felipe el Bueno estableció la *órden del Toison*, cuyos gefes debían ser los duques de Borgoña ó sus sucesores; mas como estos duques eran vasallos del rey de Francia, sólo como soberanos de los países Bajos podían ser grandes maestros; por tanto, cuando Luis XI incorporó la Borgoña á sus Estados, dejó el gran maestrazgo á Maximiliano de Austria, heredero de los países Bajos; y luego, cuando la casa de Austria se dividió en dos ramas, fué por ella establecida en España, y en las guerras de sucesion se dividió en dos, una alemana y otra española. En Italia fundaron la de los *Hermanos gaudentes de santa Maria gloriosa* Loderingo de Andalo, Gruamonte Caccianemici, Ugolino Capretto, Lambertini, nobles boloneses, Ranieri Adelfardi, de Módena, un hidalgo de Reggio y varios otros caballeros á sugestion del bienaventurado Fr. Bartolomé de Braganza, hermano predicador, y despues obispo de Vicenza, y fué aprobado en 1204 por Urbano IV. Sus individuos debían ser nobles de padre y madre; seguían la regla de Santo Domingo, pero ni estaban obligados al celibato, ni á la vida en comunidad; llevaban manto blanco, sus blasones en campo semejante y la cruz roja con dos estrellas encima. Se obligaban á amparar á

las viudas, á los huérfanos, á los pobres, y á mediar en interes de la paz, y el consejo de Bolonia y varias otras ciudades, les otorgaron grandes privilegios. En Nápoles, Luis de Tarento creó la *órden del Nudo*, cuyos caballeros juraban asistir al príncipe en todas las ocasiones; su insignia era un nudo del color que elegían sobre su vestidura con este mote: *Si Dios quiere*. El viernes se ponían capa negra con un nudo blanco sin oro, plata, ni perlas, en memoria de Cristo; y si el caballero había herido ó sido herido, llevaba el nudo desatado hasta que visitaba el Santo Sepulcro, y á su regreso hacían bordar allí su nombre con este lema: *Dios lo quiso*; se reunían en el castillo del Huevo, y allí recorrían sus hechos, que se anotaban en el *Libro de los sucesos*; y si bien pereció esta órden con su fundador, el *Libro de los sucesos* donde estaban los estatutos, se cousevó en Venecia, hasta que lo regaló esta ciudad á Enrique III en 1573, y fué el que le sirvió de regla para fundar en Francia la *órden del Espíritu Santo*. La *órden de S. Jorge ó Constantiniana* la hacen subir á fundacion de Constantino, y si no es así, su fundador se ignora, sabiéndose solo que los comnenos estuvieron en posesion del gran maestrazgo hasta que el último de esta familia lo dejó á Francisco Farnesio, duque de Parma; la iglesia de Steccata es un recuerdo glorioso de su grandeza; y hoy, dividida en dos, hallamos que la duquesa de Parma

y el rey de Nápoles, como herederos de los Farnesios, confieren la orden. Pio II, cuando los turcos amenazaron la Italia, instituyó la de *nuestra señora de Belem* y la de los *jesuatos*; y por la misma causa Federico III, de Austria, la de *S. Jorge*, cuya sede estuvo en Muhlstads de Carintia, cuyos caballeros no hacían voto de pobreza, eran dueños de elegir el color de su hábito, á escepcion del rojo, verde y azul, llevaban en el manto cruz roja, y acabaron en 1511. La de la *Espuela de oro* fué peculiar de los pontífices, que la conferían á todos los embajadores venecianos en Roma; Paulo III facultó á la familia Esforceia Cesarini el derecho de conferirla. También otros soberanos hicieron á particulares este privilegio.

Seria por demas enojoso enumerar los órdenes militares, y basta á nuestro propósito la relacion hecha de estas instituciones; pues de ella aparece que fueron un elemento civilizador y humanitario, y que cuando se instituyeron eran necesarias á la sociedad y á la civilizacion. Así, pues, no es nuestra intencion ocuparnos de todas las órdenes religiosas, civiles, ni militares, ni menos de la distincion que existia entre los caballeros de gracia y los de justicia, ni de las condiciones que de aquí se derivaron á título de memoria, ó premio más ó menos honorífico; estas cualidades no entran en el plan de nuestra obra, por más estimadas y admirables que sean; no vamos á hacer la apoteosis

de la vanidad, sino la apología de la caridad, y así tratamos únicamente de las que deben su origen á esta sublime virtud. En este sentido es digna de nuestra admiracion la caballería religiosa, donde el hombre acepta por el hombre el sacrificio de todos los afectos, renuncia á la gloria del guerrero, como tambien al reposo del monje y carga con el doble peso de estas dos existencias un mismo individuo, dedicándose alternativamente á los peligros del campo de batalla y al alivio del padecimiento, á sembrar el espanto en las filas enemigas, á consolar los afligidos y á ejercer la caridad con los enfermos. En Europa los caballeros iban en busca de aventuras por su honor y por su dama; los de Tierra santa por proteger la indigencia y el infortunio, por socorrer al desvalido y ejercer la caridad con el enfermo: el gran maestro de los hospitalarios tenia el glorioso título de *guardian de los pobres de Cristo*; el de la orden de *S. Lázaro* debía ser un leproso; los caballeros llamaban á los pobres *nuestros amos*. Efectos admirables de la religion, que en los siglos en que todo el poder emanaba de la cuchilla, sabia humillar el valor y hacerle olvidar aquel orgullo que le es inseparable. Aun en el dia estas órdenes sirven para premiar el mérito, y no son siempre un ornamento insignificante y una prenda de servil docilidad; fueron útiles en su creacion y no son hoy enteramente inútiles.

Hemos reseñado los institutos militares, y la historia, que nos demuestra la corrupcion del siglo en que nacieron, ha tenido buen cuidado de enumerar sus hechos heroicos, y la humanidad entonces hollada y afligida bendice á los guerreros de la cruz que, por amor á los hombres, se sacrificaban en los hospitales y en los campos de batalla: allí prestando auxilio á los enfermos, aquí apoyo á los débiles; allí ejerciendo la caridad con la humanidad doliente, aquí con la humanidad oprimida; allí esponiendo su vida al furor de miasmas corrosivos, aquí al furor de los aceros, y tanto en unos sitios como en otros, siendo siempre los defensores de la mejor de las causas, y siempre adquiriéndose el título de humanitarios, título legítimamente adquirido, título que no puede disputársele sin notoria injusticia, y que en vano usurpan los que al grito de humanidad abandonan los enfermos, no socorren al pobre, ni alivian al oprimido, y mientras el hombre perece de hambre y de miseria, se gastan enormes sumas en perros, en alimentar y albergar animales.

Contemplando los escándalos é inmoralidad, los atropellos y desafueros de los siglos que dejamos anotados en otro lugar, considerando á la fuerza imponiendo su opresion, su ley de hierro á la humanidad, y viendo á la religion escitando en pechos generosos, en corazones arrepentidos la caridad, estimulándolos á consagrarse en defensa de

sus hermanos, y convirtiendo en protectores los que poco antes eran verdugos y opresores del género humano, no podemos menos de admirar su divinidad y la fuerza de la gracia que sabe sacar de los males bienes, y convertir en instrumentos benéficos sus mas encarnizados enemigos. Los opositores y detractores de los freires podrán decir de las órdenes religiosas militares cuanto gusten; sus argumentos, sus acusaciones, sus diatribas se convertirán contra ellos mismos, porque aparecerán los hechos, y la historia al describir los sucesos no podrá menos de encomiar estos institutos, que si hoy que la civilizacion ha puesto un dique á las tropelías gloriosas no son necesarios, lo fueron cuando se fundaron, y sin su existencia es bien seguro que la civilizacion misma no hubiera llegado, al menos tan pronto, al estado en que la tenemos, puesto que no la hubiera sido fácil romper la cadena de iniquidades que sujetaba sus fuerzas, aprisionaba sus alas y contenia sus impulsos, y por lo mismo que la estacionaba hubiera impedido su progreso.

No es una fábula cuanto acabamos de decir, sino una consecuencia legítima del estudio de la historia. Nacieron en Jerusalem los hospitalarios y templarios, en el sitio de Tiro los hermanos de Santa María, y unos y otros eran necesarios para proteger y amparar los peregrinos en aquellas inseguras regiones, y para curar sus enfermedades

en aquellas ciudades inhospitalarias: la caridad los armó, y el mundo bendijo sus santos ejercicios, y la humanidad entera sintió su benéfico influjo; merced á ellos, aquellas devotas peregrinaciones se hicieron sin tanto riesgo. Volviendo los ojos á Europa, encanta y admira leer los estatutos de estas órdenes caballerescas, donde se dan preceptos de estremada hidalguía, donde hasta lo galante es religioso, donde en los momentos mismos en que eran atropellados el pudor de la jóven, el lecho de la casada, el recato de la viuda, el desamparo del huérfano, la debilidad del niño, las canas del anciano, el recogimiento del cenobita y el abstramiento del sacerdote, se levantan hombres de corazon, espíritus humanitarios, se erigen los protectores y paladines del débil y del oprimido, y con la cruz de nuestra redencion por divisa se esponen á los peligros, y al grito santo de religion y al abrigo del Evangelio, bajo la egida de la caridad, rescatan la humanidad de su envilecimien- to y esgrimen en su favor las mismas armas que la oprimian, los mismos aceros que la aberrojaban. Este es el caballero de las órdenes militares religiosas; este es ese guerrero de la cruz; su pendon siempre sirvió de consuelo y apoyo á la humanidad, siempre fué el terror y el espanto de sus enemigos; su institucion será siempre la obra de la caridad, la inspiracion de la religion de Jesucristo, sin la cual aparece la humanidad huérfana y desvalida, sin apoyo ni proteccion.

Los siglos han adelantado, la civilizacion se ha estendido, en todas partes se invocan los derechos de la humanidad y se proclaman los derechos del hombre, y nuestros enemigos públicamente se llaman sus amigos, sus patronos, sus defensores: á fuerza de decirlo ellos y sus adeptos casi han puesto al mundo en estado de creerlos; pero el hombre reflexivo espacia su alma por el vasto panorama que le ofrece el mundo social; en él ve desafueros; en él hay tropelías, en él poderosos que escarnecen al pobre y gobernantes que oprimen los pueblos y vejan los débiles, y por satisfacer á un magnate atropellan el derecho, la ley y la religion. ¿Y qué se hace por contener á cada uno en sus límites? ¿Qué para evitar los desafueros y las vejaciones? ¿Qué para escudar el derecho y la ley? Nosotros confesamos que nada vemos suficiente. Ellos nos dicen que la prensa y los estamentos: nosotros vemos la primera estra- viada, y los segundos ocupados en personalidades y otras cosas, en todo menos en lo que atañe á su deber; y dado caso que fuese lo que sus apolo- gistas dicen, ¿habriamos conseguido el anhelado remedio? Creemos que no, y lo creemos así por- que reglar la moralidad solo puede hacerlo la re- ligion; moralizar y humanizar los pueblos es el deber del sacerdocio, él lo hizo siempre, él solo podrá hacerlo, solo á él es dado este derecho, so- lo él le cumplió siempre, y solo él le llevará á



término, solo él es el sacerdote de la humanidad.

Acabamos de presentar los beneficios que á la humanidad y á la civilizaci6n reportaron los freires, y lo hacemos con tanto mas gusto cuanto tambien son combatidos sus institutos, y por lo mismo que pertenecieron y pertenecen al clero debian tener un lugar en nuestra obra, tanto mas, cuanto su aparicion fué una necesidad del siglo en que vivieron. Al mismo tiempo era justo presentar la inmoralidad del nuestro que hace indispensable un remedio, y el cual solo cuando el Señor ilumine hombres caritativos que estudiando á fondo los males busquen en la oracion y el silencio su remedio, es cuando esperamos que de la oracion y el silencio salgan espíritus reformadores, que con la religion por norte y por divisa la cruz, combatan la obra del demonio y proporcionen alivio á la humanidad, á la civilizaci6n progreso, y á las almas descanso y asilo. No es de utopistas descreidos esta mision, ni de combinaciones políticas este fruto, no, del clero debe esperarse lo primero, y de la religion lo segundo: los cálculos de la ambicion y del egoismo nunca fueron los protectores de la humanidad sino sus verdugos; nunca fueron los amigos del hombre sino sus tiranos; jamas de ellos vino otra cosa que el desenfreno y la opresion. Nuestros políticos caminan sobre el egoismo, por mas que digan otra cosa; sus obras lo publican, y los frutos del egois-

mo son á todos conocidos; por eso ellos no son capaces de imitar los trabajos y loables fines de las órdenes militares religiosas; por eso las deprimen, desconocen sus servicios sin tener en cuenta que si *por sus frutos se conocen los hombres*, es cierto que los que prestaron los freires son sazonados y esquisitos, así como los suyos amargos y venenosos; el pueblo optará por aquellos y desprejará éstos; los freires serán objeto de gratitud, ellos de desprecio hoy, mañana de compasion ante el Juez supremo. ¡Ah! no queremos decirlo, porque si no usa de todo el lleno de su misericordia esta será la mas terrible acusacion, la mas terrible sentencia, la peor calificaci6n.

Tenemos manifestado que contra los escándalos y desafueros del siglo proveyó el Señor al remedio por medio de las órdenes militares religiosas, y por lo tanto que fueron útiles en su institucion y que prestaron grandes servicios á la humanidad. Los escándalos fueron por ellas reprimidos y la política modificada, y por estos medios la civilizaci6n progresó: ahora vamos á considerar de dónde salió el remedio para los males que causaban las herejías, y quién fué el poder que salvó la sociedad y la civilizaci6n de sus desafueros. En el principio de este capítulo dijimos que estos siglos fueron *herejes*, y poco mas adelante hemos reseñado los principales errores que en ellos nacieron. Aquel torrente desbordado que todo lo arrollaba,

necesitaba un dique que contuviera sus furores y una tabla donde la combatida civilización, la afligida humanidad se salvara, y este dique le opuso el clero, y esta tabla fué la religión. Cupo al clero secular y á los monjes combatir las antiguas herejías y civilizar el mundo antiguo; cabe á los frailes el honor de combatir las modernas y civilizar el nuevo continente: de lo primero vamos á ocuparnos, reservando para otro lugar hablar de los misioneros; así, pues, al entrar en el exámen, debemos ante todo empezar por decir que Dios que en las ocasiones difíciles nunca abandona su Iglesia y provee al remedio de sus males y al consuelo de su angustia, proveyó á los males de este siglo por medio de nuevos institutos religiosos, plantas lozanas que en medio del lodazal en que luchaban todas las pasiones y se revolcaban todas las almas aparecieron para triunfar de unas y libertar otras; campeones de la verdad y de la virtud, defendieron tan caros objetos denodadamente, y de este modo la sociedad debe á la religión el alivio de sus males y su salvación al borde del precipicio en que la tenían bamboleándose las herejías y el error. Veamos la prueba de esta asercion.

Al momento que las herejías infestaban con su mofético aliento la sociedad, y aridescían el jardín de la Iglesia, el riego benéfico de los desvelos de sus hijos, acudió en torno suyo para salvarla, y nuevas órdenes religiosas brotaron de su tierra

bendita, cuyas virtudes volvieron la hermosura é hicieron revivir los amortiguados colores de su ameno jardín. El celo de los frailes, especialmente de las nuevas órdenes, se ejercitó fervorosamente contra estos herejes, y en la encarnizada lucha que emprendieron prueban cuán necesarios fueron en aquellos siglos á la Iglesia y al Estado: por esta misma razón nos parece muy del caso referir el origen de las órdenes que en aquellos tiempos se establecieron, y así, al par que consideramos su origen, analizaremos los bienes que con él consiguieron la humanidad y la civilización, poniendo á nuestros lectores en el caso de juzgar con imparcialidad el mérito de estos institutos, y ver si tienen sus enemigos razón en su juicio ó si su acusación es injusta; por nuestra parte, como siempre, vamos á presentar hechos, y la historia en prueba de nuestro aserto y en defensa de nuestra causa; ellos por la suya no sabemos qué harán, pero de ellos y nosotros es juez el público, y su fallo creemos nos escudará, porque la verdad siempre es la verdad, y la mentira la mentira, una y otra se oponen, y entre las dos, una vez que se presenten con claridad no es dudosa la elección; si quedamos vencidos en este combate culparemos solo nuestra insuficiencia; si victoriosos, daremos gracias á Dios, y en ambos casos acataremos sus decretos y nos someteremos con resignación á su voluntad.

Tan luego como el infierno empezó á vomitar herejías, el Señor hizo aparecer nuevos adalides que las combatieran. Diversas congregaciones habian sido instituidas á principios del siglo XI como en el Languedoc los buenos hombres por Estéban Thiers, quien hizo tantos milagros despues de muerto, que el nuevo prior le mandó terminarlos: "en razon á que la órden recientemente establecida, no aspiraba á hacer que se hablara de ella." En el Delfinado, Bruno, de Colonia, fundó los cartujos, órden tan austera, que hasta les estaba prohibido hablar por no ocupar el tiempo sino en la oracion y en la copia de libros: en otra parte hemos hablado de la reforma de la órden de S. Benito, por Benito Aniano, y posteriormente en la órden de Cluni, que tomó un incremento prodigioso en muy corto tiempo, y tanto que llamó la atencion de S. Bernardo. En tan corrompido siglo, en medio de los males que afligian la Iglesia, los desvelos de su Esposo querido la conserva hijos buenos que lloran sus desgracias y la buscan un remedio: así, entre tanta abominacion aparece S. Roberto, alma llena del espíritu de Dios, que abandonando la abadía de Molemes, se retiró cerca de Dijon al desierto del Cister; y allí renovó todo el rigor de la órden de S. Benito, y ni aun quiso recibir novicios. Allí sustituyó S. Alberico el hábito blanco al negro, obligó á los religiosos como en los primitivos tiempos de la insti-

tucion, al trabajo; y al par que las demas congregaciones aspiraban á hacerse independientes, él prometió en nombre de la suya una completa sumision. Así fué, que esta órden creció admirablemente, y muy pocos años despues contaban los cistercienses mil ochocientas casas de hombres y mil cuatrocientas de mujeres, que anhelando la perfeccion, huian á buscar un asilo contra el vicio del siglo, que todo lo absorbía y dominaba: allí, en aquellos asilos, almas enérgicas se preparon á luchar contra las pasiones y á combatir las herejías; así se preparaban tablas de salvacion á la humanidad y á la Iglesia, y á la civilizacion defensores: aquellas casas eran otros tantos baluartes contra la impiedad que todo lo invadia, contra el vicio que todo lo atropellaba, contra la herejía que todo lo corrompia.

Por este tiempo apareció S. Bernardo; de alma contemplativa, genio austero, imaginacion vehemente, era el adalid más á propósito para los combates que muy pronto han de empeñarse, era sin duda el hombre elegido por la mano de Dios para defender su causa. Este hombre admirable lleno de fogosidad, no podia menos de entusiasmarse á la noticia de la rigidez de la nueva órden, y se entusiasmó en efecto, y en tales términos, que se decidió á profesar aquella regla, y escogió aquella casa por asilo. La fama de su santidad y virtud eran ya demasiado conocidas; y así, al entrar

en la orden del Cister, aumentó por su reputacion la ya bien merecida del instituto que abrazaba; el santo encontró en la orden un refugio, y la orden en el santo adquirió uno de sus más ilustres blasones, una de sus mejores flores y uno de sus más bellos ornamentos. Así fué, que muy en breve aquel monasterio se consideró insuficiente y poco espacioso, y fué necesario fundar otro en Clairvaux, del cual S. Bernardo fué el primer abad, sin embargo de contar solo veinticinco años; pero en él todo era actividad, todo vida, todo virtud, y así sus pocos años se compensan con estas cualidades; y tanto, que Clairvaux, á la vuelta de poco tiempo, se vió cubierto de cultivos, se llenó de obreros que trabajaban con una actividad silenciosa, y sirvió de modelo á los conventos que se multiplicaron en otras partes; y tanto, que muy pronto esta tierna planta fué un árbol frondoso, cuyas ramas prestaron á la humanidad un refrigerio y á la civilizacion su asilo; á su sombra, las almas venian á nutrirse en la oracion para prepararse á combatir los vicios, y amaestradas en la virtud hallarse dispuestas á los combates.

Guillermo de Champeano, maestro primero, y luego adversario de Abelardo, aconsejó á Luis VI que construyera cerca de París una abadía en honor de S. Víctor, de Marsella, á la cual fué unida una congregacion de canónigos regulares dedicados á la enseñanza. Lorenzo de Arbrissel ejerció

su elocuencia y su celo en la conversion de las mujeres de mala vida: no contento con dedicarse á estos trabajos humanitarios, fundó en Poitou, en el valle de Fontevrault, dos monasterios sujetos á la regla de S. Benito, uno para hombres y otro para mujeres; pero se multiplicaron tanto, que hubo necesidad de modificar la regla. Tambien el obispo de Laon, ayudado de S. Norberto, fundó los premonstratenses, llamados así del lugar donde fué establecida. Esta orden, que se ha hecho muy célebre, tiene justísimos títulos para la admiracion del mundo, y en sus individuos brillaba la costumbre de meditar constantemente sobre sí propios y de compararse á la hermosura inefable, de sorprender el mal en su origen bajo sus fugitivas formas, de aspirar con ardor al bien infinito y á lo bello sustancial; y esta costumbre de meditar desarrollaba en aquellos solitarios una gran delicadeza de sentimientos y una vista interior penetrante y perspicaz que los hacia preservarse de la corrupcion general y presentarse á la faz del mundo como unos dechados de virtud dignos de ser imitados. De aquí, de esta vida abstraída y meditabunda, nacia aquel conocimiento del hombre interior y del hombre social que tan útil es siempre á los moralistas y oradores, por medio del cual pueden combatir el vicio y dar impulso á la virtud, único modo como la moral triunfa, y la sociedad y la civilizacion progresan.

Al lado de estas órdenes contemplativas y ascéticas, nacieron otras que se dedicaron al trabajo, y cuando aquellas se oponían á los vicios y á los errores por unos medios, éstas los combatían por otros, por lo cual debemos hablar de unas y otras. Por este tiempo, ciertos prisioneros de guerra alemanes amaestrados en el infortunio hicieron voto de consagrarse al servicio de la santísima Virgen si volvían á su patria; y como lo consiguieron, fieles á su promesa, desengañados del mundo, instituyeron la orden de los humillados, que si bien solitarios y ocupados en obras santas, envueltos en un ceniciento saco, no vivían en comunidad hasta que teniendo muchos imitadores, compraron una casa, en la cual empezaron por reunirse los días festivos para cantar salmos y entregarse á ejercicios piadosos. Eran casados, y á su ejemplo, las esposas abrazaron el mismo método de vida laboriosa y devota. S. Bernardo redactó su regla, y en consecuencia de ella se separaron de sus esposas. Además de la oración y ejercicios espirituales, se dedicaban á la industria de telas de lana y al comercio. El beato Juan de Meda los trasladó á Como, perfeccionó su instituto elevando al sacerdocio á algunos de ellos, y estableció un superior para cada casa. Con la fabricación de telas adquirieron riquezas y se hicieron célebres por el trabajo y la oración, siendo muy útiles á la humanidad y á la civilización.

En pos de estos aparece el provenzal Juan de Mata. Movido su piadoso corazón por las desgracias que experimentaban los cristianos que en mar ó tierra caían en poder de los piratas moros ó de las hordas árabes, lleno de la hermosa compasión que inspira la caridad, pensó en su remedio, y en el silencio de la oración, unido con Félix de Valois, se propusieron libertar los esclavos, romper sus cadenas, y restituir al padre el hijo, á la esposa el esposo, al hermano el hermano, á la patria brazos, á la verdadera religion adoradores; y al efecto fundó una orden cuyos individuos debían emplearse en rescatar los cautivos, orden necesaria á la humanidad y en la que se vieron ejemplos de abnegación que asombran, orden que ha dado á la Iglesia mártires y santos sin cuento, y cuyo destino era mendigar para redimir, y convertirse en pobres para rescatar. Escudados con el nombre de la religion, en todas partes hallaban medios de ejercer su piadoso instituto, y á falta de dinero se les vió mas de una vez quedarse ellos esclavos por libertar á sus hermanos. Esta orden fué confirmada por Inocencio III bajo el nombre de *Trinitarios*. Admirable asociación de la penitencia y de la caridad que el mundo bendijo, y que durante los siglos ominosos enjugó muchas lágrimas y proporcionó alivio á muchos desgraciados. Por el mismo tiempo y con igual objeto fundó S. Pedro Nolasco la de Nuestra Señora de

la Merced, que en 1230 confirmó Gregorio IX, enriquecida con los privilegios de los reyes de Aragón y ennoblecida con sus armas, por lo cual es su principal asiento nuestra patria, donde fué muy particularmente considerada y querida.

Guy de Mompellier estableció en su patria un vasto hospital que confió al cuidado de una orden lega, y que muy en breve tuvo casa en Roma y en otras varias ciudades. Cuando Inocencio III fundó el hospicio de Santa María *in Saxia*, le confió á estos hermanos, agregando algunos sacerdotes que hacian voto formal de asistir á los enfermos; y así las limosnas recogidas en Italia, Inglaterra y Hungría se aplicaban á este hospital y á los de Mompellier. Al propio tiempo varios hidalgos florentinos que pertenecian á una cofradía de la Santísima Virgen, tuvieron una vision en que se les mandó renunciar al mundo; en su consecuencia distribuyeron cuanto tenian á los pobres, se cubrieron con un saco, se cargaron de cadenas, vivieron de limosnas y tomaron el nombre de *Servitas* ó Siervos de María. El primer convento de esta orden fué el del monte Senario, próximo á Florencia, y desde allí se propagaron admirablemente. Luego, pasados algunos años, el pontífice Alejandro IV reunió en una sola las diversas congregaciones de ermitaños mendicantes, bajo el título de *Ermitaños de S. Agustin*. Todas estas corporaciones no formaban conventos aisla-

dos, sino congregaciones cuyos miembros, como los de Cluny, constituian bajo un gefe comun un solo cuerpo. Habia, sin embargo, una diferencia entre los religiosos de Cluny y los del Cister, y era, que aquellos se gobernaban monárquicamente, mientras en éstos el abad dividia la autoridad suprema con los abades de la Terté de Pontigny, Clairvaux y Morimond, residiendo en el capítulo, donde debian concurrir todos los abades, el poder legislativo. Entonces empezó una revindication de los bienes usurpados á las iglesias por la infeudacion, y esto contribuyó á la prosperidad de las nuevas órdenes, entre las que debe contarse la de los carmelitas fundada por el calabrés Bertoldo que les dió una regla rigurosa sobre el monte Carmelo, al mismo sitio donde contaba la tradicion que habia vivido el santo profeta Elías. En 1238 se trasladaron á Chipre, y de allí cundieron por toda la Europa. Tal fué el ejército que se aprestó á combatir el vicio y la herejía, tales fueron las almas que de todas partes se levantaron protestando contra esos venenos de la sociedad, y lanzándose á defender la humanidad y la civilizacion; pero no fueron solas estas órdenes las que se fundaron por este tiempo; réstanos hablar de otras dos que tuvieron muchas contradicciones que vencer para establecerse, y muchas dificultades que superar, siendo necesario para que el pontífice las sancionase, nada menos que un

milagro, por lo cual, y porque nos tocan muy de cerca, vamos á ser algo mas difusos, por lo cual nos permitirán nuestros lectores que sobre las demas órdenes referidas hagamos algunas consideraciones y que las presentemos al juicio imparcial del mundo, para que éste decida si es justa ó injusta su persecucion, y si son mejores ó no que sus impugnadores, que sus acusadores.

Dejamos manifestado el torrente de iniquidad que absorbía el mundo; dejamos hecho mérito del soplo abrasador que aridecía la sociedad, y hemos anotado su remedio y el punto de donde el aura benéfica, el rocío regenerador salía; sin mas que comparar los errores de los herejes y los escándalos de la sociedad, los atropellos y orgullo de los poderosos, las blasfemias y maldades de los sectarios, conocemos el mal; considerando las virtudes de los fundadores y las de sus hijos vemos el remedio: parece, por tanto, que despues de esto nada queda al discurso, ninguna esplicacion que hacer, ninguna consecuencia que deducir, y sin embargo, nosotros vamos á hablar y tenemos necesidad de ello, y vamos á hablar porque la maledicencia hoy se ha ensañado contra estos institutos, porque la ingratitud ha desconocido los beneficios que á la humanidad y á la civilizacion hicieron, porque en nuestro siglo han resucitado todas las herejías, y conociendo que los frailes eran un temible adversario contra sus proyectos

de antisocial maquiavelismo se han desencadenado contra ellos, los han proscrito para poder mejor espaciarse, han separado los pastores del rebaño para mejor devorarle, y todo esto merece que el mundo lo sepa: queremos hacer nuestra defensa, no tanto porque en ella nos vindicamos de la calumnia y de la acusacion, cuanto porque en ella creemos prestar un obsequio á la humanidad y al Estado, puesto que el Estado y la humanidad van á conocer sus verdaderos amigos y sus verdaderos enemigos; una vez conocidos optarán lo que gusten, pero habremos cumplido con nuestro deber y con nuestra conciencia, y nada tendremos de que argüirnos ni arrepentirnos sobre este particular, porque habremos llenado nuestra obligacion para con nuestros hermanos y cumplido con el deber de defender la verdad y defendernos, y sacar á salvo nuestro honor ultrajado y nuestro hábito vilipendiado y escarnecido.

Hácia donde quiera que el hombre contemplador y reflexivo vuelve la vista en los siglos que nos ocupan, halla la iniquidad triunfante, la virtud proscrita, el vicio en boga y oprimida la verdad, la herejía dominante y abatida la religion, todo en desórden, todo el mundo sumido en un caos de depravacion: ¿y no es una verdadera misericordia que en medio de tanta maldad, aun el Señor conservara almas justas, capaces de regenerar el mundo, salvar la sociedad de tantos ma-

les y hacer triunfar la causa de la religion, tan combatida por el desenfrenado huracan de la herejía, que concitaba contra la Esposa de Jesucristo todas las pasiones, contra la humanidad todos los males, contra la civilizacion tantos desastres? Seguramente no habrá un hombre sensato que así no lo conozca y confiese. Sin embargo, se han levantado en nuestro siglo espíritus fuertes que rechazan estas verdades, almas miserables que deprimen estos méritos, corazones mezquinos que, no siendo capaces de comprender la virtud, la insultan y escarnecen. A estos me dirijo preguntando: ¿los males que dejo anotados en el cuadro que al principio de este capítulo tracé, son ó no son ciertos? Si lo primero, ¿necesitaban ó no remedio? Creo que sí. ¿Y quién se le proporcionó? Todos convienen en que los frailes, y así tenemos ya justificada tan santa institucion. No me detengo en la segunda parte de mi pregunta, porque estando contestes todos los historiadores en el cuadro y en el estado miserable de la humanidad en estos siglos desgraciados, creo inútil y mal gastado el tiempo que en su esplanacion ocupara, tanto mas cuanto solo podria acudir á las únicas pruebas, que son el testimonio de los historiadores, y como esto seria muy largo, me contento con remitir á los que no me crean á todas las historias de esta época de todos los pueblos, y si en ellas hallasen algo que contradijese mi aserto, enton-

ces les doy facultad de que me califiquen como gusten. Esto es cuanto yo puedo hacer; en tanto proseguiré mis consideraciones sobre los frailes, y deduciré las consecuencias que los harán aparecer vindicados de la calumnia que se les infiere.

Decíamos que en medio de la general corrupcion, fué una verdadera misericordia del Señor que se conservasen almas puras, no contaminadas, ramas preciosas del hermoso árbol de la virtud, que diesen vida al carcomido tronco social y rejuveneciesen la envilecida humanidad. Estas almas, á semejanza de los hermosos tallos que brotan orilla del tronco seco, con el riego de la gracia dieron frutos opimos de bendicion. Así vemos que contra las costumbres desenfrenadas Estéban Thiers en la Aubernia y S. Bruno en Colonia, se levantan llamando en torno suyo á cuantos se crean con valor para ejercitarse en la virtud. Considerando la regla de los cartujos, su retraimiento del mundo, su perpetuo silencio, su continuo trabajo, su asidua oracion, no podemos menos de ver en ellos los mártires de sí mismos, ocupados en orar por los pecados de todos, en mortificarse por atraer sobre los pueblos todas las bendiciones del cielo, y en consagrarse á la escritura y copia de libros para trasmitir al mundo el germen de una civilizacion que sin ellos acaso nos seria desconocida, y á la que debemos en su mayor parte la nuestra. Con esto creo completamente demos-



trado, que fueron útiles á la humanidad y á la civilizacion, y tan útiles, que estoy segurísimo que sus enemigos no son capaces de hacer otro tanto ni lo hicieron jamas; y si no que me digan y señalen, como yo señalé, hechos análogos á los que yo cuento y todo el mundo sabe; que me demuestren sus obras; analicémoslas, y estoy bien seguro que tan lejos de salvar la humanidad, ésta llorará sus consecuencias y les acusará de ser la causa de cuantos males lamenta, de cuantas desgracias la oprimen. Las obras de nuestros reformadores no contienen un solo principio que no sea disolvente de la sociedad. En ellas el cinismo más depravado, la apología del suicidio, el vicio disfrazado y engalanado, de modo que aparezca hermoso y lisonjero á los ojos incautos. Su lectura halaga y escita las pasiones más repugnantes; de aquí el poco respeto á los padres, el poco amor á las esposas, los concubinatos, los estupro, las violencias, los infanticidios, y toda la plaga de horribles escenas que ofenden la moral y lastiman los intereses más sagrados de la sociedad, los más hermosos frutos de la civilizacion. Tales son las obras de nuestros adversarios y tales los servicios que ellos están prestando á la sociedad: compárense con las obras de los frailes y nadie habrá que opte por las primeras y desprecie las segundas. Dirán que el estilo no es pulido, en hora buena, pero dirán que no son inmorales, y entre una falta de

estilo y una inmoralidad, opto por la primera; quiero, y creo que todo el mundo es de mi opinion, que carezcan de flores los escritos mejor que de verdad, decoro, buenas doctrinas; así, pues, diré: que los frailes fueron más civilizadores y humanitarios que sus enemigos; y en prueba de ello aduciré los hechos, me atenderé á las obras, y en esto verán que tambien soy yo materialista, y aunque no en su sentido ni de su escuela, siempre debe alegrarlos; porque al fin algo es algo, y por alguna parte ha de empezar el hombre la reforma de sus antiguas doctrinas y envejecidos hábitos. Siempre han dicho, fulminando contra nosotros una acusacion, que los frailes eran muy metafísicos; ya ven que en esta ocasion yo me aparto de la regla general y abjuro la doctrina de mis padres; pero creo que en esto no me quisieran tan dócil, y si es así, tambien confieso que me apena, pues creia darles una satisfaccion cumplida, y me gusta complacer á todo el mundo, aun á mis enemigos, *no siendo contra la ley de Dios.*

En pos de estas órdenes viene S. Roberto con su reforma, y auxiliado del gran padre S. Bernardo, presentan otro asilo á la virtud y oponen á la corrupcion una austeridad de vida admirable. Tambien allí se establece el trabajo; y esta orden, no contenta con ser el escudo de la humanidad y el áncora de la civilizacion, consagrada á la agricultura, la presta inmensos servicios y la pone en

la senda de los adelantos que han de elevar y hacer prosperar el comercio, haciendo así á los Estados un beneficio mucho más grande y positivo que el que esperan los ilusos de las ponderadas utopías de los socialistas, de sus falansterios, de sus fábricas modelos y de tantas otras cosas con que nos tienen aturdidos, cuyas promesas se repiten todos los días, cuyos beneficios no hemos tocado, y cuyas consecuencias solo son las revoluciones y la guerra, los horrores y la muerte. Así estos ponderados filósofos humanistas alucinan el pueblo para oprimirle, y se llaman los amigos del hombre que esclavizan y esplotan, haciéndole servir de instrumento de su ambición. Hé aquí lo que no puede decirse de los frailes: éstos, con menos promesas hacían, y sin palabras consumaban las mejoras y ponían remedio al mal, en lo cual hay una distinción pasmosa, y admira comparar los escritores socialistas en magníficas habitaciones alhajadas regiamente, sobre dorados burós, dictando esos preceptos salvadores y en medio de la crápula, el cinismo y la ociosidad, rodeados de criados que maltratan y oprimen, queriendo inspirar un amor al trabajo que está muy lejos de su ambicioso corazón, con los frailes que dejan la oración, y sin dictar preceptos con la pluma los hacen poner en práctica con el ejemplo y se acogen al silencio de su celda, no para descansar, sino para hacer penitencia; y aquellos hombres que

hoy se acusan de holgazanes, no tienen un momento de ocio ni vagancia. ¿Quiénes son aquí los amigos del trabajo? ¿Quiénes los de la humanidad; los frailes que miran en sus dependientes sus hermanos, ó los filósofos acusadores que ven en sus criados sus esclavos? No creo sea muy dudosa la respuesta, y aquí tenemos ya, que nuestros hijos de S. Bernardo son más útiles á la sociedad, á la civilización y á la humanidad que sus acusadores, y son más útiles á la agricultura que los falansterianos, y son mas útiles á la literatura que los que los ridiculizan, y á las ciencias que cuantos los deprimen, y á las artes que cuantos los insultan y persiguen. Por esto me gustan los hechos, porque no dejan lugar á la duda, porque son la prueba mas concluyente, desechada la cual solo queda la contundente; por eso hemos elegido por campo la historia y por eso apelamos á ella en todos nuestros argumentos, y con ella nos defendemos y defenderemos á nuestros hermanos, que en ella tienen consignados sus méritos, que los hacen acreedores á la admiración y respeto del mundo, no al desprecio y persecución de la sociedad.

En pos de esta orden vienen otras, fundadas una para asistir en los hospitales y hospicios á la humanidad, y otra para atraer á buen camino, á la senda de la virtud, separándolas del vicio y del crimen á las mujeres de mala vida: respecto á es-

tos dos institutos creo que todos convendrán en que fueron necesarios á la civilizacion y á la humanidad; que llevaban por norte un bien religioso y social, por lo cual no me detendré en pruebas que tal vez contribuirían á oscurecer la verdad, pero tampoco dejaré por eso de llamar á juicio, y ante mi autoridad y la del público á los acusadores del clero regular, á despecho que me crean orgulloso, presumido y hasta necio, y decirles: ¿qué títulos teneis vosotros parecidos siquiera á éstos, que os hagan acreedores á los encomios de la sociedad y á las bendiciones del Estado? Yo quisiera en esta ocasion poder ser menos cáustico; pero es imposible, si he de decir verdad; y como todo me he propuesto sacrificarlo al triunfo de tan cumplida y apuesta señora, de aquí nace, que tengo por precision que ser algo acre, siquiera se atribuya á otra cosa que no sea el triunfo de la justicia. Así, pues, antes de hablar, pido que mis lectores examinen el estado del mundo, y á su vista me digan si los acusadores son los más prontos y dispuestos para asistir á los enfermos, ó si no se apartan cuanto pueden de los hospitales por asco, escrúpulo ó temor de ser contagiados, en lo cual de inferir es, que teniendo siempre en los labios el bien de la humanidad, y no socorriéndola ni auxiliándola cuando más lo necesita, que es en el lecho del dolor, sus palabras deben ser promesas desmentidas, fraseología

alucinadora, un sarcasmo cruel con que se mofan del dolor y de la amargura del enfermo y del llanto del desvalido, lo cual equivale á decir que son menos humanitarios que los frailes, que tan lejos de abandonar al enfermo le cargan sobre sus hombros, le proporcionan un asilo y le asisten, cediéndole hasta su lecho, ú otro mejor que le ha proporcionado la caridad estimulada por las exhortaciones de los mismos que, no contentos con asistirle y no abandonarle en el lecho del dolor, salen, si es necesario, á pedir una limosna para que nada le falte. En estos creo yo, y conmigo todo el mundo, que está el verdadero amor á la humanidad, en vez que en aquellos solo hay hipocresía, mala fé y mentira, con otras calificaciones que no hacemos porque son conocidas de todos, y no queremos que nos acusen de virulentos y poco generosos, cuando tan patente está el triunfo de nuestra causa y su derrota, que no debemos hacer mas vergonzosa.

Aun mas negros matices representa el paralelo de la fundacion de Roberto Abrissel: cuando estos buenos hermanos, condolidos de la desgracia de la pobre é inesperta mujer que, víctima de una seducción, sea si se quiere del vicio, se ha entregado á la prostitucion, y comercia con sus gracias, y es la víctima de los caprichos de los hombres cínicos, viciosos y corrompidos, ellos emplean todos sus esfuerzos y las armas de la re-

ligion, y en alas de su caridad por todas partes la buscan, en todas partes la exhortan; aquí la arguyen, allí la reprenden, en esta parte la amonestan, en aquella la convencen, y no paran hasta alejarla de su vida aventurera y criminal, apartarla del vicio y atraerla á la virtud, separarla del pecado y convertirla á Dios, ganándola así á la sociedad y á la gracia, y consiguiendo hacerla útil á sí misma y á las demas. ¿Qué hacen los acusadores? ¿Obran así el bien de estas infelices? ¿Las convierten á Dios y las hacen útiles á la sociedad? No responden; enmudecen. ¿Y por qué? Ellos, tan procaces contra los frailes; ellos, tan acriminadores. ¡Ah! Bien seguro que no querrán que pongamos su conducta en paralelo con la de estos religiosos venerables: quizá del paralelo resultaria que muchas de estas desgraciadas corrompidas por ellos, son la víctima de su desenfreno, de su lubricidad, de su incontinencia; quizá bien averiguado no hay en los detractores un vicio que más los domine; pero esto solo lo decimos como suposición. Dios nos libre meternos á interpretar hechos que no conocemos; así, pues, téngase presente que decimos *quizá*, esto, es, que no aseguremos. Ahora sí lo que afirmamos es, que entre los herejes de este siglo se admitia la comunidad de mujeres, y otras muchas doctrinas escandalosas y repugnantes á la decencia y á la honestidad, y por combatirlas fué la fundacion que nos ocupa.

Tambien decimos que semejantes doctrinas están hoy muy estendidas y admitidas en la sociedad-modelo que quiere fundar la nueva filosofia social, y tanto que es uno de los dogmas de los comunistas; así vemos los escándalos sobre este particular llevados hasta la última depravacion; el pudor, joya la mas hermosa de la mujer, despreciado; en olvido la honestidad, y el vicio, y el descoco, y el desenfreno en todo su apogeo; esta es la obra de nuestros enemigos. ¡Así hacen prosperar la humanidad! Mas ¿qué digo? Ni aun así; cuando enseñan en sus obras, aunque solapada y embozadamente el infanticidio y el suicidio, y sus consecuencias las vemos denunciadas diariamente por la prensa con escándalo de las almas religiosas, y de los espíritus timoratos y morigerados. Bien pueden engalanarse con su corona, que nosotros ni se la envidiamos, ni se la disputamos; solo sí queremos que conste la diferencia que hay entre acusados y acusadores, y que la sociedad opte, que así se decida quiénes son mas útiles á la sociedad y á la civilizacion, los verdaderos y falsos amigos de la humanidad.

Suceden á estos los premostratenses y los humillados; en aquellos acaban los ascéticos, en éstos empiezan los hombres del trabajo; no son menos útiles á la humanidad y la civilizacion unos que otros; pues si en unos admiramos su amor hácia el bien infinito, ese profundo conocimiento

del hombre interior, esa continua escuela del corazón, donde se aprende el modo de dirigirle, de reglar sus instintos, de moderar sus pasiones, y de hacerle, en fin, el hombre de la sociedad y de la religion, otros nos presentan el sublime dechado del hombre de la oracion y del trabajo, del hombre que á la contemplacion de María reúne la laboriosidad de Marta. Y admira ver en el siglo de la corrupcion y del cinismo, ante la voz de la religion separarse el esposo de la esposa y abrazar ambos una vida devota y laboriosa. Esta orden se consagró al trabajo, y en sus manos las artes prosperaron, y el comercio floreció, haciendo así con su laboriosidad é inteligencia un gran bien al Estado. De estos no se dirá que fueron perjudiciales á la civilizacion; mas si acaso nos equivocamos, y hay quien lo sostenga, á éste contestaremos con la tan sabida doctrina de los utopistas, y de nuestros acusadores, que sienta por base que los dos ejes sobre que gira la civilizacion, son las ciencias y el comercio, con lo cual creemos satisfecha su impugnacion, y rectificado su juicio, sin tener que acudir á las autoridades de la sagrada Escritura, ni á las de los santos Padres, como dicen hacemos siempre los frailes. Sin embargo, yo quiero demostrar que esta orden fué mas civilizadora que los que nos acusan, y para probarlo solo diré que en sus manos floreció el comercio, y en las de nuestros adversarios, si sus doctrinas

llegan á entronizarse, se arruinará infaliblemente; puesto que no hay una ley protectora del fabricante, ni que se haya consagrado á poner remedio á las quiebras que, fraudulentas ó verdaderas, es lo cierto que deben evitarse aquellas, porque en sí son un crimen punible, y éstas porque son una verdadera calamidad, y unas y otras la ruina de muchos fabricantes, y no menos almacenistas; y como un buen gobierno debe evitar los males poniéndoles coto, de aquí resulta la necesidad de estudiar las causas de los que afligen la sociedad que dirige, para impedir sus consecuencias: en estos frailes no habia mala fé, y su comercio prosperaba; en los comerciantes del dia, desmoralizados por la usura y otros vicios, todos los medios parecen á propósito con tal que se consiga riquezas, y un aumento de fortuna que les haga salir de su posicion, arrastrar coche y titularse; porque la democracia de nuestros dias permanece fiel al pueblo, hasta que por un título se eleva, ó por una cruz á la aristocrática esfera de los rancios pergaminos que combatió, y cuyos privilegios defiende. Tránsfuga de las filas del pueblo, en cuyo seno nació, piensa borrar su origen humilde, convirtiéndose en su enemigo; y como el grajo de la fábula, solo consigue esponerse al ridículo. Pero nos desviamos de nuestra cuestion algun tanto, y debemos volver á ella, sentando antes que tambien esta orden religiosa comercial é industrial

fué mas útil á la sociedad y á la civilizacion, á la humanidad y al Estado que sus acusadores y destructores.

El órden de los tiempos nos ha traído á los dos institutos en que mas brilla el amor á la humanidad, y cuyos individuos se ligan con un cuarto voto para redimir cautivos; hablo de las órdenes de la Santísima Trinidad y la Merced. Cualquiera que recorra los tiempos pasados, y con la historia en la mano repase en su alma los trabajos de los cautivos que la desgracia ó la casualidad entregaba en manos de los árabes, turcos ó berberiscos, no podrá menos de estremecerse al considerar los abatimientos, humillaciones y malos tratamientos que sufrían en su poder. Las historias nos cuentan los castigos que les imponían á la mas leve falta, y hasta sin cometerla, solo por odio al nombre cristiano, y estos castigos eran crueles: nos relatan los trabajos á que los sujetaban, y eran insoportables; aquí los uncian á una noria para que sacaran agua, allí á un carro para conducir material, allí mal comidos, peor vestidos, y medio moribundos, los hacían sufrir el calor del Africa, y los trabajos no tenían descanso ni aun en lo mas recio de su influencia; en una parte los esponían en los mercados para ser vendidos, en otra les fijaban un hierro candente en la cara ó donde mejor les parecia; y en todas partes, por bien que librarán, se escaseaba el alimento y

se duplicaba ó triplicaba el trabajo, dándoles tanto peor tratamiento cuanto mas pingüe rescate esperaban por él, con el feroz y ambicioso deseo de que su familia, por no verle sufrir, satisfaría cuanto placiese á su codicia; el que tenia se redimía, pero el infeliz que carecia de recursos sufría por toda su vida los malos tratamientos de sus tiranos y bajaba prematuramente al sepulcro en medio de la mas triste miseria y del mas cruel abandono, sin que se le prodigaran ni los remedios corporales, ni los consuelos espirituales, unos y otros tan necesarios en su desgraciada situacion, viniendo de aquí á resultar un mal gravísimo que con la pérdida de la vida podia muy bien acarrear la del alma.

En medio de tantos y tan lamentables sucesos, la voz de la humanidad y de la religion, atravesando los desiertos y los mares, llegaba á los corazones sensibles, á las almas religiosas que, en medio de la comun corrupcion, aun no estaban contaminadas y las llenaba de amargura escitándolas la caridad á procurar su consuelo. Una órden que se propusiera este santo fin, era en extremo necesaria á la sociedad en medio de tales circunstancias, y debia ser bien acogida por todos los hombres de creencias, por todos los hombres de corazon. Sin embargo, necesitábanse grandes recursos para llevar á cabo tan santo propósito, y no bastaba solo el sacrificio de las personas, ni el

de los bienes de un particular, ni el de los de un potentado, ni el de los de un monarca, y esto era un escollo insuperable; pero la caridad, más rica que todos los potentados del mundo, más ingeniosa que los sabios de la tierra y que los utopistas de nuestros días, allanó todas las dificultades y superó todos los imposibles: la gracia inspiró el medio de proporcionarse recursos y se encargó de inclinar todos los corazones á esta santa obra, y la limosna, ese tesoro de los pobres, mil veces más provisto que el de Crespo, fué el tesoro que se encargó de subvenir á todos los gastos: las órdenes de la redención, los hermosos y eternos edificios que levantarán Juan de Mata, Félix de Valois, Pedro Nolasco y Jaime de Aragon, hallaron el apetecido tesoro, y se obligaron con voto á pedir para conseguir el rescate de sus hermanos cautivos. Bien pronto esta milicia santa camina de pueblo en pueblo, de casa en casa, de palacio en palacio; predica, escita las almas á la caridad y en todas partes halla acogida: en sus manos hasta el óvulo de la viuda tiene un precio inmenso, hasta el más insignificante socorro hace un bien incalculable; y con estos auxilios, con estos medios, estos hombres del Evangelio y de la caridad, atraviesan desiertos, surcan mares, y ni los piratas les imponen, ni la inseguridad de los caminos los detiene, ni las hordas árabes los asustan; héroes de la caridad, escudados con su fuerte ar-

madura, á todo se esponen por salvar los oprimidos, y siempre se les encuentra dispuestos á sacrificarse por sus hermanos y á conseguir su libertad á todo trance.

Llenos están los anales de estos hermosos y benéficos institutos de hechos admirables y gloriosos que en vano querrán oscurecer sus detractores; llenos están de hechos humanitarios, que solo la caridad y la religion pudo inspirar y llevar á cabo. Yo me estenderia demasiado si hubiera de referirlos uno por uno, y por lo mismo que son de todos conocidos, lo haré en globo y los presentaré en boceto para admiracion del mundo y confusion de los enemigos de los frailes, de los que dicen que nada hicieron por la humanidad y por la civilizacion. Yo suplicaria á mis lectores, amigos ó enemigos, que descendiésemos con la consideracion á los siglos que nos ocupan; yo suplicaria que contemplásemos con imparcialidad los sucesos de que eran teatro; yo, finalmente, querria que para juzgar la cuestion presente, á mas de tener á la vista estas consideraciones, nos trasladásemos con el pensamiento al Africa y recorriéramos aquellos sitios donde Argel, Tánger, Orán y Marruecos, se levantan, y aquella zona por donde estendieron su dominio, y preguntásemos á las piedras y á los árboles, á las mazmorras y á los rios, y acaso con la sangre de los frailes los halláramos manchados; y esta sangre derramada por

salvar sus hermanos, sería la más concluyente respuesta á los enemigos de los frailes, la mejor apología de estos. Allí, en aquellos lugares de triste recuerdo, en aquel campo de glorias y laureles inmarcesibles para las órdenes de la redencion, hubo hechos que admiran, tuvieron lugar escenas que asombran, y cuyo recuerdo solo debiera avergonzar á los detractores y contener sus maldicientes lenguas. Allí, en aquellos sitios, mudos pregoneros de tanto heroismo, panegiristas irrecusables de tanta virtud, quisiera yo encontrarme con los acusadores de los frailes, entonces. . . . ¡Ah! entonces me ocuparia poco en hablar, y asidos de la mano recorreríamos los sitios en que tan útiles y humanitarias escenas tuvieron lugar, y avocando la historia nos trasladaríamos á los tiempos pasados, y en presencia de aquella generacion, olvidando el presente, les diria: "¿Veis ese hombre descalzo, con los ojos fijos en el suelo, de rostro macilento, cubierto con un hábito blanco, en cuyo pecho brilla una cruz y las ilustres barras de Aragon, que dá vuelta uncido á una noria sin desplegar sus labios ni quejarse, sufriendo con admirable paciencia todo el peso y los trabajos y oprobios de la esclavitud? Pues bien, ese es un fraile de la redencion, un hijo de Pedro Nolaseo, que habiendo redimido á varios cautivos, quedándole solo el que se ocupaba en tan penoso ejercicio, convino con el amo en quedarse por él y conse-

guirle la libertad á precio de su esclavitud. ¿Veis aquel otro sumido en la miseria, escuálido y sin alimento ni vestido, agobiado bajo el peso de las cadenas y acardenalado por la inhumanidad del látigo, que está espuesto en el mercado para ser vendido? Pues bien, ese es un hijo de Juan de Mata que sufre contento porque su prision ha proporcionado consuelo á una esposa tierna y á unos hijos desvalidos, devolviendo á su regazo al esposo de su amor y al padre de su consuelo que los piratas habian cautivado. ¿Veis ese otro, sepultado en la asquerosa é inmunda mazmorra, que repartiendo su escaso alimento con sus compañeros de infortunio, que les prodiga sus cuidados y consuelos, que alivia sus trabajos y los conforta con sanas y santas reflexiones para que vivan resignados confiando en la misericordia del Señor el alivio de sus trabajos; en una palabra, que los exhorta con el consejo y el ejemplo á la conformidad y al arrepentimiento? Ese es un hijo digno del cielo y piedad de Félix de Valois. Veís. . . . pero ¿á qué me canso? Seria más fácil enumerar las flores que embellecen los campos en la primavera que los hechos humanitarios y caritativos de estos héroes de la religion. Yo quisiera, en resúmen, que nos trasportásemos con la imaginacion á los puertos, que presenciásemos el embarque de los hijos de la redencion cuando con el tesoro de la caridad, en alas de la virtud, con su esperanza en el



cielo partían en busca de los cautivos; yo quisiera que contemplásemos las lágrimas de los parientes, las súplicas de los amigos, las bendiciones de los fieles y las oraciones de los pueblos por su feliz y próspero viaje; y este lenguaje del agradecimiento de todos, probaría, más que mis palabras, los beneficios que hacían á la humanidad, y esto convencería á sus enemigos de que no eran, ni han sido inútiles. Yo quisiera, finalmente, que asistiésemos al júbilo de las esposas, á la alegría de sus hijos, al regocijo de las madres, al placer de los hermanos y amigos, cuando los frailes de la redención, en hombros de su caridad, hendían los mares cargados de los trofeos de sus desvelos, y devolvían á las familias y á la sociedad sus objetos más queridos, y entonces, cuando el grito universal los encomiaba, cuando la humanidad los bendecía, entonces, ¿qué dirían sus detractores? O admirarían tanto heroísmo, ó reconcentrarían en sus pechos su furor y reprimirían sus iras por no esponerse al desprecio, quizá á las venganzas de un pueblo admirador de tantas virtudes, que todo permitiría menos que se insultase á sus mejores amigos ni se deprimiese en lo más mínimo su bien adquirida reputación. Enmudecerían, sí, porque la vergüenza los abrumaría, y porque el pueblo los llamaría y trataría como á sus mayores enemigos.

No podemos mirar con indiferencia los tiempos

ni considerar sin asombro que la impiedad haya estraviado los hombres hasta el extremo de perseguir, de insultar y de esterminar sus mejores amigos, y llamar con el más procaz cinismo enemigos de la humanidad y de la civilización los que todo lo sacrificaron por tan caros objetos. Llamamos héroes y respetamos los hijos y descendientes de los héroes que algo hicieron por la patria, siquiera fuese destruyendo y sacrificando sus hijos; admiramos en los descendientes de los Córdobas, Ponces de Leon, Tendillas, los vástagos de los guerreros que dieron nombre á nuestro suelo y celebridad á nuestro ejército, y no queremos reconocer el mérito de los fundadores en sus hijos, siquiera ellos no se hayan apartado del camino y reglas que sus estatutos marcaban. ¿Y por qué? Confieso que me aturde esta diferencia, y que solo puedo abordar esta duda viendo la impiedad por enemiga de glorias que solo á la impiedad conviene oscurecer y mancillar. Los nombres de libertad, humanidad y civilización, no son incompatibles con los frailes; ellos siempre fueron sus apóstoles, sus amigos, sus patronos; lo que rechazaban, lo que combaten y combatirán es el cinismo y el libertinaje, la impiedad y la irreligión; y la rechazan y combaten, porque son enemigos los más temibles de estos objetos, porque son la carnes de los pueblos, porque son la zizaña de que habla el Evangelio, que conviene quitar y ester-

minar en el campo de la Iglesia, en la área de la sociedad; y como ellos son los obreros destinados al cultivo de este campo y de esta área, de aquí resulta que no pueden permitir fructifique la zizafia sin faltar á su deber.

Acabamos de esponer con la posible brevedad, los hechos que acreditan que estos dos institutos religiosos han sido humanitarios y civilizadores, y lo hemos hecho con tanto más placer, cuanto estamos seguros que sus enemigos no los desmentirán, ni menos querrán entrar en paralelo con ellos en este punto; mas como tal vez nos equivocamos en nuestro juicio, por si avocan la cuestion, quereamos contestar antes; y así decimos, que en ellos solo vemos palabrería, y que ninguno de nuestros humanitarios filósofos, socialista ó comunista, mason ó afiliado en cualquier otra secta, de esas que á título de bien de los hombres quieren esclavizarlos, y al grito de libertad oprimirlos; ninguno es capaz de tanta abnegacion, de tanto sacrificio por la humanidad; y si lo son quisiéramos pruebas en vez de palabras, y que se nos presentaran con la misma franqueza que estos frailes egoistas, y surcaran mares por el bien del hombre, y abandonando sus mullidos lechos se internaran en los bosques y cargaran con las cadenas que oprimen á sus hermanos, é hicieran, no tanto como hicieron los frailes, sino alguna pequeña parte, pero que demostrara que sus palabras no eran una in-

significante fraseología; pero ya sabemos que á tan ilustres señores no les place esta vida, y que sus raptos humanitarios están circunscritos á escribir y perorar para desbordar las pasiones, perturbar la sociedad y llevar el mundo á su ruina, llenando de cadáveres las ciudades y los campos, las plazas y las calles al grito horrible de atronadora sedicion: sin embargo, esto mismo nos pone en el caso de ser mas exigentes con ellos, y de decirles que antes de acusar procuren esceder, ó al menos imitar las virtudes que acusan; y aunque sabemos que ni Lamartine, ni Luis Blanc, ni Ledru-Rollin, ni los demas amigos y afiliados suyos son capaces de la abnegacion y sacrificios que los frailes prestaron á la humanidad y sufrieron por la civilizacion, les dirigimos estas líneas no estrañando sean por sus acostumbrados talentos despreciadas, y aun satirizadas y miradas con torvo ceño; nada de esto estrañamos, como tampoco que no se enmienden de su mal camino, puesto que enmendarse supone un arrepentimiento de que están muy distantes, y el arrepentimiento dice detestacion de aquello de que nos arrepentimos, y el que detesta una cosa se aleja de ella y se aproxima á su contraria, y esto es muy difícil entre dos banderas rivales, que la una lleva por lema *caridad* y la otra escribe *revolucion*.

Réstanos hablar de la fundacion de Gui de Montpellier, de los servitas ermitaños de S. Agus-

tin, y de la de los carmelitas: hospitalaria la primera, muy poco tenemos que decir acerca de ella, pues cuanto dijéramos queda ya espuesto en defensa de otros institutos análogos, y así todo lo que se descubre en la erección de esta orden es el exceso de vida que daba movimiento al cuerpo religioso, á ese cuerpo espiritual, que comunicando al mundo su savia le rejuvenecía con su fragancia, y siempre estuvo dispuesto para salvarle, siendo la única áncora de la nave social, el único puerto de la humanidad, el solo asilo de la civilización, siendo inútiles cuantos esfuerzos se hagan por arrebatárle estas glorias, porque todos se estrellarán contra la roca invulnerable de los hechos, contra el muro inespugnable de la historia. Los servitas son una protesta del vicio, puesto que los hijos de este instituto bajo la protección de María, entran con fé en el camino de la perfección, y bajo la protección de María renuncian sus bienes, y bajo la protección de María los distribuyen á los pobres, ejerciendo así con la humanidad aquello del Evangelio: "Si quieres ser perfecto, vé, vende cuanto tienes y dalo á los pobres;" lo cual no creemos están muy dispuestos á hacer sus enemigos, y no lo creemos, porque la ambición y la avaricia los domina, y tampoco creemos que son humanitarios, porque estos vicios no son los mas á propósito para sacrificar sus adoradores por la humanidad, sino para oprimirla y vejarla. En el

mismo caso se hallan los ermitaños de S. Agustin y los carmelitas; ellos, como todos los demas, llevaban al claustro el fin honesto de sacrificarse por sus hermanos y de ejercitar para con ellos todas las virtudes, el fin santo de aplacar por medio de la penitencia la justicia divina, el fin caritativo de pedir por los bienes temporales y espirituales de todos, y por medio de la oración hacernos propicio el cielo. En tal concepto creemos que son mas humanitarios que sus enemigos y mas acreedores á la benevolencia y consideración del mundo, que los que corrompen la sociedad con sus vicios, ultrajan la civilización con sus desórdenes y atropellan y abusan de la humanidad haciéndola el instrumento de su torpe egoísmo: para probar á nuestros enemigos todo esto necesitamos muy poco, pues con girar la vista en torno nuestro se ofrecen de tropel los hechos á nuestra vista; por eso han caído en el desprecio de todos, nadie les oye, todos se alejan de ellos como de un contagio, y tales hombres si han podido seducir, llegó el día del desengaño, y hoy nadie les hace caso, á escepción de algunos pocos á quienes mueve el interés y anima el odio, interés y odio que son el efecto de su egoísmo y de sus miras ambiciosas; nosotros no los aborrecemos, los amamos, y así escribimos esto por si conseguimos su enmienda que es toda la venganza que deseamos y toda la satisfacción que pedimos.

Esputo cuanto acabamos de decir, vamos á entrar en el relato, y á narrar los principios y santos propósitos de otras dos órdenes que se fundaron por este tiempo, que fueron y son celeberrimas en todo el mundo, y que de propósito hemos dejado para este lugar; hablo de la de mi seráfico padre S. Francisco, y de la de mi padre santo Domingo; voy, pues, á tratar de los frailes menores y de los predicadores, cuya regla fué aprobada por Inocencio III. Sin embargo de haber este pontífice prohibido que se introdujeran nuevas órdenes, aprobó éstas merced á un milagro, y nosotros nos detendremos en su relato tomándolo desde el principio. La mujer de Pedro Bernardone, mercader acomodado de Asís, tuvo la vision de un ángel que la intimó ir á salir de su parto sobre la paja de un establo. Allí dió á luz un niño, que recibió en el bautismo el nombre de Juan. Como acudian muchos franceses á la tienda de su padre, el mancebo adquirió, platicando con ellos tanta facilidad en espresarse en sus idiomas, que le dieron por sobrenombre *Francesco*, Francisco<sup>1</sup>.

Despues de haberse mostrado en un principio jovial, de humor vehemente y emprendedor, buen poeta, se convirtió á la edad de veinticinco años. Habiéndose dirigido á Foligno, vende allí todas las

<sup>1</sup> F. Gue. Chauvin. Historia de S. Francisco de Asís. Paris, 1841.

mercancías que llevaba, y en seguida lleva á un sacerdote el dinero que habia recibido. Como éste se negara á aceptarlo, tira el dinero por la ventana. Su padre, hombre económico, cree que ha perdido el juicio, le lleva ante el obispo y hace que por tal le inhabilite. Satisfecho con esta medida, se desnuda enteramente, y para cubrir su desnudez se ve obligado el obispo á echarle su manto: despues renuncia á su padre, se hace adoptar por un pobre petate y empieza á predicar exhalando en sus discursos la caridad que rebosaba en su seno; y lisonjeándose de conquistar el mundo con la predicacion popular, prosigue su tarea cubierto de andrajos.

Su primer discípulo fué Bernardo, vecino de Asís. Consultándole éste sobre si debia abandonar el mundo, respondió: *Consúltaselo á Dios*. Habiendo abierto al acaso el libro de los Evangelios, leyó estas palabras: *Si quieres ser perfecto, vende lo que posees*. Volvió á abrir por otra parte y leyó: *No laves en viaje oro, ni plata, ni alforjas, ni túnica, ni báculo, ni sandalias*. "Eso es lo que busco, esclama entonces Francisco; eso es lo que mi corazon anhela, esa es mi regla;" y se deshizo de cuanto aun le quedaba, á escepcion de una túnica con la capucha que ajustó á su cintura con una soga.

Así aparece en un mundo embriagado de riquezas y de placeres; así va predicando la pobre-

za por el mundo de Ezzelino y de Federico, proclamando el amor en un tiempo de odios, de supersticiones y de guerras. Diez y seis compañeros se le habían reunido; sometiéndose con ellos á las más ásperas penitencias, y se condenó á una pobreza absoluta, renunciando hasta la posesión de los muebles más indispensables, hasta el punto de no considerar como suyos ni aun su hábito y sus libros.

Francisco obtuvo de los benedictinos una pequeña capilla cerca de Asís, llamada *Porciúncula*; y habiéndola reedificado, echó allí los primeros cimientos de su orden, á la cual señaló por humildad el nombre de religiosos menores; le dió por misión vivir en medio de los pobres, de los enfermos, de los leprosos, trabajar y mendigar para proporcionarse el sustento.

Haciendo completa abnegación de su propia voluntad decía Francisco: *Dichoso el siervo que no se tiene por mejor cuando es ensalzado por los hombres que cuando es infamado y maldecido, porque el hombre no es más ni menos que lo que aparece delante de Dios.* Como si no le bastara abrazar á todos los hombres en su amor, lo extiende á todas las criaturas, y va cantando por los bosques, invitando á los pájaros, á quienes llama sus hermanos, á celebrar al Criador en su compañía: ruega á las golondrinas, sus hermanas, que suspendan sus gorjeos mientras predica: las moscas y hasta la ceni-

za, son también sus hermanas. Si canta una cigarrá, la escita á alabar al Señor. Conjura á las hormigas, de manifestar mucha codicia por el porvenir; separa del camino el gusano que puede ser aplastado; hace llevar miel á las abejas en el invierno; salva las liebres y las tórtolas que persigue el cazador; vende su capa para libertar á una oveja del cuchillo del carnicero; en fin, quiere el día de Navidad que se dé al asno y al buey una ración mayor que la de costumbre.

Aquí tienen los humanistas un bello tipo de esos de su devoción; pero seguramente como es fraile no les cuadrará, como si llevara el nombre de Washington ú otro parecido. Sin embargo, oigámosle que sigue invitando aun á los inanimados á alabar al Señor: Los trigos<sup>1</sup>, dice, las viñas, las

<sup>1</sup> Es una particularidad notable entre los frailes esta veneración á las palabras de Dios, y al cuidado que tienen de conservar los árboles históricos. Ya hemos hablado del árbol de S. Benito en Nápoles. En Roma se complacen en ir á disfrutar el fresco bajo aquel donde S. Felipe de Neri elevaba á la virtud por la contemplación de lo bello, á los jóvenes de su oratorio. En Milan se enseña en santa Sabina un naranjo plantado por santo Domingo, y otro en Foudi por santo Tomás de Aquino. Si Aristóteles ó Theofrasto escribiesen en el día la historia, no descuidarían estas particularidades. También se conserva la zarza en que el S. P. S. Francisco se arrojó huyendo de una tentación de la carne; zarza que desde entonces quedó sin espinas y se ha hecho tan común, que se encuentra en casi todos los conventos de la orden y en muchos jardines.

rocas, las selvas, cuanto tienen de hermoso los campos y los elementos, le estimulaba al amor del Criador; y cada convento tuvo que recibir en su jardín un cuadro de las flores más lozanas, á fin de alabar allí al Señor.

La plenitud de esta alma afectuosa se espaciaba en poesías originales como el que las componía, donde no se hallaba ninguna reminiscencia de la antigüedad, sino una viva ternura de corazón é impulsos de amor infinito. Fué uno de los primeros que emplearon en himnos piadosos la lengua italiana; y uno de sus primeros discípulos, Fr. Pacífico, mereció la corona poética adjudicada por Federico II.

Viendo S. Francisco que el número de los frailes menores se iba aumentando considerablemente, pensó en darles una regla escrita. Como se ocupase de este pensamiento, le pareció durante la noche, que había reunido tres migas de pan estremadamente pequeñas, y que le era preciso dis-

En Estremadura se conserva en el convento del Palancar de Franciscos descalzos, un laurel que echa las hojas secas y una higuera en el del Hoyo, cuyo palo es de ojaranzo y echa hojas de higuera é higos esquisitos: el primero atestigua un milagro de S. Pedro de Alcántara, pues era el árbol bajo el cual se recogía cuando lavaba la túnica; y la segunda su humildad, pues aclamado santo por los pueblos de la comarca, huyendo la vanidad: "Cuando este palo eche higos, dijo clavando en el suelo el báculo, seré yo santo;" y el báculo reverdeció, conservó su palo, echó hojas de higuera y dió higos.

tribuir las entre una multitud de frailes hambrientos. Temía no se le perdiese entre las manos, cuando una voz le dijo: "Haz una hostia y dá de ella al que quiera alimento. Lo hizo, y el que no recibía con devoción la partícula que le tocaba, se cubría de repente de lepra. Contó Francisco su visión á sus hermanos, sin comprender el sentido; pero al día siguiente, al tiempo de estar orando, una voz del cielo le dijo: "Francisco, las migas de pan, son las palabras del Evangelio; la hostia es la regla, la lepra es la iniquidad."

Se retiró entonces con dos compañeros á una montaña, donde, ayunando á pan y agua, hizo escribir su regla, según se la dictaba interiormente el Espíritu Divino. Principia de esta manera: "La regla de los hermanos menores, es observar el Evangelio, viviendo en la obediencia sin propio y en castidad." Para entrar en su orden se debían vender todos los bienes en provecho de los pobres y sufrir antes de pronunciar los votos un año de rigurosas pruebas. Los superiores se llamaban servidores, y todos, siendo *hermanos menores*, rivalizaban en humildad, lavándose los piés unos á otros. El que sabía un oficio, podía ejercerle para ganar su sustento; de lo contrario iba en husca de víveres, pero no de dinero. La misma orden no podía pasar nada que no fuera lo estrictamente necesario. Los *hermanos menores* debían tener especial cuidado de los pobres, de los

desterrados, de los mendigos, de los leprosos. El que estando enfermo se impacienta y reclama remedios, es indigno del título de hermano, pues muestra más cuidado por su cuerpo que por su alma. Que no frecuenten las mujeres, pero que las prediquen siempre la penitencia. Si alguno de ellos peca con ellas, que al momento sea echado. En viaje, que no lleven más que su hábito, sin siquiera un palo; y si encuentran ladrones, que se dejen despojar. Que solo prediquen los que tengan autorización para ello, y se comprometan á enseñar la doctrina de la Iglesia sin tomar fórmulas de la ciencia profana, sin buscar los sufragios. Un general, elegido por todos los miembros, residirá en Roma, asistido de un consejo; de él dependerán los provinciales y guardianes. Los capítulos generales se comprenderán de los gefes de cada provincia, de los guardianes y diputados de cada convento. Toda comunidad tendrá un capítulo cada año: los superiores de Italia se reunirán todos los años, y cada tres años los del otro lado de los Alpes y de Ultramar.

Inocencio III, á quien se presentó Francisco (1210) pidiéndole la confirmacion de su orden, es decir, el derecho de predicar, de mendigar y no poseer nada, pensó primero que la tarea era superior á las fuerzas humanas; en su consecuencia respondió con una negativa. Pero en una vision le pareció que la iglesia de S. Juan de Letran

amenazaba ruina, y que estaba sostenida por dos hombres, el uno italiano y el otro español; Francisco de Asís y Domingo de Guzman. Aprobó, pues, la orden, primero de viva voz (1215), y despues solemnemente en el concilio de Letran.

Cuatro años despues de aprobada la orden por la Santa Sede, contaba solo en Italia cinco mil religiosos, y se multiplicaron despues tanto, que á pesar de la reforma que separó de la Iglesia la mitad de Europa, llegó á contar más de doce mil conventos repartidos por todo el mundo, con un número suficiente de individuos cada uno. Eran los miembros de una corporacion que tenia por sede el mundo y por hijos á cuantos adoptaban las rígidas virtudes. Derramábanse por todas partes con los piés descalzos, como los pobres de entonces, espresándose en el lenguaje vulgar, hablando al pueblo como gusta se le hable, con vehemencia, con energía, con fuerza, y exhortándole con el ejemplo á la práctica de la virtud, sin tener en cuenta respetos humanos, esponiéndose á todo, arrojándose á todo, persecuciones, burlas, tormentos y hasta la muerte por el triunfo de la verdad. Así es, que el santo fundador queria, si quebrantaba el ayuno, que todo el mundo lo supiese por medio de una espontánea confesion y de una pública penitencia. Tanta virtud atrajo sobre él singulares favores del cielo, entre otros el de que el Señor le imprimiese sus santísimas llagas que lle-

vó en su cuerpo hasta la muerte; señal hermosa del amor de Jesucristo hácia este varón mortificado y penitente, hácia este justo santificado por el amor y la penitencia, modelo de virtudes evangélicas, y que por más que critiquen sus enemigos, siempre resplandecerán para bien de la sociedad y apoyo de la civilización.

El mismo hombre arroja su afectuosa palabra entre los encolerizados odios. Informado de que existía una cuestión entre los magistrados y el obispo de Asís envió á sus hermanos á cantar al obispo su cántico del *sol*, al cual añadió estas palabras: "¡Lorado sea el Señor en aquellos que perdonan por su amor y sufren con paciencia las penalidades y tribulaciones!

"Bienaventurados los que perseveran en la paz, porque ellos serán coronados por el Altísimo."

No fué preciso más para apaciguar la irritación. "El día de la Asunción del año 1222, dice Tomás, archidiacono de Espalatro, siguiendo las escuelas en Bolonia, ví á Francisco predicar en la plaza delante del palacio público, donde estaba casi toda la ciudad reunida. El exordio de su sermón fué el de hablar de los ángeles, de los hombres y de los demonios. Se expresó tan bien sobre estos espíritus, que muchos letrados que estaban presentes, no se sorprendieron poco con lenguaje tan exacto de parte de una persona sencilla y sin instrucción. Pero toda su argumentación tuvo por

objeto extinguir las enemistades y producir las reconciliaciones. Pobre en sus hábitos, de aspecto miserable y continente humilde, puso Dios, sin embargo, tal eficacia en sus palabras, que varias familias nobles, entre las cuales una rabia inhumana y odios interesados habían sostenido hostilidades furiosas con gran efusión de sangre, volvieron á disposiciones pacíficas <sup>1</sup>."

Una dama noble de Asís, llamada Clara, tocada de su ejemplo y discursos, abandonó el mundo y fundó las religiosas de santa Clara (clarisas) que adoptaron la misma regla.

Encontrándose Francisco indeciso en la cuestión de saber lo que valía más, si la oración ó la predicación, Clara y el hermano Silvestre le persuaden que esta última. Se dirige á Roma lleno de alegría y pide al papa el permiso de ir en busca de conversiones y esponerse al martirio, ejerciendo el apostolado: después va á España, Berbería, Egipto, para esta cruzada no sangrienta, en la que el grito de guerra era: *¡La paz sea con nosotros!* Llegó á Egipto en la época en que los cruzados sitiaban á Damietta. Melek-Kamel, ante quien se presentó, le oyó esponer el Evangelio, desafiar á todos los doctores de la ley y ofrecer saltar una hoguera para probar la verdad de la

<sup>1</sup> Ap. Joh. Lucium, de Regno Dalmat.



doctrina que anunciaba, si bien no le hizo daño alguno ni logró el martirio.

Francisco decia á aquellos de sus hermanos que enviaba á predicar: "Caminad de dos en dos en nombre del Señor, con humildad y modestia, particularmente con un silencio absoluto, desde la mañana hasta la hora de tercia, orando mentalmente. Que no se digan entre vosotros palabras vanas é inútiles, y aun en el camino, portaos modesta y humildemente como si estuvieseis en una ermita ó en vuestra celda. Porque en cualquier lugar en que nos encontremos, tenemos siempre con nosotros nuestra celda, que es el cuerpo, hermano nuestro, siendo el alma el ermitaño que habita esta celda para orar y pensar en Dios. Si pues el alma no está en descanso en esta celda, de nada sirve á los religiosos la celda exterior. Que vuestra conducta en la poblacion sea tal, que todos los que os vean ú os escuchen tengan que alabar al Padre celestial. Anunciad la paz á todos, pero tenedla tanto en el corazon como en los labios, y aun mas en aquel. No deis ocasion de escándalo ó cólera, pero haced por vuestra mansedumbre que cada uno se incline á la bondad, á la paz, á la concordia. Somos llamados á curar los heridos, á volver al camino á los extraviados. Ahora bien, muchos os parecerán miembros del diablo, que serán un dia discípulos de Jesus."

Imploró del cielo y del pontífice, para su capi-

lla de la Porciúncula, una indulgencia que no costase ninguna ofrenda el obtenerla. Aun se proclama todos los años el 2 de Agosto, á la hora solemne de la aparicion de María: una multitud innumerable acude de los paises comarcanos para pedir la efusion gratuita de la gracia.

Aquellos cuyas peregrinaciones no se limitan á visitar el cuarto de Voltaire y la isla de Rousseau, van á recorrer con emocion las colinas y lagos que rodean aquel delicioso valle, poblado de afectuosos recuerdos. En aquel majestuoso templo de santa María de los Angeles, construido para la pobreza y no para el fausto, como tantos otros, se complacen en meditar sobre la santidad y los poderes salidos de la humilde ermita que encierra en sus benditas paredes.

Los discípulos de S. Francisco observaron fielmente la regla, y para vivir en Roma el hermano Egidio iba á cortar leña que vendia. Por esta razon eran por todas partes tan venerados, que las poblaciones los recibian echando á vuelo las campanas, llevando ramos de olivo en las manos. No es de admirar que las órdenes mendicantes haya ejercido sobre el pueblo mas influencia que las demas, porque partian con él el pan de cada dia, y el pueblo respeta una independencia adquirida con sacrificios voluntarios.

Despues de tantos esfuerzos y de tantos trabajos para consumar su obra, sonó la última hora

de Francisco, y con edificacion de todos sus hijos y del mundo entero descansó en el Señor á los cuarenta y cinco años de edad (1226), dejando á la posteridad el hermoso monumento de su regla, modelo de perfeccion evangélica que á muy pocos es dado alcanzar; por eso dice el santo patriarca al fin de ella las célebres palabras del Evangelio: *muchos son los llamados y pocos los escogidos*. Sin embargo, considerando aquellos tiempos desgraciados, se conoce sin mucha dificultad que las almas superiores al vulgo se encontraban realmente obligadas á elegir entre dos caminos; el uno arrojarse en la tempestad del mundo, haciéndose lugar en él por la fuerza y la perfidia; el otro volver las espaldas al mundo, renegando de sus vanidades y opinion. Los primeros se convertian en Ezzelinos, Salinguerras, Bosones de Davora; los segundos en Franciscos, Pacíficos, Antonios de Padua, gentes que echaban sobre sí todos los cargos del clero, sin participar de sus ventajas, cuya humildad y pobreza formaban contraste con el fausto y orgullo clerical, una de las plagas de la sociedad contemporánea y uno de los ultrajes que daban mas fuerza á los herejes.

Dejando á un lado las reflexiones que sobre la obra de Francisco se nos ocurren y las ventajas que á la civilizacion y á la humanidad ha reportado la obra, vamos á ocuparnos de otro instituto religioso no menos célebre que el anterior que

casi á su tiempo nació, cuyos fundadores se conocieron y abrazaron como hermanos, cuyos hijos han conservado la misma fraternidad, compartiendo en defensa de la Iglesia, de la humanidad y de la civilizacion las glorias y los trabajos, los laureles y las fatigas. Hablo de la ilustre fundacion del esclarecido Domingo de Guzman. Para desenvolver debidamente la idea y tratar como se merece este asunto, preciso es que nos remontemos á principios del siglo XIII, y sin detenernos en bosquejar el estado de la sociedad y de la Iglesia, por dejarlo ya hecho al principio de este capítulo y desprenderse del boceto formado, la necesidad de la reforma, y por consiguiente la utilidad de este instituto á la Iglesia y al Estado, vamos á seguir este instituto desde sus primeros pasos.

En esta época, los legados de la santa sede en Montpellier (1205), se encontraban verdaderamente cansados de sus penosos y vanos esfuerzos contra la herejía, cuando el obispo español Diego de Acebes, de vuelta de un largo viaje, se presentó á ellos, y en su conversacion sobre las aflicciones de la Iglesia les dijo: "Si se quiere obtener un buen resultado debe abandonarse el fausto exterior, andar á pié y unir á la predicacion el ejemplo de una vida pobre y dura." Si semejante consejo hubiera desagradado á almas menos cristianas; pero aquellos prelados, co-

nociendo con cuánta razón se hacia un cargo á los eclesiásticos de su riqueza y de mezclarse en los asuntos terrestres, obraron segun las palabras del obispo; él mismo despidió su comitiva, y reuniéndose á ellos con los demas abades del Cister, se derramaron por todas las ciudades que edificaron con sus discursos y actos.

Desvaneci6se este primer ardor, y dos años despues, ya fuese por laxitud, ya por otras ocupaciones, abandonaron aquella tarea. Solo uno permaneci6 fiel á ella, el español Domingo, de la ilustre casa de Guzman y can6nico de la iglesia de Osman, donde la regla de S. Agustin habia sido introducida por el obispo. Llegado á Francia, gimi6 al ver cuán decaida estaba la religion en el Languedoc, porque se podian citar ciertas aldeas donde hacia treinta y tres años que el pan consagrado no se habia administrado á los fieles ni el bautismo á los niños. Dedic6se, desde luego, á convertir á aquellos desgraciados: despues, habiendo fundado el obispo de Osma un monasterio en Montreal, para que la educacion de las doncellas nobles no estuviera abandonada á los herejes, Domingo invirti6 en él todo lo que poseia; y como no le quedase nada, cuando una mujer le dijo que no tendria de qué vivir si abandonaba sus correligionarios, quiso hacerse esclavo para ayudarla, así como otra vez lo quiso para rescatar del poder de los sarracenos al hermano de una pobre mujer.

Tanto celo no era recompensado sino por ultrajes: le tiraban lodo, le escupian á la cara, ataban á sus vestidos paja, á la cual ponian fuego detrás, y el santo lo soportaba todo, no solo con tranquilidad, sino con alegría. Un dia que pasaba cerca de un lugar donde sabia que los herejes trataban de jugarle una mala partida, iba cantando alegremente. Habiéndole preguntado éstos: “¿Qué no temes la muerte? Si te hubiéramos cogido, ¿qué hubieses hecho?” Les respondi6: “Os hubiera rogado que no me mataseis de una vez, sino que prolongaseis mi martirio con una mutilacion sucesiva, despues de haber mostrado mis miembros cortados y haberme arrancado los ojos, de dejar mi tronco mutilado nadando en sangre, á fin de merecer por esta prolongacion de suplicio una corona más noble de martirio.”

Esta sed de dolores y amor le hizo pensar en crear una órden nueva, no para reunir en ella las almas que, disgustadas de la injusticia, llegasen á la soledad á entregarse á la oracion, al trabajo, á la práctica de la obediencia y demas virtudes desterradas del siglo, sino para que por la ciencia divina y el apostolado, base de su institucion, pudiese esperar una influencia directa sobre la sociedad. Acudi6, pues, á Roma, triunf6 de la resistencia del pontífice y concluy6 por obtener la aprobacion de su órden de *predicadores* (1215-1216).

En esta orden, donde sus individuos hacen los votos de pobreza, obediencia y castidad, se ven en perfecta armonía mezcladas en sus estatutos la fuerza de la vida comun y la libertad exterior. Ella está gobernada por un maestro general y dividida en provincias, comprendiendo cada una varios conventos, á cuya cabeza está un provincial con priores elegidos por los hermanos de cada convento y confirmados por el provincial. El nombramiento del provincial pertenece á los priores y á un diputado de los religiosos de cada convento; es confirmada por el general que es tambien elegido por los priores y los diputados de cada provincia. Encuéntrase tambien asociada la unidad ó la multiplicidad en este sistema de eleccion, que despues de seis siglos aun podia tomarse por modelo.

Los nuevos religiosos no débían vivir sino de limosnas, es decir, no aguardar su subsistencia sino del grado de estimacion que su piedad les adquiria entre el pueblo. No fueron propietarios hasta el tiempo de Sixto IV.

Cinco años despues de la aprobacion de su regla murió Domingo, dejando ocho provincias con sesenta casas; contábanse cuatrocientas diez y siete en 1277: despues estos religiosos se esparcieron por todas partes; una casa, una iglesia y un cementerio, les bastaban sin dotacion en bienes raices; así fué que, cuando en el siglo XVII los

holandeses penetraron en las estremidades de la Groelandia, no se sorprendieron poco con encontrar allí un convento de dominicos ya antiguo. El 23 de Julio de 1253, Inocencio IV escribia: "A nuestros queridos hijos los hermanos predicadores, que predicán en los países de los sarracenos, de los griegos, de los búlgaros, de los cumanes, de los etiopes, de los sirios, de los godos, de los jacobitas, de los armenios, de los indios, de los tártaros, de los húngaros y otras naciones infieles del Oriente, salud y bendicion apostólica." Juan XXII aprobó en 1325 una congregacion particular de esta orden, bajo el nombre de hermanos, viajando por Jesucristo entre los infieles; pero acudió á ella tan gran número, que el pontífice tuvo que limitar la facultad concedida. Raimundo de Peñaflor, quinto maestro general, fundó en Murcia y en Tunez dos colegios para el estudio de las lenguas orientales; á ruego suyo, Santo Tomás de Aquino, escribió la *Suma contra los gentiles*; Acolado de Florencia, un tratado contra los errores de los árabes en su propio idioma; Raimundo Martin una *Suma* contra el Coran.

Las dos órdenes de los dominicos y franciscanos se habian esparcido de tal modo en todos los lugares que escitaron la admiracion y la simpatía de los hombres más ilustrados de la época<sup>1</sup>, y

1 Guitou de Arezo escribia de S. Francisco:

acudieron en tropel ilustres prosélitos. A Santo Domingo se unieron Reinoldo de Santa Egidia, profesor de derecho canónico en París; el médico Rolando de Cremona, que de gefe de la escuela de Bolonia fué profesor de teología en la de París; Moneta, célebre maestro de artes; despues Vicente de Beauvais, enciclopedista; los cardenales Hugo de S. Cher y Enrique de Susa, autores de una concordia de las Santas Escrituras y de una *Suma* dorada; en fin, santo Tomás de Aquino, el mayor filósofo de la edad média. Con Francisco se alistaron Pacífico, poeta laureado; los bienaventurados Egidio, Bernardo y Juan de Cortina; en fin, S. Antonio de Padua el Taumaturgo, á quien Gregorio IX llamaba el arca de los Testamentos y el tabernáculo de las Santas Escrituras. Despues salieron de la misma orden Escoto y Roger Bacon, el restaurador de la ciencia y aquel S. Buenaventura que fregaba las escudillas de su convento cuando le llevaron el capelo de cardenal.

Tan esclarecidos institutos no deben acomodar

Cieco era il mondo e tu failo visare;

Lebbroso, hailo resuscitato;

Morto, l'hai mondato;

Sceso all'inferno, failo al ciel montare.

Ciego estaba el mundo, y tú le vuelves la vista; leproso, le has purificado; muerto, le has vivificado; bajando al inferno, haz que suba al cielo.

á los nuevos filántropos. ¿Y cómo? Ellos que no conocen mas Dios que su vientre; ellos que poseidos de un negro egoismo solo piensan en su porvenir, en alzar el templo de su orgullo, siquiera sea sobre las lágrimas del desvalido, y la opresion de los pueblos; ellos no debian mirar con muchas simpatías á los que poseidos de santo desprendimiento, llenos de caridad, vendian sus bienes y los daban á los pobres, renunciaban las riquezas y las comodidades del mundo, se abrazaban con la mortificacion y la penitencia, y todo lo sacrificaban, su reposo, sus vigiliass, hasta su propia vida por sus hermanos: de aquí nació que el pueblo y cuantos sufrían los amaban, porque en ellos veían su consuelo y su amparo, en vez que los poderosos, los avaros y los orgullosos los insultaban y despreciaban, porque eran un continuo reproche de su conducta, un acusador franco de sus excesos, un censor perpetuo de sus malignos procederes; y tanto mas encarnizado era este encono, tanto mas cruel era este odio, cuanto acrecia todos los dias la influencia de estos religiosos con el pueblo, y todos los dias eran más estimados, más buscados y más consultados, temiendo por tanto, los opresores, que de aquí naciese la ruina de su poderío y la pérdida de su dominacion.

En efecto, los tiranos se apercibieron del poder de estos ejemplos, y creyeron que no distaba

el día de las reformas: la predicacion de mendicantes y sus ejemplos, debia llamar la atencion del pueblo; ellos entraban en todas partes, se comunicaban con todos; y así veian acercarse el momento en que, penetrando sus exhortaciones en las entrañas de una sociedad que tenian interes en que reinase la corrupcion, para explotarla y esclavizarla á su antojo, reformase sus viciosas costumbres, cobrase con la virtud la energía que por la corrupcion habia perdido, y se mostrase indócil á su yugo é intolerante con sus demasías. Tal era la causa por la que los opresores y cuantos vivian de los abusos y de la maldad, eran con los mendicantes intolerantes, y se declararon sus enemigos. Sentados estos preliminares, que son una consecuencia muy precisa, parece que no debiamos temer se nos contradijera; mas como quiera que nuestros enemigos atropellan por todo, y con nada se convencen, no queremos dejar de aducir un testimonio que corrobore nuestra aseveracion, un hecho histórico que la compruebe, una autoridad que no podrán desechar, y las palabras de un hombre que no podrán desmentir. Este hombre es Pedro de las Viñas: era un tirano, un opresor del pueblo, y su exclamacion y sus palabras son éstas: "Los hermanos menores, dice, y los predicadores, se levantaron contra nosotros con odio, reprobaron públicamente nuestra vida y nuestra conversacion, destrozaron nuestros de-

rechos, y nos redujeron á la nada.... Ahora bien, para debilitarnos aun mas, y robarnos el afecto de los pueblos han creado dos hermandades nuevas que comprenden á los hombres y á las mujeres en su totalidad; apenas se encuentra una que no esté agregada á ésta ó aquella <sup>1</sup>."

Las líneas que acabamos de copiar dicen mas que nuestras palabras lo útiles que fueron estas órdenes á la humanidad; ellas son un elogio que á falta de otros podria servir de apología de tan santos institutos, y prueban hasta la evidencia que ellas fueron el terror de cuantos se complacian en oprimir los pueblos y en vejar los pobres; de cuantos vivian de su sudor y de sus lágrimas, de cuantos los hacian sufrir todo el peso del infortunio, todas las consecuencias del despotismo: ellas prueban que estas religiones eran sociales y civilizadoras, y son el mas completo mentís de cuantos las han impugnado, de cuantos las han satirizado, de cuantos las han espuesto á la odiosidad del pueblo que tanto defendieron, de los hijos de aquellos que salvaron, de los descendientes de los que protegieron. Yo quisiera que me dijeran los acusadores si ellos tienen tan honrosos títulos al comun aprecio, si ellos son tan humanitarios, tan civilizadores, tan sociales como estos frailes; si ellos son tan dignos de la popular estima-

<sup>1</sup> Epístola 37, lib. 1.

cion: pero no temo la respuesta. ¿Y cómo temerla? ¿dónde están esos hechos humanitarios? ¿acaso en las revoluciones? ¿dónde esos hechos sociales? ¿Tal vez en sus disolventes utopias? ¿dónde esos actos civilizadores? ¿quizá en su orgullo, en sus diatribas, en la destruccion de los conventos, en la disolucion de los frailes, en su persecucion, en su muerte? Tal vez lo creerán así; pero nosotros vemos que todos estos acontecimientos han traído la ruina de las artes, han quitado á las ciencias su mejor apoyo, á la industria su protector, á la agricultura su patrono, al comercio su mejor defensor, y á la inocencia, al pobre, al oprimido su amparo, su escudo, su consuelo. Gloriense en su obra, que el pueblo, si en un momento de vértigo pudo estraviarse, si en un instante de ilusion y de locura pudo corromperse, vino la calma, sucedió á la locura la reflexion, y el desengaño á las ilusiones, y se encuentra huérfano y sin proteccion, y acude á los conventos que tantas veces le socorrieron y ampararon, demandando á las paredes su consuelo, y las puertas están cerradas, y las paredes no responden, y sus ojos llenos de lágrimas miran por todas partes, y en todas partes el silencio del sepulcro reina, y se vuelven tristes y desconsolados con la amargura en el corazon, porque no hallan consuelo á su desgracia, porque han sido cruelmente engañados, porque con su vida quisieran borrar hasta la memoria de tan

cruel ingratitud. Preguntadles hoy si quieren frailes, preguntadles si quieren conventos; estoy seguro de su respuesta, porque sé que no será desfavorable á los regulares; porque no hay un solo hombre del pueblo que no conozca la falta que le hacen, que no lamente su estincion, que no llore su pérdida.

Cada vez que contemplo la historia y recuerdo los dias de Federico II, veo el heroismo de los frailes para combatir su tiranía: si veo á los paganos de Nocera invadir el valle de Espoleto, y acercarse á los muros de Asís, y oigo el llanto de sus habitantes presagiando desgracias, allí mi alma me recuerda el heroismo de santa Clara que los pone en precipitada fuga: si considero á Vital de Aversa destrozando con sus feroces huestes las campiñas de Italia, allí la misma santa y sus dignas hijas cubiertas de ceniza, oran al Señor, que las oye y liberta el pais de tan feroz enemigo<sup>1</sup>: si á mi memoria se ofrece el impío Ezzelino, luego recuerdo al humilde hijo de S. Francisco, al grande Antonio de Padua, que con un valor que solo puede inspirar la virtud le sale al encuentro, reprende sus vicios, anatematiza su desenfreno, y si no aplaca sus furios, le hace respetar su hermosa libertad; por todas partes los hermanos menores y los predicadores renuevan dias de gloria pa-

<sup>1</sup> Vita Sanctæ Claræ, cap. 14, Sant. Antonino.

ra la Iglesia, de bonanza para la humanidad, de bien para la civilizacion. Vienen de tropel á mi mente los herejes, y al momento veo frente á frente de sus errores las órdenes de Domingo y de Francisco; se suscitan guerras, les veo en los campos contrarios apaciguando las pasiones, calmando los odios, procurando la paz; veo vicios, y oigo su voz tronando en el púlpito, instruyendo en los confesonarios, y moderándolos con su ejemplo; veo disolucion y escándalos, y luego recuerdo sus penitencias y exhortaciones: ellos se multiplican, á todo acuden, en todas partes se hallan, aquí convencen, allí amenazan, en esta parte arguyen, y en aquella fulminan anatemas contra los que permanecen endurecidos y no quieren hacer penitencia. ¿Qué quereis mas?

Es de sentir para la historia que no haya quedado cosa alguna de la predicacion social de aquellos sencillos religiosos, que cumpliendo con su hermosa y divina mision iban á propagar la paz, á derramar el benéfico rocío de la gracia en discursos, donde estaba escludido todo lo que no servia á la edificacion, cuyo ornato consistia en la virtud, cuyas formas eran la uncion del espíritu y cuya retórica consistia en la caridad. Poco importa que por estos descuidos oratorios se les critique; poco importa que los sabios, segun el mundo, los censuren; poco importa que los hombres de las flores y de las galas oratorias los hagan el

objeto de su ridículo; á eso responden aquel interes con que el pueblo los escuchaba, el fruto que hacian en las almas, el triunfo que conseguía la virtud, la derrota del vicio, tantos crímenes borrados con las lágrimas del arrepentimiento, tantas almas arrancadas de la senda del pecado, la reforma de las costumbres, el bien de la humanidad, tantas rencillas cortadas, tantos odios reprimidos, tantos males enmendados, tantos bienes obtenidos en favor de la religion y del Estado, en beneficio de la sociedad y de la civilizacion. Sin embargo, no todos aquellos trabajos se han perdido; aun nos quedan algunos sermones dogmáticos y morales que se han conservado; pero no son mas que el borrador árido y descarnado, presentándose bajo un aspecto puramente escolástico, insuficiente para acreditar la gran influencia que ejercieron en la sociedad, si no se considerara que les daba calor y vida una palabra y una accion ardiente, animada y convencida; sin tener en cuenta la uncion del que habla, sin tener en consideracion sus virtudes, de ningun modo podriamos convenir en el fruto que hicieron.

A pesar de todo lo que se ha dicho y dice de su falta de cultura, siempre que los interrogamos sin desden de lo pasado y sin idolatría á cerca de la forma, se conoce un fondo de doctrina y de sentimientos que admira; siempre que leemos los sermones que aun nos quedan, halla-



mos bellezas que encantan, y esas felices inspiraciones que la imaginacion produce en el calor del discurso, verdaderos arrebatos del genio que demuestran la íntima conviccion del alma, el celo del orador que arrebató el auditorio, le tiene pendiente de sus labios, é insinuándose y posesionándose del corazon le maneja á su modo, le suspende, le cautiva y le domina, haciéndole servir á sus fines, inclinándole á su objeto y siempre sacando el fruto que se proponen, el odio al vicio y el amor á la virtud, el triunfo de la verdad y la ruina del error. Sus descripciones son animadas, vivas, patéticas. Aquí describen el orador cristiano con unos adornos admirables, con una fuerza de verdad sorprendente <sup>1</sup>. Allí usan de figuras y las manejan con provecho del auditorio; su lenguaje es enérgico, sus comparaciones son bien traídas; así es, que comparan al predicador evangélico con el profeta Elías, y en este paralelo brilla un fondo de ingenio que admira, una fuerza de talento que sorprende <sup>2</sup>. Unen de este modo y en todas sus figuras, un hecho ó una parábola de la Escritura, y en su esplanacion revelan una erudicion poco comun. Ellos, en lugar de desflorar los símiles y pasar adelante, no pierden de vista el auditorio á quien dirigen la palabra, y á esta consideracion

<sup>1</sup> Sermones S. Antonii. París, 1641, p. 105.

<sup>2</sup> Id. p. 335 y 336. Id. p. 261.

sacrifican los preceptos del arte, se detienen allí, se complacen en la esplanacion como conviene á los que hablan al pueblo, cuyo corazon no llega á afectarse sino por imágenes. Su austera virtud con nadie transige, á todos dirige reprensiones sin mirar estados ni categorías, sin atender á su condicion social; su objeto es reprender y anatematizar el vicio, y le reprenden y anatematizan, ora le hallen en la cabaña del pastor, ora en el dorado alcázar de los reyes, ya esté encubierto con la estola del sacerdote, ya bajo el casco del guerrero, á todas partes llegan; pero si son enérgicos, tambien compasivos; y si descubren las llagas y las cauterizan con la impasibilidad del médico, no por eso olvidan la caridad del sacerdote <sup>1</sup>. Ejemplos de esta clase vemos en los religiosos dominicos y franciscos, y tantos que seria una tarea larga y molesta reseñarlos, pero prueban que fueron los amigos del hombre, los reformadores de la sociedad, los enemigos de los abusos y de la tiranía, los defensores del pobre y del oprimido, los paladines de la virtud, el azote del vicio, el martillo del error y de las herejías, á las que declararon una guerra sin tregua. Véanse si no las vidas de estos hombres admirables, sus trabajos, sus discursos; nosotros hemos tomado las citas de los de S. An-

<sup>1</sup> Sermones S. Antonii. París, 1641, p. 328, 329, 335, 341. Y véase la vida é historia de S. Francisco escrita por Chanvin.

tonio de Padua, y lo hemos hecho así porque supo adquirirse gran celebridad, y hoy apenas habrá quien no le sea devoto, quien no conozca y aprecie sus virtudes.

Este es aquel S. Antonio, vástago de ilustre familia, que abandonó el esplendor de la corte por el claustro del gran Agustino y la austeridad de éste por la pobreza del humilde Francisco. Este es aquel hombre prodigioso que dominó en su época: y entre tantas estrellas, verdadero sol absorbía y eclipsaba las demas. Este es el hombre de los milagros á quien las aves y los peces se complacen en oír, á quien tiemblan los herejes y cuya presencia no pueden soportar los tiranos. Este es el vencedor de Bonivillo, orgulloso gefe de los sacramentarios. Este es el asombro de Ezelino, el que protesta contra su tiranía y anatematiza sus vicios en nombre de la religion y de la humanidad. Este tirano formidable que habia llenado de espanto á Italia y tenia todo el mundo escandalizado, palidecia delante de Antonio y confesaba que temia más á los frailes menores que á todo el mundo<sup>1</sup>. Este es aquel Antonio que con admirable entereza acusó ante el pontífice al mismo general de la orden por su falta de observancia á la regla. Este es, en fin, aquel amigo del pueblo, cuya muerte fué generalmente sentida, y

<sup>1</sup> Rolandinus, p. 279.

cuando se supo todos lloraban cual si hubieran perdido un padre, y los niños gritaban por los calles: *¡S. Antonio ha muerto!* y S. Buenaventura, al exhumar su cuerpo, halló incorrupta su lengua, y Padua le designa con el nombre del *Santo*, y aquella ciudad que fué su tumba nada ha perdonado, y los primeros del arte se han empleado por adornar su suntuoso templo, monumento de gratitud erigido á la santidad y á la beneficencia.

Pobres, penitentes, amigos del pueblo, adversarios intrépidos de los tiranos, modelos de bondad y de doctrina, los frailes menores y los predicadores, adquirieron una grande influencia y se hicieron el más sólido apoyo de la santa sede, fueron los hombres de la accion y del movimiento; y en medio de la corrupcion en que todo fluctuaba, solo ellos conservaron energía para oponerse á tan devastador torrente. Los hombres del dia que satirizan estos institutos, no tienen en cuenta mas que su capricho y su mala fé, su mezquina pasion los ciega y hace desconocer virtudes y beneficios que todo el mundo confiesa, virtudes y beneficios que salvaron la humanidad de muchos trabajos, la sociedad de un cataclismo, la civilizacion de su ruina. Pero mientras ellos obran así, el pueblo, el hombre sensato, las almas no contaminadas, y sobre todo los pobres y los oprimidos, echan de menos estas órdenes, donde tantas veces fueron

socorridos, estos frailes que tantas veces enjugaron su llanto, estos conventos que tantas veces mitigaron su angustia. Estos enemigos de mala ley, como nada perdonan combaten los frailes, alabando sus institutos, pero diciendo que el espíritu primitivo habia decaido, y que hoy no eran lo que fueron, ni tampoco necesarios á la sociedad; argumentos falaces que demuestran la mala fé de sus autores, puesto que los frailes no todos habian decaido del espíritu primitivo; y si habia alguno que pagando tributo á la humana flaqueza se desviaba del espíritu de la regla, habia muchos que le seguian en todo su vigor, y unos y otros eran útiles á la sociedad, y unos y otros eran soldados de Cristo, que con todos ejercian la caridad, y unos y otros estendian y propagaban el Evangelio, se oponian al error y á la impiedad, y hacian triunfar la moral, la justicia y la civilizacion.

La Iglesia y el Estado comprendieron la utilidad de estos nuevos operarios, y la Iglesia y el Estado los enriquecieron con privilegios; en todas partes fueron buscados, en todas acatados, en todas respetados; su virtud les atrajo prosélitos, y aquella veneracion que no se adquiere por medios reprobados sino por la santidad y los beneficios; aquella veneracion que les tenian nuestros padres y que nosotros hemos olvidado, acaso seducidos, quizá sin poder dar razon de la causa,

pero que es muy cierto la hemos cambiado en desprecio, la hemos mudado en persecucion, la hemos. . . . No digamos mas, porque seria necesario trazar un cuadro harto triste de la presente generacion, y no queremos ni debemos espresarnos con acrimonia. Conviene, sin embargo, á nuestro escrito manifestar todos los quilates de la calumnia, y lo haremos; rechazar hasta las sombras de la mentira, y lo prometemos; hacer que aparezca pura la conducta de los regulares, y lo verán nuestros lectores; hablamos con esta confianza porque la verdad es una y está apoyada por los hechos, y si Dios nos ayuda, sabremos hacer triunfar la verdad con el auxilio de los hechos, con el apoyo de la historia. Hemos demostrado que fueron una necesidad de su siglo, y por lo mismo útiles en su origen; hemos numerado los beneficios que reportaron á la sociedad, á la Iglesia y á la civilizacion, pero no hemos agotado todas las flores para formar esta corona, aun nos quedan muchas y muy hermosas que recoger, y con ellas y sus bellos matices pensamos esmaltar el fin de nuestro retrato. Nos absuelven de los tiempos pasados y nos acusan del presente; pues bien, en lo primero hemos patentizado que nos hacen justicia, en lo segundo probaremos que nos deprimen, y por fin demostraremos que los frailes fueron siempre lo que debian, que no desdijeron de su instituto, que no desmerecieron las atenciones, el

respeto y la veneracion de la sociedad, que la humanidad y la civilizacion eran, como fueron sus objetos queridos, por los que se sacrificaban, como se habian sacrificado; porque ellos nunca han olvidado que defender la humanidad y estender el Evangelio, que es la verdadera civilizacion, era el deber que impuso el Señor á sus apóstoles, y en ellos á todo el clero.

Cuanto acabamos de decir, lo demostraremos al fin del siguiente capítulo: en éste hemos manifestado su regla y su espíritu, y el modo como observaron aquella y cumplieron con éste; en el que sigue demostraremos que ni desdecian de la primera ni decayeron del segundo, que al tiempo de su estincion eran tan útiles como al principio de su fundacion, tan necesarios como cuando aparecieron, y prestaron á la humanidad los mismos servicios, hicieron por la sociedad los mismos esfuerzos, y acudieron siempre en defensa de la civilizacion, contribuyendo á la encumbracion de las artes, á la prosperidad del comercio, al esclarecimiento de las ciencias, al apogeo de la agricultura y de la industria. Nosotros quisiéramos que hablasen los soberanos, nosotros quisiéramos que hablasen los grandes y poderosos, y estamos seguros que ninguno acusará á los frailes de un mal consejo, ninguno de una mala sugestion; ninguno dirá que prostituyendo su deber y su ministerio han cambiado la virtud por la adulacion ni la ver-

dad por la injusticia, ni por la lisonja la religion; siempre dirán que hallaron en ellos palabras de caridad, siempre palabras de amor, siempre palabras de perdon y de consuelo; siempre dirán que los hallaron de parte del débil; siempre abogando por el pobre, siempre intercediendo por el oprimido.

Sus enemigos los llaman sin embargo crueles, sanguinarios, fautores del despotismo, y hasta amigos de la tiranía y enemigos de la libertad, y confesamos de buena fé que no acertamos la causa por qué así se los acusa, y que para responder necesitaríamos que ellos presentasen hechos en corroboracion de su aserto; entonces veriamos si eran ó no justos, y responderiamos á los cargos; mientras esto no se haga andamos á tientas, y no podemos contestar acertadamente y como quisiéramos, como acostumbramos hacer para que no se nos responda. Sin embargo, en este laberinto de acusaciones gratuitas debe haber algun motivo aparente, y nosotros creemos vislumbrarle y nos parece hallarle en esa firmeza con que los regulares han defendido el principio de autoridad enseñado en el Evangelio y combatido por las disolventes doctrinas de nuestro siglo: si así es, nos damos el parabien, porque siempre prueba nuestro amor á la sociedad, nuestro desvelo por la civilizacion y nuestros sacrificios por la humanidad; puesto que sin conocer el principio de autoridad

no hay gobierno, y donde este falta reina la anarquía; y como este monstruo sea el mayor enemigo de tan caros objetos, en razon á que la paz no es compatible con él, y donde la paz no existe la humanidad padece, la civilizacion sufre retraso, y la sociedad se disloca.

Otra causa puede muy bien influir en el odio que se tiene á los regulares y que se desahoga en los dictérios; y esta es que como los soberanos y gobernantes han mirado en ellos el gran motor de la felicidad de sus pueblos, los han protegido y dispensado las atenciones que su dignidad, su ministerio y los servicios que le prestaban merecian, y como la envidia todo lo emponzoña, y la maledicencia todo lo tergiversa, de aquí ha resultado que los han calificado de agentes del poder, y como á los reyes los llaman tiranos; por esto sin duda llaman á los frailes los fautores de la tiranía, los amigos del despotismo, porque traduciendo los revolucionarios las palabras *gobierno de los reyes* por estas: *gobierno de los despotas*, necesariamente debian calificarse como ejército del despotismo los frailes, que acostumbrados á leer en el Evangelio, *obedeced á los príncipes*, los obedecian y predicaban su obediencia á los pueblos, como era de su obligacion. Tambien creemos nos llaman enemigos de la libertad por otra falta de buen sentido: ya sabemos que nuestros benditos adversarios confunden la libertad con el libertina-

je: la primera la hubo siempre en nuestra patria, porque siempre hubo leyes que contenian el poder, lo segundo es obra de su tiempo; los frailes fueron, son y serán tan amigos de aquella como enemigos de éste; y como hablando propiamente en España hubo pocos reyes que no respetasen la ley, y si los hubo los frailes los inclinaban á ello, de aquí resulta que los frailes se inclinaban á proteger los derechos de los reyes, que son la verdadera libertad de los pueblos, porque están basados en la ley, sin la cual no hay garantías sociales ni libertad posible; y por lo mismo combaten el libertinaje, que es el monstruo mas perjudicial y nocivo para la sociedad, en lo cual, como en todo, prestan un señalado servicio á la humanidad y á la civilizacion, y con lo cual, á no dudarlo, manifiestan que son verdaderos liberales y que calzan en materia de libertad tantos grados á sus contrarios y acusadores, como éstos á los frailes en materia de libertinaje, intolerancia y desenfreno.

No tienen los enemigos del clero regular que cansarse; para combatirle, para desvirtuarle es necesario que aprendan otros caminos que los de la calumnia, y otros medios que los del sarcasmo; estas armas están ya gastadas; la primera, porque el tiempo y los desengaños han venido á ponerla de manifiesto, y despojándola de los avíos de su lubricidad, presentarla en toda su hediondez, y el

segundo porque los sarcasmos tienen su tiempo y este pasó; alucinan porque gustan, y agradan porque hieren la reputacion, y esto deleita á la humana flaqueza, pero como nada sólido contienen, pasado el momento de la impresion se desvanece como las ilusiones de un amor criminal, quedando por huellas el dolor en el corazon, y los remordimientos en el alma; dolor y remordimientos que traen consigo el arrepentimiento del pecado, y la detestacion del deleite; y por lo mismo que ya el pueblo ha conocido la injusticia de la calumnia y la iniquidad del sarcasmo, por lo mismo que no haya en él ridículo sino pedantería y mala fé, por lo mismo desprecia á sus autores, desoye sus voces, y se convierte arrepentido á los frailes que nunca le engañaron, que jamas le rompieron, que no comerciaron con su credulidad, ni esplotaron sus creencias, ni los precipitaron al mal; por eso el pueblo se convierte á los frailes, recordando los dias de su dominacion, y aquella paz que bajo su influencia gozaron, y aquella felicidad que sonreía la nacion cuando ellos eran los que dirigian los soberanos, y marchaban al frente de los pueblos guiando la humanidad, y haciendo progresar la civilizacion, prosperar las artes y las ciencias, y florecer la agricultura y el comercio. Poco mas de medio siglo hace que dominan los sabios el mundo, poco mas de medio siglo há que los soberanos apenas oyen los consejos de los frai-

les, y dejando á un lado los demas paises, concretándose solo á nuestra patria me atreveria á preguntar á los modernos filósofos, á esos genios privilegiados, á esos políticos profundos: ¿Qué habeis hecho de la España de los frailes? ¿dónde está aquella reina hermosa, cuya faz contemplaba continuamente el sol, sin atreverse á dejar de iluminarla? Estended un mapa de la España de los frailes, y comparadla con la vuestra, y así conoceréis los males que habeis causado á la patria; allí veréis que no existen para España aquellas Américas tan codiciadas, y que tan célebre la hicieron; allí veréis que su poder marítimo concluyó; allí veréis pobre, aquella reina del oro y de la plata del Potosí; allí veréis que tan grande, respetada y temida como era bajo la influencia de los frailes, es hoy despreciada, pobre, pequeña y abatida; estos cargos no tienen respuesta, y por mas vueltas que les deis, siempre teneis que venir, porque así lo teneis reconocido, que las Américas no se hubieran perdido si las hubieran gobernado los frailes, y porque así lo teneis reconocido no los habeis quitado de las posesiones que aun nos quedan como recuerdo de aquella gloriosa época, y si los hubierais desterrado del Asia, es bien seguro que aquellas posesiones hoy no se contarían en el número de los dominios españoles. Sentemos, pues, por conclusion, que los frailes han hecho mas beneficios que vosotros á la

sociedad y á la civilizacion, á la Iglesia y al Estado; que fueron necesarios en la época en que aparecieron; que eran necesarios cuando fueron espulsados de sus conventos, y que la necesidad hará reclamarlos, porque nadie puede sustituirlos ni hacer por la humanidad y las almas los sacrificios que ellos hicieron; puesto que de los filósofos solo se puede esperar egoismo, depravacion y miseria, perversion de las costumbres y olvido de toda buena obra, de toda accion heroica, de toda virtud.

#### CAPITULO IV.

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO, MISIONEROS, HEREJIAS, LA CENSURA, LA INQUISICION, ULTIMOS ESFUERZOS DEL CLERO EN FAVOR DE LA CIVILIZACION Y DE LA HUMANIDAD.

El curso de nuestro trabajo toca á su fin; estamos en el término de nuestro camino; avanzamos á la conclusion de nuestra obra, y los sucesos se agolpan, se precipitan y nos arrebatan con su movimiento. Grandes cosas nos restan que hacer; instituciones altamente combatidas por el siglo, vamos á defender; quiera Dios iluminarnos con su gracia, sin la cual nada podemos, con la cual todo lo esperamos. Suya es la causa, confiemos en el triunfo, que si él está de nuestra parte, ¿quién nos vencerá? Nadie, y mucho menos la impiedad

sociedad y á la civilizacion, á la Iglesia y al Estado; que fueron necesarios en la época en que aparecieron; que eran necesarios cuando fueron espulsados de sus conventos, y que la necesidad hará reclamarlos, porque nadie puede sustituirlos ni hacer por la humanidad y las almas los sacrificios que ellos hicieron; puesto que de los filósofos solo se puede esperar egoismo, depravacion y miseria, perversion de las costumbres y olvido de toda buena obra, de toda accion heroica, de toda virtud.

#### CAPITULO IV.

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO, MISIONEROS, HEREJIAS, LA CENSURA, LA INQUISICION, ULTIMOS ESFUERZOS DEL CLERO EN FAVOR DE LA CIVILIZACION Y DE LA HUMANIDAD.

El curso de nuestro trabajo toca á su fin; estamos en el término de nuestro camino; avanzamos á la conclusion de nuestra obra, y los sucesos se agolpan, se precipitan y nos arrebatan con su movimiento. Grandes cosas nos restan que hacer; instituciones altamente combatidas por el siglo, vamos á defender; quiera Dios iluminarnos con su gracia, sin la cual nada podemos, con la cual todo lo esperamos. Suya es la causa, confiemos en el triunfo, que si él está de nuestra parte, ¿quién nos vencerá? Nadie, y mucho menos la impiedad



y la mentira; con esta fé entramos en el combate y damos principio á nuestra tarea; el Señor sea con nosotros, este es el único auxilio que pedimos, el único protector que invocamos.

Estamos en la época en que se consumó uno de los mayores hechos que la historia del mundo nos presenta, el descubrimiento de un nuevo continente. En los arcanos eternos estaba escrito este acontecimiento, y el dedo del Omnipotente habia señalado su hora: del puerto de Palos parten Colon y sus compañeros á descubrir el Nuevo Mundo y á conquistar un nombre ilustre; al lado de aquellos guerreros parten las huestes pacíficas del Evangelio, con la cruz al pecho y el breviario debajo del brazo; un nuevo territorio se abre al comercio, á la ambicion y á la avaricia; un nuevo territorio se ofrece á la religion; aquel será explotado por los militares y por los letrados, éste será fertilizado con la sangre de los mártires; allí la espada y las pasiones oprimirán en manos de los guerreros, y la cruz del Señor tremolará en la del misionero para servir de escudo á los indígenas, de salvacion á los salvajes, de consuelo á los oprimidos; la guerra y la conquista traerán á aquellas comarcas la desgracia y la miseria, la conversion, la felicidad; la obra de aquellos es la esclavitud, la de éstos la civilizacion; para esto influye la religion, para aquel la política; los efectos son igualmente diferentes, huirán del militar los naturales,

y se acogerán en torno del misionero; uno y otro conquistan, aquel por orgullo, éste por caridad; aquel espone su vida por enriquecerse, éste por amor á sus hermanos; los frutos que el primero consiga serán los frutos del saqueo, del incendio y la muerte; los del segundo serán los frutos de la constancia y del trabajo, de la mansedumbre y de la paciencia: veremos cuál de los dos poderes es más eficaz, cuál de ellos más humanitario, cuál más civilizador, si la espada que ciñe el guerrero, y le hace temible, ó la cruz que ostenta en su pecho el misionero, y le hace respetable y querido.

Referir los atropellos de la conquista armada no es de nuestro intento, ni necesita detenernos para manifestar las vejaciones que los conquistadores atraen sobre el pueblo conquistado, ni las violencias que ejercen, ni las rapiñas, ni los escándalos que perpetran, ni las maldades que causan, porque nadie hay que las ignore, nadie que no las publique, nadie, en fin, que no las condene: cumple sí mucho á nuestro objeto referir, los trabajos de los misioneros, sus fatigas, sus sacrificios y exposiciones; no por convertir en yermos las ciudades, sino por convertir en poblaciones los desiertos; no por destruir, sino por edificar; no por tirar los hombres, sino por garantir sus derechos; no por esterilizar los campos, sino por derramar sobre ellos todos los beneficios de la agricultura,

todos los recursos del arte, todo el rocío del trabajo. En una palabra, vamos á demostrar que la existencia y el estado floreciente de aquellos países, ni se debe á las armas, ni á la política, sino á la religion, y que no es la obra del guerrero ó del utopista, sino la del caritativo celo de los misioneros, de los sacerdotes y de los obispos, á los cuales confiaron las leyes el cuidado de mirar por la vida y libertad de los naturales, cuyos protectores legítimos se constituyeron. Tal fué, en efecto, la tarea de que se encargó el clero, y ninguna podia serle más adecuada, más análoga á un ministerio de paz y de caridad, ni más á propósito para prestar eminentes servicios á la patria y á la religion, á la humanidad y al Estado.

Los monjes habian convertido el viejo mundo y la tarea de convertir el nuevo tocaba á los frailes; aquellos sembraron el Evangelio y la civilizacion en el antiguo continente, y éstos sembraron á su vez tan heroicas semillas en el nuevo; aquellos civilizaron y convirtieron las razas caucásicas, godas y los demas pueblos de la Europa, y éstos civilizaron los guaranis, tlascaltecas y demas americanas; aquellos llevaron el estandarte de la cruz á los montes Carpatas y entre las nieves del Norte, y éstos tremolaran el signo de nuestra salud sobre los Andes y entre los abrasados climas de América; y de este modo, monjes y frailes serán dignos de la consideracion del mundo, y monjes

y frailes le habrán civilizado, y monjes y frailes, con los principios del Evangelio, habrán esparcido y enseñado por el mundo los derechos de la humanidad y los beneficios de la civilizacion.

Nadie ignora que acompañaron á los primeros conquistadores religiosos dominicos y franciscanos, y son célebres el dominico Valverde, compañero de Pizarro, el mercenario Olmedo, el franciscano Melgarejo y el descalzo Valencia que acompañaron á Cortés; uno y otros tienen un lugar muy distinguido en la historia, uno y otros pueden considerarse en primera línea en aquella gloriosa empresa: sin embargo, fuerza es confesar que no llevaban el carácter de misioneros, como tampoco le llevaron varios otros eclesiásticos de que la historia hace mérito, y el primero que atravesó el Atlántico con ese carácter fué el monje benedictino catalan Saul, á quien una bula pontificia (fecha 24 de Junio de 1493), designó para aquella mision con otros doce sacerdotes: la gloria, pues, y las primicias de los misioneros americanos son de la ilustre orden de S. Benito, por más que los primeros hábitos que allí se vieran fuesen de santo Domingo, S. Francisco y la Merced.

El misionero cristiano es el más bello tipo que puede presentarse á la vista de los hombres amantes de la sociedad y de la civilizacion; es el hombre del Evangelio que demuestra la parte huma-

nitaria y civilizadora que tiene la religion, y la influencia que ejerce en la ilustracion de los pueblos; es el que contribuyó y contribuye más que nadie á dar ensanche á las ideas, á dirigir las por buen camino, á elevar al hombre: por eso vamos á seguir paso á paso al misionero, vamos á enumerar, si nos es posible, cuanto hizo por civilizar aquellas regiones este hijo de Jesucristo; vamos á cantar las glorias de estos héroes del cristianismo, de estos hombres humanitarios, que con la fé en el corazon, animados por la caridad, llenos de esperanzas, menospreciando un mundo que los satiriza, porque no es digno de poseerlos, en alas de su amor á los hombres, atraviesan montañas, surcan mares, se internan en los desiertos, arrostran el frío y el calor, superan el hambre, la sed, el cansancio y el sueño, sin interes alguno mundano, sin miras egoistas, interesadas ó ambiciosas, y sin más objeto que ganar hombres á la sociedad y almas al cielo.

Nosotros contemplamos este hombre del Evangelio, este soldado de la cruz, en medio de los bosques, descalzo, espuesto á todas las intemperies, pródigo de su salud y de su sangre, despreciando su vida, siguiendo al inculto salvaje en todas partes, hasta en su misma gruta, no para robarle su libertad, sino para garantirla haciéndole social y religioso: yo le miro espuesto á mil peligros, intrépido, asaltar los montes, trepar por las

breñas, despreciarlo todo, mal comido, peor vestido, sin comodidad alguna de esas que tanto anhelan los mundanos, contento y tranquilo en medio de sus escaseces, durmiendo en el duro suelo, sin otro alimento que yerbas y frutas silvestres, sin mas agua que las de sus sucios cenagales, careciendo de todo, animado por la fé y sostenido por la esperanza, superándolo todo, esponiéndose al rigor de las estaciones, á la ferocidad de animales carnívoros, al furor de los salvajes y esponiendo su vida al brutal apetito de los mismos que viene á convertir, de los mismos que viene á civilizar, de los mismos por cuyo bien y felicidad tanto se afana, cuya dicha procura, por cuya salvacion se sacrifica. Este cuadro nos admira, nos arrebatata, nos sorprende y nos hace bendecir una religion que infunde en el hombre tanto heroismo, tanta virtud, tanto desprendimiento, abnegacion tan grande que le hace sacrificarlo todo, esponerlo todo, cambiarlo todo por la felicidad de sus hermanos y dar por su amor hasta sus mejores placeres, sus mas dulces ilusiones, hasta su propia vida.

Hemos dicho que el benedictino Saul fué el primer misionero que surcó el mar de las Américas para llevar la civilizacion á sus desgraciados habitantes y para iluminar sus almas con la luz de la fé. Pues bien, esta conducta fué de los frailes imitada; así acaeció que otros muchos siguieron

muy luego su ejemplo. Los dominicos, instituidos especialmente para la predicacion, se precipitaron á ejercerla en el Nuevo Mundo, y lo mismo sucedió con los franciscos, agustinos, capuchinos, lazaristas y jesuitas; todos, animados de un celo fervoroso y de santa emulacion, rivalizaban en esfuerzos por estender en aquellas comarcas la religion de Jesucristo y la civilizacion europea; todos se disputaban el trabajo y sufrimientos para hacerse acreedores á las bendiciones del cielo y al agradecimiento del mundo, y así fué que se dedicaron con un ardor particular á tan santa obra, y todos encontraron un escelente campo en que desarrollar su virtud y ensayar sus fuerzas; y así poco importa que otros los acusen y motejen como gusten, los vejen y depriman á su albedrío, y sin mas pruebas que su encono, ni mas documentos que la calumnia, los insulten, puesto que sus detracciones y necios delirios hallarán en la historia hechos que los confundirán presentando estas órdenes á los ojos de las personas sensatas, de las almas imparciales, como objetos dignos de admiracion, tanto mas, cuanto mientras sus enemigos atropellan al pobre y oprimen al desvalido, ellos, por medio del sublime sacrificio de sí mismos, se consagraron al consuelo de los que sufren, al amparo del oprimido, al socorro del pobre.

En medio de las perfidias y de las atrocidades que acompañaron al descubrimiento del Nuevo

Mundo, el alma se complace en descansar de las emociones dolorosas con el espectáculo de un heroismo desinteresado. No era bastante para aquellos que, afectados de un vivo sentimiento de compasion hácia las miserias de sus semejantes, iban á afrontar peligros de todas clases, el considerarse con valor; no se trataba de matar ni de avasallar poblaciones; les era necesario mucho saber para convencerlos, el conocimiento de su lengua para hacerse entender de ellos, la destreza y sagacidad para refutar sus antiguas creencias, pres-tándose á sus costumbres y al vuelo de sus ideas, sin pasar los límites de la condescendencia que puede usar la moral y la religion con respecto á las costumbres y á las preocupaciones.

El misionero avanzaba por el camino que la misma avaricia no se habia atrevido á abrirse paso á traves de los inmensos rios donde desaguan otros rios de mugientes aguas, por medio de aquellas eternas selvas en las que el hombre se encuentra perdido como en medio del Océano, blanco del furor de los elementos, de las fieras, para buscar conversiones y los sufrimientos del martirio.

Allí bajo el poder de Dios, cuya única mirada le veia, el franciscano descalzo, vestido con su tosco hábito, ó el jesuita, cubierto con su sombrero de grandes alas, llevando en el cinturon el crucifijo que se veia sobre su negro traje, y su breviarrio bajo del brazo, se internaba en las selvas vír-

genes, metido hasta medio cuerpo en los pantanos, ó subiendo por escarpadas rocas. Buscaba para descansar las profundidades, á veces ensangrentadas, de las cavernas y de los precipicios, espuestos á la voracidad de los tigres, á las mordeduras de las serpientes alligotos, ó á las flechas de los canibales. Si debía perecer, el misionero espiraba bendiciendo al Señor, y otro, marchando por su camino, encontraba sus mutilados restos que enterraba con cuidado; despues plantaba una cruz sobre su tumba y proseguia su camino preparado á sufrir la misma suerte.

Acostumbrado el salvaje á no ver al europeo acercarse á él mas que para arrebatarle su oro, su mujer ó su libertad, se admiraba al aspecto de aquellos hombres que nada pedian; se admiraba tambien con la intrepidez con que desarmados afrontaban la muerte, de la constancia con que sufrían las fatigas dolorosas, y se apiñaban en rededor del sacerdote, que, apenas sabiendo algunas palabras del dialecto hablado por la multitud que le rodeaba, les enseñaba una cruz y el cielo. Pronto aquellos hombres, cediendo á la influencia de su palabra, no sabian si debían considerarle como un mágico ó como un enviado del cielo, y le escuchaban con sorpresa predicarles abandonasen la vida errante, uniones fortuitas y caprichosas, banquetes inhumanos, para conocer la santidad de las familias y de la sociedad.

A veces los misioneros se proveían de instrumentos de música, y remontando el curso de los rios, hacían oír sencillas melodías. Entonces los salvajes acudían por todas partes, se lanzaban á nado para seguir la lancha donde resonaban los himnos de la Iglesia, y pronto aprendían ellos mismos á repetirlos en rededor de la cruz ó de la imágen de María.

Ciertas tribus no tenían siquiera palabras para expresar *Dios y alma*, supliendo á ellas con espresiones sensibles. Muchos de ellos no habían siquiera pensado en los deberes de religion, y profesaban la misma indiferencia á una que á otra. La mayor parte vivían con costumbres enteramente opuestas á los preceptos que se les predicaban. La ignorante ligereza, la orgullosa gravedad, la venganza brutal, los incestos como costumbre, eran los enemigos que los misioneros tenían que combatir bajo distintas formas; eran los héroes con quienes iban á luchar.

Una dulce piedad, una moral pura, una fé firme, eran sus armas; y para encontrar á los salvajes seguían sus pasos y los buscaban en el fondo de las sombrías cavernas, tan pronto abandonándose en una balsa al curso de los rios cuyo paso los mismos salvajes no se atrevían á intentar, tan pronto internándose en las selvas que los mismos naturales incendiaban cuando los consideraban dentro. A veces tambien conducían á doscientas

ó trescientas leguas rebaños de ganado mayor por fangosos senderos y sábanas intransitables. Cuando habian encontrado á aquellos á quienes iban á buscar con tantas fatigas, debian resignarse á participar de su repugnante alimento, ranas apenas calientes, carne de monte sanguinolenta, dormir en sus fétidas cabañas, y durante este tiempo labrar tierras vírgenes con arados de madera, regarlas con sus sudores, y esto mientras que los naturales los miraban con negligencia, enseñarles todos los oficios, defender las primeras simientes de su glotonería, y en fin, hacerlos apreciar la cosa mas estraña al salvaje, la prevision.

Al separarse de una tribu, dejaban en ella algunas máximas de moral y ejemplos que imitar. Un misionero que acompañaba varias familias indias fuera del país asolado por los iroqueses, escribía lo siguiente: "Somos sesenta, tanto hombres como mujeres y niños, y todos sin fuerzas ya. Las provisiones están en la mano del que alimenta las aves del aire. Parto cargado con mis pecados y mi miseria y tengo gran necesidad de que se ore por mí."

Estos hombres que se sacrificaban no podían aguardar ninguna recompensa en este mundo, ni siquiera la que resulta de la certidumbre de ser útil; y despues de una vida llena de fatigas, abandonaban la tierra con la triste conviccion de haberse esforzado en vano en domeñar instintos fe-

roces. Y cuando los naturales entregados á la antropofagia se deleitaban en celebrar banquetes de carne humana, el misionero reprendia sus vicios, presentándoles el héroe del Calvario crucificado por la salud de todos, justamente irritado contra los perpetradores de tamaño crimen; y cuando huían los salvajes del trato y comunicacion de los europeos y se les oía esclamar con frecuencia, *no queremos un paraíso donde hay europeos*, se agrupaban en torno de este hombre del Evangelio, á quien miraban como al hombre de sus consuelos.

Sin embargo, forzoso es confesar que aquella tierra se fecundizó con la sangre de los mártires, y todas las órdenes cuentan muchos hijos sacrificados, y ostentan en sus claustros los retratos, no de aquellos que se insinuaron cerca de los tronos por medio de la adulacion y el envilecimiento, sino de los que, con la caridad en los labios y la cruz en la mano perecieron propagando la civilizacion y estendiendo las doctrinas del Evangelio. Bien quisiéramos que sus enemigos y detractores los imitasen: bien quisiéramos que su palabrería fastuosa tuviese tan hermosos frutos como produjo la voz del misionero y las doctrinas que anunciaba; pero en medio de tanta utopia no vemos ninguna realidad, ningun hecho que anuncie una remota esperanza, y esto (lo confesamos imparcialmente) nos aterra, nos hace desmayar presintien-

do el triste fin de una sociedad desgraciada, entregada á la saña voraz de estos tiburones sociales, de estos proteos políticos que escarnecen cuanto no pueden imitar.

En medio de aquellas tareas, en medio de tan santas penalidades, los misioneros no perdieron la ilaridad del ánimo y enviaban á sus generales la relacion de sus trabajos y la noticia de cuanto hallaban digno de saberse; y estos relatos, consignados en las crónicas de todas las órdenes, son un monumento interesante para la historia, son una prueba de sus desvelos por el bien de la humanidad y de la civilizacion; y son, en fin, el escollo inespugnable donde se estrellan las maquinaciones de los entendimientos preocupados que, sin fijarse en la esencia de las cosas las ridiculizan por vanidad, por orgullo, quizá por mala intencion. Yo les suplico que las lean, y si no hallan en ellas las flores del Dante y del Petrarca, de seguro que hallarán la hermosura de la verdad y la sencillez de la esposicion, añadiendo nuevos matices á la virtud y nuevos adornos al heroismo.

Tampoco descuidaban estos hombres laboriosos cuanto podia facilitar la ilustracion, el comercio y las artes, y dar esplendor á la agricultura y á las ciencias; así es, que unos confeccionaban diccionarios, otros enseñaban el uso del chocolate y de la quina, éstos indicaban terrenos donde fundar colonias comerciales, aquellos encontraban nuevas

tierras, y á ellos se debe, mucho antes que lo demostrasen Behrin y Cook, la certeza de la union de ambos continentes al Noroeste. Asimismo el espectáculo de la naturaleza escitaba en ellos el dulce entusiasmo que abraza los corazones puros; y uno de ellos exclamaba viendo las majestuosas selvas que existen en el rio de las Amazonas: *¡Qué hermoso sermón estas selvas!* Otro escribia: "Caminé hácia adelante, sin saber adónde llegaría, sin encontrar un alma que pudiera indicarme el camino. A veces encontré en medio de las selvas sitios encantadores. Todo lo que el estudio y la industria del hombre pueden imaginar para hacer un lugar agradable, no puede sostener la comparacion con las bellezas que solo la naturaleza ha acumulado allí. Estos admirables sitios me recuerdan las ideas que tenia otras veces leyendo las vidas de los antiguos solitarios de la Tebaida. Ocurrióseme el pensamiento de pasar el resto de mis días en aquellas selvas donde la Providencia me habia conducido para no ocuparme allí mas que de mi salvacion, estraño á todo comercio con los hombres. Pero no siendo dueño de mi suerte y estándome indicadas las órdenes del Señor por las de mis superiores, deseché aquella idea como una ilusion."

En las Antillas los misioneros se opusieron tanto como pudieron al esterminio de los naturales; despues se esforzaron en dulcificar la suerte

de los pobres negros, sin, no obstante, disimular sus defectos; y los religiosos eran los únicos que se atrevían á quejarse de los detestables ejemplos dados por los católicos. Preséntase despues México á nuestra consideracion; y allí una civilización más estensa que en los demas países, ayuda la obra de los misioneros y sustituye el Dios de los vencedores al ídolo de los vencidos. Ya la cruz brillaba como objeto de culto en los altares, el águila habia cedido su puesto á la paloma, las religiosas sucedieron á las castas hijas del sol, y el ilustre franciscano Martin de Valencia, con sus doce compañeros, estienden por aquellas comarcas el imperio de Jesucristo por medio de la predicacion.

Convertidos los indígenas, no habian abandonado del todo sus costumbres, y la Iglesia, reunida en varios concilios, se encargó de reformarlas. En ellos fué abolida la poligamia y otras prácticas más ó menos antisociales, más ó menos contrarias á la religion; pero todas anuladas en bien de la humanidad y de la civilizacion; así es que, entre los mexicanos será siempre grata la memoria de los misioneros y pastores, y el nombre del P. Las-Casas, como protector de los infelices negros, y el de Rivera de Sahagun como fundador del colegio, para educar jóvenes indios que llevasen la fé entre sus compatriotas, y el del P. Tapia, con otros no menos celosos, será siempre grato á cuantos

consideran que la gloria de la conquista está en civilizar y humanizar los vencidos, en llevar los rudimentos de la fé y las ventajas de la civilizacion á países cerrados á ésta y ciegos á las luces de aquella, en abrir al comercio nuevos medios de comunicacion, nuevos mercados, nuevos objetos. Esta es la gloria del misionero.

Tambien la religion se encargó, merced á los cuidados de los misioneros, de doblegar á su yugo el orgullo de los fieros incas del Perú: ellos en aquellos dilatados países, supieron con su dulce persuasion hacer olvidar los males que de la guerra civil, de la crueldad y avaricia de los conquistadores, de la opresion de los naturales y de la corrupcion de todos habian surgido. Prontos siempre para asaltar bosques, trepar montañas, introducirse en los desiertos y derramar consuelos en todas partes, y palabras de amor y de caridad, á pesar de las persecuciones de los gobernantes, siempre atentos á los deberes de su ministerio, consiguieron allí, como en México, hacer florecer la fé y estender la civilizacion. Esta es la obra de los dominicos, cabiendo á la órden de la Merced la suerte de ser la primera que se estableció y que en nada se separó de las huellas de los de México y el Perú. Tambien á Bogotá llevaron los misioneros sus trabajos y recogieron de ellos abundante fruto. El territorio de Venezuela hasta las orillas del Orinoco cupo á los capuchinos, si bien



en este último punto fueron destruidas por los holandeses, y establecidas así como en las dos islas de la Trinidad por otros misioneros catalanes. Capuchinos aragoneses establecieron las de Cumaná; franciscos observantes las que desde allí se extienden hasta el Unara; los jesuitas establecieron las del río de las Amazonas; la Florida fué regada con la sangre de dominicos y jesuitas, y el Paraguay es una bella página de la historia de éstos. Y por no hacernos molestos diremos, que á principios del siglo XVII las conquistas de la cruz contaban cinco arzobispados, veintisiete obispados y cuatrocientos conventos: las conquistas de las armas se han perdido para España, las de la cruz se conservan para la Iglesia y para la civilización. Esto hace su mejor apología.

El Paraguay merece un poco de detención. Antes que los jesuitas aportaron allí los frailes menores Francisco Solano y Luis de Rolaños, con otros varios compañeros de la orden; y si no habían conseguido la conversión de los indígenas los hijos de S. Francisco, su celo obtuvo varias veces la corona del martirio; ellos, sin embargo, mucho debieron adelantar cuando fundaron el obispado de Tucuman, y su obispo observante, Fr. Francisco de la Victoria, fué el que llevó los jesuitas al Paraguay. No se puede negar, sin embargo, que si bien cupo á la orden de S. Francisco la gloria de regar con la sangre de sus hijos aquellas tier-

ras, y fué la primera que allí tuvo mártires, la de S. Ignacio tiene el honor de haber convertido y civilizado aquellas regiones. Dígase cuanto se quiera acerca de los hechos del Paraguay: sin entrar nosotros en la cuestión, porque no es de nuestro objeto, diremos que ellos resolvieron el problema de civilizar sin esterminar, y plantearon allí un sistema que correspondió perfectamente á esta idea: empezaron, pues, por pedir y obtener la libertad de los individuos, luego los sujetaron al trabajo garantizando su seguridad contra los opresores, y así fué cómo echaron los cimientos á aquel poder, á aquel prestigio que alarmó contra ellos hasta los tronos, pero que realmente hacían un gran acto de humanidad, pues libraban los indígenas de la codiciosa ambición de los europeos, que movidos por tan estimulante pasión levantaron contra los protectores de los indios tan sangrienta guerra: ellos, pues, sin mirar más que al bien de la humanidad y al progreso de la civilización y la conversión de las almas, fundaron poblaciones, levantaron iglesias y establecieron escuelas, y así elevaron aquel país á un estado de prosperidad que ningún otro había tenido, siendo ellos, no solo los directores de sus almas, sino los legisladores de la colonia; y eran tales sus leyes, la distribución del trabajo, de la oración y del recreo, que arrebatan á Furiar la gloria que sus adeptos quieren darle en la organización de sus

*falanges simpáticas.* En una palabra, los jesuitas formalizaron allí un gobierno protector que hace recordar el gobierno patriarcal, y bajo su influencia cesaron los vicios, se puso freno al libertinaje, la virtud prosperó y la religion pudo entonar el himno de la victoria. Su cuidado se extendia á todo, su celo todo lo preveia, su paternal solicitud hasta habia organizado una milicia para la defensa de sus pobres hijos; de este modo en la colonia, ó *reducciones*, como ellos las llamaban, nada faltaba de cuanto puede contribuir á la prosperidad de los Estados.

Bajo esta paternal direccion no era posible casi ningun delito entre ellos; las trasgresiones se castigaban de primera vez con una severa reprension, y la segunda con una penitencia pública en la puerta de la iglesia; el azote se reservaba para la tercera, pero nunca se encontró que nadie lo mereciera. El perezoso era condenado á un esceso de trabajo en el campo comun, lo cual hacia que el castigo fuese en beneficio del público.

El misionero debia ser á la vez el brazo y el alma de estos indios, incapaces de pensar, de calcular ni de prever nada por sí mismos. En un pais como éste, donde se ignoraba todo, necesitaba hacerse arquitecto y obrero, pintor y cocinero, médico y jardinero, panadero y barbero, alfarero y administrador. Tenia que predicar todos los dias; apenas dejaba la sobrepelliz, tomaba el

delantal de albañil, y no solo tenia que dirigir todas las cosas, sino tambien trabajar personalmente para enseñar desde el primer hachazo en los bosques, hasta el cultivo de las rosas que debian adornar la frente de María. "El misionero, dice el tirolés Sepp, se levanta al amanecer y va á la iglesia á consagrar una hora de meditacion en presencia del Altísimo. Si encuentra otro sacerdote en la iglesia se confiesan mutuamente. Sin embargo, al tocar el Ave María y al primer rayo del sol se celebra la santa misa, á la que asiste con devocion la multitud, y despues se hace una oracion general en accion de gracias, concluida la cual se retira el misionero para oir las confesiones. Despues principia la esplicacion del Catecismo á los jóvenes de ambos sexos, cuya tarea es en extremo pesada, como es fácil de suponer. Apenas concluye esta instruccion va el padre á visitar á los enfermos, fortificándolos con la administracion de los sacramentos y preparándolos en lo posible á una muerte cristiana, al mismo tiempo que se desvive por cuidarlos, aplicándoles sangrías, ventosas ó cualquiera otro remedio y suministrándoles los alimentos convenientes. Luego va á una escuela á enseñar á leer y escribir á los muchachos, y á otra donde aprenden las niñas á hilar, hacer media y coser; allí da sus lecciones, interroga á los discípulos y confia lo demas á los indios de mas capacidad. El padre debe tambien

dirigirlo y ordenarlo todo en la escuela de música, aun cuando obtienen con frecuencia un auxilio oportuno.

“Pasa despues á los talleres, á las obras ó á los hornos de ladrillo y al despacho del pan y de la carne, que suministra diariamente en cantidad necesaria á toda la comunidad; desde allí va á visitar los herreros, carpinteros, tejedores, picapedreros, torneros y demas artesanos.

“Pero no debe perder tiempo porque los enfermeros no tarden en distribuir á los enfermos los alimentos prescritos. Llega la hora de comer y el padre se sienta á una mesa frugal para ocuparse de sí mismo hasta las dos, á cuya hora da la campana la señal del trabajo, que bien pronto quedaria interrumpido ó descuidado si no esperaran al padre en todas partes, el cual, lo mismo por la tarde que por la mañana, se presenta en casa de los artesanos y al lado de los enfermos, en casa de los grandes y de los pequeños, dando en todas partes ejemplo é impulso, hasta las cuatro de la tarde en que el pueblo es llamado á la iglesia. Se reza el rosario, que es muy útil, particularmente para recordar al alma los santos misterios; despues vienen las letanías, y en seguida un detallado exámen de conciencia. Concluidas las devociones se da sepultura á los muertos: el resto del dia se concede para las distracciones convenientes; pero si este momento de descanso

no le emplea el misionero en hacer la visita á los enfermos, lo emplea en meditaciones piadosas, ó lo consagra en probar un sueño ligero.”

Tal fué la conducta de los misioneros donde quiera que han fijado su benéfica planta; así se produjeron en la Patagonia los padres Quiroga y Cardiel; así en la Sonora Kino, Goñe y Salvatierra; así en la nueva y vieja California y entre los Pampas del santo Sacramento los hijos de S. Francisco; así los carmelitas y predicadores en la Callena y Canadá; así los padres de la oratoria en Ceilan; así en el Marañon, en el Brasil y la Plata, echaron los cimientos á la fé, protegieron la humanidad y estendieron la civilizacion; así, siguiendo el curso del rio de las Amazonas, encontraron los medios de llegar hasta Quito, y siempre convirtiendo, siempre civilizando, siendo útiles siempre al comercio y á la agricultura, á las artes y á las ciencias.

Si de aquí pasamos á contemplar los nuevos descubrimientos hechos hácia el Oriente, hallamos allí el sentimiento religioso, que todo lo emprendia y todo lo llevaba á cabo con la cruz al pecho, la fé en el corazon y la caridad en los labios. Así doblan el Cabo y se estiende á su vista un Nuevo Mundo; pero no habitado por salvajes ni ignorantes, sino por un pueblo ilustrado que presenta á su vista una civilizacion nueva, leyes que la garanticen y errores que combatir: la lucha allí de-

bia ser más encarnizada, y la discusión era indispensable; pero estos obstáculos lejos de contener al misionero, escitan su celo, y de todas las órdenes se lanzan allí para participar de las glorias y de las fatigas, de los combates y de los triunfos. Este ejército, que se había organizado en Roma para hacer frente á la reforma, se había esparcido ya por todas partes; desde Constantinopla penetró en la Siria, Egipto, Armenia, Abisinia, Crimea y la Persia; por la parte de América lanzándose desde la bahía de Hudson invadió el Canadá, la Luisiana, la California, las Antillas, la Guayana, el Paraguay y los demás países que dejamos espuesto, y ahora extienden sus pacíficas conquistas sobre el Archipiélago Filipino, los imperios de la China, Tonquin, el Japon y la Oceanía.

Admira, seguramente, ver un ejército inerme que á todo se espone, que nada le arredra y todo lo lleva á cabo y lo sufre con paciencia, con tal de ganar hombres á la civilización y almas al cielo. Así le veremos en el nuevo campo que se ofrece á sus trabajos, cumpliendo como siempre su misión religiosa y civilizadora. Allí admiraremos los trabajos de S. Francisco Javier. Mozambique, Melinda, Socotora, Goa, Cochín, Malaca, Meliapour, la India entera, atestiguan sus virtudes, publican sus trabajos y cantan sus triunfos. Las Molucas, Elterate y Ceilan, atestiguan las contrariedades

que sufrió; y aquel hombre de débil y frágil naturaleza, desafiando el hambre, la desnudez, el veneno y el hierro de los asesinos, tan intrépido bajo las sofocantes calmas de la línea como en medio de las más horribles tempestades, arrostrando el furor de los ejércitos de batalla y las erupciones de los volcanes, nos manifiesta todo el poder del afecto y de la caridad, y toda la fuerza de la religión.

En Oriente, pues, se encontraba frente á frente Cristo, Mahoma, Confucio, Brahma y Boudha; pero la victoria no era dudosa, las cuatro religiones últimas basadas sobre el error, no eran suficientes para hacer la felicidad del hombre, y sus ministros, hipócritas é impostores, se entregaban á la superstición y al lujo de la mesa, en tanto que los misioneros de Cristo llevaron á aquellos mismos lugares una fé pura y desinteresada con la integridad de costumbres que se hace honrar hasta de aquellos para quienes son más estraños. No iban como los mercaderes á buscar crecidos beneficios, ni conquistar como los capitanes; y su solo objeto al atravesar la mitad del mundo, era propagar la verdad. Además, una doctrina que elevaba á las almas hácia una cosa más alta que los intereses mundanos, que templaba los vigos de la servidumbre, debió también ser acogida con favor. Pero, por otra parte, tenía por adversario el interés de los mismos sacerdotes y doctores, cuya

reputacion y subsistencia dependia de la conservacion de los antiguos ritos; sin contar el carácter de las poblaciones muy apegadas á sus costumbres nacionales y á la resistencia de los gobiernos, que fundadas en la religion y en las costumbres, temian cualquier innovacion.

Todo lo superó su constancia; y no contento con haber echado la semilla del Evangelio y de la civilizacion en la India, penetra en el Japon y establece sus misiones, logrando así que su nombre resonase con entusiasmo desde el Yudo hasta el mar Amarillo, sorprendiéndole la muerte como á Moisés á la orilla de la tierra prometida al avistar las costas de la China, adonde le llevaba su deseo de propagar la fé. Sin embargo, tan estensos territorios quedaban abiertos al celo de los misioneros: los agustinos tenian ya establecidas sus misiones en Filipinas, recogiendo de su predicacion abundantes frutos, y estendiendo la civilizacion entre los negrillos y los Ilaus en bien de España; y muy pronto siete franciscanos, bajo la direccion de Fr. Pedro de Alfaro, á quien cuatro años despues siguió Diego de Salazar, nombrado obispo de Manila, con cinco franciscanos más, tres dominicos y tres jesuitas se dirigieron allá ansiosos todos de compartir con los hijos de Agustino el apostolado. Bien pronto sus tareas apostólicas produjeron el apetecido fruto, y tanto que al obispo de Manila hubo necesidad de elevarle á la categoría

de arzobispo, dándole por sufragáneos los obispos de Nueva Cáceres, Nueva Segovia y Zebú. De este modo estas comarcas se hicieron el punto de partida de los misioneros, que desde allí marchaban gustosos á continuar en la India y el Japon la obra de Francisco Javier; unos y otros invadian las Molucas, las Carolinas, las Marianas, las Palaos y el Mogol, mientras guiados por el mismo espíritu se dirigen otros al centro de la India meridional al reino de Madonga, á las cimas del Thibet, para combatir en las comarcas del Bontau la metempsícosis y la poligamia, dirigiéndose despues en 1600 otros á Sian, mientras la congregacion de misioneros de S. Vicente de Paul, se posesionó de la insalubre Madagascar, donde los misioneros eran mártires del clima, despues de haber tenido que sufrir cruelmente en la travesía tempestades y calmas, sin que su ejemplo desanimase á los que iban á reemplazarles. El padre Bourdain, entre otros, instituyó y bautizó á muchos indígenas; pero las esperanzas concebidas se desvanecieron, cuando la destruccion de la Colonia. Tambien en el Océano pacífico penetraron; y aunque regaron áquel suelo con su sangre, lucharon en él las semillas del Evangelio <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Véase la memoria que el R. J. Williams leyó en 1835 á la sociedad de las misiones de Lóndres, que no extractamos por ser demasiado estensa, pero que refiere cuánto tuvieron que trabajar en aquellos climas los operarios del Evangelio.

No hay, pues, país donde no haya resonado la voz de los misioneros: "mares, tempestades, hielos del Polo, dice Chateaubriand, ardores del trópico, nada les detiene; viven con el esquimal sobre cueros de lobo marino, se alimentan de aceite de ballena con el groenlandés, pasan con el tártaro y el iroqués inmensas soledades, montan sobre el dromedario del árabe, siguen el café errante por medio de sus abrasadores desiertos; el chino, el japon y el indio, son sus neófitos, no hay roca en el Océano que escape á su celo; y así como en otro tiempo faltaban reinos á la ambición de Alejandro, falta tierra á su caridad."

Tales son los títulos con que el clero reclama el ilustre blason de humanitario y civilizador de que quereis despojarle: estos son los hechos que presentan los frailes á la gratitud del mundo: esta es la justicia que no ha podido desconocer la historia, siquiera esté escrita por sus mayores enemigos: estas son las voces que desde uno al otro polo se alzan en su defensa: bendecidos en todas partes, á su nombre va unido siempre cuanto dice relación con el bien de la humanidad y de la civilización. ¿Y en vuestro necio orgullo pensais deprimir tanta virtud, oscurecer tanto heroismo y eclipsar tanta gloria? ¿Y en qué apoyais vuestros intentos? ¿Por qué medios quereis llegar al término de vuestros deseos? ¡Ay! nada honesto, nada digno, nada noble. El medio seria combatir

noblemente, oscurecer sus hechos superándolos; sacrificarse por la humanidad y la civilización como ellos se sacrificaron; pero esto dista mucho de corazones mundanos, de espíritus carnales entregados á la depravación y á los deleites. En las orgías no se fortalece el espíritu sino que se enerva; en los circos y anfiteatros no se eleva el alma sino que se envilece, y entre los placeres, lejos de salir con la robustez necesaria para prepararse al combate, languideciendo el espíritu, faltan fuerzas al corazón para conseguir la victoria, y energía para arrostrar la muerte. Los frailes, entregados á la oración en el silencio del claustro, fortalecen su espíritu, y jamás faltó fuerza á su cuerpo para surcar mares, atravesar montañas, internarse en los bosques y penetrar en los desiertos, no para alcanzar un nombre vano ni para conseguir una gloria efímera levantando su vanidad entre los sollozos y las lágrimas del hombre, sobre las ruinas de la sociedad y con menosprecio de la civilización, sino para adquirirse una corona inmarcesible, levantando sobre su sangre y sobre sus cadáveres el templo augusto de la religión, asilo santo de la humanidad, foco de luz en medio de las tinieblas del error, desde donde parten los hermosos rayos que han de vivificar la sociedad y dar impulso á todos los elementos civilizadores. Vosotros nada habeis hecho para que se os considere como á los frailes, habeis destruido cuanto

bueno ellos hicieron, el día del desengaño se acerca, y los pueblos os despreciarán.

No era solo en los países recién descubiertos donde eran útiles los frailes, donde prestaron servicios á la humanidad y donde protegieron la civilización: no suministraron las órdenes nuevas solamente misioneros para aquellos países: el estado de la Europa y el curso de las ideas les pedía aquí controversistas, y si era necesario catequizar al otro lado del Atlántico, también á éste era necesario convertir y convencer: el misionero, pues, fué allí necesario, fué allí útil para introducir la civilización y enseñar los derechos de la humanidad: el controversista lo fué en Europa para salvar ésta y sostener aquella; en uno y otro continente fueron necesarios los frailes; en uno y otro continente trabajaron en provecho de la civilización, derramaron su sangre en defensa de la humanidad y triunfaron levantando sobre sus hercúleos hombros la sociedad que se hundía.

Dejamos probado cuanto dice relación al misionero, y lo dejamos probado con los hechos, y no tenemos miedo de que se nos contradiga: ahora vamos á emprender la misma tarea respecto á los trabajos del controversista; vamos á demostrar cuán útiles fueron para la Europa en estos tiempos los frailes; vamos á usar de las mismas pruebas, á presentar en nuestro apoyo los hechos y á esgrimir por todas armas la historia y el raciocinio,

para conseguir el mismo triunfo. No tememos con tan fuerte escudo el combate, le arrostramos con gusto y satisfacción por lo mismo que sabemos que esta época es el paladion con el cual esperais la victoria y la deidad que invocais para ridiculizarnos é insultarnos. Ya veis que entro en la lid con pleno conocimiento.

Hemos dicho que fueron los frailes necesarios en Europa por estos días, y para corresponder como cumple á este cometido, se hace indispensable dirigir una mirada sobre esta parte del mundo, y como quiera que allí el misionero tenga que luchar con los salvajes, y aquí el catequista que discutir con los herejes, precísanos por tanto, si hemos de manifestar las victorias, reseñar antes los combates. Hemos visto las sangrientas escenas que ocasionaron los albigenses, y nadie recordará los sitios de Beciers y de Tolosa y la batalla de Muret, sin compadecerse de la humanidad y de la civilización. No muy bien vencida esta hidra del infierno, sin tener lugar de disfrutar los frailes las ventajas de la victoria, la herejía de los sacramentarios les prepara un nuevo campo, la señal del combate se da, y al palenque acuden franciscos, dominicos y cuantos frailes y monjes tenía Europa; cupo, sin embargo, lo mas fuerte del combate á las primeras órdenes, y obtienen entre sus hijos el primer lugar santo Domingo y santo Tomás, predicando y componiendo himnos

en honor del Santísimo Sacramento, y S. Antonio de Padua exhortando, convenciendo á los herejes con la eficacia de su palabra y la fuerza de su discurso, y haciendo sucumbir á Bonibillo y á sus numerosos secuaces ante la irrefragable prueba de su milagro.

Seguióse á esto el gran cisma que teniendo principio en 1378 concluyó en 1429 y afligió la cristiandad, dividiéndose en dos cuerpos enemigos, que se dirigian el uno al otro la calumnia y se acusaban mutuamente de usurpacion y de herejía; y esto fué causa de que se perdiera á la santa sede el respeto, al mismo tiempo que á la autoridad de los príncipes, desatándose en sátiras contra ellos, apoyadas por la calumnia y la maledicencia. La sociedad se encontraba trastornada y el cisma hacia sentir su maléfica influencia en todas partes; de aquí las guerras intestinas que mas de una vez turbaron el reposo de los pueblos, de aquí sanguinarios rigores, de aquí crueles tormentos y escandalosos decretos: el clero tuvo que acudir en defensa de la humanidad, y para salvar la civilizacion y la sociedad no se encontró otro medio que la convocacion de un concilio; este se reunió en Pisa; allí fueron citados los dos papas y ninguno concurrió, por lo cual fueron depuestos, privados de la obediencia y nombrado en su lugar Alejandro V que cerró el concilio. Su sucesor Juan XXIII viendo que los escándalos con-

tinuaban, convocó otro para Roma, que no habiendo podido tener lugar en esta ciudad por la usurpacion del patrimonio de S. Pedro que hizo Ladislao de Nápoles, se verificó en la de Constanza.

Este concilio concluyó el cisma y dictó leyes represivas contra los abusos; en tanto los frailes menores son acusados ante la santa sede, y esta diferencia la priva de sus mejores defensores. La falsedad de las acusaciones se descubre á la primera ojeada y prueban el odio que los hombres de la corrupcion y de los abusos tenían á los hombres de la virtud y de la pobreza, en un siglo en que la depravacion era estremada. En tan críticas circunstancias se pensó en el concilio de Viena, y el pontífice mandó á los obispos y prelados que preparasen memorias sobre los abusos que existian en la Iglesia, y los medios de reformarlos. Nos quedan dos, una suscrita por el obispo de Menda y otra sin nombre del autor, y si bien es cierto que una y otra denuncian la corrupcion en que fluctuaba la Europa, tambien es cierto que uno y otro hacen un elogio magnífico de los mendicantes: "religiosos, dice, de costumbres puras, austeros é instruidos, de los cuales deben escogerse los mas distinguidos para el gobierno de las almas."

Siendo esto tan conocido de todos y tan público esta virtud, no pudo menos de causar asombro la persecucion dirigida contra las nuevas ór-



denes cuyo celo por sostener la autoridad del pontífice, los derechos de la humanidad y el progreso de la civilización, eran de todos conocidos. Aquellos hombres austeros habían declarado una guerra abierta al vicio y al error, y si reprendían los excesos de los poderosos sin hacer caso de sus amenazas, no eran menos enérgicos para sostener la autoridad, y siempre se les encontró dispuestos para combatir el error; así es, que tan luego como se levantan los *beguardos*, *beguinas*, *pastorcillos* y *espirituales*, encubriendo con la apariencia de un excesivo rigor abusos reprobados por la Iglesia y hasta herejías declaradas, al momento los frailes menores se lanzan á la palestra, y convierten ó confunden los extraviados. Sucédense los *fratricelas*, predicando que la verdadera iglesia había perecido y exhortando á los reyes á la resistencia al pontífice, con otros mil escándalos y obscenidades, y los frailes menores les salen al encuentro y pulverizan sus cavilidades. Aparecen los frailes de *las pobres gentes* en Praga, se declaran otros, en el Piamonte se manifiestan los *veandeces*, en el distrito de Pasau se deja ver otra emanación de los *fratricelas* y tan terrible falanje viene á estrellarse contra la energía de las nuevas órdenes que por todas partes les salen al encuentro, pulverizan sus impiedades, descubren sus doctrinas disolventes, y salvan la humanidad y la civilización de un cataclismo.

Aparece en tanto Juan de Hus, predicador de la universidad de Praga, quien perorando contra los abusos de todos concluyó por precipitarse en el error: Gerónimo de Praga, su discípulo, le trajo de Oxford los libros de Wicleff y esto acabó de precipitarle. Cuarenta y dos proposiciones fueron condenadas en Alemania, que solo sirvieron para reanimar mas la obstinación del hereje, cuyos discursos dividen á los alemanes y bohemios hasta el extremo de precipitarlos en los mayores desórdenes. En vano el arzobispo de Praga prohíbe aquella predicación; Juan Hus le desprecia y redobla su ardor contra la autoridad del pontífice, y su discípulo Gerónimo quema la bula debajo de la horca, por lo cual arrojado Hus de la ciudad, fué á estender sus doctrinas por otras tierras. Tales eran los asuntos que el concilio de Constanza estaba llamado á resolver. Acusado en él Juan Hus por Sigismundo, y preso poco despues de órden del pontífice, se le presentaron treinta y nueve artículos para que abjurase de ellos y se sometiese á la decisión de los Padres, lo cual como no quisiese verificar fué juzgado y entregado al brazo secular y espiró en la hoguera. Gerónimo de Praga retractó sus errores, reincidió y sufrió la misma suerte. La reforma aun no se había llevado á cabo, por lo cual Martino V convocó el concilio de Basilea que Eugenio IV hizo abrir de nuevo, proponiéndose estirpar la herejía, establecer la

paz entre las naciones cristianas, hacer cesar el cisma de los griegos y reformar la Iglesia. Pero el concilio, estralimitándose de sus atribuciones se convirtió en una asamblea desordenada y tumultuosa; por lo cual su santidad le declaró disuelto, convocando otro para Ferrara. El concilio continuó sin embargo, desobedeciendo al pontífice y llevó su desorden hasta el extremo de suspenderle, nombrando en su lugar á Amadeo VIII, antipapa, que tomó el nombre de Félix V: por el contrario el concilio de Ferrara trasladado á Florencia, se hizo célebre por su firmeza en sostener las sanas doctrinas: allí el pontífice declaró la reunion de las iglesias de Oriente y Occidente, y excomulgó á los padres de la Basilea, que fué disuelto por decision de su pontífice Félix, quien viendo á la Europa entera coligada contra él y contra su concilio, no pudiendo sostenerse ni sostenerle abdicó y restituyó la paz á la Iglesia.

La muerte de Juan de Hus, lejos de servir de enmienda á sus sectarios les sirvió de estímulo, y desde la Bohemia se arrojaron sobre Alemania, cometiendo toda clase de desórdenes, uniendo á la herejía la rebelion y la crueldad; con las armas en la mano arrollan cuanto se les pone delante, y no contentos con ser herejes pasan á los más crueles desórdenes políticos; habiendo batido á Sigismundo de Bohemia, le proponen los cuatro artículos siguientes: que los sacerdotes puedan pre-

dicar libremente la palabra de Dios; que se despojaria al clero de sus posesiones; que la comunión se administraria bajo de las dos especies; y por último, que se impondria pena capital por todos los pecados mortales públicos. No contentos con esto añadieron otros doce, en los que se trataba de la destruccion de los conventos y de las iglesias supérfluas, y del asesinato de los católicos.

Tan perjudiciales doctrinas á la religion y al Estado llamaron seriamente la atencion de los soberanos; y cuando estos fanáticos, bajo el nombre de *taboritas*, *utraquistas*, *calixtinos* y *husitas*, á las órdenes de su terrible Ziska, habian comenzado sus terribles proyectos de devastacion y asesinato, cuando habian depuesto á Sigismundo y batídole de nuevo, despues de haber asolado la Silesia, la Moravia y el Austria, derrotado á Federico el *Belicoso*, y puesto en espanto á toda la Alemania, caen sobre la Sajonia, la Franconia y la Babiera, ejercen horribles destrozos é inauditas crueldades, y cantando: "*Cuando toda la tierra sea devastada y las ciudades queden reducidas á cinco, entonces comenzará el nuevo reinado del maestro, porque ahora es la hora de la venganza, y el Señor es el Dios de la cólera;*" esparcen el terror y el espanto, sembrando la desolacion y la muerte y rasgando las entrañas de la Iglesia y del Estado.

Este desorden introdujo la confusion en todas

partes, y corrompiendo con su mefítica influencia los gobiernos y las costumbres, pervirtió las artes y las letras é introdujo el escándalo en la sociedad: el mundo civilizado se convirtió al paganismo, y vió con dolor alzarse pinturas obscenas en el templo del Dios de la santidad, al lado de la imágen de la Reina de la hermosura y del pudor: allí levantaba su frente orgullosa el mundo de los satirios, de los faunos, ninfas y náyades, con todas sus seducciones sensuales, colocando lo bello en el altar con exclusion de todo, inmolándole la verdad, cuyo esplendor y manifestacion debe ser: entonces fué cuando se reconocia con escándalo en las pinturas de la Vírgen de los castos amores, los retratos de las queridas de artistas disipados, de pintores estenuado su cuerpo por los placeres y estraviada su imaginacion por las ilusiones: entonces fué cuando las gracias que se admiran en la catedral de Siena, profanaron con su desnudez el templo del Dios de las misericordias y la austera majestad de los sepulcros: son los dias de Fornarina y de Julia Farnesio: son los dias de Rafael y Pinturicchio. Las letras marchaban por el mismo sendero, decayeron de su espíritu, desconocieron su mision, descendieron de la elevacion ideal y no se inquietaron para dar un noble objeto á los deseos y á la voluntad; fueron un juego, en lugar de ser un culto. Los pinceles y el cincel perfeccionaron las formas descuidando la idea; la cien-

cia se limitó á admirar á los grandes genios de la antigüedad, y á declarar bárbaros, por respeto á ellos, los tiempos sin civilizar, pero enérgicos, durante los cuales habia madurado la nueva civilizacion. Entonces surgieron tantas obras inmorales, obscenas é impías; se imprimieron los escritos de Maquiavelo, incluso el *Principe*; se escribió la *Calandra*; entonces se tenian en poco las epístolas de S. Pablo, por temor de que su estilo bárbaro no corrompiera el buen gusto. El desborde de las ideas habia corrompido la sociedad civil y habia penetrado hasta en el sacerdocio.

Cuando la inmoralidad se manifiesta abiertamente en las costumbres, en las acciones y en los libros, la religion padece y la sociedad se pervierte y se precipita en los mayores excesos: así sucedia en el siglo presente, y Anival de Ortigués describiendo estos escándalos, dice: "Las córtes de los príncipes estaban pobladas de cortesanos que servian de bufones cuando tenian corta edad, de mujeres en su infancia, de maridos en su adolescencia, de compañeros en su juventud, de corredores en su ancianidad y de diablos en su decrepitud." En medio de este siglo de corrupcion y de miseria, de este siglo de herejías y destruccion, se levantan almas enérgicas protestando contra el vicio, confundiendo la impiedad y cortando los vuelos á la corrupcion. El clero condena las herejías, hace comparecer á los herejes,

los refuta, los combate, y en estas luchas se hacen célebres el cardenal Cesarini, Juan Gerson, el provincial de los dominicos Montenero, y otros mil, en tanto que, oponiéndose otros á la disolucion y á los escándalos, abrazados con la virtud y la penitencia, hacen resonar en los templos las verdades eternas anunciando las cosas futuras. Uno de ellos, Fr. Francisco de Montepulciano, aun muy jóven, se presentó en la iglesia de santa Cruz, donde reprendió con severidad los vicios, asegurando que Dios queria castigar á la Italia, y con particularidad á Florencia y á Roma; y tal fué el espanto que causaron sus predicaciones, que los oyentes clamaban: *¡Misericordia!* entre lágrimas y sollozos. La desolacion era general, y los que no podian oírle por la gran muchedumbre oían á otros, con no menos espanto, repetir lo que habia dicho. No solo hicieron surgir estos sermones frailes que predicasen y predijesen las renovaciones y aflicciones de la Iglesia, sino tambien religiosas, mendigos, doncellas y aldeanos se dedicaron á hacer otro tanto. Así, mientras unos eclesiásticos triunfaban de las herejías, otros reformaban las costumbres, y cuando pululaban por todas partes los hechiceros y embaucadores, y los maleficios y brujerías estaban á la órden del dia, se levantan el franciscano Alfonso Espina y otros muchos, trayendo la razon á su verdadero camino y haciendo triunfar la humanidad y la civilizacion, consti-

tuyéndose en gefes de la verdadera ciencia y en salvadores de la sociedad.

De este modo los frailes, que habian sido una necesidad religiosa y social de su siglo, continuaban prestando los mismos beneficios á la Iglesia y al Estado; pero la sociedad, estraviada por aquella corrupcion universal, en medio de los dislates que en costumbres, artes, política y letras se propagaban, deseaba una reforma y la oposicion estalló bajo el pretexto de buscarla: burlona, irónica é incrédula en Italia se desencadenaba contra la religion, negaba y se sometia: positiva, creyente y violenta en Alemania, queria derribar y volver á construir: en esta parte de Europa, la guerra estaba resuelta contra los hombres del órden, contra los hombres de la civilizacion, contra los hombres de la Iglesia. Eran los únicos que oponian un dique á aquel torrente devastador; eran los únicos que sostenian la humanidad y la religion, y los impíos se cebaron en ellos: el pontificado y los frailes fueron el blanco de sus ataques, y contra ellos dirigieron sus diatribas, en ellos ensafiaron sus plumas, en ellos ensangrentaron sus manos. Renclin, Erasmo, la tragedia titulada la *Papisa Juana* contra el pontificado, y el *Elogio de la locura* contra los frailes, son dignas elucubraciones de la patria de Lutero: la prensa sirvió á los innovadores, como la espada á Mahoma. Erasmo fué digno antecesor del heresiarca aleman.

Quando consideramos este estado de cosas, en el momento en que contemplamos á los enemigos del clero valiéndose de estos medios para desconceptuarle, involuntariamente nos sobrecogemos de espanto al considerar que hoy, como entonces, se ponen en juego los mismos medios, se esgrimen las mismas armas. ¿Quién no conoce el drama de Carlos II? ¿Quién no el de la inquisicion? ¿Quién no tantos otros donde aparecen frailes obscenos, obispos disolutos y avaros, vengativos y ambiciosos pontífices? Si se duda de ello recórranse los dramas, novelas y comedias de nuestros dias y se verá con cuánta razon el clero las impugna, con cuánta razon la Iglesia, por medio de sus príncipes las proscriba, y con cuánta razon los Estados impiden su circulacion. Entonces, como ahora, al través de estos desórdenes, envueltos con el manto de libertad circularon, como circulan hoy, ideas de libertinaje: aquellos tiempos produjeron un Lutero, un Zwinglio, un Calvino, la confesion de Ausburgo y la Iglesia anglicana, de donde tiempo despues salieron los errores político-religiosos de Tomás Moro y Campanela: estas han dado á luz un Lamennais, un Lamartine, un Prudon, el socialismo y el comunismo: entonces hubo hombres que se estraviaron queriendo aparentar una estremada rigidez; tales son Pellicano, Capiton, Oecolampadio y Melancton: en nuestros dias hemos visto estraviarse por el mismo camino á Jan-

senio y los demas de Port-Royal, y posteriormente á Lamennais. De allí surgieron guerras desastrosas que asolaron la Europa, de aquí guerras civiles que abasaron los pueblos; contra aquellas doctrinas proveyó Dios á su Iglesia de enérgicos campeones en los jesuitas y mendicantes: brillaron en el campo del debate Salmeron, Melchor Cano, Covarrubias, Barrientos, Carrafa, Suarez y otros mil, mientras en el campo de batalla cortaba el nudo gordiano de la liga de Esmalcalda la espada de Carlos V y Felipe II: en favor de éstas suscitara Dios de entre su clero ilustres campeones que las harán triunfar, y príncipes esclarecidos que prestarán apoyo á su iglesia: de allí nacieron ilustres órdenes religiosas al impulso de S. Juan de Dios, S. Francisco de Paula, S. Felipe Neri y los teatinos: en nuestros tiempos hemos visto los hermosos institutos de S. Vicente de Paul, las misiones de la propaganda y la asociacion de la santa Infancia: contra aquellos esgrimió su pluma Melchor Cano, Paiba Andrada, Carrisio, Belarminio, Granada, Petavio y otros, triunfando victoriosamente de los protestantes Bossuet en sus *Variaciones*; de Jansenio, el cardenal Norisio, Gerónimo Turrio y otros; de los de Port-Royal y de los enciclopedistas, el ilustre Bergier; y en nuestros dias han tenido las doctrinas ortodoxas ilustres campeones en los Quevedos, Inguanzos, Alvarados y el nunca bien llorado Balmes.

Si tratáramos, y la índole de nuestra obra nos lo permitiera, de hacer una reseña detenida de todos los errores de estas diferentes sectas, veríamos que todos convienen en un punto capital, que es: hacer la guerra á todo principio de autoridad, al pontificado y al imperio; y como los frailes eran el sosten de estas dos instituciones, de aquí el odio que les profesan, de aquí esos virulentos ataques, de aquí esas diatribas obscenas, de aquí esas sátiras picantes. No hay mas que considerar los sucesos, no hay mas que meditar en las doctrinas y se ve descubierta esta verdad. La Europa, bajo el cetro y la direccion de estas dos potestades, se habia desarrollado admirablemente, habia triunfado de todos sus enemigos y habia establecido inolvidables instituciones: la religion florecia en ella, y á la sombra de este árbol frondoso, los Estados prosperaban, eran respetados todos los derechos y eran garantidas todas las libertades.

En la edad media, una sociedad nueva protegida por la mano de Dios, se habia desarrollado bajo las alas del cristianismo. Dios, único origen del poder, le habia confiado á su vicario sobre la tierra, el cual ocupado en salvar las almas y en conservar la integridad del dogma y la pureza de la moral, habia entregado al emperador una de las dos espadas. Ungido de Cristo en la tierra, era considerado aquel príncipe como cabeza de los

reyes, como representante del poder temporal de la Iglesia en la grande unidad que se llama *catholicismo* en el orden religioso, y figuraba en el orden terrestre bajo el título de *Santo imperio romano*.

Concepcion sublime que colocaba al mundo, no ya bajo la arbitrariedad de la fuerza, sino bajo la tutela de las ideas; que no establecia á los reyes por derecho de conquista ó de nacimiento, sino en consideracion á su fé y opinion; que previniendo á menudo las guerras, las hacia siempre menos homicidas; que ponía á cubierto á los reyes y á los pueblos de mutuos atentados, llamando á unos y á otros á dar cuenta de su conducta ante un tribunal inerme, si bien enteramente poderoso, porque estaba cimentado sobre la conciencia de los pueblos.

Este estado de cosas á que habia traído el clero al mundo, estas mejoras que habia obtenido en beneficio de la humanidad y de la civilizacion, y que habian sacado á la sociedad del miserable y depresivo estado en que la encontró el cristianismo, hubiera seguido desenvolviéndose y hubiera sido conducido á su perfeccion sin la violenta intervencion de las herejías, miasma corrosivo que infestó la Iglesia, y el Estado, detuvo el curso de las mejoras, paralizó los esfuerzos del clero, atropelló los fueros de la humanidad y contuvo el progreso civilizador. No se diga que esto es una su-

posición gratuita de nuestra parte, y si acaso esto se proclama, diremos, que la lectura de la Biblia y las predicaciones de Lutero que escitaron los pueblos á la revolucion en Alemania, inundaron de sangre su tierra y de cadáveres sus campos; la cruzada que escitó contra los obispos y los frailes, reprobada hasta por Osiander y Erasmo, todo, todo dice mas altamente que nuestras palabras la verdad de nuestro aserto. Si de aquí nos trasladamos á la Bohemia vemos ocasionados los mismos desastres á la voz de Ziska; pasando á la Franconia, horroriza oír las predicaciones de los anabaptistas Storch, Pleifer, Munzer para alarmar los pueblos contra la Iglesia y los soberanos. Uno compara á los príncipes, á los magistrados, á los obispos y á los eclesiásticos con las ratas, y esclama: "¡A las armas, fuera trincheras! ¡Israel á las tiendas! ¡Ha llegado el día del conflicto? Sucumban nuestros tiranos; ardan sus iglesias y castillos," y ceba su furor con la esperanza de un rico botin. Otro se lanza en las minas de Mansfeld y dice: "Despertaos, hermanos, coged vuestros martillos y herid en la cabeza á los filisteos, ejecutad la obra de Dios," y de este modo lanza á los aldeanos á los horrores y los precipita á la muerte. Pasamos á Suiza, y á la voz de Zwinglio, Engelhard y Leon Judas, se trastornan todos los ritos de la Iglesia, se queman las imágenes, se trunca el dogma y hasta entre los mismos sectarios es-

talla la guerra, y en los campos de Cappel corre la sangre á torrentes. La Francia y la Inglaterra, á la voz de Calvino empuñan las armas, y en civil discordia se despedazan, cebando su furor de sangre en inermes sacerdotes y en tristes católicos, en el altar y en el trono. En España el médico Servet levanta el estandarte de la impiedad y de la anarquía, que sin el proverbial catolicismo de los españoles hubiera causado los mismos desastres: avanzando un poco mas vemos la obra de los enciclopedistas franceses en los amargos frutos de la Convencion: pasando mas adelante encontramos las consecuencias de los jacobinos, carbonarios, fracmasones y demas sectarios en las revoluciones que agitan la Europa y conmueven el mundo. Las espadas de Carlos V y de Felipe II cortaron la cabeza de aquella ponzoñosa hidra; el concilio de Trento y los frailes inutilizaron su veneno. La espada de Napoleon concluyó con la segunda; los escritos de Vergier, de Goti, de Veneto, de Berti, de Henno y otros la opusieron un dique insuperable: en nuestros dias no cesa el cle-ro de combatir la tercera, y la sensatez del pueblo utilizando todos sus esfuerzos hará fácil la victoria al príncipe que Dios destine para ilustrarle con su triunfo.

¿Qué han querido y quieren conseguir los herejes de todos los tiempos con sus impías doctrinas? Se dice y se proclama, que los derechos de

los pueblos, y á esto responde el mismo Lutero con estas palabras: "Castigad, castigad, príncipes. ¡A las armas! Herid, matad; ha llegado el maravilloso tiempo en que un príncipe dando muerte á los villanos puede merecer el Paraíso con más facilidad que otros orando." Se dice también que en su mayor parte fueron honrados; y sin embargo, no hay un crimen que no hayan cometido, no hay una inmoralidad que no hayan perpetrado, y sus doctrinas sobre la justificación, la incredulidad sobre el purgatorio y el infierno revelando la maldad de sus almas, patentizan el caos de miserias en que querían envolver á la sociedad. Se les llama humanitarios, y predicando que han venido á traer *el acero* y no *la paz*, estampan por lema de su bandera, *Muerte*: se les llama civilizadores y destruyen los monumentos de las artes, y separan los brazos de los talleres para hacerlos servir á sus venganzas particulares: se dice que han ayudado al progreso del saber y á la ilustración, y sin embargo, escriben que las ciencias son inútiles, la filosofía diabólica y las letras corruptoras. Se les proclama amantes de la patria y la libertad, y aconsejan sucumbir ante una invasión extranjera por temor de no contribuir al engrandecimiento de los pontífices, *protectores continuos* de la libertad europea. Se les alaba como á los propagadores de la libertad, de la razón y de la conciencia, y los hechos y la his-

toria nos los presentan intolerantes con cuantos se oponen á sus doctrinas maldiciendo á quien no acata sus decisiones, y apelando al acero y á las cadenas contra los que no son de su modo de pensar; y finalmente, se les califica de los predicadores de la igualdad y de los amigos del pobre, y sin embargo, los vemos, elevándose sobre el pobre, despreciar al pueblo, de cuyos senos salieron, ahogar entre el estruendo de las orgías el llanto del desvalido, mirar con indiferencia las miserias del pobre y dormirse al compás de los lamentos del oprimido<sup>1</sup>. Esta fué su conducta en todos tiempos, y no ha variado en el presente: el móvil de sus acciones es el orgullo, y no puede producir frutos de caridad.

La lectura de los libros, la estension de ideas perjudiciales por medio de la prensa, han sido siempre las armas de que se valieron los novadores para atacar los poderes constituidos, introducir la anarquía en los Estados, trabajar la humanidad y destruir la civilización. Tales son los medios que vemos practicados en nuestros dias; tales son los que siempre practicaron; testigo un célebre historiador<sup>2</sup>. "Desde el momento, dice, en

<sup>1</sup> Toquéville. Tom. II de la Democracia en América. Erasmo. Ep. 1,101, 1,528, 949, Cod. an. Abraham Ruchat. Hist. de la Reforma en Suiza.

<sup>2</sup> César Cantú. Tom. 25, pág. 269, 270: edicion de Mellado.



que la Biblia pudo ser interpretada por todos según su deseo, hicieron que sirviese al interés de las pasiones, y se sabe que los que tienen por objeto la política son siempre violentos. Cuando los aldeanos leyeron en el Evangelio, que los hombres son iguales, habían encontrado á Dios y al príncipe, pero no á la nobleza; quisieron estender á la par de la libertad religiosa las libertades civiles, y suscitaron quejas contra los pequeños señores que los oprimían, á imitación de los grandes. Ya anteriormente se habían amotinado y sublevado formando ligas con objeto de emanciparse, tomando por insignia el zueco del villano [*bundschuh*], en oposición á las botas de los señores." Así fué y es como siempre han introducido y propagado sus impías doctrinas, y esto acredita la verdad del Evangelio, que la barca de S. Pedro no bogaría siempre en paz; y viendo el porvenir el Apóstol, dice: "Que se levantarán hombres estendiendo falsas é impías doctrinas, contra las cuales debe estar apercebido el clero:" de aquí emana, pues, el derecho que tiene el sacerdocio para oponerse á la circulación de libros que contengan doctrinas contra el dogma y contra la moral; de aquí nace el establecimiento de la censura; y como sea un derecho y una institución tan combatida en el día, de aquí el que nos aprestemos á su defensa.

Cuando no se conocía la imprenta hemos demostrado que los eclesiásticos eran los únicos que

se consagraban á copiar las obras antiguas, y los únicos genios que producían las nuevas: cuando surgía el error le impugnaban en el púlpito, en las cátedras, por medio de pastorales y publicando obras en su refutación; si no producía esto el efecto deseado, la Iglesia se reunía en concilio, citaba al autor, procuraba convencerle, y si no lo conseguía declaraba impía y perjudicial la obra, y lanzaba el anatema sobre el autor y cuantos la leyesen. Estos medios eran entonces suficientes para contener el mal, porque la pluma no podía propagar las ideas con tanta velocidad como lo hizo después la imprenta; tuvo lugar este prodigioso descubrimiento, y tuvieron necesidad los obispos y los gobiernos de adoptar otras medidas: los impresores al principio eran también libreros, y se mandó que no pudieran ejercer su profesión sin un privilegio particular, que nunca se concedió sino después de muchas y muy delicadas informaciones sobre la conducta del peticionario, remedio que hicieron indispensable los abusos que se empezaban á notar. El más antiguo fué el expedido á favor de Juan de Spira, por el senado de Venecia, su fecha 1469, y cabe también al mismo senado, la gloria de haber sido el primero en mandar depositar en la Biblioteca de la señoría, un ejemplar de cada publicación (1603). Tampoco esta providencia fué suficiente á cortar el mal, y las doctrinas que empezaban á circular, hicie-

ron indispensables otras medidas; cabe á la universidad de Padua, la iniciativa en esta reforma: ella, pues, fué la que proclamó y practicó la censura, poniendo á la imprenta bajo la vigilancia de sus rectores. Tuvieron, pues, necesidad los editores, de obtener de ellos un privilegio que se les daba por diez años, previo el reconocimiento de las obras que imprimian, á condicion de que la edicion apareciese en un tiempo fijo y fuese hecha con el mayor *esmero, correccion y cuidado*.

Los libreros de Paris, así como los de Bolonia, dependian de las universidades que los nombraban, exigiéndoles un juramento y una fianza. Ningun libro podia ser puesto á la venta en Paris sin aprobacion de la universidad, que con el dictámen de cuatro libreros jurados determinaba el precio de la venta ó del alquiler; y todo librero debia tener su catálogo espuesto en la tienda con indicacion del precio. Alguna vez las obras consideradas reprehensibles fueron quemadas. Las universidades de Tolosa y Venecia procedian de la misma manera.

Los copistas y pedantes no eran los únicos en aterrarse con aquella difusion de ideas veloz: inspiraba tambien inquietudes á hombres animados de intenciones juiciosas. Ermolao, bávaro, era de parecer que, considerando la frivolidad de muchos escritos, no se dejase publicar ninguno sin aprobacion de los jueces competentes. Los gobiernos

se preocuparon de otros peligros mayores que el de la frivolidad, especialmente en Alemania, donde se empezaba á hablar contra la Iglesia; razon por la cual hallamos la aprobacion superior colocada en ciertos libros, quizá á peticion del autor ó editor. Habiendo sido denunciada una obra á Luis XII, como que contenia máximas heréticas, la sometió á la universidad de Paris, para que la *reviséis*, dijo á los doctores, y *examineis cuidadosamente* y la refuteis por las *razones, puntos y artículos que os parezcan ser contra verdad*. Escelente modo de censura. El primer libro que se conoce revestido de la autoridad legal es de 1475. Instituyóse un verdadero censor por Bertoldo, arzobispo de Maguncia <sup>1</sup>, con la intencion evidente de

1 "A pesar de la facilidad que el arte divino de la imprenta suministra para adquirir la ciencia, se halla que algunos abusan de esta invencion y emplean en detrimento del género humano lo que se halla destinado á su instruccion. En efecto, se encuentran los libros acerca de los deberes y doctrinas religiosas, traducidos del latin al aleman, y estendidos por el pueblo en mengua de la religion. Algunos han tenido la osadía de poner furtivamente en lengua vulgar los cánones de la Iglesia pertenecientes á una ciencia tan difícil, que basta para ocupar la vida del hombre mas sabio: ¿se pretenderá que nuestra lengua alemana pueda espresar todo lo que grandes autores han escrito en griego y latin, acerca de los profundos misterios de la fé cristiana y la ciencia en general? Esto es imposible. Se hallan obligados á inventar palabras nuevas ó á emplear las antiguas en un sentido erróneo. Expediente peligroso, sobre todo cuando se trata de las santas Escrituras. ¿Quién creerá

impedir las traducciones incorrectas de los libros sagrados, mas despues Alejandro VI, informado "de que muchas obras perniciosas se habian impreso en diversas partes del mundo, sobre todo en las provincias de Colonia, Maguncia, Tréveris, Magdemburgo," prohibia á los impresores de estas provincias publicar libro alguno sin permiso de los arzobispos. Tratábase en este pais de los primeros gérmenes de la reforma. Una bula de Leon X de 4 de Mayo de 1515, manda que ningun libro sea puesto en prensa sin propia autorizacion. En 1543, la facultad de teología de Paris prohibió imprimir cosa alguna sin el parecer del rector y del decano de la facultad superior, quienes hicieron examinar las obras nuevas por dos profesores de cada facultad.

que hombres estraños á la ciencia, y que las mujeres en cuyas manos pueden caer estas traducciones se hallen en estado de encontrar el verdadero sentido de los Evangelios ó de las epístolas de S. Pablo? Aun menos sabrán ilustrar las cuestiones que hasta entre los escritores católicos dan lugar á sutiles discusiones. Pero puesto que este arte ha sido inventado en Maguncia, se puede verdaderamente decir, con la asistencia divina, y que debemos honrarle, prohibimos severamente á cualquiera, que sea traducir al aleman ó hacer circular ningun libro traducido sobre cualquier asunto de las lenguas griega, latina ú otra, al menos que estas traducciones no hayan sido antes de la impresion ó postura en venta, aprobadas por los cuatro doctores ya citados; bajo la pena de excomunion, confiscacion de libros y multa de cien florines de oro en provecho de nuestro banco." Beckman.

En España ha sido admitida la censura y establecida muy desde el principio de la imprenta como lo demuestran la mayor parte de las obras que se hallan impresas, las cuales llevan al principio la competente licencia; de aquí es que en este pais se ha conservado en mas pureza el dogma, y la moral no se ha pervertido, y de este modo se ha evitado la efusion de sangre con todas las demas plagas que afligieron á la Europa y ensangrentaron sus fértiles campiñas: aquí fué donde primero, para evitar la circulacion de ideas heréticas, inmorales y subversivas, se elaboraron índices donde se anotaban los libros que las contenian, calificándolos debidamente y prohibiendo su lectura bajo severísimas penas; aquí fué donde el clero mas que en ninguna otra parte veló por la salvacion de la Iglesia y del Estado, y no se diga que con esto opuso un dique á la expansion de las artes y de las ciencias, porque á esto contestarán los sabios que asistieron al concilio de Trento, el magnífico monumento del Escorial y el inmortal Quijote: se levantarán Juan de Herrera y Melchor Cano, Luis Vives y el padre Granada, Siliceo y Zamora, Aspilcueta y Mariana, Garcilaso de la Vega y Cervantes, Fr. Luis de Leon, Ercilla, Tárrega, Carpio, Guevara, Galarza, Calderon, Moreto, Tirso de Molina, Antonio de Solis con esa esclarecida falanje de hombres eminentes que hicieron de la dinastía austriaca el siglo

de oro de las ciencias, de las artes y de la literatura española.

Confesamos que nos sorprende en gran manera que se haya atacado á la censura y considerádosela como una traba impuesta al talento y como una rémora que corta los vuelos al genio. Tan lejos de ser así la consideramos tan útil como el timon á la nave; sin él ésta se dejaria llevar á merced de los vientos sin rumbo fijo, no evitaria los escollos y concluiria con perecer en las ondas; sin la censura, el genio, á merced de los impulsos de sus pasiones, acalorada la imaginacion en el arrebató del estro, mandaria á la pluma ideas acaso en contradiccion con sus sentimientos, perjudiciales á la religion y á la sociedad, nocivas al hombre y disolventes del órden y constitucion de los Estados. Abandonado á sus propias fuerzas el talento del hombre, como quiera que sea limitado y propenso á error, caminaria de precipicio en precipicio y de abismo en abismo si no tuviera un freno que le contuviese, una luz que le hiciese ver los peligros y un guía que le apartase de los precipicios; es un ciego que necesita director, y este director es la censura eclesiástica.

Mucho quisiéramos y pudiéramos decir en defensa de esta institucion, pero tenemos muy corto espacio y muchas materias que tratar, y debemos confesar, si bien con toda la amargura de nuestra alma, que habremos de hacerlo brevemente; qui-

zá no será en esta obra solo donde abordemos esta cuestion, y si Dios nos los permite, entonces lo haremos con toda la estension que merece; mas en tanto llega ese dia vamos á desmentir á nuestros detractores, y les vamos á impugnar con la historia, con los hechos, esperando en Dios nuestro Señor que la historia y los hechos convencerán su injusta detraccion. Empecemos, pues.

Nadie ignora el abuso que se hace de la libertad de escribir: todos confiesan la posibilidad de que el hombre, fiado á sí propio, se precipite en errores, que corregidos y advertidos antes que se apoderen del corazon y le dominen, es muy fácil reparar; pero que una vez posesionados de él, es muy difícil, quizá imposible desalojar: tambien es sabido cuánto el hombre se apega á sus ideas, cuánto nos ciega la vanidad; pues bien, todos estos enemigos combate la censura, todos estos vicios sofoca, todos estos males evita, y como la prensa estiende las ideas con una rapidez admirable, y como el vulgo es fácil de alucinar y las malas doctrinas están siempre en armonía con nuestras pasiones, de aquí se sigue que adquieren prosélitos, y las costumbres se corrompen, la religion decae, las buenas ideas se desprecian, el error pulula y las malas doctrinas triunfan; los Estados se desmoralizan, viniendo de aquí como por sus pasos contados á las discordias, á la anarquía, á la revolucion. . . . En el dia, la esperien-

cia nos ha acreditado estas verdades de un modo tan manifiesto, que no hay persona sensata que las niegue; mas si hubiese alguno, para convencerle nos bastaria presentarle el catálogo de las obras que hoy se publican y se han publicado de algun tiempo á esta parte, y ellas confesarán nuestro aserto y tanto mas claramente le publicarán, si al lado de ellas presentamos la sociedad actual amamantada con estas doctrinas é infestada con estas ideas, y estamos seguros de que tan negro y triste cuadro le hará retroceder espantado, y si conserva corazon y sensibilidad en el alma, confesar la necesidad de la censura en los escritos como el único medio de poner coto á tan contagiosa y terrible enfermedad.

Nosotros preguntamos á los hombres de buena fé, á los filósofos, á los superiores, á los gobernantes, á los padres de familia, que nos digan si no es verdad que temen, y temen mucho de la actual sociedad: ¿y saben nuestros enemigos por qué? Nosotros lo diremos: porque hácia donde quiera que miran no ven mas que el vicio triunfante y la virtud proscrita, la malicia dominando y la moralidad en el olvido; mas aún, en el desprecio. La sociedad actual, cínica y sin fé, tiene por alimento la impiedad, y el ateismo es su religion; de aquí nace como una consecuencia necesaria la dissolution en los jóvenes, el descaro en los niños y en los adultos el vicio y la corrupcion; de aquí

que los crímenes se repitan con tanta frecuencia y se perpetren con circunstancias tan aterradoras; de aquí la falta de probidad en el desempeño de los cargos sociales, en los grandes y en los pequeños la desobediencia y el desenfreno; de aquí, finalmente, el caos en que nos encontramos sumidos, cuyos males lloramos, cuyo remedio todos desean y cuya reparacion nadie vislumbra.

En el dia, en medio de la corrupcion que todo lo ha invadido, los obispos, en cumplimiento de sus deberes y en uso de las atribuciones que el Concordato les concede, han prohibido la circulacion de escritos impíos, de inmorales novelas y antisociales producciones: la prensa, sin tener en cuenta el respeto que se les debe, lo elevado de su mision y lo sublime de su carácter, ha lanzado contra ellos sus dardos envenenados, queriendo en la elacion de su orgullo hacer descender al terreno de la discusion la autoridad que el cristiano solo debe acatar: de todas partes el episcopado español mostrándose digno de la eleccion que en él hiciera la Divina Providencia, ha respondido al ataque con pastorales llenas de erudicion y santa ciencia, en las que confundiendo á los detractores, han cumplido debidamente el cargo que se les impuso de velar por la salvacion de las almas y confirmar á sus hermanos y súbditos en la fé. Allí, en esos documentos admirables de su celo apostólico, se eleva su sabiduría á una altura que

no puede alcanzar nuestra débil ignorancia: los periódicos religiosos han trasladado á sus columnas estos célebres documentos que nosotros transmitiríamos á nuestra obra de buen grado, si para ello estuviéramos autorizados y no temiéramos que su demasiada estension nos hiciera faltar á la brevedad que al empezarla nos hemos propuesto; á ellos, pues, remitimos á nuestros lectores con la convicción de que tan autorizadas palabras y tan sólidas razones ejercerán sobre ellos toda la influencia que ejerce la verdad para formar la convicción.

Hemos pagado este tributo de respetuosa veneracion á nuestros prelados, con tanto mas placer, cuanto que nada como sus pastorales prueba el derecho que tiene la Iglesia para inspeccionar las obras que se publiquen, puesto que, como verdadera madre, debe alejar el veneno que, corrompiendo la salud del espíritu, puede matar las almas. Para preservar, pues, tan hermoso tesoro de los dientes voraces del lobo, ningun medio debe omitir, y por consiguiente siendo la censura un preservativo de estos males, estuvo y está en su derecho al establecerla. De cuánta utilidad haya sido á los Estados y á la Iglesia, cuántas herejías, errores y trastornos haya evitado, nos lo demuestra la historia presentándonos la paz, la felicidad y la abundancia, haciendo prosperar las naciones en proporcion que en ellas se ejercia con mas

ó menos escrupulosidad este hermoso atributo de la Iglesia.

No obstante lo dicho, la historia misma nos demuestra que la censura tampoco fué suficiente para cortar el mal; que á pesar de su rigidez las obras circulaban, los errores levantaban la cabeza; las herejías, infestando el cuerpo religioso, gangrenaban la sociedad, y los desafueros cometidos en todas partes, y la guerra ejerciendo su maléfico influjo, asolando las mas fértiles campiñas de Europa, y llevando la destruccion y la muerte á las mas bellas ciudades, y los crímenes, que en todas partes se perpetraban por los judíos y por los herejes, tenian inquietos los ánimos y en conmocion todos los corazones: los ojos veian los males, los oidos percibian los escándalos, los espíritus estaban en fermentacion, la voz pública los acusaba de horribles maldades; aquí cundía la idea de haber azotado la imagen veneranda del Redentor, allí de haber incendiado las iglesias; unas veces se decia que al saqueo y al incendio de los templos habian unido la impiedad de arrojar la sagrada Eucaristía en lugares inmundos, y de violar las esposas de Jesucristo; en otras partes se contaba públicamente que celebraban sus festividades degollando un niño, asando sus carnes y distribuyéndolas con su sangre á los circunstantes: los corazones respiraban venganza, las palabras la anunciaban, y los motines que en dife-

rentes puntos estallaron la hacian inminente: en tal estado las cosas, y cuando en la mayor parte de Europa la guerra religiosa ejercia sus furores, en los pueblos que la misericordia de Dios habia preservado de ellos, tuvieron los gobiernos y la Iglesia que acudir á sostener la vacilante sociedad, y al efecto se estableció el tribunal del santo Oficio.

Como quiera que esta institucion religiosa haya sido muy combatida, como quiera que en el dia, mas que nunca, se hable de ella del modo mas descomedido y procaz, y que no haya habido escrito donde no se haya ridiculizado, lengua que no se haya cebado en ella, y que unos por malicia y otros por ignorancia, todos la acusen y maldigan; nosotros, que no solo la consideramos una necesidad de su siglo, sino el baluarte donde la humanidad y la civilizacion se salvaron, vamos á acometer la empresa de defenderla, y á justificar con los hechos las razones en que nos apoyamos. Todo el mundo sabe el estado de la Europa en el tiempo en que se estableció la inquisicion, y de todos son conocidas las calamidades que affligieron á la humanidad y los violentos ataques que sufrió la civilizacion por parte de los herejes, y esto justifica la ereccion de un tribunal que, poniendo coto á los males, librase la sociedad de tanta desgracia, con lo cual queda demostrado que la inquisicion fué una necesidad de su siglo:

sin embargo, como quiera que nos guste en todo el órden, empezamos por establecer que la repression de los errores fué una defensa legítima contra la tiranía de la persecucion y de la seduccion; esta verdad fué reconocida desde tiempos muy remotos, y desde su reconocimiento datan las leyes represivas de la herejía y la imposicion de castigos corporales contra los herejes. Para demostrar esta verdad nos valdremos de la historia, y ella nos hará ver que la Iglesia, y por consiguiente la inquisicion, jamas faltaron á aquello del Evangelio que Dios no quiere la muerte del pecador, y que la pena del último suplicio fué exclusivamente obra de los príncipes y no de la Iglesia, que siempre procuró la conversion del que yerra.

Desde muy antiguo el derecho romano, se habia ya mezclado en esta especie de casos. Acordándose los emperadores del tiempo en que reunian los poderes en calidad de gefes del Estado y de pontífices supremos, creyeron que la ley debia proteger la creencia y el culto como los bienes y las personas: en su consecuencia, multiplicaron con este fin los decretos, á que dieron por sancion penas corporales. Dos decretos contra los herejes fueron publicados por Teodosio I, tres por Valentiniano II, doce por Arcadio, diez y ocho por Honorio, diez por Teodosio II y tres por Valentiniano III, insertos todos en el código y amenazando

con diferentes penas, aunque rara vez con la capital, en atención á que los obispos se oponían á ello. A los prelados se confiaba el cuidado de decir, si una opinión era heterodoxa, mientras que el conocimiento del hecho y el fallo de intervenir incumbían al magistrado secular.

Así acontecía á la decadencia del imperio romano, y bajo este pie continuaron las cosas en Oriente; pero en Occidente, después de la invasión, cuando ocurría castigar alguna trasgresión de las leyes eclesiásticas, usaba el obispo de esta autoridad, espiritual y temporal á un mismo tiempo, de que gozaba entonces. A veces también, siendo considerada la herejía como una desavenencia política, se procedía contra ella por la fuerza, como hizo Ariberto, arzobispo de Milan, respecto de ciertos herejes que se habían reunido en el territorio de Asti, en el castillo de Monforte (1028). Tomó la plaza por asalto y los condujo á Milan, donde los envió á la hoguera.

Cuando se puso nuevamente en vigor el derecho romano, se hallaron testos que invocan en favor de las persecuciones contra los descreídos, y de este modo se estableció en los códigos el principio de castigarlos como enemigos de la sociedad, cuya tranquilidad perturbaban y cuyo reposo esponían. Habiendo celebrado Federico Barbaroja un concilio en Verona, en unión de Lucio III (1184), ordenó á los obispos que inquirieran las

personas sospechosas de herejía, distinguiéndolas en cuatro clases; los acusados, los convictos, los penitentes y los relapsos. Othon III (1210), durante su permanencia en Ferrara, puso bajo el edicto del imperio á los *gazaros* y á los *patarinos*, y pronunció contra ellos penas rigurosas. Federico II, en la época de su coronación (1220), fulminó contra los herejes castigos temporales; volvió á la carga por cuatro edictos promulgados en Padua (1240), y en los cuales dice que, "haciendo uso de la cuchilla que Dios le ha confiado contra los enemigos de la fé," quiere que los numerosos herejes con que la Lombardía en particular se halla infestada, sean presos por los obispos y entregados á las llamas vengadoras, ó se les corte la lengua.

Esta es la primera ley de muerte pregonada contra los descreídos. El mismo Federico dió otra en las constituciones del rey de Nápoles (1231) contra los *patarinos*, lamentándose de que desde la Lombardía, donde abundaban principalmente, hubiesen penetrado en gran número en Roma y hasta en Sicilia<sup>1</sup>; envió para dirigir persecucio-

<sup>1</sup> Constitutio inconsutilem. Const. de Receptoribus, I. En una carta de Honorio á las ciudades lombardas, dice: "El emperador se ha lamentado porque las ciudades lombardas le han impedido usar de ella, como pensaba, contra la herejía." Rain. ad. an. núm. 26.



nes contra ellos al arzobispo de Reggio y al mariscal Ricardo de Principato.

Con arreglo al ejemplo y á la autoridad de los decretos imperiales hicieron las diferentes ciudades estatutos contra los herejes, y los persiguieron como culpables de delito capital. En Milan se decretó (1228) *que toda persona pudiera á su voluntad prender á un hereje; que las casas donde fueran descubiertos serian demolidas, y los bienes que allí se encontraran confiscados*<sup>1</sup>. El arzobispo Enrique de Settala, instituido entonces inquisidor, *jugulavit hæreses*, y se le elogia por ello en su epitafio. Todavía se ve en Milan la estatua ecuestre del podestá Oldrado de Terezena, que *catharos ut debuit ussit*<sup>2</sup>, dice la inscripcion hecha en su alabanza.

Sin embargo, aun los herejes se aumentaban, y desde Tolosa partian en todas direcciones á propagar el error, haciendo infructuosas cuantas medidas se adoptaron al efecto; por lo cual, tan luego como ascendió al trono pontificio Inocencio III, se ocupó en los medios de estirpar la zizafia. Envió frailes á predicar las sanas doctrinas, exhortando á los príncipes á secundar sus esfuerzos; así es, que á la excomunion fulminada por los inquisido-

<sup>1</sup> Corio, p. II, 72.

<sup>2</sup> Se halla en la plaza de los Mercaderes.

Galvano Fianuna, cronista de mucho ingenio, dice: *Inmarmore super equum residens sculptus fuit.*

res sobre el hereje, el brazo secular confiscaba sus bienes, le desterraba y hasta le imponia la pena capital. De lo cual aparece la justificacion mas completa de este tribunal: 1º, porque queda demostrado que ni imponia ni aplicaba la pena de muerte ni la de confiscacion de bienes, lo cual era una atribucion del brazo secular: 2º, que no es responsable de las tropelías que se le imputan, puesto que procedia por todos los medios que marca el Evangelio, y antes de declarar á uno hereje le exhortaba, le amonestaba y procuraba por todos los medios de dulzura separarle del error, y solo echaba mano de los rayos de la Iglesia cuando habia apurado todos los recursos de la caridad.

Tal es el origen del tribunal de la Inquisicion, que se puede considerar, y no debe causar extrañeza, como una verdadera mejora, porque sustitua á las matanzas en masa y á los tribunales sin derecho de gracia, estrictos observadores de la letra de la ley, como los que eran instituidos en virtud de los decretos imperiales. Este tribunal amonestaba por dos veces antes de intentar ningun procedimiento: solo preceptuaba el arresto de los herejes y de los relapsos. Aceptaba el arrepentimiento, y á menudo se contentaba con castigos morales. Así salvó á muchas personas á quienes hubieran condenado los tribunales ordinarios. Por eso los templarios solicitaron en alta voz ser

sometidos al tribunal de la Inquisicion en la época de su célebre proceso.

El concilio de Beziers determinó las reglas que debian seguirse en esta clase de negocios. Quiso que se aplicara desde luego el aceite á las llagas como al herido del Evangelio. En caso de denuncia de un hereje se le debia señalar, para venir á resipiscencia, un término de gracia, pasado el cual se le consideraba como rebelde. Era admitido á disculparse: si sus escusas parecian insuficientes, el castigo debia seguir inmediatamente, sin que á pesar de todo pudiera ser condenado mas que en virtud de su declaracion ó de pruebas convincentes. La memoria de los que llegaban á morir en la herejía venia á ser infame <sup>1</sup>.

Concluida esta reseña histórica del origen de la Inquisicion, estamos en el caso de tratar lo que respecto á ella sucedió en nuestra patria, habiéndolo dejado para lo último, con la idea de manifestar la injusticia con que se impugna á este tribunal, y por lo mismo que es tan combatido y nos toca tan de cerca, demostrar lo infundado de los ataques.

Victoriosos los reyes católicos de la media luna, y colocado el estandarte de la cruz sobre los minaretes de la Alhambra pensaron en el medio de asegurar su conquista y conservar pura la fé de

<sup>1</sup> Labbé, tom. 9, págs. 677 y 688.

Jesucristo por medio de la unidad religiosa de la monarquía. Este derecho no se les podia disputar como soberanos que tenian la obligacion de velar por el bien de sus súbditos y por la conservacion de la pureza de la fé: lo primero tiene su origen en la institucion de todos los gobiernos; lo segundo le trae de la ley fundamental española, establecida en el tercer concilio de Toledo, celebrado en 589, que declaró que la religion católica, apostólica romana habia de ser la única religion de todos los españoles; ley aceptada por Recaredo y por la Iglesia, promulgada solemnemente y recibida por la nacion entre los trasportes de júbilo. Ley que el sexto concilio de Toledo declaró fundamental de un modo, si cabe, mas solemne, y así es que desde aquel momento quedó aniquilada la herejía, y los judíos, si bien fueron tolerados en España, no deben considerarse como tales ciudadanos sino como un pueblo acogido en su suelo por mera commisceracion de los naturales, y esto se demuestra porque ni podian ser habilitados para los oficios públicos <sup>1</sup>, ni podian llevar los cadáveres con la solemnidad del canto <sup>2</sup>, ni podian tener esclavos cristianos <sup>3</sup>, y en cuanto á los restos idólatras que quedaban entre los esclavos se ful-

<sup>1</sup> Concilio tercero toledano y cuarto, cán. 14 y 65.

<sup>2</sup> Id. de Narbona de 589, cap. 9.

<sup>3</sup> Id. cuarto de Toledo, cán. 66.

minan terribles penas <sup>1</sup> que los hacen de la misma condicion social que á los judíos.

Desde los arenales de la Arabia, en hombros de sus veloces corceles, se precipitan los árabes sobre nuestra patria y establecen el imperio del Islam sobre las ruinas del de Aulfo, y á pesar de la opresion y á pesar de las victorias de la media luna, triunfantes ó vencidos los españoles, no hay una historia ni un documento digno de crédito que no nos demuestre su constancia en conservar la unidad de la fé y su fervor en perseguir á sus enemigos <sup>2</sup>; testigos todos los historiadores, testigos la infinidad de leyes hechas al efecto, y testigo el juramento prestado por nuestros reyes á su advenimiento al trono.

Seria por demas enojoso haber de citar uno por uno el testo de todos los documentos que tratan sobre este particular; pero no podemos ni debemos omitir uno que nadie se atreverá á desmentir, y publica el celo de nuestros monarcas por conservar la unidad religiosa y la pureza de la fé. Sea este el famoso decreto de D. Pedro II de Aragon, dirigido á todas las autoridades eclesiásticas y civiles, y publicado en el concilio que se celebró en Gerona en 1197. Dice el rey entre otras cosas: "Mandamos que todos los herejes anate-

1 Concilio doce de Toledo, cap. 11.

2 Mariana. Flores, carta de Alejandro II á los obispos españoles, circa ann. 1066.

"matizados por la Iglesia salgan inmediatamente de todo nuestro reino y dominios, como enemigos que son de la cruz de Cristo, violadores de la fé cristiana, y tambien enemigos públicos nuestros y de nuestro reino. . . . Si despues del tiempo prefijado quedasen algunos en nuestra tierra, serán confiscados sus bienes y sus cuerpos quemados. . . . Si alguno recibiere en su casa á los herejes, ú oyere sus predicas, ó les ministrasen comida, ó les diese auxilio, ó les hiciera algun beneficio, á mas de perder sus bienes, será castigado como reo de lesa majestad. . . . Toda persona está autorizada para causar á los herejes todo el mal que pueda; despojo de bienes, ignominia, gravámen, escepto solo la muerte ó mutilacion de miembros, y por causar aquellos males á los herejes, no solo no recibirá pena alguna, sino que nos hará un servicio muy agradable, &c., &c. <sup>1</sup>."

Los concilios y las cortes siguieron estableciendo cánones y leyes destinadas á defender la pureza de la fé, y por medio de ellas se ve privar, á medida que avanzaba la conquista, á los conquistados que no abrazaban el cristianismo, de los derechos de ciudadano, llegando hasta el estremo de prescribir á los judíos y sarracenos que vivie-

1 Leyes de la monarquía española por Fr. Magin Ferrer, tom. I, pág. 305.

sen en barrios separados<sup>1</sup>; y son dignas de notarse algunas de estas leyes, en donde hasta se les imponían penas aflictivas inclusa la de muerte; y por lo tanto no se debe estrañar que los reyes católicos que veían á la Europa entera asolada ante el furor de las guerras religiosas, escitadas por los albigenses, sacramentarios, husitas y demas sectarios, y á nuestra patria en peligro inminente de ser contaminada por sus errores, ademas de las semillas de herejías que los judíos y moros habian sembrado en ella, no se debe estrañar, repetimos, que pensasen en su pronto remedio, y como este no podia ser otro que conservar la unidad católica y la pureza de la fé, de aquí el establecimiento del tribunal de la inquisicion como el único á propósito para conservar la unidad del culto, reconocida desde la mas remota antigüedad como la prenda mas segura de la prosperidad y reposo de las sociedades. Todos sabemos que estuvo en su mano degollar los vencidos, pero prefirieron juzgarlos como mas humanitario.

Cuanto se ha dicho respecto á este célebre tribunal, cuantas calumnias se han inventado contra él llamándole injusto, arbitrario, impío y atentatorio en todos sentidos, se desvanecen como el humo ante la fria razon y la sana lógica de los hechos. Se le acusa, primero: de haber contribuido

1 Concilio de Palencia celebrado en 1388, cap. 5.

á la ruina y decadencia de nuestra patria, y nunca fué mas grande, mas poderosa y mas rica, que en la época que media desde su instalacion hasta la muerte de Carlos III: segundo, se la acusa de haber envilecido el pueblo y enervado los ánimos, y en una serie de triunfos ó de gloriosas derrotas, el descubrimiento del Nuevo Mundo y el tratado marítimo impuesto por Carlos III á Inglaterra, patentizan lo contrario: tercero, se la acusa de haber cortado á la ilustracion su progreso, y las ciencias y las artes nunca estuvieron mas florecientes: cuarto, se la acusa de procedimientos sin forma alguna legal, sin la deposicion y careo de testigos, sin la prueba completa del crimen; y en una palabra, sin ninguna de las formalidades que la ley ordena, por lo cual ha cundido el odioso proloquio de llamar á los procedimientos injustos y arbitrarios *procedimientos inquisitoriales*. Contra éstos vamos á responder con las palabras de Macanaz, aquel mismo hombre que representó á Felipe V contra el santo Oficio; dice en otra obra suya lo siguiente<sup>1</sup>:

“Los mismos herejes convienen en que el santo Oficio no prende á nadie sin estar probado su delito por cinco testigos, ni condena sino cuando dos mas, ó la confesion del acusado mismo, vie-

1 Macanaz, defensa crítica de la inquisicion publicada en 1788.

nen á confirmar la deposicion de los cinco primeros; que la primera y segunda vez absuelve, si el acusado pide perdon de sus faltas; que no pronuncia sobre los errores, sino siguiendo el parecer de los doctores mas ilustrados; que el acusado está bien cuidado en la prision; que es oido siempre que pide serlo; que se le leen los cargos de la acusacion, y no se le oculta el nombre de los testigos; pero que si hay error probado por su parte, y no se retracta de él, la justicia secular le aplica las penas marcadas por la ley." Quinto, se la acusa de haber contribuido á la despoblacion de España, con la espulsion de los judíos y moriscos y con los que ha sentenciado<sup>1</sup>, y este cargo tampoco es mas justo que los demas, si se tiene en cuenta el corto número de los espulsados y juzgados, comparados con los que en las guerras religiosas perecieron en otros paises, con un S. Bartolomé en Francia, con las tropelías de Alemania, con los desafueros de Inglaterra; y por último, á los que han muerto en las últimas revoluciones de

1 Llorente, que por cierto no es testigo irrecusable, escribiendo á Mr. Clausel el año 1824, dá la siguiente estadística de las personas condenadas á muerte por la inquisicion española desde 1481 hasta 1788, resultando de ella 34,382; las 17,790 quemadas en efigie y 290,000 encarceladas. En cuanto á la espulsion de los moriscos, se gradúa en 800,000 el número de los espulsados. La Inglaterra hizo perecer más para convertir la Irlanda al protestantismo en los once años que médian desde 1641 hasta 1652.

Europa, que pasan de 24 millones, segun el cálculo de un periódico de nuestros dias, cuya horrible estadística llega solo á 1815, y se verá que en todos estos puntos han perecido más en las guerras religiosas que en los calabozos y hogueras de la inquisicion española; y por consiguiente, que esta institucion fué altamente ventajosa á la humanidad, lejos de ser perjudicial, y que tan distante de contribuir al menoscabo de la poblacion, contuvo su aniquilamiento: sexto, se la acusa de intolerante, á ella que procuraba por todos los medios la conversion del pecador, á ella que procuraba convencer al descreido, á ella, en fin, que jamas lanzó el anatema sin haber cumplido con todos los requisitos del Evangelio, que jamas separó de la comunión sino al que se negaba á recibir los consuelos de la religion y podia infestar la sociedad con su ejemplo. Si por esto se llama intolerante, ¿qué calificacion merecen sus acusadores que sin llenar ninguno de estos requisitos encarcelan, persiguen, condenan á muerte y aun asesinan á cuantos no son de su modo de pensar? La historia nos refiere innumerables ejemplos de esta intolerancia en los tiempos pasados, y nuestros ojos los ven en los presentes, y todo esto se santifica por los acusadores, y todo esto se considera bien hecho. Además, la doctrina de los hombres que encomian nuestros enemigos, no es por cierto la mas tolerante: sin recordar la doctrina

de Lutero contra los que no eran de su modo de pensar, sin traer á la memoria las tropelías cometidas por Ziska, sin referirnos al suplicio de Serbet, al cádalso de Grüel, al destierro de Bolcet, ni á la sentencia de Valentin gentil, diremos que Calvino establece el derecho de compeler por la fuerza del sable á los herejes <sup>1</sup>; que Beza asienta el principio que los herejes han de ser castigados por el magistrado civil <sup>2</sup>; que Melancton escribe á Calvino que sus magistrados obraron justamente condenando á muerte al blasfemo <sup>3</sup>; que Voltaire hizo quemar el *Emilio de Rousseau* y decretar la prision de su autor; que en un artículo reciente de *Foreign Quaterley review*, se lee entre otras cosas: *todos los miembros de un Estado deben pertenecer á una misma Iglesia, y los que no, deben ser castigados*. Con solo echar una mirada sobre los sucesos que pasan á nuestra vista y ver á los partidos persiguiéndose sin piedad y condenando sin forma alguna de proceso, queda justificado el proceder de la inquisicion que jamas condenó sin probar plenamente el delito.

Bien sabemos que los humanistas de nuestro tiempo, los hombres de la libertad de conciencia,

1 Fidelis expositio errorum Michaelis Servet, et brevis eorumdem refutatio, ubi docetur jure gladii coercendos esse hæreticos.

2 De hæreticis á civili Magistratu puniendis.

3 Melancton, carta 187 dirigida á Calvino.

ni aun esto quieren admitir como justificacion; sin embargo, si tienen alguna autoridad para ellos las palabras de sus maestros, les aconsejamos que lean detenidamente la noticia de Calvino, publicada en el *Museo de los protestantes célebres* por Mr. Guizot; y allí hallarán que, respecto al suplicio de Servet, dice: "Laa idea general, segun la cual procedió Calvino al quemar á Servet, era de su siglo <sup>1</sup>." Lo cual, aplicado á nuestro caso, equivale á decir: la ley que establece un tribunal eclesiástico para que inquiera los individuos que no se conforman á la ley religiosa, que la quebrantan, la desprecian y niegan sus misterios, con el objeto de entregarlos á los tribunales civiles para que los juzguen, y la ley civil que condena al fuego á los que incurran en estos delitos y no se retracten, eran una idea general de su siglo; y por consiguiente, "se comete un grande error en traerla como un capítulo de acusacion contra el clero, visto que era una consecuencia natural de la época." En otro elogio (y por cierto muy pomposo) que Mr. Lerminier hace de Calvino <sup>2</sup>, se expresa del modo siguiente: "Considerábase como órgano predestinado de la verdad divina; así las objeciones y las críticas que se le oponian, tomaban á sus ojos el carácter de impiedades y de blas-

1 Museo de protestantes célebres, pág. 99.

2 Revista de los dos mundos, 15 de Mayo de 1842.

femias. Confundia su causa con la de Dios, y así era para él un deber la persecucion de sus adversarios. . . . Puesto que los hombres creian que vengaban á Dios, ¿podian hacer otra cosa que quitarse la vida unos á otros?" Creemos no deben sacar consecuencias de lo anteriormente dicho, porque no conceptuamos á nuestros enemigos tan faltos de criterio y de sentido comun, que no vean en estas palabras plenamente justificada la ereccion del tribunal de la fé y santificados todos sus actos. Tanto más, cuanto está demostrado, y no creeremos negarán la asistencia del Espíritu Santo á su Iglesia, y por consiguiente la inspiracion.

Se ha dicho tambien que se cometia una violencia con los españoles al obligarles á profesar la religion católica, violencia que era atentatoria de la libertad que el mismo Dios ha dado al hombre para seguir el camino que guste, á lo cual decimos que si en España ó en cualquier otro pais no debe admitirse al que atente á la ley fundamental que en él rige, siendo la profesion de la religion católica una de las leyes fundamentales de España, la nacion está en su derecho no reconociendo como ciudadano suyo el que no la profesa; y si en todos los paises deben espulsarse los que atentan á la vida de los monarcas, España está en su derecho persiguiendo y espulsando á los que atentan contra Dios; y, finalmente, si es un prin-

cipio inconcuso que todos los gobiernos tienden á su conservacion, que deben evitar las revoluciones, que deben hacerse respetar y obedecer hasta por la fuerza, si necesario fuera, ¿qué razon hay para impedir que la Iglesia tienda á su conservacion, se haga respetar y obedecer, compela á los díscolos, impida las herejías, evite los cismas y por todos los medios asegure la tranquilidad de las conciencias? ¿Qué razon hay para que los gobiernos, que son sus protectores natos, no la presten su auxilio y la ayuden á llevar á su término esta obra, sabiendo, como saben, porque la esperiencia lo ha demostrado, que á la intranquilidad de las conciencias suceden los alborotos, las guerras civiles, las matanzas en masa, el trastorno de los Estados, las desgracias de la humanidad y la muerte de la civilizacion? Ninguna, y por lo mismo creemos haber demostrado hasta la evidencia los bienes que á España hizo la inquisicion, la necesidad y justicia de su instalacion y la mala fé con que proceden sus detractores. La España recibe en su seno, da hospitalidad al que la pide y dispensa proteccion al que la necesita y la busca; pero exige de él el cumplimiento de esas leyes á las cuales se acoge, de esas leyes por medio de las cuales se rigen y gobiernan los españoles; los dos ejercen un acto de derecho, los dos celebran un contrato que equivale á esto: "te protejo, te dispenso todas las garantías y derechos,

pero te exijo que obedezcas mis leyes, acates mi gobierno y profeses la religion católica, apostólica romana;" en su mano está aceptarlo ó dejarlo de aceptar; la España á nadie obliga á vivir en su suelo; su bandera es la bandera del Evangelio; su lema es: el que quiera venir á mí, que venga; el que no quiera conformarse con mi doctrina, que no se conforme; acojo de buen grado, pero no busco; patrocino á mis hijos, pero no me opongo á que, si no les acomoda mi gobierno, se desnaturalicen de mi seno y se busquen otra patria. En esto no creemos que haya violencia de ningun género, y por consiguiente estamos en nuestro derecho al considerar que son ataques infundados cuantos se han dirigido contra la inquisicion de España, que no han tenido por objeto mas que estraviar la opinion pública, y que todo ha habido en ellos menos razon y justicia, y por consiguiente que deben desestimarse como falsos y atentatorios á la religion y al Estado.

La inquisicion, pues, fué una necesidad de su siglo, una institucion de circunstancias, pero altamente humanitaria, que libró á España de muchas calamidades, que garantizó la paz, que protegió la humanidad, que lejos de atentar contra los elementos de prosperidad y grandeza de los Estados, fué el escudo que los salvó del cataclismo en que fluctuaban en los demas países de Europa, y porque no se diga que nuestro hábito y

nuestro cordon nos hacen hablar así, queremos concluir esta materia con las palabras del célebre D. Alberto Lista que son una excelente explicacion de la inquisicion. "Por espacio, dice, de ocho siglos sostuvo el espíritu religioso la gran contienda de los cristianos contra los mahometanos. El cristianismo, erigido en poder político y visible, armó á la Francia bajo las órdenes de Carlos Martel en las llanuras de Tours; libró á Sicilia é Italia del poder de los sarracenos; civilizó las provincias del Norte y del Nuevo Mundo; dió las primeras ideas de los parlamentos con los sínodos, donde los obispos representaban á las iglesias, y que en muchos países, como en España, llevaron el nombre de concilios; propagó la aficion y el estudio del derecho romano; creó la supremacía de los pontífices; precipitó á toda Europa contra el Asia y descubrió á los ojos de los pueblos occidentales los elementos de la antigua civilizacion en aquellas mismas comarcas donde iban á buscar la muerte por su Dios. Nadie puede negar que en el Occidente europeo, invadido por los bárbaros, fué la religion un poder político en el momento en que caian todos los demas principios conservadores. ¿Y cómo concebir una fuerza política sin poder coercitivo? Era necesario promulgar leyes directas contra los trasgresores de la religion: estas leyes fueron severas porque la herejía era un crimen de alta traicion contra la primera autori-



dad del Estado. Fué un deber hacer la guerra á los herejes y á los idólatras por la misma razon que un poder la hace á sus enemigos. El cristianismo no sostenia estas hostilidades por sí propio y para sí propio, porque no reconoce otras armas que la persuasion; era la sociedad que defendia en él su último vínculo. Todo el que medita sobre esta verdad puede reducir á su justo valor las diatribas y los sarcasmos del siglo XVIII contra la intolerancia y el fanatismo, contra las guerras religiosas y los suplicios que fueron su consecuencia: se verá que estas tristes venganzas no tuvieron otro motivo que la defensa social, y que la sociedad habia elegido por principio y para centro el único elemento político que subsistia <sup>1</sup>." Creemos bien justificada la ereccion del tribunal de la fé.

Hemos abordado las cuestiones y las hemos traído á su verdadero terreno, pero nos resta manifestar que el clero no ha sido el militar; que despues de conseguida una victoria abandona el arco y la flecha y descansa sobre sus laureles: sabe muy bien que es soldado de Jesucristo, y que se le ha dicho que su destino en la tierra es luchar, y por eso no abandona las armas ni entrega su cuerpo al reposo; así es que no contento con ha-

<sup>1</sup> Historia universal de Segur, traducida por D. Alberto Lista.

ber civilizado la Europa y el mundo antiguo, llevó los gérmenes de la civilizacion al nuevo, y sembró el Evangelio entre sus tribus errantes y propagó allí los derechos de la humanidad, y se propuso civilizar sus costumbres salvajes; tambien lo consiguió, y á espensas de mucha sangre vertida elevó aquellas eternas *sabanas* á florecientes ciudades; mas no por esto abandonó la antigua vida que habia cultivado, su celo le suministró operarios para la nueva tierra que iba á cultivar, y quedaron operarios en la antigua heredad: los trabajos de los primeros y sus frutos los dejamos anotados al principio de este capítulo, y ahora nos cumple anotar los de los segundos: aquellos fueron dignos sucesores de los apóstoles, y como ellos acreedores al público reconocimiento, estos son dignos del apostolado tambien: aquellos empezaron allí á civilizar, éstos continuaron aquí civilizando, y crearon operarios que continuamente trasmigraban á tan lejanas tierras: habiéndonos ocupado del trabajo de los primeros, justo es ocuparnos ahora de la vigilancia y esmero de los segundos.

Quedamos nuestro trabajo en el siglo XV respecto á las ciencias y á la literatura, y hemos hecho mencion de los servicios que el clero prestó á las artes hasta nuestros dias, probando que, aun despues de esclaustrado el regular y oprimido el seglar, fué su mejor protector, y ahora nos cum-

ple igual demostracion respecto á las ciencias y á la literatura; y así habremos probado cuánto debe la civilizacion al clero: hecho esto, las misiones de la Oceanía, Mesopotamia, China, Japon y otras nuevamente emprendidas, nos dirán cuánto ha hecho por la humanidad, aun entre las lágrimas del infortunio, y de este modo se patentizará en nuestro escrito la injusticia de sus enemigos, y entre las nubes de dicterios, acusaciones, insultos y blasfemias que se les prodigan, aparecerá más resplandeciente su inocencia, y, si bien mas acrisolada, más hermosa por lo mismo su virtud, y más negra, fea y horrible la conducta de sus perseguidores.

Empezamos, pues, nuestro trabajo, y para probar cuánto seguia el clero elevando las ciencias bastará anotar que en todas las universidades del mundo se encuentran los sacerdotes, frailes y monjes ornados con borlas de doctores, ocupados en la enseñanza, desempeñando cátedras y haciendo brillar las ciencias con luminosos comentarios: regístrense las bibliotecas, y si se quitan las obras que el clero ha compuesto en todos los ramos del saber, se verán casi desiertos sus estantes; además, compárese el mérito de las obras que ha producido su pluma y el de las que ha dado á luz la de los seglares, y se verá que, si no son superiores en todos los ramos, lo son en muchos, y en los que no, por lo menos no son inferiores: podría-

mos citar el catálogo de los hombres eminentes que el clero ha producido y que en hombros de su genio han elevado las ciencias; pero siendo de todos conocidos y por demas numerosos, creemos que haria pesado nuestro escrito, sin añadir mérito alguno intrínseco á la obra, por lo cual referiremos solamente algunos que demuestren que en todos los ramos del saber fueron eminentes; así vemos que honran el mundo los conocimientos que el clero reveló en el célebre concilio de Trento, que ilustran la Europa nombres que los sabios veneran, salidos de esas filas que maldicen los detractores, de esos monasterios inútiles, de esos conventos que se dicen asilos de la ignorancia: allí vivieron los Canos y Covarrubias, allí los Salazares y Sotomayores, allí los Granadas y Siliceos, allí las Teresas y Agredas, allí los Marianas y Flores, allí los Feijoos y Sarmientos. Entre el clero salen genios que hacen avanzar el progreso intelectual; uno esplicando á Job, descubre el movimiento de la tierra, otro espone la inscripcion de la columna de Trajano: este es el dominico Chacon, aquel el agustino Stúñiga. El teatro crítico será siempre el primer paso para la restauracion de las ciencias, y á un fraile deberá su revolucion la medicina, que contará al P. Rodriguez entre sus mejores adalides. Los misioneros en sus viajes, nos darán noticias geográficas del mayor interés, nos traerán nuevas plantas, nos ense-

fiarán su cultivo, nos descubrirán sus virtudes; y así veremos, que todas las ciencias reciben del clero su incremento, su progreso, su encumbración.

Pero el clero no se contentó solo con protegerlas y cultivarlas, sino que facilitó su propagación; siempre dispuesto por la caridad á hacer el bien á sus hermanos, se consagró á la enseñanza, y no contento con regentar cátedras en las universidades y colegios, las estableció en sus monasterios y conventos; allí cada monje era un maestro, cada fraile un profesor, y cuantos no podían estudiar en las universidades ni en los seminarios, venían al claustro á instruirse, y allí se les enseñaba; y de esta manera se han ilustrado ingenios que nunca hubieran sido conocidos, y se han elevado á la historia familias que hubieran muerto en la confusión general. Esto hacia y esto hizo, esto practicaba el clero regular cuando fuimos esclaustrados; yo podria notar los hombres que, entonces niños, estaban recibiendo su educación en los claustros, y que, merced á lo que allí aprendieron, hoy figuran entre nuestras notabilidades; yo podria nombrar personas que en los conventos y monasterios eran alimentadas para seguir una carrera, y que hoy quizá han hecho mas que olvidar estos beneficios; yo pudiera avergonzar á muchos, pero mi objeto está cumplido; he demostrado que hasta la esclaustración de los regulares y la hu-

millación de los seculares, eran unos y otros útiles á la civilización, y que protegieron la ilustración de Europa los que quedaron, mientras civilizaban las nuevas tierras conquistadas los misioneros, y fundando ó promoviendo la fundación de universidades en aquellos países, echaban los cimientos á su ilustración. El clero continuó como habia empezado, siendo útil á las ciencias, consagrándose á su estudio, ocupándose en su propagación, y de este modo estuvo siempre al frente de la ilustración.

Pasando de las ciencias á la literatura, la vemos florecer bajo las cogullas y capillas, bajo las mitras y las sotanas; el clero de todas clases y condiciones la cultivó con esmero, con asiduidad: llenos están todos los países de sus obras, y el mundo literario se honra con los ilustres nombres de Fr. Luis de Leon y Calderon de la Barca, de Tárrega y Padilla, de Tirso de Molina y Fr. Gerónimo Bermudez: la oratoria proclama á Bossuet, Fenelon, Flechier, los PP. Isla y Gallo, los obispos Climent y Bocanegra, mientras honran la historia los PP. Mohedanos, Merino, Risco y los abates Masdeu, Andrés y otros, que ocuparían estensos volúmenes si hubiéramos de referirlos, pudiendo en nuestros días contar eclesiásticos no menos eminentes en este particular, y en número más que suficiente para protestar contra la acusación y desmentir la calumnia. Bien quisiéramos

que los detractores pudieran presentarnos tantos servicios hechos por civilizar las naciones; bien quisiéramos que en cambio de tantas obras inmorales como salen de sus plumas, nos presentasen trabajos tan civilizadores como salieron de las plumas del clero, como salen hoy día, como saldrán mientras subsista; y entonces seguramente no tendríamos que llorar los estravíos de la sociedad, la inmoralidad que la aqueja, las desgracias que la oprimen, los males que por todas partes cunden, cuyo remedio todos piden, y cuyo término solo el clero puede fijar, cuando los gobiernos, persuadidos que él es el único elemento civilizador de las naciones, el único elemento de orden de los pueblos, el único elemento de moralidad de los individuos, pongan en sus manos los recursos necesarios para llevar á cabo su obra. Lo decimos con orgullo: el clero salvó la civilización, el clero es el único que la salvará, porque es su padre, su protector, su única esperanza, digan lo que gusten sus enemigos, acúsense como quieran sus detractores.

También el clero fué siempre el amigo más sincero de la humanidad, y esa milicia dispuesta á llevar el bien á todas partes en alas de su caridad, sin mirar á las persecuciones, á los trabajos y á la muerte; cuando un país los repele buscan otro donde ejercitar su elevada misión. Hemos visto con dolor repellido el regular de nuestra patria y

la cruel persecucion de que ha sido víctima, y los hemos visto desnudos y con el breviario debajo del brazo esponerse á todo por llevar la luz de la fé á los más remotos países: el corazón se llena de alegría contemplándolos internarse en la Mesopotamia para llevar con la palabra de Dios el Evangelio, áncora y puerto de la humanidad: nosotros contemplamos con orgullo la Oceanía, y vemos allí los hijos de S. Benito que arrojó la maldad de nuestro suelo civilizando aquellos salvajes y haciéndolos sustituir á sus antropófagos convites los fraternales vínculos del amor de familia, y á la poligamia los castos deleites del amor conyugal: nosotros contemplamos las salvajes, buscando la cabaña del misionero para dar á luz, confiando al cuidado del apóstol de Dios al hijo de sus entrañas, que de otro modo serviría de alimento á su desgraciada tribu: nosotros no perdemos de vista á este hombre tan acriminado en este siglo de mentida filantropía, recogiendo las tiernas criaturas, alimentándolas y acallando sus llantos con la mayor paciencia, con la más acendrada caridad: nosotros le consideramos perseguido en la China, sacrificado en el Japon; allí los hijos de Agustín, Francisco y Domingo, padecieron y padecen; pero constantes aquí y animosos allí, sin desistir de su civilizadora y humanitaria tarea: esta vista nos consuela, nos entusiasma, nos arrebató, y con sola ella tenemos más que suficiente para contestar

á la calumnia, más que suficiente para desmentir la detraction. Nosotros pudiéramos muy bien decir á los enemigos del clero: "Ahí teneis al hombre que acusais de enemigo de la humanidad, salvándola, mientras vosotros escitais revoluciones que la vejen. Ahí teneis, mientras por un vil egoismo precipitais los pueblos á los combates, al misionero escitándolos á la paz; y cuando á impulsos de la guerra y al furor de los partidos parece que anhelaís convertir en un desierto la Europa, convirtiendo los desiertos en florecientes ciudades, ese mismo hombre que como inútil, cruel, sanguinario y perjudicial, habeis lanzado con ignominia de este suelo, sin quererle conceder lo que no negais á los mayores criminales."

Esto solo bastaria para confundir á los acusadores, pero como nuestro objeto es probar que hasta su último momento, hasta nuestros dias ha sido el clero civilizador y humanitario, y esto lo hemos cumplido demostrando sus últimos triunfos civilizadores y humanitarios, creemos llegado el momento de poner término á nuestro trabajo, y se lo ponemos solo con el sentimiento de no haberle llenado, como otras plumas mas elocuentes que la nuestra pudieran haberlo hecho, si bien con la satisfaccion de haber hecho sonar nuestra débil voz en defensa de una causa tan justa, y advertido á los detractores que aun queda espíritu para defender la verdad en este siglo, que parece ha-

ber alzado el trono de la mentira y aglomerar en su rededor todas sus fuerzas por sostenerle.

Concluimos, pues, con asegurar á los perseguidos nuestra afeccion, á los perseguidores nuestra indulgencia; la primera nos la prescribe el cariño, la segunda la caridad: que el Señor derrame sobre todos su gracia para que los unos por medio de la resignacion, y los otros por medio del arrepentimiento, sean dignos todos de gozarle en la eternidad, sirviéndole y adorándole en el mundo. Tal es nuestro deseo; tal es nuestro objeto, y por eso elevamos al Señor nuestras preces. ¡Quiera Dios que sean bien admitidas! ¡Quiera el Espíritu divino inspirarlas y la Madre del Amor Hermoso acogerlas! Entonces habremos llenado en parte la mision sacerdotal á que fuimos llamados. En tanto pedimos perdon si hemos ofendido á alguien, protestando que perdonamos á cuantos nos hayan ofendido, y bueno ó no bueno, cuanto llevamos escrito lo sometemos al fallo de la Iglesia católica, apostólica romana, en cuyo seno hemos nacido, cuyas doctrinas acatamos, y cuya fé profesamos, y en ella queremos vivir y morir, porque sin ella no hay felicidad, última advertencia que hacemos á nuestros amigos y á nuestros enemigos.



pletamente, y aquellos castillos, aquellas torres, aquel movimiento guerrero y aterrador que se agita continuamente en torno de aquellas moradas levantadas por la fuerza, nos dicen, que la conquista conseguida por la fuerza, todavía no satisfecha de su sangriento triunfo, encomienda al acero el cuidado de perpetuarla.

Efectivamente los esfuerzos del clero habian conseguido mucho para aplacar á los conquistadores, introduciendo en ellos el espíritu del Evangelio, y enseñándoles la caridad: haciendo brillar en las costumbres, en la legislacion, y en los códigos esta hermosa virtud, habian logrado ablandar aquellos corazones un dia insensibles á la voz de la humanidad; pero habian pasado ya los primeros momentos y el imperio de la dulzura habia cedido el puesto á la ferocidad, la ley del sable empezó á sobreponerse á la de la caridad, y el mismo feudalismo apareció en el mapa de las naciones con todos sus horrores, con todas sus violencias, con toda su deformidad; entonces el clero se prepara á combatirle, y para contrarestar el imperio de la fuerza llama en su auxilio el de la razon, y así la fuerza moral y la física se hallaron frente á frente; desde este momento el señor feudal es el hombre de los privilegios y de la opresion, mientras puesto al frente del pueblo el sacerdote pone todos sus esfuerzos por conquistarle privilegios, y sacar al vencido del cieno de su opre-

sion, y elevarle á su dignidad, colocándole en el sendero que habia de encumbrarle al apogeo que le vemos en el dia.

Sin duda alguna habia hecho mucho, y adelantado mucho la Iglesia para llevar á término su objeto, pero le faltaba mucho que hacer todavía, y tenia que arrostrar muchos peligros y esponerse á grandes pruebas para dar cima á su obra. Empeñado así el combate, la Iglesia se vió envuelta en un torbellino de desgracias, y bien pronto sus protectores, y los que dotaban las iglesias pasaron del título de patronos al de opresores, llevando la intrusacion al último grado del exceso, de donde surgieron las investiduras con todos sus horrores, con todas sus deformidades, con todas sus tristes consecuencias, sirviendo las lanzas que debian proteger la Iglesia con un justo y laudable patronato, para tiranizarla y oprimirla hoyando sus leyes sacrosantas y conculcando sus inmunidades y privilegios, haciendo así nula su independencia. Entonces, en medio de tamaños desastres, el clero se prepara á luchar para salvar sus mas caros objetos, y en los comicios y concilios, combatiendo, se hace superior, y estendiendo el imperio de las ideas consigue al fin establecer el suyo elevando el poder espiritual, y suscitando la division del temporal, proclamando la independencia del espíritu y su superioridad sobre la fuerza bruta, sobre la ley del acero, sobre el de-

recho de la fuerza, establece el imperio de la razon y de la conciencia, y garantiza la libertad individual, preparándola un asilo á la sombra de la Iglesia, y bajo la égida de su escudo, impenetrable á los tiros de la opresion y de la tiranía.

La opresion se tuvo por una injusticia, y en vano los franceses quieren atribuir á Carló Magno la gloria de haber opuesto un dique á las invasiones, ésta pertenece al clero; él fué quien por medio de la predicacion fijó límites á las correrías de los escandinavos y normandos, él quien hizo deponer las armas en Inglaterra á los sajones, y quien tremoló la cruz sobre los minaretés de la Alhambra, relegando á los hijos de Alá al otro lado de los mares, él, en fin, quien estableciendo el derecho de gentes, puso en comunicacion los pueblos, haciendo cesar las bárbaras distinciones y rivalidades que armaban unas contra otras las naciones ante la hermosa bandera del que dijo: todos los hombres son hermanos, ante la hermosa doctrina que establece que todos fuimos redimidos con la sangre del Hijo de Dios sin distincion de pueblo, reino ó nacion. Con esta doctrina el clero salva la independencia del hombre, y emancipándose las ciudades llega un dia en que el mundo que esclavizara la Roma gentil por medio de sus legiones y orgullosos patricios, apareció libre por los esfuerzos que hizo el clero de la Roma católica, de esa misma ciudad que con tanto descaro

se llama el foco del despotismo, el centro de la tiranía.

Entre los abusos del poder, cuando los señores no querian conocer superior, la Iglesia establece el derecho de apelacion, estiende los tribunales permanentes y favorece el derecho de discusion, y de este modo opone un valladar á los abusos de la autoridad y la circunscribe á sus límites, asegurando así la paz interior de los pueblos; mientras civilizando la Hungría, la Polonia y los tres reinos Escandinavos asegura de incursiones la Europa. Suyo es exclusivamente cuanto bien disfrutó la Europa, suyas son la civilizacion y las garantías sociales, suyas las instituciones que la elevaron y pusieron al frente del mundo, suyos son los derechos que garantizan las haciendas y personas, suyo, en fin, cuanto la ilustra y la enaltece.

Sin embargo, vemos que con el mayor encono se propala y moteja al clero de cruel y depresivo, y á tanto cinismo, desmentido, por los hechos, se dá crédito por los favorecidos, insultando y motejando cuantas instituciones el clero planteó para su bien; así vemos que combate el celibato, sin tener en cuenta que al establecerle la Iglesia hizo un bien social de las mayores consecuencias, pues al par que impidió todos los males con que un clero de raza aflige los pueblos que domina, se proveyó de una milicia siempre dispuesta á llevar



la civilizacion y el Evangelio á todas partes, á velar en el lecho del moribundo, á dispensar sus cuidados á los que se ven atacados de peste, prostrados en el lecho del dolor, á velar por el pobre; de una milicia que tiene el mundo por patria, la humanidad por familia, y los indigentes y afligidos por hermanos; de una milicia, dispuesta á sacrificarse por todos, y á dispensar á todos sus cuidados; lo que no podria hacer si tuviese una esposa que atender y familia é hijos de que cuidar, como sucede en el clero protestante, clero egoísta, avaro, cruel, despótico, para quien la caridad es un nombre y la sociedad una mina que debe explotar, sin mas trabajo que utilizar en su pro todos sus elementos de prosperidad, que no protege ni cultiva, y que solo utiliza en su bien egoísta; y sin embargo, este clero, que mientras los católicos se sacrifican en las misiones, permanece mero espectador, y entre la molicie y los placeres, es el clero que se encomia por nuestros filósofos empeñados en deprimir el católico, que tanto bien les hizo, que tanto se sacrifica por la humanidad, que tanto se desveló por civilizar el mundo.

Así fué como, dominado por la caridad, puso en juego todos los elementos civilizadores, y á todos estendió sus cuidados, á todos dispensó su proteccion, á todos consagró sus trabajos; la literatura es suya, las ciencias, las artes, todo se lo de-

ben; á él deben su elevacion, á él su progreso, á él su apogeo, él llevó á todas partes su influjo, y en el esterilizado campo del mundo no hay institucion humanitaria, civilizadora ó social, que no deba al benéfico rocío de sus cuidados su fragancia y lozanía, él las vivificó con la savia de sus desvelos y de su caridad, él las hizo servir de ornato en el jardin de la sociedad, y él las llevó al grado de perfeccion en que las admiramos, legándonos esa ley de progreso en que todas las grandes y útiles concepciones han contribuido al bien de la sociedad, no habiendo escapado á su penetracion nada útil y provechoso, nada de cuanto podia elevar y enaltecer el hombre, y llevar la humanidad á su perfeccion, á su poder, á su grandeza. Veámoslo.

Conociendo y considerando el clero la literatura como un poderoso agente para civilizar los pueblos; y viéndola en una casi total decadencia, y al borde de su ruina, se propuso mejorarla y enaltecerla; así es que, desde la poesía hasta la oratoria, á todo estendió sus cuidados, á todos los ramos llevó sus desvelos, á todas las clases prodigó sus auxilios y consagró su atencion. En el púlpito hizo brillar su elocuencia y su voz recordó la de los Demóstenes y Cicerones, la de los Naciancenos y Ambrosios, la de los Damascenos, Atanasios y Agustinos. El clero enalteció las lenguas, y en todos los paises vemos á los concilios encar-

gando al sacerdocio el cuidado de instruir á los demas, é imponiéndole esta obligacion como un deber anexo á su ministerio: merced á tanta solitud, á tanto cuidado, á tan grande esmero, la ilustracion se propagó entre el pueblo, y de sus filas salieron hombres eminentes que hicieron florecer la literatura y contribuyeron á la civilizacion de los demas. El clero fué el que inspiró ese amor por las letras, el que hizo que Teodorico, á pesar de su repugnancia hácia ellas, las protegiese, y tanto, que instituyó la dignidad de conde de los arguratos, y empleó sus ocios en oír á Casiodoro, abriendo cátedra de gramática, retórica y jurisprudencia en el capitolio. El fué quien hizo que los bárbaros protegiesen la escuela de Milan y las de la Liguria, que los Merovingios acogiesen á Fortunato, y que Cunisberto regalase un baston de gran valor al gramático Félix. A su sombra florecieron Casiodoro, Boecio, Ennodio, el epigramático Luxorio, y los poetas Faunio, Corippo, Eucheria, el español Crienzo y el obispo Avito, á quien Milton imitó en su *Paraiso perdido*, con otros mil que seria prolijo enumerar, todos los cuales salieron de las filas del clero, que al mismo tiempo estendia y se consagraba á los demas ramos de literatura, de que son buen testigo é irrecusable prueba los escritos de S. Fulgencio, obispo de Ruspa, de S. Remí, de Fausto abad de Lerins, de S. Cesáreo, obispo de Arlés, S. Colombano

y de Lorenzo, obispo de Novara, con otros muchos que, consagrados al trabajo y al bien de la sociedad, todo lo emprendieron, todo lo llevaron á cabo, y ni perdonaron fatigas, ni trabajos por el bien de sus hermanos y la ilustracion del mundo, que un día habia de desconocer su mérito y acriminar sus trabajos acusándole de ignorante, de iliterato, de fatuo, holgazan y poco ilustrado, sin tener en cuenta que él solo cultivó las letras, las protegió y colocó en el sendero que las habia de llevar á su perfeccion.

En la historia tenemos que apenas hay una nacion que no deba al clero la suya. El obispo Víctor escribe la persecucion vándala, Gildas los acontecimientos de Bretaña, Dionisio Exiguo un ciclo pascual, el obispo Jornandes la historia de los godos, Víctor prosigue la historia de Aquitania, Mario la crónica de Próspero, y sin los trabajos del monje Juan, de S. Isidoro, de S. Braulio, de S. Ildefonso, del monje de Silos, del Pacense, del arzobispo D. Rodrigo y de otros mil, muy poco sabriamos de la nuestra. Epifanio hace la historia tripartita, á Florencio debe Francia la suya y así sucesivamente en los demas paises cuyos hechos sabemos, merced á los trabajos del clero, cuya gloria hoy combaten los que presumen, que nada bueno puede hacer aquel estado á quien todo lo bueno debe el mundo, todo lo útil, todo lo civilizador.

Sin embargo, la literatura se corrompió, merced al feudalismo, y se hizo de ella una arma de seducción, un canto adulatorio; poetas y trovadores discurren por los campos y las ciudades, se introducen en los palacios y castillos, y la lira de Apolo suena envilecida para cantar impuros amores, mezquinas pasiones, vicios execrables; entonces el clero acude en socorro de la moral vilmente ajada y deprimida por impúdicos juglares, y con el fin de apartar al pueblo de su malévol influencia, y de preservar sus almas de la corrupción que á ellas llevaba tanta degradacion, tan infernal lectura, crea las leyendas, y en ellas aparecen las piadosas tradiciones de Ceran, el Prado Espiritual de Mosch, con otras mil obras que, perfeccionándose poco á poco, pasaron á ser del gusto popular, cuyos individuos se entregaban de mejor gana á leer piadosas inspiraciones que lascivas trovas, y de este modo salvó la literatura elevándola á su dignidad. El clero, aprovechó y tomó de aquí ocasion para mezclar en ellas toda la hermosura de la moral, cuya severidad adornó con las galas de la poesía; y de este modo, uniendo lo útil á lo delicioso, como dice el poeta, supo hacer popular una leyenda destinada á corregir las costumbres y á curar las llagas que en las masas populares y en la sociedad habian abierto el extravío y cinismo de los impuros trovadores, desterrando de los banquetes cuanto podia contribuir

á rebajarlos hasta la mísera y deplorable condicion de orgías, y colocar los castillos y palacios en la triste esfera de lúbricas cloacas é inmundos lupanares, de que son irrecusables testigos la trágica historia de Macías, de Vidal de Tolosa, Ponce de Capdeiuil, Hugo de Bachelerie, Bernardo de Ventadour, Pedro Cardenal y otros, que seria prolijo enumerar, cuya vida y trovas son un fiel reverbero que publica la decadencia y estraviado objeto á que habia llegado y se consagraba la literatura, y que justifican el fin honesto de las leyendas y lo útiles que fueron á una sociedad que por tan perjudicial sendero se precipitaba en la abominacion y marchaba á su ruina. Es, pues, indispensable confesar, que ellas fueron un medio poderoso para inculcar en el pueblo ideas de moral, que fueron un excelente vehículo por donde se inocularon en él sublimes preceptos y excelentes máximas, que le hicieron probo retrayéndole de los vicios y desordenados instintos, que las trovas ensalzaban, haciéndole contemplar en aquellas vidas de santos los héroes de la caridad, los frutos de la religion, las inmensas dulzuras de la virtud y los socorros y poderosos auxilios que la gracia dispensa á sus protegidos, con lo cual al mismo tiempo que inspiraban inclinacion á los castos amores y á las costumbres puras, hacian concebir un santo horror al vicio y á los placeres desordenados. En aquellas leyendas todo respira-

ba caridad, caridad para con los hombres, caridad para con los animales, caridad como el medio de dulcificar las costumbres y amansar la ferocidad de los corazones, caridad, en fin, como el agente mas poderoso y el mejor amigo de la sociedad y de la civilizacion.

De las leyendas surgen los romances, y bien pronto cuando los poetas seculares los extravian y convierten en armas de inmoralidad, acude el clero á su reforma y los emplea en celebrar los héroes de las naciones que siempre visten adornados de eminentes virtudes cívicas y religiosas para inspirar entusiasmo, amor á la patria, y ese heroismo que tanto enaltece al hombre y que tan bien cuadra al héroe cristiano. El clérigo Wase en la historia de los Bretones, en la descripción del duque de Normandía y de Guillermo el Conquistador de Inglaterra, el Amadis de Gaula de Vasco de Lobeira en Portugal, el poema de Fernan Gonzalez y el del Cid en Castilla, los cantos del dominico Iزارu en Francia contra los albigenses, el Guillermo III de Aquitania, Emerico de Pequilain en Italia, los cantos á la Virgen, las historias de Fierabras, de Perceforest, la Vida nueva, el retablo de Cristo, y otros mil poemas de esta época nos dicen mas altamente que la elocuencia mas sublime, cuánto trabajó el clero por atraer la poesía á su verdadero camino, y por hacerla servir en beneficio de la patria y de la ilus-

tracion, de la humanidad y el Estado, al mismo tiempo que la elevaban y enriquecian y la colocaban en el progreso que habia de llevarla á su perfeccion, para hacerla servir á lo útil y honesto, á la santidad y á la virtud, á la perfeccion moral de la sociedad, que es el mayor de los bienes que puede hacerse á los Estados.

Pasando á las ciencias vemos los inmensos adelantos que en ellas hizo el clero y apenas aparece una verdad, un adelanto, una tesis que no fuera de ellos conocida; en sus obras se ven enunciadas las ideas que este siglo adopta por suyas, y las tiene como su divisa especial, y que, á pesar de haber formado mas de cuatro reputaciones, de nuestra obra aparece, que su descubrimiento es enteramente de otros siglos, y su invencion de otros hombres. Roger, Bacon, Escoto, S. Buenaventura, santo Tomas y otros célebres eclesiásticos enriquecieron el mundo científico y le honraron con sabios adelantos; en sus obras aparece la fuerza de inercia, allí las teorías de la luz y de los colores, allí el vapor, allí la gravedad, allí la atraccion, allí el movimiento de la tierra, allí el sistema planetario con la formacion de los meteoros y del Iris; ellos enriquecieron con plantas utilísimas la agricultura y la botánica, ellos abrieron al comercio nuevos mercados, al mundo nuevos países, y así ilustraron la geografia y la historia, ellos elevaron la medicina, hicieron florecer la legisla-

cion, mejoraron el Código penal, dieron al público el derecho de gentes, normalizaron el arte de la guerra, y llevaron á su perfeccion todas las ciencias, colocándolas en el sendero de progreso que habia de llevarlas á su perfeccion y á la regeneracion del mundo.

Respecto á las artes, hallamos el mismo interes, el mismo desvelo, igual proteccion, idéntico impulso: sin el clero, la arquitectura, la escultura, la pintura, la música, el grabado, el iluminado, la imprenta, y en una palabra, cuantas artes se conocen no hubieran salido de su abatimiento; pero ya protegiéndolas, ya ocupando los artistas, ya pagando sus obras, ya ejerciendo por sí mismos las artes, es el resultado que las pusieron en el estado brillante en que las admiramos, y que del modo mas terminante prueban las catedrales, monasterios y conventos donde desde los bordados hasta los grabados, y desde las obras de Rubens, Ticiano, Morales el Españolito, hasta las de Becerra, Toledo, Siloe y Céspedes, y desde los tejidos de Toledo hasta los encajes de Bruselas, y desde las obras de Jacometrezo hasta las del padre Salamanca, todas se ven en hermosa armonía, contribuyendo á formar de las catedrales, monasterios, conventos é iglesias, otros tantos puntos donde los curiosos acuden de todas partes á admirar las bellezas del arte y los milagros del ingenio: allí se ven cuánto el clero protegió el ta-

lento, cuánta ayuda prestó al genio y cuánto se sacrificó por dar ensanche á las luces y patrocinio al saber; contra estas pruebas no hay ni puede haber argumento posible, y obstinarnos en su defensa seria empeñarnos en alargar sin provecho nuestro escrito; puesto que mas dicen con su mudo silencio los monumentos que cuanto la pluma mas elocuente se empeñase en probar con todos los adornos de la oratoria, con todas las galas de la elocuencia, con todas las flores de la poesía.

Pero en medio de este cúmulo de acontecimientos, cuando mas se afanaba el clero por civilizar el mundo, un movimiento religioso estremece la Europa y conmueve el Oriente; el deseo de rescatar el Sepulcro del Redentor lleva los guerreros de Occidente á combatir á las orillas del Eufrates, á los muros de Jafa y Escalon, bajo las frondosas ramas de los cedros del Líbano, de las palmas de Cadés, á las faldas floridas del Carmelo y de Jericó, y en las cimas del Sinaí; sus caballos beben las aguas del Nilo y del Jordan, y sus guerreros reposan á la sombra de los olivos del Cedron y de los vergeles de Engaddí: este movimiento trajo á la Europa los mas felices resultados, á él se deben mas que á ninguna otra cosa la muerte del feudalismo; hijo de este movimiento es la division de la riqueza, el aumento del poder de los comunes, el ensanche de la autoridad real, la union de las naciones y el que la Europa en-

trase en un sendero nuevo de progreso, que mejoró su condicion social y todos los ramos del saber; allí, á orillas del Sepulcro del Salvador se extinguieron odios inveterados que habian trascendido de padres á hijos, y por medio de los cuales las familias se ensangrentaban unas contra otras, y mas de una vez los campos rebosaron sangre, y la venganza asoló comarcas enteras y arruinó florecientes ciudades: allí, á orillas del Sepulcro, aprendió el Señor á tratar con dulzura y amor al esclavo, y á mirar al súbdito como hermano; allí, finalmente, el peligro comun acertó las distancias y la necesidad hizo que todos se tratasen, y á su vuelta el vínculo que formó la desgracia, y que las teas de los campamentos iluminaran, se estrechó más y más y apareció indisoluble bajo los dorados techos de almenados palacios, viniendo á ser el principal fundamento de la civilizacion que ha hecho reconocer á la Europa como el pais más culto del globo.

Todo esto es debido al clero, único motor de este sacudimiento, principal eje de esta máquina; de aquí resultó que la Iglesia se hiciese cada vez mas civilizadora, y en sus relaciones con los reyes y los pueblos brilla ese poder mágico, que suavizando las costumbres de tales tiempos y de tales siglos, hizo que la humanidad consiguiera derechos que sin ella jamas hubiera conocido. El clero gentil, aislándose del pueblo, no tenia in-

fluencia ni en las costumbres ni en su época: el clero católico, siempre en contacto con los fieles, era el moderador de sus diferencias, y en las costumbres y en la moral representaba el mas interesante papel; todo era suyo, porque todo lo moderaba, todo era suyo, porque en todo intervenia en nombre de Dios, y así estaba en disposicion de hacer progresar la sociedad que con esta intervencion adelantó admirablemente: merced á ella pudo hacer conocer á los reyes sus obligaciones, á los pueblos sus deberes, y desde este momento ya los pueblos estuvieron sumisos y obedientes, y los reyes fueron humanitarios y compasivos; aquellos miraron á éstos como la imagen de Dios y los soberanos vieron en los pueblos confiados á su cuidado hijos por cuyo bien debian velar y cuya felicidad debian procurar, cesando de este modo en unos la opresion y la tiranía, en otros el deseo de rebelion, y así nació la paz en los estados, ganó la sociedad, y la civilizacion progresando hizo elevar la humanidad al colmo de sus derechos, que nadie le arrebató mas, ni le arrebatará, porque sabiendo cada uno sus deberes sabe su valor y conoce su dignidad.

Otra institucion no menos beneficosa para la humanidad y la civilizacion surgió de las cruzadas, cual fué la creacion de las órdenes militares. De cuánta utilidad fueron en su origen lo publican mas altamente que nuestra rudeza puede en-

comiarlo, el relato que los agradecidos peregrinos hacen del eminente servicio que en su peregrinacion á Tierra santa les prestaba, y causa admirable satisfaccion oírlos referir el dulce consuelo que experimentaban, cuando en aquella tierra inhospitalaria, sembrada de peligros y asechanzas para aquellas devotas caravanas, veian aparecer el manto blanco de los templarios ó el negro hábito de los hospitalarios y brillar en sus pechos las cruces blanca y roja; no menos humanitario y civilizador fué el celo que planteó en los demas países esta hermosa institucion; y así vemos que en Alemania se reproduce bajo el nombre de Orden teutónica, la que Walpol fundara en Jerusalem con el nombre de Hermanos de Santa María, y que fué tan útil á la Europa, que á ella debe quedar asegurada de las invasiones de los bárbaros: en Francia aparecen Lazaristas y la del monte Carmelo; en el Delfinado la de S. Antonio Abad; en Suiza los caballeros del oro; en Chipre la órden de Lusñan, en Alemania la de Belem, en Portugal la de Avis y S. Miguel del Ala; en España las de Calatrava, Santiago, Alcántara y Montesa; ilustra la Livonia la milicia de Cristo; á Borgoña la del Toison de oro; Italia se gloria con sus Hermanos Gaudentes; Nápoles con la órden del Nudo; Palma con la de S. Jorge, y Roma con la de la Escuela de oro.

Detenernos en referir sus proezas, cuando la

historia lo tiene hecho, seria prolijo; hacer ver su utilidad, cuando los siglos la canonizaron, oficioso: que fueron útiles á la sociedad y á la civilizacion, lo publican mas altamente que nuestra pluma sus estatutos, aquellos votos por los cuales en tan calamitosos y desgraciados tiempos se ligaban á defender las viudas y los huérfanos, los pobres y los desvalidos, y á sostener los necesitados é indigentes; su renombre fué tal, que por todas partes lo difundió la fama, y do quiera se oyó con santo respeto, con pasmosa admiracion: que eran necesarios en aquellos siglos lo publican el estado de la sociedad, y las costumbres que en ellos pululaban, y eran como su vida y estado normal; y asombra seguramente, que entre el cieno de tanta depravacion saliesen almas nobles, que al impulso de su celo, y en alas de su caridad, osasen sacrificarse por sus hermanos, heroismo que solo la religion puede inspirar, y que no pueden comprender los que no encuentran otros placeres, que oprimir á los pobres y esclavizar la sociedad.

Los escándalos y herejías que affigieron la Europa, las miserias y desgracias que todo lo envolvian, el caos de desórdenes en que fluctuaba, hizo necesariamente que los corazones puros, que en medio de tanta corrupcion y miseria no habian sido contaminados, se consagrasen al servicio de los demas y buscasen un medio de cortar tanta

abyeccion, tanto mal, tantos escándalos; y de aquí surgen los frailes, necesidad de la corrompida sociedad, que habia sabido pervertir tan santas instituciones como la legó el cristianismo: de cuánta necesidad y utilidad fueron, se comprende con poco que meditemos la historia y analicemos los sucesos, pero esto ya lo tenemos hecho en el cuerpo de la obra; y por lo mismo, solo cumple al presente epílogo manifestar, que si hubo mendicantes fué, porque las riquezas todo lo emponzoñaban; si padres de la redencion, porque los piratas infestaban los mares haciendo continuamente prisioneros, que reducian á la dura condicion de esclavos; y si en medio de la general corrupcion se levantan hombres que se dedican á volver al buen sendero las almas extraviadas, es porque condolidos á vista de los desórdenes y de los escándalos, que pululaban por todas partes y prostituian la juventud y la hermosura, para sacrificarlas en el impuro altar de su lubricidad y desenfreno, querian preparar un asilo á la desgracia, y un puerto á la moral y á la civilizacion. Tambien las herejías vinieron en confuso tropel á aumentar el desórden en que fluctuaba el mundo, y con la palabra y las armas sembraron la corrupcion en la sociedad y de cadáveres los campos; pero Dios, que no abandona su Iglesia, suscita un S. Bernardo, un santo Tomás, un S. Antonio, que deshacen sus argucias, y los concilios, con espe-

cialidad el de Trento, son el campo donde las nuevas órdenes desde el hospitalario al mendicante, y desde el monje bernardo al jesuita hacen brillar la pureza de la doctrina y asegurar para siempre la causa de la religion, estableciendo principios que admiran y haciendo brillar la verdad á despecho del error, resplandecer la virtud y anondar el vicio, y en una palabra, fijar la disciplina para cortar de raiz los abusos y salvar de este modo la sociedad y el Estado, la humanidad y la civilizacion.

Los siglos habian adelantado, y las ciencias en su progreso habian hecho conocer verdades que antes aparecian relegadas al campo de los sueños, al número de los fantasmas. Aquel nuevo mundo tan cacareado, aquellos antípodas tan combatidos, aquellos pueblos que la antigua civilizacion tenia y consideraba como fantásticas ilusiones, se habian presentado en la mente de un hombre como una realidad, y por todas partes se presentaba pidiendo auxilios, á todas las cortes acudia, á todos los soberanos imploraba proteccion para llevar á término su empresa; bien recibido en unas partes, en otras tratado como loco, aquí escarnecido y allí siendo objeto de compasion, llegó por fin á Castilla cuyos soberanos disfrutaban ilustre renombre, y acababan de cumplir el juramento de Covadonga espulsando del reino los moriscos. No nos detendremos en narrar cuánto aquí sufrió el hom-



bre eminente que el cielo destinaba para tan gloriosa empresa, y bastará solo que anotemos que sin la proteccion del clero no hubiera sido mas feliz en Castilla su peticion, y aquí, como en las demas partes, hubiera sufrido repulsa; pero el clero español le prestó su apoyo, y el nombre de Colon nada hubiera sido, ni España hubiera añadido á su corona tan importantes dominios sin el amparo del guardian de la Rávida: á este humilde religioso debe su gloria: al traves de los mares, en las carabelas castellanas, el clero español llevó allí su religion y los gérmenes humanitarios de la civilizacion. Cuánto trabajó para estender estas fecundas semillas en aquella tierra inhospitalaria, y entre los caníbales lo dice su conquista dura; y á pesar de los trastornos que han sufrido en política, se conservan religiosos, dando culto al Dios verdadero y bajo la obediencia del romano pontífice. Así sucede en los demas últimamente descubiertos; pero no podemos menos de anotar, que si el clero que surcó los mares fué allí necesario y útil á la humanidad y á la civilizacion, no lo fué menos el que permaneció en Europa. Aquí, en esta parte del mundo, surgen herejías á la voz de Wiclef, Hus, Gerónimo de Praga, y últimamente Calvino y Lutero; y el clero tuvo que acudir á sostener la causa de la religion: las órdenes mendicantes y los jesuitas, llevan el mayor peso del combate, y trabajando sin descanso ni

tregua, auxiliados por el resto del clero confunden el error y llevan á su complemento el triunfo.

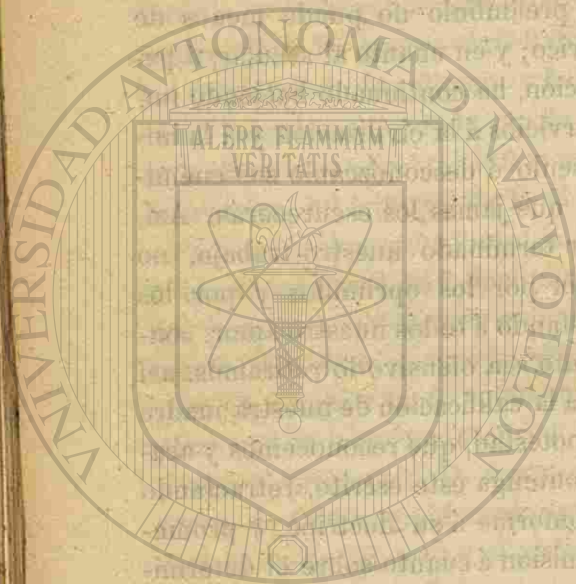
En esto se descubre la imprenta y con ella el mas poderoso agente para la civilizacion; pero al mismo tiempo el elemento, que descaminado puede propagar las falsas doctrinas y corromper las costumbres; y si bien el clero protege tan hermoso arte, para precaver los precipicios en que podia sumir la sociedad, establece la censura eclesiástica, institucion la mas humanitaria que pudo escogitarse, y sin la cual sabe Dios en qué abismos no hubiera sido precipitada la sociedad, y á qué estado de envilecimiento no hubieran llegado las costumbres; pero con este freno la malevolencia encontró un muro inespugnable, y las ideas un dique que las contuvo en los justos límites del deber. Merced á él se han cortado muchos trastornos, y la humanidad se ha salvado de muchos conflictos, de incalculables horrores; pero hubo un dia en que ni este freno fué poderoso á cortar el mal, y la audacia traspasó los límites del deber, y el error cundió por todas partes, y la herejía levantó su erguida frente, y anunció trastornar el mundo; gran parte de Europa fué víctima de sus horrores, y los Estados y la Iglesia pensaron entonces en un eficaz remedio. Entonces se conoció que era preciso un tribunal especial para que entendiese en lo perteneciente á la religion, é impidiese los progresos de la herejía.

El pueblo, horripilado á vista de los desmanes que en todas partes cometian los herejes, los judíos y los mahometanos, les acusaba de crímenes atroces, y en algunos puntos se habia sublevado contra ellos, la guerra civil habia estallado bajo las banderas de la religion, y habia producido escenas sangrientas, y todo, en fin, pedia un pronto y eficaz remedio: tal fué la causa que motivó la ereccion del tribunal de la fé, que puso término á estos males, y ved aquí la razon por lo que le creemos altamente humanitario y civilizador, y por lo mismo sostenemos que se le acusa injustamente. En todas partes ha sido muy combatido, pero en ninguna tanto como en España; y yo suplico que se lean con atencion los discursos que contra él pronunció D. Agustin Argüelles en las cortes de Cádiz, y allí verán que fué una necesidad de su época, y que el poder de los obispos no era en tiempos de su ereccion suficiente á contener el mal. Tambien suplico que se comparen los que han sido por el santo Oficio condenados con los que han perecido en las guerras religiosas, y en esta comparacion se hallará su mayor y mas hermosa apología.

Civilizado así el mundo por el clero, continuó éste siendo el mejor amigo de las artes, las ciencias, el comercio y la agricultura, y á él deben todos los elementos civilizadores una proteccion que nadie mejor que el estado de orfandad en que se

encuentra publica; así continuaba en su humanitaria tarea, cuando la revolucion vino á inutilizarle; y sin embargo, el decreto de espulsion de los regulares en su preámbulo no puede menos de hacer su panegírico; y en cuanto al secular, á pesar de su postracion, ha continuado haciendo importantísimos servicios á la civilizacion y á la humanidad; confiésenlo ó desconózanlo sus enemigos, es lo cierto que jamas los oscurecerán. Así, pues, damos por terminado nuestro trabajo, no sin pedir al Señor por los oprimidos y por los opresores, protestando á todos nuestro amor, confesando que cuanto sea ofensivo lo retiramos, así como sujetamos á la calificacion de nuestra madre la Iglesia y á su potestad, que reconocemos y acatamos, cuanto contenga este escrito, retractando cuanto no sea conforme á su doctrina, y prometiendo entera sumision á cuanto sobre él determine, pidiendo al mismo tiempo á nuestros hermanos de sacerdocio, disimulen cuanto en esta defensa hallaren imperfecto, teniendo en cuenta, que si nuestros deseos son buenos, nuestro entendimiento es limitado y nada perfecto puede hacer; ¡tal es la condicion del hombre!!!

FIN.



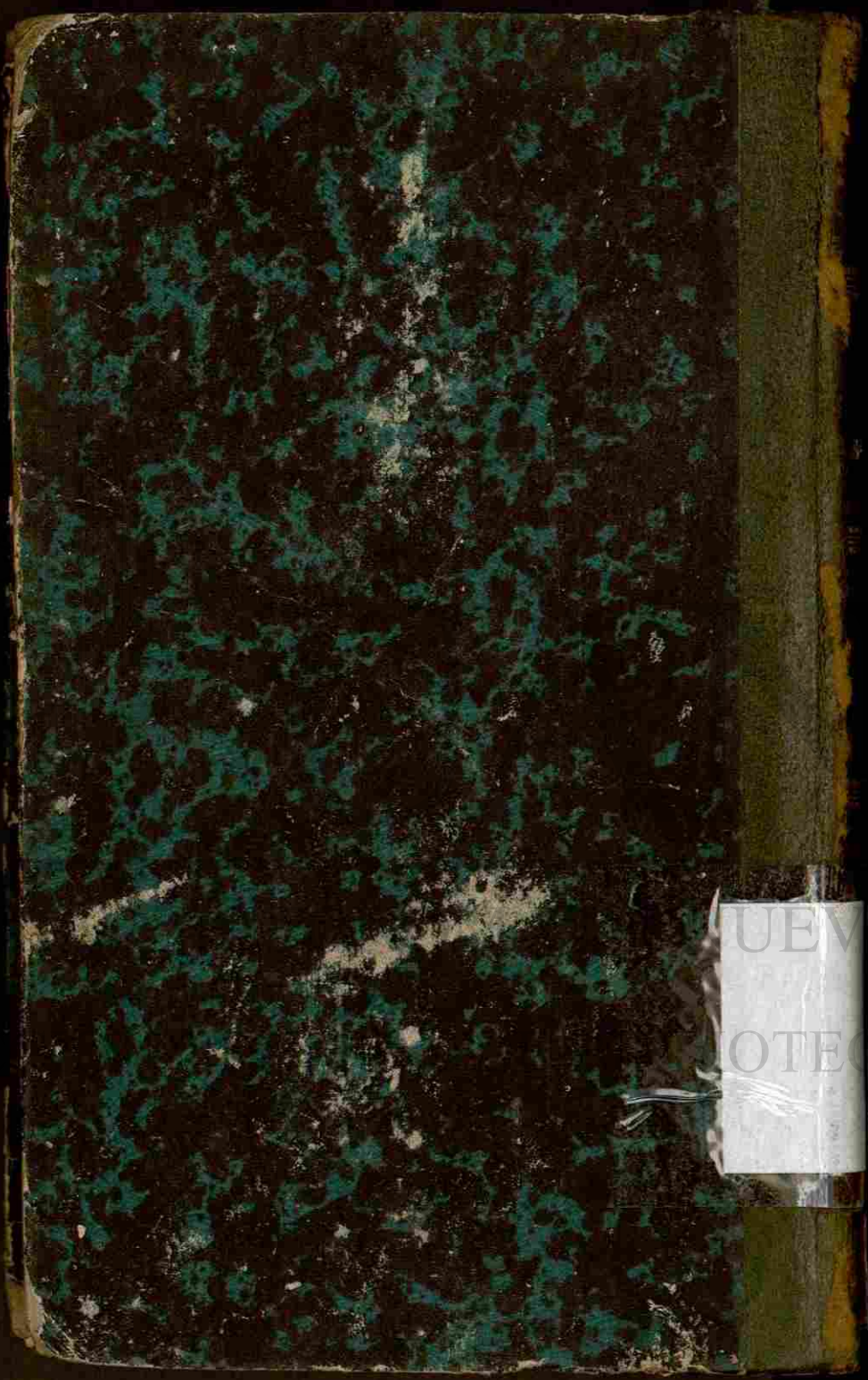
## INDICE

### DE LOS CAPITULOS DEL CUARTO TOMO.

	PAGS.
<i>Cap. I.</i> —La Iglesia en sus relaciones con los reyes y los pueblos.....	5
<i>Cap. II.</i> —Las Cruzadas.....	79
<i>Cap. III.</i> —Escándalos, herejías, los freires y los frailes.	151
<i>Cap. IV.</i> —Descubrimiento del Nuevo Mundo, misioneros, herejías, la censura, la inquisicion, últimos esfuerzos del clero en favor de la civilizacion y de la humanidad.....	275
EPÍLOGO.....	367

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





UEV  
OTEC